

FAKED

KARLA SORENSSEN

Este trabajo es una traducción realizada por **Black Cat** y **Sweet Poison**. Ningún participante de este proyecto ha recibido remuneración alguna por haberlo hecho. Es totalmente **sin fines de lucro**, de **fans para fans**, por lo cual no tiene costo alguno.

Por favor, te pedimos que no subas capturas de pantalla del mismo a las redes sociales y no acudas a las fuentes oficiales solicitando las traducciones de fans, y mucho menos mencionar a los fotos o fuentes de donde provienen estos trabajos.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro, si logra llegar a tu país.

¡Disfruta la lectura!



SINOPSIS

Debería haberlo pensado mejor antes de cambiar de lugar con mi hermana gemela.

Nadie creería que yo, *Claire Ward*, la estudiante sobresaliente que nunca se mete en problemas, me haría pasar por mi hermana solo para ganar una noche de fiesta con el chico del que he estado enamorada desde siempre. Pero ¿de qué otra forma podría hacer que su mejor amigo Finn se fije en mí?

HABRÍA FUNCIONADO PERFECTAMENTE. EXCEPTO QUE FINN NO FUE EL TIPO QUE ME RECOGIÓ ESA NOCHE.

En el lugar de Finn, vestido con un esmoquin perfectamente entallado y luciendo como un pecado, está su hermano, *Bauer*. Finn es exactamente lo contrario en todos los sentidos, mi cita para la noche es un snowboarder tatuado con una sonrisa sexy y un resentimiento del tamaño del **MONTE OLIMPO**.

Debería haberlo pensado mejor porque ahora **LA CHICA BUENA ESTÁ ATRAPADA CON EL CHICO MALO POR UNA NOCHE**, y las consecuencias de eso son mucho más grandes de lo que podría haber imaginado.

Ward Sisters # 2.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #2

CONTENIDO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

EPÍLOGO

ESCENA EXTRA

SIGUIENTE LIBRO

AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA AUTORA

BLACK CAT
SWEET POISON

FAKED



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #2

Para Fiona Cole,

*Sin su disposición a escuchar mis mensajes de voz rancios sobre gente ficticia,
este libro habría resultado muy, muy diferente.*

#dreamteam

BLACK CAT
SWEET POISON

FAKED



1

Claire

No siempre estuve enamorada de Finn Davis. Hubo unos diez minutos, allá por séptimo curso cuando apareció, en los que me cabreó de verdad.

No por nada que haya hecho, per se. Porque siempre ha sido el mismo. Callado y observador cuando estaba en público, con un afilado sentido del humor y una personalidad juguetona cuando estaba con la gente que mejor lo conocía. No, Finn fue el destinatario de mi rabia de trece años durante esos diez minutos porque él era la razón por la que odiaba ser gemela por primera vez en mi vida.

Lia y yo éramos idénticas. Los profesores y los compañeros nos confundían a menudo si no nos conocían bien.

Aquel día de séptimo curso, cuando el director trajo a Finn a nuestra clase, Lia y yo nos encontramos con él al mismo tiempo. Pero había algo en ella, una energía que zumbaba a un nivel indetectable, que atrajo su atención y lo hizo sentirse cómodo.

Desde entonces son los mejores amigos.

Y odiaba parecerme a ella -exactamente a ella- y seguir siendo lo bastante diferente como para que el dulce y tímido chico nuevo de la clase, el de la sonrisa bonita y las piernas largas, no me mirara dos veces.

Ya no pensaba mucho en aquel día. Habían pasado ocho años de aquello, y Finn era tan fijo en nuestra familia que mi enamoramiento se había reducido a un hervor lento. Apenas detectable a menos que pusieras la mano directamente sobre el fuego.



Pero entonces abrí el estúpido Facebook. Y vi una foto de él en su estúpida bata de “Voy a ser un médico algún día y no me veo bien en azul”, y sentí a mi corazón morir todas las muertes de lo lindo que se veía.

Así que ahora no podía dejar de pensar en el día en que apareció. No podía dejar de pensar en él.

Por eso evitaba a mi hermana encerrándome en mi cuarto a estudiar. Tenía tanto miedo de que, después de tantos años encerrando las mariposas que querían revolotear por mis venas al verlo, ella me echara un vistazo y lo supiera.

También funcionó durante un tiempo.

Cuando sentí que los dedos me ardían de ganas de volver a sacar la foto para quedarme mirando su sonrisa, sus hoyuelos, y fingir que algún día sería la esposa de un gran médico, saqué la única cosa de las redes sociales que garantiza detener cualquier tipo de aleteo cardíaco.

Busqué actualizaciones en las redes sociales de nuestra mamá, Brooke, lo cual era aún más patético que mi enamoramiento por Finn.

Crucé los brazos sobre la superficie del escritorio y dejé caer la frente, golpeándola un par de veces.

Así estaba sentada cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó Lia.

—Nada. —Mantuve la cabeza donde estaba.

Lia se inclinó sobre mí, tiró su mierda en mi escritorio y sacó mi portátil de debajo de mi antebrazo para poder verlo. Sinceramente, nada era sagrado cuando vivías con tu gemela.

Excepto mi enamoramiento de su mejor amigo.

—Oh —dijo significativamente.

—¿Qué?

—¿Te has roto el cuello? ¿Eres incapaz de moverte?

—Estoy cómoda.



Ella masticó algo ruidosamente. Zanahorias. O apio. Cuando tragó, volvió a hablar.

—¿Acosando cibernéticamente a Brooke otra vez?

En lugar de contestar, porque no me apetecía especialmente mentir, gruñí.

—¿No habíamos decidido que estaba en la India?

Con un suspiro, me quedé mirando las vetas de la madera de mi escritorio e intenté no pensar demasiado en lo fácil que nos resultaba discutir el hecho de que la mujer que nos había dado a luz se encontraba en Dios sabe qué lugar del mundo, y ya ni siquiera nos importaba realmente que no supiéramos dónde.

El sonido de un clic de ratón precedió a un zumbido pensativo de mi hermana gemela.

—No, alguien la etiquetó en... eh, un concierto en Alemania. Ella está en movimiento, supongo.

—Oh, bien.

Lia suspiró con fuerza.

—Diviértete con eso. —Con dos palmaditas condescendientes en la espalda, volvió a dejarme sola.

Cuando oí el ruido de los armarios en nuestra cocina del-tamaño-de-una-etiqueta-postal, levanté la cabeza.

—Gallina de mierda —susurré para mí misma. Como si de algún modo fuera capaz de ver mis sentimientos de "foto de Finn con bata" estampados en la cara.

Esto era lo que ocurría cuando mi cerebro no podía acallar mis sentimientos. Eran más fuertes de lo que yo quería, y los ocultaba con menos éxito.

Volviendo el portátil hacia mí, tamborileé con los dedos sobre el borde, intentando decidir en qué trabajar a continuación.

El trabajo para mi clase de Estrategias de Intervención en la Primera Infancia necesitaba revisiones desesperadamente, pero ni siquiera una de



mis últimas clases antes de licenciarme en Psicología del Desarrollo era suficiente distracción.

Pero sabía lo que era, que era por lo que había sido mi defecto en primer lugar.

Buscar en Internet imágenes de tu mamá te provocaba extrañas reacciones emocionales. A menos que las hubieras experimentado, era difícil expresarlas con palabras. De vez en cuando, recibíamos una postal suya con una dirección actualizada, o aparecía una foto sin pie de foto en la cuenta de Facebook a la que todavía tenía acceso, que solía ser tranquila. Esos pequeños fragmentos eran la única forma que teníamos mis hermanas y yo de saber dónde pasaba Brooke sus días.

No es que le hayamos devuelto las postales.

Ni nos pusimos en contacto con ella.

Había perdido ese privilegio hacía años.

Aunque sabía que en realidad no me haría sentir mejor ni me distraería mucho de Finn, me encontré desplazándome por su página.

Mi corazón y mi cabeza se enfrentaron con fuerza cuando estudié las últimas fotos que había publicado. No me ponía furiosa pensar en ella; era difícil estarlo cuando teníamos una vida tan feliz en su ausencia. Pero tampoco sentía nada.

A veces, quería darle un puñetazo.

A veces, quería abrazarla. Sobre todo, quería sentarme frente a Brooke Ashley Huntington-Ward y desmenuzar su cerebro. Era el sentimiento más desesperado de todos, luchando por el primer puesto en mi cabeza. Quería entender por qué, y me volvía loca de remate que tal vez nunca llegaría a entenderlo.

Mientras me desplazaba por la página, contando cinco fotos publicadas en los últimos tres años, el teléfono de mi hermana gemela se encendió en el escritorio a mi lado, donde se estaba cargando. Mis ojos se dirigieron a la pantalla, por costumbre, porque a menudo se trataba de un mensaje de grupo de otra de nuestras hermanas o de Paige.



Pero no era de ninguno de ellas. Lo que apareció fue un mensaje de Finn, y como había entrenado a mi cuerpo para hacerlo, mi corazón se aceleró al ver su estúpido nombre.

Finn: *Lia, POR FAVOR, te deberé un millón de favores si me ayudas.*

—Te ayudaré —murmuré miserablemente. Ni siquiera importaba en qué necesitaba ayuda. Yo lo haría.

Pero no cerré los ojos porque imaginarme al mejor amigo de mi hermana gemela era otra cosa que hacía que mi cabeza y mi corazón guerrearan poderosamente. Y cada vez, mi cabeza ganaba.

Déjalo en paz.

Sería demasiado raro.

Ni siquiera te mira de esa manera.

Esas eran todas las cosas que me decía a mí misma cuando mi enamoramiento por Finn se descontrolaba. Y me había ayudado durante años. Me había ayudado todo el día.

—Mensaje de Finn —grité.

—¿Qué quiere? —dijo Lia desde la cocina.

Tragué saliva mientras volvía a leer el texto.

—Ayuda. Te deberá un millón de favores.

Lia gimió.

—Podría ofrecerme dos millones, y aun así no sería capaz de hacerlo.

—¿Para qué necesita tu ayuda?

—Una cena elegante y una entrega de premios el viernes por la noche. Necesita una acompañante, y como se niega a buscarse una cita, su mamá prácticamente me exigió que fuera con él. Creo que puso mi nombre en la lista de invitados porque supuso que no diría que no.

Mi corazón se apretó con celos inoportunos.



—Es solo una cena. ¿Por qué no ir?

—No puedo. Esa misma tarde hay una conferencia de una invitada increíble, y no me la voy a perder. Llevo años queriendo oírla hablar.

—Hizo un gesto con la mano—. Cree que soy testaruda, pero se trata de mi *educación*.

—Claro que sí —murmuré.

Lia era físicamente incapaz de admitir cuándo estaba siendo testaruda, lo que constituía el noventa y dos por ciento de su existencia.

El sonido de sus pasos se acercó a mi puerta, rápido y fuerte. Decididos. Eran pasos decididos de Lia, y eso me ponía nerviosa.

—Espera —dijo.

Giré mi silla para mirarla.

—¿Qué?

No lo digas, no lo digas, no lo digas, coreaba una voz frenética en mi cabeza. Porque lo sabía.

Una sonrisa ladina se dibujó en su rostro.

—No —dije al instante. Telepatía gemela. Era algo real.

—Oh, sí. —Se frotó las manos—. No hemos hecho un intercambio de gemelas en años, Claire. Vamos, ¿no será divertido?

Aunque mi cabeza intentaba desesperadamente hacerse a la idea de fingir ser mi hermana por primera vez desde el instituto, era un leve susurro comparado con lo que hacía mi corazón.

Ese órgano particular enterrado en mi pecho rugía y se agitaba, gritándome que *hiciera esa única cosa* que me concedería mi mayor deseo incumplido.

Tiempo con Finn.

—No puedo —le dije—. Odio mentir. No solo lo odio, sino que además se me da fatal.

Lia juntó las manos delante de ella.



—Por favor.

—Sé que te encanta la escuela, Lee, pero es una lectura. ¿Cuánto más literatura inglesa necesita uno?

Me miró porque, aunque nuestras carreras eran el sol y luna de diferentes, las dos amábamos la escuela con la misma intensidad. A veces me preocupaba que las hermanas Ward, las más jóvenes, estuvieran siempre matriculadas en la universidad porque nos encantaba aprender.

Nuestro hermano, Logan, solía decir que si algo le endeudaba eran los múltiples doctorados que temía que adquiriéramos los dos y que nunca utilizaríamos para nada.

—No es solo una lectura. —Puso su cara de súplica—. Es Catherine Atwood de Oxford.

—¿Se supone que debo saber quién es?

Lia se encogió de hombros con impotencia.

—No, pero ugh, ella es como... todo. Es una estrella de rock para cualquiera que haya estudiado a las hermanas Brontë. Su tesis sobre Religión, género y autoridad en las novelas de Charlotte Brontë es básicamente mi biblia.

Puse los ojos en blanco.

—Solo ligeramente sacrílego, pero de acuerdo. ¿Por qué tengo que fingir ser tú? ¿Por qué no puedes decirle a Finn que no puedes ir?

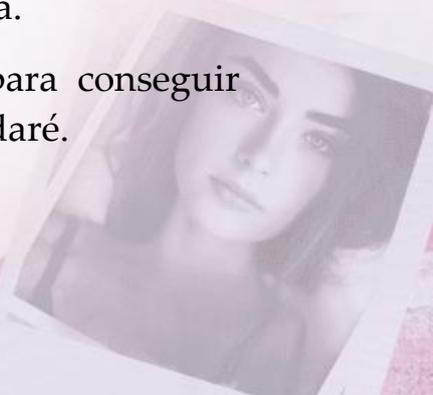
Lia ignoró mis preguntas.

—Es de *Oxford*, C. Rara vez da conferencias como invitada, y está en Estados Unidos por primera vez en años, y está aquí, en la U Dub. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Tenía que ser así.

—Lia —le insistí.

Por la expresión de su mandíbula, sabía exactamente lo poco que me influiría toda esa información adicional. Respiró con fuerza.

—Sus papás quieren impresionar a algún ricachón para conseguir dinero para su centro comunitario, y creen que yo los ayudaré.



—¿Cómo exactamente?

Agitó los brazos.

—Es un fan de Washington. Logan. Todo eso. Supongo que un Ward es tan bueno como cualquier otro.

Oh, genial. Mi sensación favorita en todo el mundo era cuando en realidad no importaba quién era yo como individuo porque estaba siendo agrupada en una multitud. Por supuesto, cuando tu hermano era un jugador de fútbol del Salón de la Fama convertido en entrenador, era algo normal.

A Lia se le iluminaron los ojos.

Los míos se entrecerraron.

—Su centro comunitario —dijo en voz baja—, donde ayudan a *todos esos niños* cada año.

Me burlé.

—No hace falta que recurras a hacerme sentir culpable utilizando mi especialidad.

—¿En serio? Porque no te he oído decir que sí. —Se puso en posición de oración, con las manos juntas sobre el pecho—. C, por favor. Finn nunca aceptaría mentir a sus papás. Piensa a cuántos niños ayudará esto si reciben este dinero.

No, Finn no le mentiría a sus papás. Era una cosa que siempre me había gustado de él. Los dos éramos pésimos mintiendo.

Pero también le parecería raro que asistiera con él. Solo se sentiría cómodo si su mejor amiga fuera de su brazo.

Mi cerebro hilaba visiones de acompañarlo a un salón de baile bellamente decorado con mi mano apoyada en su antebrazo vestido de esmoquin.

—Lo sabrá —argumenté débilmente.

Pero mi corazón... acalló ese argumento tan rápido que mi cabeza dio vueltas en su sitio.



Lia soltó un suspiro a través de sus labios.

—No, no lo hará. Sabes cómo ser yo, Claire. Es una cena. Luego me desengancho de ver a Catherine Atwood, y su mamá se quita de encima, se quedan con todo el dinero y todos contentos.

Una cena con Finn. Una noche para absorber su atención en lugar de jugar a ser la tercera rueda entre él y mi hermana.

No una tercera rueda como en una cita. Nunca habían insinuado siquiera que querían cruzar esa línea, que era la única razón por la que estaba considerando esta locura. Porque por una noche, quería saber lo que se sentía tener sus ojos puestos en mí. Llevar un bonito vestido y pasar la noche a su lado.

—Una cena —volví a decir.

Rebotó emocionada en la puerta.

—¿Lo harás? ¿En serio?

Podría hacerlo. Una noche. Una comida. Tal vez bailaríamos. Y si se daba cuenta de que yo no era Lia, podría preparar con antelación un argumento muy convincente sobre por qué debería disfrutar de la velada conmigo.

Mi cabeza se asentó, arremolinándose con todos los pensamientos sobre cómo tenía que prepararme y las cosas que tenía que aprender para sentirme preparada.

Su apretón de manos, una extraña combinación de puños chocados y palmadas y algunos chasquidos. Chistes internos.

El pánico se apoderó de mí porque la idea de intentar aprovechar la energía de Lia -eso que hacía que ella fuera *ella*- me parecía imposible.

Tenía tres días para superarlo.

Así que empecé a silenciar todos los argumentos que me venían a la cabeza. Apartando las palabras una a una hasta que mi cerebro se quedó sin objeciones.

—Lo haré.



2

Bauer

—Te *despidieron*, Bauer. No podrás convencerlos de lo contrario.

Mi entrenador, Scotty, me conocía lo suficiente como para saber que decirme esas cosas me haría estar mucho más decidido a hacerlo. Como si hubiera agitado una bandera roja delante de un toro resoplando.

—Escucha, yo tenía una gran relación con Burton antes de la... situación.

—¿La *situación*? —gritó—. Estás hablando de cuando te atraparon en cámara, borracho...

—No estaba borracho —interrumpí—. Me había tomado tres cervezas y me la estaba pasando bien con mis amigos, pero *no* estaba borracho.

—Lo que sea. Te han atrapado en cámara insultando al atleta favorito de Burton; el medallista de oro en snowboard que lleva con ellos toda la vida, y al que todo el mundo quiere y adora. —Se quedó callado, probablemente esperando a que yo discutiera. Me conocía desde que era un rebelde de diecisiete años, y casi siempre discutía. Pero como era Scotty, me quedé callado—. Y tú *no eres un* medallista de oro al que todo el mundo quiere y adora. Estás a unas cuantas buenas competiciones de clasificarte para el equipo olímpico, pero eso no significa una mierda en el gran esquema de las cosas.

Hice un gesto de dolor. Nada de eso estaba mal.

Pero, en mi defensa, el otro tipo estaba borracho y la cámara no captó la parte en la que estaba de pie detrás de mi amiga Cassidy haciendo gestos bastante groseros sobre su figura. Entonces, ¿quién parece el imbécil en Twitter?



Yo.

Mi principal patrocinador, el que hacía posible que siguiera compitiendo, me dejó tirado antes de que pudiera siquiera pestañear.

Se disculparon, por supuesto. Me dijeron que había sido genial trabajar conmigo los últimos dos años. Pero... no lo suficiente.

No lo suficiente como para arriesgar la marca, donde el resto de los atletas patrocinados mantienen una relación laboral armoniosa.

Tenía grabados a fuego en el cerebro los términos exactos del mensaje de voz. Así que, como era yo, decidí subirme al auto y dirigirme a sus oficinas de Seattle para intentar convencerlos de que me mantuvieran.

Porque si no lo hacían, mis horas a tiempo parcial de camarero no me servirían como ingresos.

Eso debería haberle dicho a Scotty que iba en serio con esto, porque odiaba volver a Seattle.

El trayecto de Vancouver a Emerald City me resultaba tan familiar como la palma de la mano, y por eso odiaba hacerlo. Los trayectos que me encantaban eran aquellos en los que estaba a una curva cerrada de la siguiente montaña. El hecho de no saber lo que podría ocurrir a continuación era lo que lo hacía emocionante, lo que hacía a mi sangre bombease y mi cerebro zumbase con la energía embotellada.

No fue así cuando conduje desde mi base, junto a las montañas Whistler y Blackcomb, hasta donde vivían mi papá y Adele con mi hermanastro Finn. Fueran cuales fueran las circunstancias, evitaba volver a casa como la peste.

—¿Vas a ir a casa mientras estás ahí?

Resoplé.

—Tengo que quedarme en algún sitio.

—¿Les avisaste? —preguntó secamente.

—Nop. —Había un cierto nivel de regocijo en mi voz que hizo que Scotty se riera a su pesar—. No puedo esperar a ver la cara de Adele



cuando me advierta por milésima vez que no corrompa a su ángel mientras estoy en casa.

—Ella ya no hace eso —dijo Scotty—. Deja de inventar mierda.

Tenía razón, pero había oído a mi madrastra decir algo parecido tantas veces a lo largo de los años que me parecía que seguía diciéndolo.

Finn, no escuches ni una palabra de lo que te diga, mira a donde lo han llevado sus elecciones.

A veces lo oía en bucle en mi cabeza, aunque habían pasado casi siete años desde que lo dijo. Se había inclinado y se lo había dicho a mi hermanastro de catorce años recién cumplidos mientras yo terminaba de hacer las maletas para mudarme. Mi consejo de despedida había sido que no hiciera cada maldita cosa que le dijeran que hiciera porque, de lo contrario, acabaría siendo un desgraciado.

—Pero ella sí que lo cree —señalé—. En cuanto mis años de actitud adolescente acabaron conmigo esposado, me descartó para siempre.

Scotty carraspeó al otro lado del teléfono.

—Sí, bueno... sin esas esposas, nunca habrías acabado conmigo, así que considérate afortunado.

Sonreí.

—Sí, viejo.

—Todavía no me has dado las gracias por no presentar cargos, desagradecido de mierda.

La destrucción de una propiedad privada (que resultó ser la casa de Scotty) no había sido mi mejor momento. Pero la pintura en aerosol en mis manos y mi monopatín había sido una prueba bastante condenatoria cuando los policías me atraparon a pocas cuerdas de la escena del crimen, por así decirlo.

Pero me había llevado hasta Scotty, que había visto mis habilidades con el monopatín en el barrio y se había ofrecido a entrenarme, a enseñarme a hacer snowboard, si me interesaba saldar mi deuda con la sociedad. Por suerte para él, y para mí, lo había hecho.



—Scotty, amor de mi vida, ¿qué haría sin ti? ¿Cuándo vuelves a casa?

—La semana que viene. —Resopló—. Y eso es un triste comentario sobre tu vida amorosa, que sé que no sufre.

Me rasqué un lado de la cara.

—En realidad, creo que me he estancado. Nadie capta mi interés estos días.

—¿Bauer está teniendo un periodo de sequía? —jadeó.

Volteé mi teléfono, aunque él no podía verlo.

—Muy gracioso, viejo.

—Creo que sí. —Se aclaró la garganta—. Primero, solo lo digo porque sé que no eres tan prostituto como te gusta aparentar, y segundo, no cambies el tema de Burton.

—¿Qué quieres que te diga? Creo que es buena idea ir a hablar con ellos, y tú no estás de acuerdo.

—Tómame un par de días y cálmate, Bauer. Eres un cabeza caliente y dices estupideces cuando estás enojado. Dale un poco de tiempo. Te sorprendería lo que podrías conseguir si te calmaras e intentaras ser amable con la gente. Charlar en vez de arrasar.

—Voy a colgar ahora.

—Bauer —advirtió.

Pulsé el botón con un suspiro, subiendo el volumen de mi música. El Bluetooth de mi Jeep se interrumpió casi de inmediato.

—Maldito Scotty —dije en voz baja.

Mi pulgar golpeó con rabia el botón para contestar la llamada.

—Scotty, no voy a discutir esto.

—¿Bauer? —respondió una voz diferente.

Parpadeé mirando la pantalla. Mierda. No era Scotty. El identificador de llamadas proclamaba alto y claro que era mi hermano menor.

Golden Boy, como lo había guardado en mi teléfono.



—Finnegan —saludé lo más formalmente posible.

—He oído lo de tu patrocinador. —Tosió—. Como nunca respondes a los mensajes, pensé en llamar y ver si contestabas.

Mi frente se arrugó al oír su voz.

—Suenas fatal.

—Me siento fatal.

—Hablemos entonces de que estás enfermo porque no necesito repetir lo de perder a mi sponsor.

Suspiró.

—¿Qué pasó?

Me removí en el asiento.

—Viste el vídeo, ¿verdad?

—Vi lo que se publicó en Twitter, sí.

—Bueno, entonces ya sabes lo que pasó.

Incluso para mis propios oídos, sonaba como un imbécil gruñón. Me resultaba mucho más difícil cuando Finn era amable conmigo, porque entonces me sentía mal. Adele me trataba como a una basura porque así me había visto durante años, así que no me sentía culpable por ser grosero con ella. En todo caso, *me alegraba mucho* hacerla enfadar. Pero ser malo con Finn era como... golpear a un cachorro sin razón. Cualquiera con alma no podría soportar esa idea.

—No, vi el videoclip —dijo, haciendo una pausa solo para volver a toser—, pero sé que eso no siempre es todo.

San Finn. Sonaba como el niño del cartel de la Gripe del Asco, y llamaba para ver cómo estaba el imbécil de su hermano.

Me froté la frente.

—Yo no era el único bajo la influencia, y créeme, él hizo algo para instigar mi arrebato.



—Sí, usaste algunas combinaciones de la palabra con P que nunca había oído antes.

—Y Adele dice que nunca aprenderás nada de mí —señalé.

Resopló ruidosamente, sin que le hiciera gracia mi intento de broma.

—Estaré bien, Finn —le dije—. Ahora voy de camino a Burton. Voy a intentar arreglarlo.

Se quedó callado.

—¿Vas de camino?

—Mierda —dije—. Sí. Supongo que podría haberte avisado antes de aparecer por casa más tarde.

—No estarán en casa de todos modos.

—¿Por qué no? —Comprobé mi ángulo muerto y me moví de carril.

—Tienen una gran recaudación de fondos a la que asistir esta noche para la caridad de algún tenista.

Mi mente hojeó el Rolodex mental.

—Ah, claro. Me he enterado. Uno de mis colegas iba a ir con su agente, pero tuvo que trabajar.

Cuando volvió a cortar el altavoz, hice una mueca.

—Se suponía que yo tenía que ir —dijo—. Pero tengo que llamar a Lia y cancelar.

—¿Por qué iban ustedes dos? No es tu escena habitual.

—Para ayudar a mamá y papá. Aún no han conseguido la financiación para la ampliación que quieren. Supongo que el tipo que quieren conocer estará ahí porque está muy centrado en el deporte. Pensé que la conexión de Lia con el fútbol los ayudaría.

Ahh. Por supuesto, Finn y su intrépida mejor amiga contribuirían a la causa.

Mi mente empezó a acelerarse, casi tan rápido que apenas podía seguir el ritmo de mis propios pensamientos. Centrado en el deporte. Atletas y



filántropos, agentes y empresas patrocinadoras, todos en la misma sala. Incluso podría haber alguien de Burton ahí.

—¿Qué tan enfermo estás? —pregunté.

—Enfermo. Si no tuviera fiebre, podría intentar aguantar, pero no hay manera de que pueda ir. —Suspiró—. Mamá y papá se enfadarán porque es imposible que Lia vaya con ellos sola.

Al escucharlo pensar primero en los demás, tuve que admitir una vez más que Finn, por sí solo, no era una completa mierda.

Un poco cuadrado, tal vez. Y el Señor Todo 4.0 definitivamente me ganaba en el departamento de cerebro, donde yo sobresalía era más bien en la naturaleza física. Por eso él estaba a mitad de la carrera de medicina que le haría trabajar más de noventa horas a la semana algún día, y yo era un snowboarder semiprofesional que acababa de perder a su patrocinador principal.

No sabía una mierda de matemáticas, pero no me hacía falta. Si alguno de mis frustrados profesores a lo largo de los años pudiera señalarme una sola vez en mis veintiséis años en la que hubiera necesitado álgebra, me comería mi tabla de snowboard Libtech favorita de un bocado cada vez.

Pero no se lo eché en cara a Finn. No era culpa suya que su mamá viniera de un matrimonio de mierda, a la dicha conyugal en la que se encontraban el uno con el otro, y que el fruto de esa unión (él) fuera por ello todo bueno y perfecto. Mi papá había sido un papá triste, viudo y soltero antes de conocer a Adele, así que veía a Finn más o menos de la misma manera que mi madrastra.

Finn volvió a toser, el sonido fue tan repugnante que me estremecí como si acabara de rociarme la cara con sus gérmenes.

—Más te vale que no necesites que vaya a cuidarte —le dije.

—No —gimió—. Pero pensé en pedirle a mamá un poco de su sopa de pollo.

—¿Y crees que eso ayudará? —pregunté en voz baja.

Pero no lo suficientemente bajo, porque suspiró.



—Bauer —me reprendió. No podía culparlo. Si alguien hablara mal de mi mamá, recibiría un codazo en la garganta. Dios la tenga en su gloria. Ni siquiera recordaba a mi mamá, pero le daría un puñetazo a alguien si hablara mal de ella.

—Lo siento. —Me removí en el asiento, los neumáticos de la autopista se comían la distancia entre el lugar al que llamaba hogar y el lugar del que procedía. Puede que solo hubieran sido unas pocas horas de viaje, pero eran un universo aparte por lo diferente que yo me sentía respecto a ellos.

—Hablando de mamá, será mejor que la llame ahora —dijo Finn.

—Solo... espera un segundo. —Golpeé el volante con los dedos mientras sopesaba la idiotez de lo que estaba a punto de sugerir—. Tal vez pueda ayudar.

—¿Tú?

Como nunca me ofrecí a ayudar a nuestros papás, ni siquiera podía molestarme por lo sorprendido que sonaba.

—¿Y si yo voy en tu lugar?

Finn se quedó callado.

—¿Por qué te ofreces?

Por un momento, pensé en decirle que quería ayudarlo. Decirle que era por nuestros papás, pero nunca lo creería.

—Tal vez pueda encontrar a alguien de mi propia rama para charlar. Un nuevo patrocinador.

—No lo sé, Bauer —insinuó—. No puedo imaginar que vayan por ello.

—Entonces no se lo digas.

—Tengo que decírselo a Lia —intervino, con la voz más fuerte que en toda la conversación.

—No, en realidad no.

—No le mentiré.



—Mientes fatal, así que no te sugeriría que mintieras —le dije—. Escucha, Finnegan, si Lia no va a ir sola con nuestros papás, seguro que no va a ir conmigo, ¿verdad?

—De ninguna manera.

Lia era tan producto del lavado de cerebro de Adele como Finn tras años en nuestra casa oyendo hablar del delincuente juvenil que se metía en líos con la ley y se escapó de casa a los dieciocho años.

—¿Y estás diciendo que quieren a Lia ahí para impresionar a algún tipo?

Finn volvió a quedarse callado.

—Sí. Supongo que es un gran fan de Washington. Pensaron que quizá conocer a la hermana pequeña de Logan Ward... No sé, les daría alguna forma de presentarse.

Puse los ojos en blanco porque parecía una idea de Adele. Pero si me daba una entrada a ese salón de baile, podría tener una oportunidad.

—Tiene sentido.

—¿Así que quieres que —hizo una pausa—, les haga creer que soy yo el que va, pero que tú aparecerás en mi lugar?

—Sí. —Imaginando la cara de Adele cuando entrara, no pude contener mi sonrisa—. Te juro que ni siquiera me quedaré en la mesa, excepto para comer. Apenas me verán mientras estén haciendo de proxenetas de tu mejor amiga con el viejo rico.

—Eso no es lo que están haciendo, Bauer —dijo con cansancio.

—Mmkay.

—No lo sé.

—Finn, piénsalo. Esto ayuda a todos. Ayuda a nuestros papás y ayuda al centro —le dije con tono de ayuda, como si él no supiera por qué estaban ahí—. Lia te perdonará porque apenas tendrá que tratar conmigo.

—Sabes que enloquecerá cuando te vea —dijo Finn—. Imagínate las palabras con P que usaste en el vídeo volviendo en tu dirección.



—Me prepararé todo lo posible —respondí con seriedad—. No es la primera vez que una mujer me echa la bronca.

—Solo... sé amable, ¿de acuerdo? Esto es muy importante para nuestros papás.

No la cagues. Oí el mensaje alto y claro, directamente de la boca del Chico de Oro.

—Finnegan, no soñaría con ser otra cosa que un ángel perfecto.



3

Claire

—Absolutamente no.

Lia se dejó caer en la cama.

—Es lo que yo me habría puesto.

Señalé el vestido que sujetaba con sus malvadas manos.

—Es la mitad de tela de la que quiero que cubra mi cuerpo.

Mi hermana se volvió a sentar, justo cuando sus ojos daban una vuelta completa.

—Es largo hasta el suelo.

Frenéticamente, mi mano se agitó en algún lugar cerca de mi esternón.

—Sí, y hay una abertura del tamaño de Minnesota y una V que hace que mi ombligo se sienta *preventivamente* frío.

Lia sonrió.

—Lo sé. Estarás guapísima. Quizá al tipo del que quieren dinero le gusten las morenas veinteañeras.

Era tan, tan increíblemente divertida.

—Es broma. —Ella suspiró ya que le estaba dando mi mejor imitación de Mt. Rushmore—. Bueno, no bromeemos con sexualizar un intercambio financiero filantrópico porque, clima social actual aparte, es una idea horrible y prostituta, y yo no la aceptaría ni en un millón de años.

Lia asintió con seriedad.

—Tomo nota. Yo tampoco lo haría.



Volví a mirar el vestido. La sola idea de ponérmelo en público -y no solo en el tipo de público en el que otras personas con ojos podían verme, sino con Finn en público-, hacía que mi piel se sintiera dos tallas más pequeña para mi cuerpo. Como si estuviera encogiendo el esqueleto para protegerme del bonito satén amarillo pálido. ¿No podía ir al evento de etiqueta con mis vaqueros y mis Chucks? ¿Mi descolorida camiseta de manga larga de los Washington Wolves con mi apellido en la espalda?

De acuerdo, bien, estaba ahí desde los días de jugador de Logan, pero seguía siendo mi nombre también.

Lia, a pesar de ser físicamente más atlética que yo (¿a qué viene eso de ser gemela?), vestía como un ser humano bien arreglado más a menudo que yo. En su armario había cosas como vestidos preciosos, por si teníamos que asistir a un acto benéfico como el del dentro de... oh, cuatro horas, me di cuenta miserablemente.

Durante los últimos días, mi hermana se ha pasado el tiempo taladrándome sobre cosas que *ella* sabría. Como si no tuviera ya memorizadas todas las facetas de la vida de Finn.

Su comida favorita era el jamón y queso a la plancha y la sopa de tomate, aunque ella lo regañaba a menudo por comer como un niño de seis años.

Su atleta favorito era Tiger Woods, lloviera, brillara, fuera infiel... lo que fuera. En la mente de Finn, su resistencia y empuje superaban cualquier problema personal.

Incluso me preguntaba tonterías que jamás se plantearían en una mesa civilizada. Como el momento más embarazoso de Finn: el día que perdió la virginidad con Cassie McMahon, a los diecisiete años, rompió el condón con sus propias manos al sacarlo del paquete.

Algo que desconocía por completo y que podría haber vivido el resto de mi vida sin saber porque recordaba a Cassie McMahon y su larga y preciosa melena rubia. Su curvilínea figura de reloj de arena y sus deliciosos labios. Si ése era el tipo de Finn, estaba jodida.



Miré mi cuerpo, que consideraba en el lado feliz de la media en todas las cosas. De estatura media, no sobresalía por encima de nadie, excepto quizá de nuestro sobrino de ocho años, Emmett.

En mi opinión, el cabello castaño es bastante normal, aunque siempre me pareció que el de Lia era más brillante que el mío.

Ojos azules básicos.

Una nariz, unos labios y unos pómulos quizá un poco mejores que la media, regalados por Brooke.

Todo mi cuerpo, por así decirlo, se sentía incómodo con el material resbaladizo del vestido y la forma en que se deslizaba por mi cuerpo. Era el tipo de vestido que hacía que la gente se quedara mirando, me di cuenta. A Lia nunca le molestó eso. Mi gemela no buscaba esa atención, pero no le incomodaba como a mí.

Me acerqué a la cama e ignoré la mirada especulativa de Lia. Estiré los dedos y enganché la percha, levantándola para que el vestido descendiera en una fluida columna de seda.

—Nunca me visto de amarillo —me oí decir.

Lia esbozó una sonrisa triunfal y yo también la ignoré.

Una noche. Tendría una noche, mi oportunidad de pasar tiempo de calidad con el chico que me había gustado durante años, aunque él pensara que era mi hermana. Comeríamos una comida cara que probablemente sabría a cartón y escucharíamos a adultos hablar de cosas importantes. Y quizá, solo quizá, me arriesgaría y le diría a Finn que era yo y lo que sentía.

Con un vestido de seda amarillo que me hacía parecer mucho más que normal. La idea surgió y desapareció antes de que pudiera detenerla.

—Ahí está —susurró Lia—. Te va a quedar de muerte, hermanita.

La miré secamente.

—Por dos minutos.



—Aún cuenta. —Me dio un golpe en la nariz—. Ve a probártelo. Tengo que irme a mi seminario en quince minutos, y quiero ver cómo te queda antes de irme.

Cuando me dejó sola en mi dormitorio, sentí una punzada de nervios más intensos que los que había estado arrastrando los últimos días mientras preparábamos este plan demencial. No es que me preocupara que el vestido no me quedara bien. Aunque Lia se las arreglara un poco más, éramos de la misma talla y teníamos el mismo color.

Podía imitar su peinado, maquillarme como ella (se pintaba los labios más de lo que yo me atrevía) e incluso adoptar algunos de sus gestos sin pensármelo dos veces. Pero lo que más temía eran los momentos tranquilos. Los momentos de la cena en los que Finn me miraba, esperando ver a su mejor amiga y compartir una mirada sobre algo que ambos consideraban estúpido o exagerado. ¿Qué aspecto tendría mi cara en esos momentos?

Como mi hermana mayor, Molly, llevaba mis emociones en la cara. Excepto con Finn. Había aprendido a ocultarlas bajo la montaña del respeto fraternal, el indefinible vínculo de gemelas que siempre había sido más importante que lo mucho que me gustaba la sonrisa de Finn y la forma en que murmuraba chistes en voz baja cuando creía que nadie lo escuchaba. La rapidez con la que pensaba y la forma en que era capaz de manejar a Lia cuando se ponía más terca.

Nada entre ellos era romántico, lo sabía. Habían sido amigos durante demasiado tiempo. Pero tal vez yo podría empezar algo con él, si tuviera la oportunidad, una verdadera oportunidad, de llegar a conocerme como algo más que la hermana de Lia.

Todavía sola en mi habitación, con los sonidos de Lia dando vueltas por el apartamento, me desvestí en silencio. Un vistazo al reloj de cabecera me dijo que tenía más de una hora antes de que Finn me recogiera.

Probarme el vestido antes de peinarme y maquillarme podría haber sido una tontería, pero entonces tal vez fui tonta por querer que mi hermana me diera su visto bueno antes de escabullirse y dejarme sola en esta duplicidad. Mientras deslizaba los tirantes fuera de la percha acolchada, pensé en una de las lecciones de mis últimas clases.



Los niños suelen empezar a desarrollar la capacidad de mentir en torno a los tres años. A esa edad es apropiado para el desarrollo y bastante inofensivo. De hecho, en cierto modo, es una señal positiva. Cuando un niño puede formarse la idea de que una narrativa diferente podría servirle mejor, muestra que está empezando a procesar cómo funciona la mente. *Mi mamá piensa una cosa y yo no estoy de acuerdo; por lo tanto, voy a decirle algo que ella quiere oír.*

Resulta extraño pensar que es alentador, pero desde el punto de vista del desarrollo, no es algo terrible cuando los niños descubren el camino de la verdad.

Pero lo que estábamos haciendo Lia y yo era una señal de otro tipo. Me subí el vestido por encima del cuerpo e inhalé con fuerza al sentir el material contra mi piel desnuda.

Decadente.

Suntuoso.

Y egoísta.

Había muy poco positivo para nadie en esto, excepto para mí. Ni siquiera Lia ganaba nada con que yo fuera en su lugar, porque ambas sabíamos que no iba a saltarse la clase. Mi mentira no estaba al mismo nivel que la de un niño de cuatro años que le dice a su mamá que se va a vestir y, en lugar de eso, acaba en el patio trasero pisando charcos de barro en pijama. Estaba fingiendo ser alguien diferente solo para ganar tiempo con alguien que nunca me había mirado dos veces.

Con ese pensamiento, me di la vuelta y me vi en el espejo apoyado contra la pared blanca.

Se me cortó la respiración sin querer.

—Wow —susurré.

La cara de Lia apareció detrás de mí, partida en una amplia sonrisa.



—Daaaaaayuuuum¹. Tienes *buen aspecto*, C.

Mis mejillas se llenaron de su genuino elogio.

—No puedo llevar sujetador con esto, Lia.

—Seguro que no. —Me dio un codazo—. No te agaches demasiado rápido por nada.

—Puedo prometerte que no lo haré. —Pasé las manos por la parte delantera del vestido. La V era tan estúpidamente baja, mostrando una parte de mi pecho que nunca había mostrado en público.

Pero además de eso, me veía... Me veía como una princesa.

Como si Belle, de *La Bella y la Bestia*, mejorara su vestido de asesina en el siglo XXI.

Una princesa sexy, definitivamente no de apariencia promedio.

—¿El segundo nombre de la mamá de Finn?

Puse los ojos en blanco.

—Robin.

Tarareó.

—¿El padrino de su medio hermano?

Me giré.

—No necesitaré saber nada de eso. Además, me dijiste que su hermano es un tema delicado. ¿Por qué iba a salir en una cena elegante en la que intentan impresionar a alguien?

—Nunca se sabe —dijo—. A eso me refiero.

—Acaba de perder su patrocinio con Burton esta semana. —Suspiré. Como si me importara mucho el aparentemente loco, tatuado y snowboarder hermano de Finn. Medio hermano, lo que sea.

Chasqueó los dedos.

¹ DAYUM significa "Maldita sea". Es una representación cómica de cómo suena la palabra "Damn" cuando se pronuncia con acento del sur de Estados Unidos. Se utiliza mucho para expresar (normalmente en tono de burla) enfado, frustración o admiración, o para dar énfasis.



—Bien. Ni siquiera te hice tropezar con esa.

—Tienes que irte —le dije.

—Lo haré, lo haré. —Lia hizo una pausa antes de volver a salir de mi habitación—. Lo vas a hacer genial.

Le sonreí.

—Gracias.

—¡Ni siquiera sabrán que eres tú!

Mi sonrisa se desvaneció cuando se marchó, porque cuando las palabras inocentemente pronunciadas cayeron entre nosotras como un globo desinflado, de repente no me sentí tan princesa.

Me sentí como un fraude.

La puerta se cerró de golpe tras Lia al salir del apartamento.

Solo yo, mi triste reflejo de princesa y el vestido amarillo hecho para otra persona.

Tardé un segundo, pero me encontré con mis propios ojos azules de manera uniforme y respiré hondo.

—C, cálmate. Eres una maldita Ward.

Así que eso fue lo que hice.

Tras cubrir cuidadosamente el vestido con mi bata de algodón, me ricé el cabello hasta que cayó sobre un hombro en bonitas ondas. Utilizando todos los pinceles de maquillaje de Lia, me apliqué sombra de ojos de color bronce dorado hasta que mis ojos parecieron casi indecentemente azules en mi cara. Los brazos del reloj hacían clic cada vez más rápido hasta que estuve segura de que alguien me estaba gastando una broma cósmica.

Una hora para prepararme me parecía una locura para una mujer que podía ducharse, vestirse y estar lista para ir a clase en menos de veintidós minutos un día laborable normal. Lo que me mantenía firme era imaginarme a Finn en la puerta, guapo y bien afeitado con su esmoquin negro.



Cerré los ojos y suspiré feliz. Tal vez conseguiría un baile, si tenía suerte. Solo tendría que no hacer algo estúpido como agarrarle el trasero cuando pensara que era Lia.

Mi teléfono zumbó, el teléfono que ahora tenía la funda de Lia, porque mi hermana era muy meticulosa, con un mensaje que llevaba su nombre.

Lia: *Todavía no hay noticias de Finn, pero eso no es anormal si está ocupado. NUNCA llega tarde, ¡así que ten ese buen trasero listo para salir en cinco minutos! *cara de beso**

Sonreí mientras tecleaba mi respuesta.

Yo: *PRESTA ATENCIÓN. Este orador es importante, por si no lo sabías. Estaré bien.*

Lia: *Te debo mil favores.*

Yo: *Sí, de verdad lo haces.*

Metí el móvil en mi pequeño bolso nude y me subí a los tacones de punta abierta que me había elegido. Aumentaron mi estatura unos centímetros y di unos pasos por la sala de estar hasta que me sentí segura. El reloj seguía marcando los minutos que faltaban para la llegada de Finn, y sentí una punzada de inquietud.

Con suerte, todo estaba bien.

Justo cuando lo pensaba, y luego me ridiculizaba a mí misma por pensarlo, la puerta de abajo de nuestro edificio de apartamentos zumbó. Lia nunca esperaría que Finn subiera, así que respiré hondo e imité a mi hermana.

—¡Ya bajo!

Con un respingo, solté el botón. Demasiado alegre, Claire, demasiado alegre.



Cerré la puerta del apartamento tras de mí y bajé con cuidado un tramo de escaleras hasta el vestíbulo. Tras la puerta de entrada, vislumbré unos hombros anchos enfundados en negro medianoche, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Mis ojos se entrecerraron. Aquellos hombros... eran demasiado anchos. Unos pasos más y me di cuenta de que me temblaba la mano al agarrar el picaporte.

Fue entonces cuando se dio la vuelta.

No. No, no, no, todo esto estaba mal.

Cuando no empujé inmediatamente la puerta, su mano salió de los bolsillos del pantalón y capté un destello de tinta a lo largo del dorso de su mano grande y de aspecto áspero.

Me quedé con la boca abierta cuando abrió la puerta.

¿Dónde estaba la cara sonriente? ¿La mandíbula bien afeitada? ¿Dónde estaba Finn?

—Tú... —susurré. Me temblaba la cabeza antes de que pudiera intentar enmascarar mi reacción.

No sonreía. No, su expresión facial podría calificarse de sonrisa burlona, si es que alguna vez había visto una. Su boca era firme y ancha, un duro y socarrón gesto en su rostro.

Que tampoco estaba bien afeitado. Tenía mandíbula, sí, pero las similitudes terminaban ahí. Era más oscuro, más grande, más alto que Finn en todas las categorías. Pero los ojos, lo noté inmediatamente; tenía el mismo color de ojos que su hermano.

—No es a quien esperabas, lo sé —murmuró, con los ojos recorriendo la parte delantera de mi cuerpo—. Finn está enfermo, así que estás atrapada con el hermano malo por una noche, princesa.



4

Bauer

Tardé menos de noventa segundos en darme cuenta de que me habían engañado.

Durante todo el trayecto hasta una modesta zona a las afueras del centro de Seattle, imaginé cómo reaccionaría Lia. El regocijo que sentí al ver cómo reaccionaba al estar conmigo toda la noche -el despojo de Lucifer, como me llamaba cada vez que me metía con Golden Boy-, fue sencillamente hermoso.

Si la mujer que me abrió la puerta, la mujer del vestido amarillo que se ceñía perfectamente a cada curva, la mujer que me miraba como si nunca hubiera visto a otro ser humano de la variedad masculina fuera Lia Ward, me prendería fuego.

Si hubiera sido Lia, habría maldecido como un marinero en cuanto me hubiera visto, reaccionando en el tiempo exacto que me llevó darme cuenta de que ahora estaba destinado a pasar una noche con su gemela idéntica. ¿Cómo se llamaba...?

Clarissa.

No, Clara.

La miré de reojo mientras caminaba a mi lado, intentando desesperadamente fingir que no estaba a punto de perder la cabeza.

Claire. Eso era. Claire y Lia. Había oído sus nombres en el mismo aliento a menudo por Golden Boy. Mientras caminábamos en incómodo silencio, me devané los sesos buscando lo que podía recordar de ella.

No mucho, pensé frunciendo el ceño.



Una estudiante. En alguna parte. Estudiando... algo inteligente.

Puse los ojos en blanco. Con razón nadie me invitaba a ningún sitio.

—¿Y dices que Finn está enfermo? —preguntó.

Canturreando, me puse detrás de ella para abrirle la puerta del acompañante de mi Jeep. Con las cejas fruncidas, miró de la puerta abierta a mi mano, a mi cara y luego repitió la operación.

—Mortalmente —le dije—. Ni siquiera la famosa sopa de pollo con fideos de su mamá podrá curar lo que le aqueja.

Mientras lo decía, le dirigí una rápida mirada porque Lia sabría que Adele era una pésima cocinera.

—Me pregunto por qué no ha llamado —murmuró.

Llamado a su hermana, era lo que quería decir, pero mientras sujetaba con cuidado la enorme abertura del vestido que casi dejaba al descubierto toda la longitud de sus piernas morenas, decidí que esta evolución me deparaba una velada mucho más interesante de lo que había planeado.

¿Por qué la guapa Claire Ward se hacía pasar por su hermana?

Sentada en el asiento del copiloto, cruzó las manos sobre el regazo y se quedó mirando al frente. Fingiendo mal. Era increíble que cualquiera de las dos pensara que sería capaz de engañar a Finn. Claro, sus caras podían tener los mismos rasgos, pero la mujer que parecía una princesa no se parecía en nada a su hermana.

Y me pareció bien.

Mientras me acomodaba en el asiento y arrancaba el Jeep, decidí que descubrir este misterio podría ser una velada muy entretenida. Si lograba pasar a mi papá y a Adele, estaría impresionado.

Desde mi periferia, vi cómo subía y bajaba los hombros mientras respiraba hondo y lo soltaba.

Me hizo sonreír.

—¿Qué? —preguntó ella, con un poco más de acaloramiento en el tono.



—Solo encuentro gracioso que necesites ejercicios de respiración para pasar la tarde con el otro hermano Davis.

—No estaba haciendo ejercicios de respiración —explicó con calma—. Es que... no me esperaba —Claire hizo una pausa y sus ojos azul oscuro se desviaron brevemente en mi dirección—, a ti.

—No mucha gente lo hace, princesa.

—Ese no es mi nombre —espetó. Ahora sonaba como su hermana.

—Soy consciente de ello. —Le dirigí una breve mirada propia, con cuidado de no usar el nombre que llevaba por la noche, y ni de lejos tan bien como llevaba ese vestido—. Pero lo pareces, así que encaja.

Frunció el ceño, pero no contestó de inmediato.

Condujimos en silencio, en dirección al centro. Suspiré cuando todo lo que vi frente a mí fueron luces de freno rojas.

—¿Fue un cumplido? —preguntó. Esta vez, su mirada no fue breve. No se apartó de mí. Me inmovilizó, como un insecto bajo la luz.

Levanté las cejas. Puede que no tuviera la mordacidad de Lia, pero esto era un subidón que no me esperaba.

—Depende de si te gustan las princesas.

Claire no puso los ojos en blanco, pero dejó caer los párpados antes de levantarlos lentamente. Ocultar su reacción la hacía aún más fascinante en mi opinión, lo que no auguraba nada bueno para ella. Esta aburrida velada, que normalmente evitaría como un ácido hirviendo si no fuera por mi propia situación, era mucho más interesante con ella dentro. Incluso más que si Lia hubiera estado en el asiento de al lado.

Enganché una muñeca en la parte superior del volante.

—Resulta que a mí sí. En su mayor parte. Por supuesto, tengo favoritas como cualquier macho de sangre roja.

Ella no mordió el anzuelo, se limitó a mirar por el parabrisas delantero con las manos todavía bien cruzadas sobre el regazo.

—Ariel está entre mis tres favoritas, sin duda —continué.



Claire exhaló lentamente.

—Como Jasmine. —La miré.

—Esto es muy original. Ni siquiera estoy segura de cómo se supone que debo reaccionar ahora mismo.

Ante su seca respuesta, mi sonrisa fue instantánea.

—¿No tienes curiosidad por saber quién está en el puesto número uno?

—No sé si curiosa es la palabra que yo elegiría —murmuré.

Se me escapó una carcajada.

Miré a mi ángulo muerto y rodeé el auto que tenía delante. La cara de Claire se inclinó en mi dirección y vi que miraba fijamente el tatuaje del trébol en el lateral de mi mano. No estaba siendo muy cuidadosa, la princesa del vestido amarillo. Lia ya había visto antes mis tatuajes, así que nada de ellos le interesaría.

Por razones que me negué a profundizar, le lancé un hueso antes de que llegáramos a la cena.

—¿Recuerdas cuando obtuve este? Siento que se burlaron de mí durante días.

Parpadeó un par de veces ante el sutil recordatorio de quién se suponía que era.

—Todavía quiero hacerlo —dijo suavemente—. Solo estoy tratando de decidir si te echarán por exceder la cantidad máxima de tinta visible en un evento como este.

—No. —Me subí el puño y miré el borde inferior de la brújula que había añadido unos seis meses antes—. Esta noche estarán presentes suficientes atletas que serían muy hipócritas si tuvieran algún problema conmigo.

Claire olfateó con delicadeza y capté cómo sus dedos se tensaban en su regazo. Al pensar que, a medida que nos acercábamos a esta pequeña actuación, esperaba que fallara, solo tardé unos segundos en situarla. Atletas.

Por supuesto.



Princesa era un nombre apropiado para ella cuando pensaba en su educación. Los Wards eran la realeza absoluta del fútbol. Lo más probable es que en la cena estuviera presente más de un jugador de los Washington Wolves. Tal vez algunos miembros de la oficina también. Era el quién es quién de la escena filantrópica del noroeste del Pacífico, y eso incluía a jugadores de todos los grandes equipos profesionales del estado. Podía haber gente que conocía a Claire y a Lia desde que eran pequeñas. ¿No sería interesante?

Sin embargo, ella estaba arriesgando eso por razones que yo no podía entender.

Se aclaró la garganta cuando llegué al Four Seasons. El aparcacoches, elegantemente vestido, abrió la puerta de Claire y vi cómo se le abrían los ojos.

Sí, dímelo a mí, amigo.

Le dejé las llaves en el contacto y le di un breve apretón de manos mientras permanecía a mi lado en el Jeep.

Claire se detuvo justo debajo de las luces de la entrada del hotel, y la longitud ondulada de su cabello castaño oscuro reflejaba las luces en el sol mortecino. Incliné la cabeza y la observé un momento.

Hacía tiempo que no pasaba una noche así con una mujer, especialmente con alguien como Claire. Vestida elegantemente y en la ciudad, con una buena chica por si fuera poco. Casi me sentía como si fuera otra persona porque me las había arreglado para encontrarme en una situación tan extraña.

Era increíblemente hermosa, de la forma natural y despreocupada que odian las mujeres muy maquilladas. Había algo en la forma en que miraba fijamente el alto edificio de color pizarra con su amplia vista del sonido, algo que no podía definir. Tenía una pizca de asombro infantil cuando sus ojos se posaron en la noria del muelle y en la ligera curvatura de sus labios.

Al mirarla, sentí que el pecho se me hinchaba con algo extraño y cálido al pensar que yo era el hombre que entraba en aquella habitación con ella del brazo.



Nadie más.

No Golden Boy o cualquiera de los otros pavo reales bajo ese techo.

Solo yo.

Me acerqué detrás de ella en silencio mientras seguía contemplando la vista con asombro.

En todos los sentidos, Claire Ward era demasiado buena para mí. Era pulcra y limpia e inocente, sin rastro de cicatriz o tinta en la piel que yo pudiera ver. Era obvio en sus ojos que se sentía amada, feliz y segura, y ése era el tipo de mujer por la que yo no podía sentir ningún tipo de atracción, pero muy despacio, alargué la mano y ahuequé su codo con la mía, solo para poder sentir su piel contra la yema de mis dedos.

Se sobresaltó, pero no se apartó.

—¿Lista para tu entrada, princesa? —murmuré junto a su oído. Los bordes de su cabello me hacían cosquillas en la boca; así de cerca estaba de ella. ¿Por qué estaba aquí?

Claire no contestó de inmediato, pero volvió a respirar profundamente y se giró para captar mi mirada.

El corazón me dio un vuelco incómodo en el pecho.

—Más preparada que nunca —respondió con seriedad.

Mis labios esbozaron una sonrisa y le tendí el codo. Aquel instinto protector de ayudarla a pasar la velada me tomó por sorpresa, más incluso que su presencia. Cuando su pequeña mano se enroscó en mi brazo, sonreí más ampliamente.

—Vamos a levantar un poco de infierno, ¿de acuerdo?

La respuesta fue una amplia sonrisa.

Mientras caminábamos por el vestíbulo modernamente decorado, me sentí como un rey a su lado por la forma en que la seguían los ojos.

Las puertas del salón se abrieron de par en par, y hombres vestidos de esmoquin y mujeres bellamente ataviadas entraban y salían, mezclándose en grupos, charlando y riendo a carcajadas. Los enormes ramos de flores blancas que cubrían las mesas eran probablemente más altos que yo. La



pared del fondo estaba llena de ventanas que daban al agua y, a lo lejos, se divisaban las montañas.

Cada vez que veía una montaña, estuviera donde estuviera, toda mi alma vibraba con el deseo de precipitarme por sus senderos. En cambio, tenía que respirar a través de la sensación claustrofóbica de estar atrapado en un salón de baile.

Sentí que los dedos de Claire se enroscaban aún más en mi brazo. Cuando miré hacia abajo para ver la causa del aumento de presión, vi que mi papá y Adele se acercaban.

Si esperaba con impaciencia la reacción de Adele, iba a llevarme una gran decepción. Su cara, al igual que la de mi papá, no mostró ningún asombro ante mi aparición.

Maldito Finn. No podía mentir para salvar su vida.

Puse una sonrisa cortés en mi rostro y miré a mi acompañante.

En honor a Claire, estaba mucho más preparada para esta parte de la velada que para mi aparición sorpresa.

—Estás increíble, Adele —dijo, inclinándose hacia delante para darle un breve abrazo a mi madrastra—. Ese color te queda de muerte.

Adele se acicaló ante la atención.

—Gracias, cielo. Me siento mucho más cómoda en vaqueros y sudadera, pero sienta bien arreglarse de vez en cuando, ¿verdad?

Claire sonrió, se parecía tanto a su hermana que tuve que parpadear.

—¿Me estás diciendo que no llevas ese vestido al centro? Vamos, no necesitarías mi ayuda para conseguir donaciones si ese fuera el caso.

Mi papá se rio y pasó el brazo por la cintura de Adele.

—Bauer —dijo Adele, con la sonrisa un poco más tensa.

—Estás preciosa —le dije obedientemente. Estreché la mano de mi papá.

—Finn nos dijo que te ofreciste a ocupar su lugar, hijo —dijo—. Sé que éste no es tu ambiente.



Claire me miró de reajo cuando me reí.

—No, no lo es. —Me encontré con sus ojos azul noche—. Pero se me ocurren peores formas de pasar la noche.

Se hizo un incómodo silencio en nuestro pequeño grupo hasta que Adele se aclaró la garganta. Ella y mi papá compartieron una breve mirada.

—Lia, ¿quieres tomar algo? —preguntó mi papá—. Iba a ir al bar.

Ella sonrió.

—No diré que no a eso.

Era desconcertante la facilidad con la que se había metido en la piel de su hermana cuando aparecieron mis papás. Se marcharon, dejándome con Adele.

—Es un honor que la *mejor amiga* de Finn haya querido acompañarnos esta noche.

Le dediqué una pequeña sonrisa.

—Lia haría cualquier cosa por él, ¿verdad?

Adele exhaló pesadamente.

—Por favor, no montes una escena, Bauer. Esta noche es importante para el centro, y para tu papá y para mí. Lia es una gran parte de eso.

Por segunda vez aquel día, alguien de mi familia sintió la necesidad de recordarme que más me valía no fastidiárselo.

Todo lo que hice fue mirarla fijamente.

Ella me devolvió la mirada.

—Teniendo en cuenta lo que ya has conseguido esta semana, pensé que debería recordártelo.

Ahí estaba, el ding que estaba esperando.

—Siempre hay dos caras en una historia, Adele. —Mantuve un tono ligero.



Su risa era ligera y natural, y cualquiera que pasara a nuestro lado pensaría que nos lo estábamos pasando en grande.

—¿Contigo? Claro que sí. Pero esta noche, tu problema de mantener un patrocinador no está en mi lista de preocupaciones. Simplemente no ofendas a nadie, especialmente a Lia, ¿de acuerdo?

Fue un duro recordatorio de que Lia estaba fuera de mis límites, simplemente porque yo era el inoportuno hijastro.

Siempre inoportuno.

Siempre una molestia.

Y por desgracia para Adele, eso solo hizo que quisiera recordarle todas las formas en que podía arruinar una velada.

Justo cuando abrí la boca para hacerlo, oí la voz de Scotty en mi cabeza diciéndome que no fuera idiota, así que, en lugar de eso, me pasé con cuidado la mano por la corbata negra que llevaba al cuello. Por muy divertido que fuera cabrear a mi madrastra, no era la razón por la que estaba ahí. Estaba buscando a alguien de Burton.

Entrecerró los ojos, más atenta a mi proceso de pensamiento de lo que yo creía, porque incluso mi capacidad para mantener la boca cerrada la hizo recelar.

—No tienes nada de qué preocuparte, Adele. Apenas sabrás que estoy aquí.



5

Claire

¿Te han invitado alguna vez a una fiesta de disfraces? Te tomas tu tiempo para planear el atuendo, compras el material, perfeccionas el look y, cuando llegas, descubres que eres la única que no sabía el secreto.

Sí, como Elle Woods en *Legalmente Rubia*.

Sentada en la inocua mesa redonda con comida demasiado cara delante de mí y un enorme despliegue floral que me impedía ver a la persona que tenía justo enfrente, yo era Elle con su disfraz de conejita.

Todo el mundo estaba al tanto de algún secreto en el que me habían metido sin saberlo, dejándome sin una sola persona a la que agarrarme para apoyarme.

Siempre supe, en abstracto y por vagas insinuaciones a lo largo de los años, que Finn y su hermanastro no estaban muy unidos. Que era una especie de marginado, aunque supuse que Lia había exagerado al decir que era un auténtico delincuente. Por lo que recordaba, Bauer Davis era al menos cinco años mayor que Finn y del primer matrimonio de su papá. Era algo extraño que Lia siempre hubiera tenido en común con Finn, un medio hermano del primer intento matrimonial de sus papás. Pero si aquella cena servía de indicio, ahí acababan las similitudes.

Nuestro hermanastro nos crió tras la separación de Brooke. Era nuestro hermano, nuestro papá y, hasta que se casó con Paige, tuvo que desempeñar ocasionalmente el papel de mamá. Logan era la presencia más firme y sólida en nuestras vidas, y las cuatro sabíamos que recibiría un balazo antes de dejar que nos pasara nada.



Pero delante de mí se desarrollaba un tipo de familia completamente diferente.

Bauer era el forastero.

La oveja negra.

El rebelde.

En un mar de corbatas negras y decoro, él estaba cubierto de tinta y actitud.

Lo que no sabía, y lo que no podía dejar de intentar descubrir mientras observaba a sus papás a mi derecha, y a él a mi izquierda, era si Bauer había elegido ese papel, o si se lo habían elegido a él.

—Este pollo es una mierda —dijo mientras se inclinaba hacia mí. Percibí el mismo aroma del Jeep, especiado, limpio y masculino.

El bocado en el que estaba trabajando en ese momento, y en el que llevaba trabajando un rato, se me atascó en la garganta al atragantarme.

—Bauer. —Su papá suspiró.

Se encogió de hombros.

—Lo es.

Intenté no sonreír ante aquel intercambio de palabras, porque a Lia no le habría hecho ninguna gracia. Mi sorpresa inicial al ver a alguien que no era Finn en la puerta se había transformado en una silenciosa reticencia y luego en una fascinación a regañadientes.

Esa fascinación fue la razón por la que estudié desarrollo infantil en primer lugar.

¿Qué hacía que los niños se convirtieran en las personas que eran?

¿Cuánto había de biología? Una codificación en nuestros genes contra la que no podíamos luchar.

¿Y cuánto tuvo que ver el entorno en el que se criaron? Las palabras que se les dirigían, las normas que se les imponían, los elogios que recibían, o que no recibían, como ocurría a veces.



A mi lado había un hombre adulto. Era alto y fuerte, no se avergonzaba de quién era como persona. Pero delante de las personas que lo habían criado, observé el cambio de su personalidad como si alguien hubiera cambiado de canal en la televisión.

Me resultaba imposible no imaginarme lo que había sido para Bauer de niño, porque dos cosas estaban meridianamente claras mientras masticaba el pollo que sabía a cartón.

Su hermano Finn era muy querido por sus papás. Estaban orgullosos de sus logros académicos y de la carrera de medicina que estudiaba. Hablaban maravillas de la clase de hombre en que se estaba convirtiendo, todo lo que yo sabía antes de entrar en la cena. Que era inteligente y amable, con un gran corazón para servir a los demás.

Y Bauer era su otro hijo.

Adele le hablaba de forma cortante.

Una rapidez en sus miradas, como si le molestara tener que estar con él demasiado tiempo. Pero también le molestaba la atención que recibía de los demás.

La mujer a la izquierda de Bauer estaba mucho más interesada en él que en Adele, a juzgar por la forma en que miraba fijamente los bíceps que tensaban la chaqueta de su traje, la anchura de sus hombros bajo el material negro y la dura línea de su mandíbula bajo todo el desaliño que la cubría.

—Snowboard —ronroneó, inclinándose hacia él hasta que su escote prácticamente se salió de su vestido rojo—. Qué interesante.

Le dirigió una mirada seca.

—Siempre lo he pensado.

—Debes tener que hacer ejercicio *constantemente*.

—Apenas tengo tiempo para comer o dormir —respondió con seriedad.

Mis labios se enrollaron con fuerza sobre mis dientes, y me concentré con todas mis fuerzas en beber un sorbo del dulce vino blanco que el papá de Finn compró para mí.



Adele se burló en voz baja y yo luché contra una oleada de fastidio.

Lia no se habría enojado, me recordé. Conocía a mi hermana tan bien como a mí misma y, santos camellos, era más difícil de lo que pensaba pensar como ella todo el tiempo.

—Finn estaba tan enfermo, cariño —susurró Adele conspiradoramente—. De lo contrario, nunca te habría dejado con Bauer por la noche.

¿Qué haría Lia?

Lia habría puesto los ojos en blanco, así que lo hice.

—He sobrevivido a cosas peores.

Se rio encantada.

Estar en esa broma con ella se sentía baboso porque no, él no era Finn, pero seguía siendo una persona.

Su hijastro.

Fue el deleite que me empujó lo suficiente sobre el borde para decir algo.

—Pero no es tan malo, sabes. Podría hacer algo mucho peor para mi cita de la noche que un snowboarder profesional.

Pensé que había hablado lo bastante bajo, pero Bauer se quedó quieto a mi lado.

Adele parpadeó ante mi suave reprimenda, pero hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto. No está acostumbrado a este tipo de eventos. No es su público —dijo con delicadeza—. Finn prácticamente nació para impresionar a la gente.

Por desgracia, no se equivocaba. Finn era impresionante. Hablaba bien y era inteligente. Escuchaba muy bien lo que decía la gente y lo que no. Pero una cosa no tenía nada que ver con la otra, y si pensaba en Bauer y en lo que ese tipo de comparación constante podía hacerle a un niño, hacía que esa parte de mí que anhelaba ayudar a los niños que se enfrentaban a cosas así se encendiera con un fuego justiciero.



—¿No lo sabemos todos, Adele? —intervino Bauer—. Créeme, nunca lo habría sugerido si no hubiera incluido *algo* para endulzar el trato. —Mientras lo decía, burlándose claramente de ella con su tono, estiró el brazo a lo largo del respaldo de mi silla. Su pulgar se hundió peligrosamente y sentí que rozaba el borde de mi columna vertebral. Me quedé muy, muy quieta.

Los ojos de Adele se entrecerraron peligrosamente, así que carraspeé.

—Solo podía desearlo, Adele. Ignóralo.

Bauer retiró la mano con una risita que me erizó el vello de los brazos. Normalmente, era el tipo de insinuación masculina que me haría querer retorcerle las pelotas con un nudo -yo también sabía cómo-, pero era tan obvio que la estaba provocando, tratando de obtener cualquier tipo de reacción de esta mujer, aunque fuera su desprecio. El desprecio, cuando te han ignorado y pasado por alto, era una alternativa preferible, a veces.

—Entonces —continué—, el tipo con los bolsillos llenos, ¿sabemos dónde está sentado?

Adele se animó. Esto podía entenderlo de ella, y por qué me dolía verla tratar así a su hijastro. Dirigían un centro comunitario maravilloso, que ayudaba a jóvenes en situación de riesgo a acceder a deportes, artes y actividades que normalmente no podrían experimentar. Había recorrido su página web con alegría porque algunos de sus programas para niños eran increíbles. Logopedia para niños que no podían costearla de su bolsillo. Tutoría para estudiantes con dislexia que no recibían el apoyo que necesitaban en la escuela. Tutoría cara, si sus papás tenían que pagar la factura.

—Está en la mesa detrás de nosotros —dijo en voz baja—. Pero no te des la vuelta. Es demasiado obvio. Estoy tratando de averiguar cómo ir ahí sin ser...

—¿Obvia y desesperada? —Bauer agregó.

La sonrisa de Adele estaba tensa en los bordes.

—Algo así.



Recordando algo que me dijo Lia, toqué el brazo de Adele para redirigirla.

—Lo comprobé con alguien de la oficina principal, y ha sido poseedor de entradas de Washington durante las últimas cinco temporadas.

Adele asintió.

—Es un gran admirador de tu hermano.

Mi sonrisa parecía la primera natural de la noche.

—Puedo entenderlo.

—El señor Harper sería perfecto —explicó—. Es propietario de un equipo canadiense y, aunque está empezando a participar en actividades filantrópicas aquí en Seattle, todavía no ha dado un paso importante. Creo que con su conexión con el deporte y lo mucho que trabajamos en el centro para que los niños se involucren en el atletismo, todos saldríamos ganando.

—¿Por qué no iba a asociarse con un jugador? Hay muchas fundaciones creadas con ese fin —dije. En mi cabeza, podía contar seis jugadores actuales de la plantilla de los Wolves que se dedicaban exactamente a eso y lo hacían muy bien. A lo largo de los años, mis hermanas y yo habíamos participado en tantas actividades de recaudación de fondos para diversas fundaciones que nunca podría contarlas todas.

Adele se quedó inmóvil y me miró con extrañeza.

El corazón me latía incómodo. Lia no hacía preguntas así, aparentemente.

—Bueno, por eso estás aquí, cariño —dijo. Su voz era dulce y suave, su rostro candoroso y sus ojos muy abiertos—. Me acercaré a saludar y tú vendrás a traerme mi bebida. Te lo presentaré y ¡voilà!

Voilà, pensé.

Voilà, ¿por quién era mi hermano, este tipo iba a entregarme un cheque con un montón de ceros? Como plan, me parecía tan estable como un palillo intentando sujetar un Volkswagen, pero mantenía los labios firmemente cerrados.



Oh, mi hermana me debía tanto, tanto por esta noche. Pero eso, por supuesto, era la ironía. Antes de que me lo pidiera, todo en lo que podía pensar era en mi fastidio porque Finn no había respondido a lo que fuera lo que me hacía tan diferente de Lia. Y eso se sostenía en extraña yuxtaposición con nuestra intercambiabilidad en todo esto.

Podría haber sido cualquiera de las cuatro hermanas Ward, y a Adele probablemente no le habría importado. Quién fuera yo no le importaba lo más mínimo. La deshonestidad de lo que estaba haciendo se desvanecía ligeramente cuando pensaba en la noche en esos términos.

Porque aunque me hubiera presentado como Claire, diciéndole que venía en lugar de Lia, no habría importado. Probablemente a Finn tampoco, tristemente.

Lo único que quería era pasar un rato con Finn, y ahora básicamente me estaban prostituyendo por mi apellido. Quién era yo no importaba, y sentada en esa gran mesa, de repente me sentí muy sola.

Tomé otro sorbo de vino mientras Adele se giraba para hablar con su marido. Arriba, en el escenario, estaban explicando... algo. Sobre las obras de arte a la venta, expuestas en el salón de baile. Pero no pude oír ni una palabra por encima del bostezo de decepción que se desplegaba tras mi pecho. Intenté detenerlo, pero era inevitable. Desde el momento en que alguien se dio la vuelta, hasta aquella conversación con Adele, me sentí... decepcionada.

Bauer volvió a inclinarse y yo lo miré de reojo.

Su voz era baja, pretendía ser íntima y reservada.

—Ahora, ¿por qué eso te hizo parecer tan triste, princesa?

Me aclaré la cara al instante.

—No estoy triste —discrepé—. Solo desearía que fuera la hora del postre para poder olvidar que este pollo existió.

Sus ojos, de un gris verdoso intenso, escudriñaron mi rostro.

—Mm-hmm.



¿Qué vio para mirarme así? Mi corazón latió una vez, dos veces. Fuerte. Cuando Bauer me miraba así, no me sentía sola. Me sentía expuesta.

Me encontré empujando mi silla hacia atrás.

—Ahora vuelvo.

Adele me miró.

—No tardes mucho, cariño.

Tenía buenas intenciones, y yo lo sabía. Esto era importante para ellos. Importante para Finn.

¿Qué haría Lia?

Les guiñaría un ojo y les prometería que estaba hecho. Se lo haría simplemente porque se lo habían pedido, esa familia de la que formaba parte gracias a su mejor amigo.

Y lo único que quería era irme.

No pude sacar a relucir las palabras que mi hermana pudiera haber utilizado.

—Disculpen —dije en voz baja y me alejé de la mesa, aferrando el bolso en la mano como si pudiera teletransportarme lejos de aquel lugar.

Tejiendo con paso firme a través de las mesas de la élite bien vestida que reía y bebía, sentí que no podía respirar profundamente hasta que estuve lejos de las puertas. Me presioné el estómago con la mano y sentí cómo el diafragma se dilataba con una respiración lenta para calmar mi extraña reacción. Unas cuantas personas se arremolinaban en los pasillos, mirando grandes fotos en blanco y negro expuestas artísticamente a lo largo del pasillo alargado fuera del salón de baile.

Eran una distracción perfecta porque en realidad no quería diseccionar por qué me molestaban tanto las interacciones de Adele -y de Tom- con Bauer. Había venido por Finn. Para pasar tiempo con Finn. Y en lugar de sentirme decepcionada, me daban vueltas pensamientos sobre hijastros e hijos no deseados y alguna extraña crisis del cuarto de vida por no ser vista como una persona única.



Mis pasos se ralentizaron al llegar a la primera fotografía y me quedé inmóvil. Era hermosa y triste. Extrañamente apropiado para lo que acababa de pensar.

Un niño pequeño estaba sentado en un bordillo roto, mirando una pelota sucia y manchada que tenía en las manos. Estaba desgastada por el juego, claramente usada en exceso. Tenía el cabello oscuro y desordenado, las pestañas largas sobre la piel pálida de las mejillas. No se le veían los ojos, pero al fondo jugaban otros dos niños. Estaban desenfocados, no debían ser el centro de la imagen.

Mirando fijamente sus zapatos, también sucios y gastados por el uso, descubrí que mis ojos se humedecían inesperadamente.

—Dios, qué deprimente, ¿verdad? —me dijo una voz grave desde mi lado.

Miré por encima del hombro. Un caballero de cabello castaño y plateado miraba la foto con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

Junté las manos delante de mí.

—Se está moviendo, creo.

Tarareó, metiéndose las manos en los bolsillos.

El sonido incrédulo me hizo sonreír.

—¿No estás de acuerdo?

—Soy una mierda en descubrir el arte, jovencita.

Eso me hizo reír.

—Estoy segura de que no eres tan malo.

Era el tipo de hombre del que resulta difícil calcular la edad. Su rostro estaba suavemente delineado, como si se hubiera reído mucho, y su cabello castaño estaba salpicado de canas. Pero era alto, de hombros anchos, nariz fuerte y amplia sonrisa.

—¿Qué te gusta de él? —le pregunté.

Hizo una mueca, mirando de nuevo la imagen.

—No mucho. Me incomoda.



Eso me hizo darle una segunda mirada, más larga y evaluadora.

—Pero las reacciones fuertes no son malas. El objetivo de una buena obra de arte es hacerte sentir algo.

La sonrisa que me dedicó era ladeada.

—Me parece justo. ¿Qué sientes entonces cuando lo miras?

Mirando fijamente la cara del niño, contesté sin pensar.

—El papel del favoritismo materno percibido en las relaciones entre hermanos en la mediana edad —contesté sin pensar. Sentí que se me encendían las mejillas cuando me miró con curiosidad—. Lo siento, ha sido terriblemente específico.

Su mirada se agudizó.

—Y estoy terriblemente interesado en saber por qué.

Por primera vez desde que Lia me entregó aquel vestido amarillo, me sentía yo misma. Mis costillas se dilataban con facilidad y mi corazón recuperaba un ritmo normal.

—Es un estudio que leí hace poco para la escuela —le dije.

Asintió con la cabeza, un suave empujón para que continuara.

No esperaba ser otra persona ni hablar como otra persona. Solo un interés genuino en lo que tenía que decir, y eso hizo que las palabras salieran con facilidad.

—Hay algo muy solitario en él —dije—. Hay gente -otros niños- justo detrás de él, y sin embargo está separado. Esa pelota, sus zapatos, obviamente es muy activo. Le encantan los deportes. Pero está sentado en silencio por alguna razón. Me hace preguntarme cómo es su vida familiar. Cómo lo quieren, si también se siente separado cuando vuelve a esa casa. O si estar fuera —hice una pausa, y la cara de Bauer se iluminó ante mí—, si encontrar algo en lo que sea bueno, algo físico y tangible e independiente, le da las afirmaciones que ansía.

En el silencio que siguió, sentí que un lento rubor de vergüenza me subía por la piel. También podría gritar *“Cuidado con el psiquiatra mayor”*



para que lo oyeran todos en el pasillo. Cuando hice una mueca, se acercó a la foto y la evaluó detenidamente.

—No me extraña que pareciera que estabas a punto de echarte a llorar— reflexionó.

En voz baja, me reí y sentí que se me pasaba la vergüenza.

—No puedo evitarlo, por desgracia. Estoy a punto de empezar mi máster en psicología del desarrollo.

—Ahh. —Sonrió y parecía más joven cuando lo hizo—. Una experta en arte disfrazada de terapeuta. Podrás arreglar el mundo con ese cerebro, jovencita.

Agaché la cabeza, sin saber qué decir.

—No, no, no te avergüences. Es algo maravilloso, que puedas mirar a ese niño y ver todo eso.

Suspiró.

—Probablemente me incomoda porque me recuerda a mí misma cuando era joven.

Su rostro estaba distante ahora, sin verme a mí ni a la foto, y lo observé atentamente en silencio.

Algunas personas se arremolinaban a nuestro alrededor, pero nadie nos interrumpió.

—Quizá si hubiera tenido a alguien como tú ayudándome a entender ese tipo de cosas cuando era más joven, ahora no sería tan malditamente terco.

—Ser terco no es malo —le dije—. La determinación es un rasgo maravilloso, especialmente si has encontrado el éxito.

—Todo el mundo en esta sala sobrevalorada ha encontrado el éxito, ¿no? —preguntó secamente.

—Supongo.

Parpadeó.

—Mis modales, dónde se han ido.



Se giró, con la mano extendida en mi dirección.

—Richard.

Abrí la boca y me detuve justo antes de pronunciar mi nombre. Tragué con fuerza.

—Lia Ward.

Richard sonrió.

—Ha sido un verdadero placer conocerla, jovencita.

Otra voz se unió a nosotros, justo cuando su gran mano se deslizó alrededor de mi cintura, asentándose fácilmente sobre la piel desnuda donde mi vestido se abría.

—Ahí estás —dijo Bauer. Sonrió ampliamente cuando levanté lentamente una ceja—. Pensé que te habías perdido.

Richard movió los ojos entre nosotros.

—La culpa es toda mía. La he estado monopolizando. Es bastante intrigante.

Los ojos de Bauer rozaron brevemente mis labios cuando respondió.

—Esa es una palabra que yo usaría.

Sentí que se me abría ligeramente la boca. ¿Qué estaba haciendo? Lia apenas había mencionado a Bauer, salvo de pasada, y siempre negativamente, y él le estaba mirando los labios -mis labios- como si quisiera devorarlos de un bocado.

—Bauer 'el Halcón' Davis —dijo Richard, chasqueando los dedos—. Sabía que te reconocía.

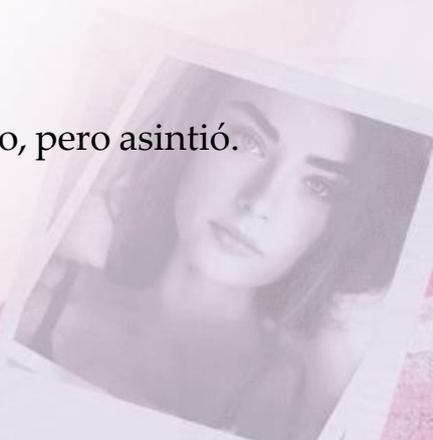
A Bauer se le iluminó la cara de sorpresa al oír el nombre de su actuación.

—No mucha gente lo hace.

—Una pena lo que pasó con Burton.

El hombre que me sujetaba por la cintura se tensó un poco, pero asintió.

—Así es.



—Se arrepentirán algún día, tengo el presentimiento.

Los ojos de Bauer se agudizaron.

—No hay mucha gente tan bien informada sobre la escena del snowboard.

—Tengo una casa en Vancouver, así que soy tu vecino del sur.
—Richard extendió la mano—. Si no participas en las próximas Olimpiadas, me amotinaré.

Con la mano aún firme a lo largo de mi espalda, Bauer sonrió. Parpadeé al verla. Era amplia, brillante y feliz. Este era el verdadero él, hablando de algo que amaba.

—Gracias. —Inclinó la cabeza—. No escuché tu nombre.

—Richard —respondió—. Debería volver a entrar. Horrible pequeña charla debe hacerse, por desgracia.

Sonreí al igual que Bauer.

Richard nos miraba a uno y otro lado.

—Quédate con ésta, Bauer. Es una guardiana.

Ninguno de los dos contestó, por razones totalmente distintas, pero mientras Richard se alejaba, yo di un paso cauteloso para alejarme de Bauer. Su mano se deslizó por mi espalda cuando me di cuenta de que volvíamos a estar solos. Solo yo y el hermano equivocado.



6

Bauer

Si yo fuera un cazador, tirando hacia atrás de mi arco, entonces Claire sería el ciervo a punto de huir hacia la seguridad de los árboles.

Antes de que pudiera mover un solo músculo para hacer exactamente eso, asentí con la cabeza en dirección al tipo que acababa de irse.

—Era él, ¿sabes?

Parpadeó rápidamente.

—¿Quién era?

—Richard. —Me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Tal vez me haría parecer no amenazante o alguna mierda—. Era él.

—Sí, lo era —respondió lentamente.

Sonreí porque claramente pensaba que era idiota.

—No, ese era el tipo al que mi mamá le ha estado echando el ojo. O a su dinero, más bien.

Claire se sonrojó. Ahora ni siquiera intentaba actuar como Lia, y eso me parecía una pequeña victoria.

—¿Era el señor Harper?

Asentí lentamente con la cabeza y vi cómo cambiaba su expresión.

—Oh. —Claire frunció el ceño—. Bueno, supongo que eso hace que sea más fácil conocerlo más tarde.

Bajo las luces del pasillo, su cabello brillaba. Aún tenía las mejillas rosadas y necesitaba retocarse el pintalabios después de comer, pero



maldita sea si no quería estropearlo un poco más. Puede que fuera una locura, pero tenía la sensación de que a Claire Ward no le gustaba llevar ese color rojo sangre.

—¿De qué hablaron, princesa? Parecía muy enamorado.

Vagamente, señaló la fotografía que tenía al lado, una de las muchas que había en el pasillo. Eran en blanco y negro, todas con precios ridículos. En mi opinión, la que teníamos delante era realmente deprimente, pero ellos la habían mirado como si fuera un Van Gogh.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Claire se mordió el labio mientras estudiaba de nuevo la imagen. Ahh. Estaba nerviosa por responder.

Todo aquello me resultaba extraño y, dentro de la seguridad de los bolsillos de mi esmoquin, me encontré con el pulgar tamborileando rápidamente contra el muslo mientras intentaba entender a aquella mujer.

Cada mujer, desde los cuatro hasta los noventa y cuatro años, era un rompecabezas. Algunas eran más fáciles de armar, con mejores guías de qué iba dónde, y otras eran un poco más difíciles de evaluar. Sinceramente, me encantaba eso de las mujeres. La hermosa variedad de cada una venía en las piezas que encajabas en su sitio.

Y Claire, con su vestido amarillo, su cabello castaño oscuro y sus ojos azules, era el rompecabezas más intrigante que había visto en mucho, mucho tiempo.

Los acordes de la música salieron por las puertas abiertas del salón de baile hasta el pasillo donde nos encontrábamos, y cuando miré por encima del hombro hacia la habitación que acababa de abandonar, unas cuantas parejas empezaron a llenar la pista de baile, balanceándose abrazadas.

Hacía todo lo posible por ignorar mi presencia por completo, o tal vez estaba así de ensimismada. Me acerqué despacio, envainando cualquier arma que pudiera asustarla y le tendí la mano con una pequeña sonrisa.

—¿Bailas conmigo?

El pecho de Claire bajó y subió en una inhalación mientras sus ojos de medianoche se clavaban en mi cara.



—¿Quieres?

—Ouch. —Me froté con la mano el punto sobre el corazón y vi que su mirada se desviaba hacia los tatuajes otra vez—. Sí, incluso los reprobados sociales como yo disfrutaban bailando con una mujer hermosa. —Incluso cuando el rosa se hizo más intenso en sus altos pómulos, estaba claramente indecisa.

Era hora de ver si esta primera pieza encajaba en su sitio o si yo estaba completamente equivocado.

—Vamos —dije en voz baja—, la Lia Ward que conozco no tiene miedo.

Oh, no, eso no le gustó. Sus ojos brillaron como una tormenta eléctrica inminente y sentí que la electricidad se acumulaba a mi alrededor como una nube.

Claire dejó su pequeño bolso sobre una mesa decorativa justo al lado de la foto, deslizó su mano sobre la mía y se acercó. Pero no lo suficiente.

Apoyé sus pies en los míos, le rodeé la cintura con la mano libre y la acerqué a mí. Lo bastante cerca como para que resultara inapropiado, teniendo en cuenta que estábamos solos en el pasillo.

Si alguien pasaba, se quedaría mirando. Se quedarían boquiabiertos al ver cómo la abrazaba.

Y maldita sea si no quería que lo hicieran.

Sabía lo que verían, cómo nos juzgarían. El chico malo y la chica buena, una extraña pareja tal vez, pero si nos veían así, balanceándonos en un pasillo tranquilo, asumirían que estábamos locos el uno por el otro. Que algo en ella me tenía obsesionado. Algo en mí la hacía sentir peligrosa.

Y quizá fuera cierto, aunque solo fuera por esta noche.

En mis brazos, Claire Ward se sentía increíble. Su cuerpo estaba caliente, su piel suave y olía a naranjas.

Pero se mantenía un poco rígida, así que retrocedí solo un par de centímetros mientras la guiaba suavemente en un lento círculo. Cuando la conduje lentamente hacia fuera y giró, sonrió.

—Yo también estoy lleno de sorpresas —le dije.



—Aparentemente.

—Entonces... —Observé su rostro—. ¿Te cuento qué más sé de Lia Ward y me dices si me he equivocado durante todos estos años?

Su mandíbula se tensó obstinadamente.

—Eso no suena como un juego muy divertido.

—¿No? —La giré de nuevo, tirando de ella hacia mi pecho—. Estoy de acuerdo en no estar de acuerdo.

—¿Así que quieres que te diseccione ahora mismo? —preguntó, con la cara enrojecida por la forma en que acababa de inclinarla hacia atrás.

—Diablos, no.

Reprimió la sonrisa que amenazaba con extenderse. Ojalá no lo hubiera hecho.

Quería ver cómo se desplegaba esa sonrisa y saber que había sido yo quien la había hecho hacerlo.

—Pero te diré una cosa que sé que es verdad, y si tú quieres hacer lo mismo conmigo —concedí—, entonces lo permitiré.

—Trato hecho.

Bailamos en silencio durante unos instantes de la canción, y pensé en cómo decir lo que quería decir, sin que se me notara en la mano que sabía perfectamente que no era su hermana.

—Lo que sé que es verdad —empecé lentamente—, es que el estúpido de mi hermano nunca ha bailado contigo así.

Sus ojos volvieron a brillar, pero no pude identificar la emoción que había detrás.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

Moví la mano y rocé con los dedos el nudo óseo que notaba bajo su piel suave y blanda. Ella se estremeció.

En lugar de darle la respuesta que quería, levanté la barbilla.

—Tu turno.



Mientras nos balanceábamos juntos, su mano se apretó ligeramente contra la mía. Olvidada de lo que podría hacerle a su pintalabios -otra señal de que tenía razón en que no solía llevarlo-, se mordió el labio y pensó detenidamente antes de decir nada.

—Sé que has logrado cosas increíbles si alguien como Richard Harper te reconoce de inmediato.

Sonreí.

—Sí, últimamente mi mayor logro es que me despidan tras una diatriba de borracho que alguien grabó con una cámara y subió a Twitter.

Ella observó mi rostro con atención.

—Las redes sociales son un arma de doble filo para la mayoría de los atletas.

—Lo son, princesa. —Nos balanceamos de nuevo, mis dedos se movían contra su piel mientras lo hacíamos.

—Pero ese momento no invalida la carrera que has construido. —Miró por encima de mi hombro hacia el salón de baile, casi negándose a mirarme a los ojos—. Espero que lo sepas.

Ociosamente, bajo la oleada de orgullo irrefrenable de que lo hubiera dicho, me pregunté si se daba cuenta de que era lo menos Lia que podía haberme dicho.

Pero aun así lo dijo.

Dios, quería erizar las plumas de esta chica y verla en todo su esplendor cuando no

miedo de esconder lo que fuera que guardaba a fuego lento bajo la superficie.

—Lo hago —le dije, ejecutando otro suave giro—. No todo el mundo lo hace, pero... —mi voz se entrecortó—. Mi familia solo lo ve como otra prueba para acusarme, no importa lo que haya hecho antes.

—Lo cual es hipócrita —intervino de inmediato.

Detuve nuestro vaivén.



—¿Lo es?

—Por supuesto. —Sacudió la cabeza—. Si se preocupan tanto por que los niños participen en deportes, equipos y actividades, ¿cómo no van a estar orgullosos de que hayas conseguido lo que has conseguido? Enseñar a los niños perseverancia y agallas es una de las lecciones más valiosas que podemos darles.

Me reí por lo bajo y saqué la mano de su cintura, la deslicé por su brazo y la dejé flotando en el aire, justo antes de levantarle la barbilla con el pulgar.

Claire se quedó sin aliento.

—¿Por qué me miras así? —susurró.

—Ni siquiera lo estás intentando, ¿te das cuenta?

Sacó la lengua para mojarse los labios.

—¿Qué quieres decir?

Agaché la cabeza y aspiré profundamente su cabello, antes de dejar que mi nariz rozara su pómulo para susurrarle al oído. Antes de hacerlo, su mano se enroscó en la solapa de mi chaqueta y esperé a ver si me apartaba.

—Ya ni siquiera intentas fingir que eres ella, princesa.

Me la quité de encima antes de que pudiera pestañear, con los ojos muy abiertos y asustada y una mano apretada contra su pecho agitado.

—No sé de qué me estás hablando. —Su voz era firme.

—Sí, creo que sí. —Mis ojos no se apartaban de los suyos—. ¿Por qué has venido esta noche?

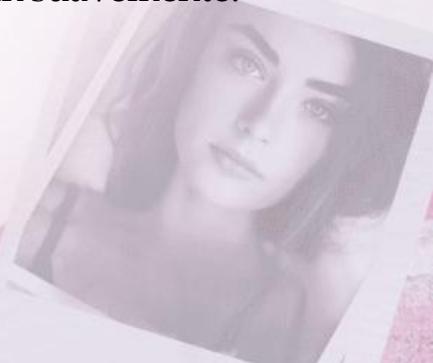
Su inhalación fue aguda, y parpadeó rápidamente.

—Porque soy la mejor amiga de Finn.

—No mientas, princesa —dije suavemente—. Eso no es muy amable.

—¿Y lo que estás haciendo ahora es...? —me espetó, no tan suavemente.

Sonreí.



Esa sonrisa, por inocente que fuera, fue lo que hizo que Claire tomara su bolso y se alejara rápidamente de mí. El movimiento de su vestido y de su cabello me hizo reír por lo bajo. El resto de la noche sería aún más interesante.

Pero entonces se alejó y se dirigió directamente hacia la entrada del hotel.

—Mierda —susurré. Me volví hacia el salón de baile para tomar mi teléfono y las llaves de donde las había dejado sobre la mesa y casi me choco directamente con Adele.

—¿Dónde está Lia? —preguntó, con los ojos brillantes de emoción.

Probablemente pidiendo un Uber, pero no se lo dije a Adele.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Conoció a Richard Harper —se entusiasmó—. Estábamos hablando cuando volvió a su asiento, y cuando mencioné a Lia, ¡me dijo que se habían conocido aquí! Hablaron y él quedó muy impresionado con ella. —Me miró a la cara—. Parece que también te conoció a ti.

—Mis disculpas —dije—, si me las arreglé para meter la pata por existir. Te alegrará saber que se marchó antes de que pudiera ofenderlo terriblemente.

Adele me ignoró.

—No te lo vas a creer. Solo va a estar una noche en Seattle, y tiene todo reservado, así que cuando le hablé del centro, nos invitó -incluidos tú y Lia-, a pasar la noche en su casa de Vancouver. —Adele sonrió tanto que casi no reconocí su cara—. Quiere que le hablemos de nuestros planes para el centro, pero... —Hizo una pausa, su voz se apagó al darse cuenta exactamente de lo que estaba pidiendo, y a quién se lo estaba pidiendo. Al chico que apenas toleraba. Al hombre que básicamente ignoraba.

—Pero quiere que la chica lista y el loco del snowboard también estén ahí —terminé por ella.

Ella asintió lentamente.

—Lo quiere.



Me quedé mirando el pasillo donde Claire había dejado un rastro de polvo a su paso. Necesitaría que la convencieran, y probablemente había desperdiciado mi oportunidad llamándola así.

—¿Por qué debería ayudarte, Adele? —pregunté. Simplemente por el tiempo que pasaría con Claire, iría, pero te aseguro que no iba a ponérselo fácil a mi madrastra.

Mientras ella moderaba su excitación, yo me crucé de brazos y traté de decidir si debía sentirme mal por haber sido tan imbécil con ella.

Se pasó la lengua por los dientes y vi el momento en que se decidió por la verdad y no por la mentira.

—Probablemente no hay razón —admitió—. Tú y yo nunca nos hemos llevado bien, ¿verdad?

—Bueno, tenía cuatro años cuando apareciste, así que sí —deletreé—, estoy seguro de que fui un imbécil gigante desde el primer día.

Mi sarcasmo no fue apreciado.

Adele respiró hondo.

—Nunca fuiste fácil, Bauer. Incluso antes de que te arrestaran, dejaste dolorosamente claro que no tenías sitio para una mamá sustituta.

—Especialmente una que no estaba clamando por ocupar el puesto —dije. El tono de mi voz era todo lo cortante que me permitía, teniendo en cuenta que estábamos en público. Sabiamente, ella lo oyó, lo reconoció e intentó una táctica diferente.

Levantó las manos.

—No es momento para terapia familiar.

—No me digas. Por eso me he arreglado. Solo por ti, mamá.

Sus ojos se volvieron rojizos.

—Ni siquiera sé por qué lo intento contigo.

—Yo tampoco —dije—. ¿No sabías que soy una causa perdida?

Se frotó las sienes.



—Bauer, por favor. No te pido que finjas que somos una gran familia feliz, pero ¿vendrás con nosotros? Te quiere ahí... por alguna razón.

—Una noche —dije. No porque me importara. Si hubiera querido juntarnos a Claire y a mí, probablemente me habría ido una semana, pero seguro que no se lo iba a decir a Adele.

—Una noche.

Apreté la mandíbula y me quedé mirando por el pasillo. Seguramente Claire estaría a salvo en su Uber, pensando que ya no me vería más.

—Voy a hablar con Lia en el baño de mujeres donde tenemos un poco de privacidad —dijo Adele.

—Ella se fue.

—¿Qué? —siseó.

Levanté la barbilla y sostuve la mirada de mi madrastra.

—Se fue porque dije algo que la molestó.

—Oh Bauer —murmuró—. Por supuesto que sí.

—Lo sé, también desearía que Finn estuviera aquí.

Levantó los ojos.

—Yo no he dicho eso.

—Todos lo están deseando. Y eso está bien. No discutiré que lo hace mejor en situaciones como ésta. —Señalé con la cabeza hacia la salida—. Iré a arreglarlo.

—¿Lo harás? —Ella negó con la cabeza—. ¿Por qué ibas a...?

—¿Por qué iba a ayudarte?

Ella asintió.

—¿No es eso lo que hacen las familias? —pregunté con un leve tono de voz—. Nos apoyamos unos a otros, en las buenas y en las malas.

Adele pasó los labios por encima de los dientes y no dijo nada.



—Tengo que recoger mi teléfono y las llaves —le dije—. Mándame un mensaje con los detalles, si no te importa, y veré qué puedo hacer.

Tardó un momento en componer su rostro, pero cuando lo hizo, intentó esbozar una sonrisa.

—Gracias, Bauer.

Volví a mirar hacia la salida, pensando que para cuando buscara el auto y volviera a su apartamento, ella habría tenido tiempo suficiente para calmarse. Ojalá.

—Créeme —le dije—, será un placer.



7

Claire

—¡Quítate! —tiré, y luego volví a tirar por si acaso—. Estúpido, estúpido vestido.

Se me quebró la voz y me negué a mirar mi reflejo en el espejo. Antes, me encantaba lo que veía.

Una princesa.

Ahora, solo podía oír esa palabra pronunciada con la estúpida y grave voz de Bauer junto a mi oído.

La cremallera se negó a moverse bajo mis manos temblorosas, y las dejé caer para intentar recuperar el control de mí misma.

Se me llenaron los ojos de frustración. Como si un cubo se hubiera llenado hasta el borde y no pudiera contener nada más de lo que había dentro, esa estúpida cremallera fue lo que lo volcó.

Me sentí estúpida.

Estúpida por decir que sí.

Estúpida por pensar que podría ser Lia por una noche.

Estúpida por estar emocionada por pasar tiempo con Finn.

La cara de Bauer, tan cerca de la mía, pasó por mi cabeza y cerré los ojos con fuerza.

Aquello me hizo sentir especialmente estúpida. Qué ridícula debía de creer que era.

Probablemente se rio cuando me fui, la hermana tonta que intentó hacer un cambio y fracasó.

FAKED



Porque no era intrépida como su hermana. Eso era lo que había dicho, ¿verdad?

Qué ironía. Quería que alguien me viera como era por mí misma, y tuvo que elegir la palabra que me haría sentir como el mayor fraude. Ella era la intrépida, y yo me desvanecía en el fondo.

Levanté los ojos y, sin darme cuenta, capté mi reflejo en el espejo.

—No has fallado —dije en voz baja. Levanté la barbilla—. No has fallado —repetí.

Adele y Robert pensaron que yo era Lia.

De acuerdo, saqué un setenta y cinco por ciento, que... técnicamente, era un aprobado. Pero para la chica que siempre sacaba sobresalientes, una C se sentía como un fracaso. Especialmente en algo como esto.

Con las manos más firmes, volví a rodear con los dedos el metal de la cremallera y conseguí pasar el atasco hasta que pude quitarme el vestido. Cuando cayó al suelo enmoquetado de mi pequeño dormitorio, pasé de la frustración al enojo. Con todo el mundo.

Con Bauer, por ver a través de mí tan fácilmente, que tenía cero sentido.

Con Lia, porque ¿dónde demonios estaba? Ya debería estar en casa.

Y Finn. Oh, *maldito* Finnegan Davis.

¿Cómo pudo Finn no advertir a Lia?

¿Y qué si estaba enfermo y fue idea de Bauer intervenir esta noche? ¿Perdió la capacidad de enviar mensajes de texto? ¿Podría la sopa de pollo con fideos de Adele no arreglar sus brazos?

Aquel pensamiento descortés -especialmente hacia Finn, que nunca había hecho nada para merecerlo- me sacó de mis casillas.

—Una noche con ese hombre —murmuré—. Una noche, y ya estoy hablando mal de Finn.

Finn, con sus bonitos ojos y su gran sonrisa. Finn con su estúpido uniforme. Me puse una mano en el estómago mientras pensaba en ello, me lo metía a la fuerza en la cabeza.



Pasé por encima de la pila de satén amarillo y abrí de un tirón el cajón superior de la cómoda con una violencia apenas contenida. Me puse unos pantalones cortos de algodón, una camiseta de tirantes con sujetador incorporado y mi camiseta U Dub, desgastada por los lavados.

Cuando encendí las luces del baño, me tomé un segundo para recordar, de nuevo, cómo me había sentido antes de que empezara la noche.

Feliz. Aterrorizada. Emocionada. Fuera de mi liga.

Ahora solo me sentía agotada.

Una toallita desmaquillante se ocupó de mi cara, devolviéndola a su estado normal.

Un cepillo hizo el truco para mi cabello cuando fue tirado alto encima de mi cabeza y de mi cuello.

Estaba a punto de apagar la luz cuando sonó el timbre de la puerta. Me quedé paralizada.

—Nooo —gemí porque lo sabía. Oh, sabía quién era.

Volvió a sonar y maldije en voz baja. Era el tipo de lenguaje que me habría costado una fortuna en nuestro tarro de palabrotas familiar.

Con un ladrillo de nervios alojado en la garganta, pulsé el botón del altavoz.

—¿Quién es?

—Déjame subir, princesa.

—Mierda —murmuré. Me aclaré la garganta y volví a pulsar el botón—. Lo siento, ¿quién es? Lia se ha ido si la estás buscando.

Apreté los ojos por lo ridícula que sonaba. Me gritó justo antes de que huyera. Como una cobarde.

—Princesa —respondió pacientemente, la sonrisa evidente en su voz—. Déjame subir, por favor. Necesito hablarte de algo.

—No creo que sea una buena idea.

—Créeme, es una gran idea.



Puse los ojos en blanco, pero pulsé el timbre. Cuanto más rápido subiera, más rápido podría salir.

Cuanto más rápido se fuera, más rápido podría dejar atrás toda esta noche y fingir que nunca había sucedido.

Sus pesados pasos se acercaron a la puerta y tiré de ella para abrirla, con una mano apoyada en la cadera.

—Di lo que tengas que decir y vete.

Bauer se detuvo en seco, sus ojos insondables recorrieron mi moño desordenado, mi ropa de dormir y se detuvieron en los dedos de mis pies desnudos. Una sonrisa cubrió su rostro cuando se encontró con mi mirada.

—Esta eres tú, ¿verdad?

Me moví incómoda.

—¿Qué necesitas, Bauer?

No contestó de inmediato, lo que me permitió estudiar un poco. Ya no llevaba chaqueta ni corbata. La camisa blanca estaba desabrochada, justo en la parte superior, y había otra línea de tinta bajo la muesca de su garganta. Sinceramente, ¿qué intentaba compensar con tantos tatuajes?

—¿Puedo pasar, por favor? —Levantó las manos—. Tardaré cinco minutos.

—Tienes tres.

—Ouch. —Cuando abrí la puerta y me hice a un lado para dejarle pasar, me sonrió al pasar—. ¿Sabes? Eres mucho más amable conmigo cuando finges ser Lia.

Cerré la puerta con un resoplido frustrado y apoyé brevemente la frente en la fría superficie antes de volverme hacia él.

—Lo siento —le dije—. No debería descargar mis frustraciones contigo. Fue una estupidez incluso intentar hacerlo.

Estaba estudiando la pequeña sala familiar.



Era un apartamento pequeño, como la mayoría para estudiantes como Lia y yo. Pero Logan se negaba a que viviéramos en un lugar sin una entrada segura o setenta y cinco cerraduras en la puerta del apartamento. Nuestra decoración era ecléctica, porque mientras que el gusto de Lia era evidente en los cojines verdes, rosas y amarillos y en la colorida alfombra, yo había elegido el sofá neutro y los estampados de buen gusto que colgaban de la pared.

Me ardió la cara cuando tomó el pequeño gatito de peluche que estaba sentado en el brazo del sofá. Siempre había querido tener un gato, pero aún no había conseguido que Lia cediera. Al ver a Bauer estudiar el peluche, me sentí invadida por su presencia.

Con una sonrisa, volvió a dejar al gato en el sillón.

La iluminación era tenue porque me gustaba que fuera así cuando estaba sola en casa, así que solo dos lámparas de mesa iluminaban la habitación. Por eso, cuando Bauer por fin me miró, con las manos metidas de nuevo en los bolsillos del pantalón, se proyectaron sombras bajo sus pómulos. Tenía un aspecto oscuro y aterrador, aunque sus labios seguían sonriendo en mi dirección.

Inclinó la cabeza.

—¿Por qué hablas como si no lo hubieras conseguido?

—Lo sabías —le expliqué—. Con el tiempo, al menos.

—Enseguida, en realidad.

Me quedé con la boca abierta.

—¿En serio?

Se inclinó para estudiar las fotos enmarcadas de la estantería que tenía al lado, fotos de mis tres hermanas y yo.

—En serio. A Lia no le habría afectado tanto.

Genial. La imperturbable Lia. Una chica siempre *amaba* que la llamaran “La que se estremeció”.

—No lo digo en sentido negativo, princesa.

—¿Puedes dejar de llamarme así? —pregunté cansada.



Bauer dio unos pasos hacia mí y tuve que luchar contra todo instinto de retroceder.

—Incluso con ese pijama —murmuró—. Te ves así. No puedo evitarlo.

—Hablas como un verdadero hombre. *No puedo evitarlo* —imité su voz grave.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio profundamente.

Esa risa me ponía inexplicablemente nerviosa, y no sabía por qué. Quizá porque no quería hacer reír a Bauer Davis. No quería tenerlo en mi apartamento, con un aspecto ligeramente desaliñado y más despreocupado que antes, cuando me recogió.

—¿Qué quieres, Bauer? —Le pregunté.

Sus ojos se calentaron ligeramente al oír su nombre.

Yo tampoco quería *eso*.

Se rascó un lado de la cara cubierta de desaliño.

—Ahora mismo, quiero saber por qué me miras así, princesa.

Eché la cabeza hacia atrás y suspiré.

—Por alguna razón, me siento como la niña callada del patio que acaba de llamar la atención del misterioso chico genial de la clase que nunca presta atención a nadie.

Mi sinceridad me tomó por sorpresa.

No porque no fuera una persona honesta en general. Pero apenas había tenido tiempo de procesar la idea y, de repente, se me escapó de la boca.

Bauer tarareó.

—No muy lejos, supongo. Pero tienes que admitir que el hecho de que te conociera porque inexplicablemente apareciste en un acto público intentando hacerte pasar por tu hermana gemela te hace bastante intrigante.

Junté los labios.

—¿Y no vas a decirme por qué hiciste eso?



—Mi hermana me lo pidió —respondí con sinceridad, tras la más mínima vacilación—. Tenía una conferencia a la que no podía faltar esta noche, pero sabía lo importante que era esto para Finn y tus papás.

Por la forma en que me miraba a la cara, me sentí como si me estuvieran sometiendo al equivalente humano de un detector de mentiras.

—Así que solo hiciste esto porque Lia te lo pidió. —Su tono estaba lleno de escepticismo, y no podía culparlo.

—Sí.

—De acuerdo entonces. —Tomó una foto enmarcada de nosotras dos en el último partido de Logan como jugador. Apenas estábamos entrando en la adolescencia, una fase en la que absolutamente nadie podía distinguarnos si no queríamos. Fue tomada antes de que Finn llegara a nuestras vidas, antes de que hubiera una sola cosa que mi hermana tuviera que yo quisiera. Aunque no tuviera a Finn como yo quería, seguía siendo suyo.

Y yo terminaba la noche exactamente igual que la había empezado, sin saber de primera mano lo que era ser la única receptora de su atención. Apreté los labios porque odiaba la autocompasión. Era inútil e ineficaz.

No se ganaba nada, absolutamente nada, compadeciéndose de uno mismo cuando se trataba de circunstancias fuera de nuestro control. Fue una valiosa lección que aprendí con la marcha de Brooke y la intervención de Logan para cuidarnos.

¿Qué sentido tenía lamentarse por la marcha de Brooke?

No había ninguno.

¿Qué sentido tenía sentirme triste porque el único chico que me gustaba no me miraba así?

No había ninguno.

Bauer dejó el marco con cuidado.

—Debe de ser extraño mirar a otra persona y ver tu propia cara devolviéndote la mirada.



¿Lo era? Miré a Lia y vi a Lia. Sabía que nuestra familia era la misma. Probablemente Finn también lo era. Pero a alguien como Bauer, que no me conocía de nada y realmente no conocía bien a mi hermana, debía de parecerle extraño. Pero eso era lo que tenía ser gemela, ¿no? Éramos una novedad.

—Supongo que ya estoy bastante acostumbrada.

Asintió.

—Bauer —dije suavemente—. ¿Qué es lo que quieres? Sé que no has venido a hablar de los entresijos de ser gemela idéntica.

—Bueno... —Hizo una pausa y me dedicó una sonrisa ladeada—. Más o menos.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito que finjas ser Lia otra vez.

—Tú... ¿ahora qué?

Enderezó los hombros y abrió la boca para decir algo cuando Lia irrumpió por la puerta.

Sus ojos se abrieron dramáticamente al ver a Bauer, luego se volvieron hacia mí y parpadeó un par de veces al ver mi pijama.

Bauer cruzó los brazos sobre el pecho y la miró secamente.

Ella se quitó la mochila del hombro y la dejó caer al suelo con un golpe seco.

—Mierda —susurró.

—Bienvenida a casa, Lia —dijo en voz baja—. Apuesto a que tu noche no fue ni la mitad de emocionante que la mía.



8

Banner

Por muy frustrado que estuviera con las hermanas Ward y la conversación que estaba a punto de tener con ambas, nunca me había alegrado tanto de ver a Lia en todos los años que llevaba conociéndola. Porque si ella no hubiera entrado por esa puerta, no habría podido evitar volver a atrapar a Claire solo para ver qué hacía.

Si ya me parecía que estaba estupenda con el vestido amarillo, lo que fue capaz de hacer con unos pantalones cortos de dormir de algodón y una camiseta fue un puto milagro de tela.

Pero en lugar de mirarla como deseaba desesperadamente, mantuve la mirada clavada en su hermana gemela. La que me miraba de frente, sin disculparse.

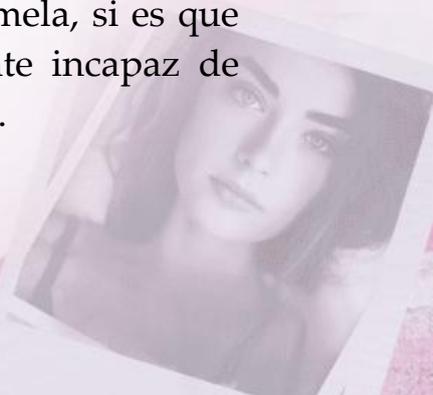
—¿Dónde has estado? —preguntó Claire a su gemela—. Pensé que estarías en casa hace horas.

Lia apartó su mirada de mí.

—Conocí a Catherine Atwood, y empezamos a hablar... —Me señaló con una mano—. ¿Podemos discutir por qué está en nuestro apartamento esta persona que nunca ha estado en nuestro apartamento, por favor?

—Sí, hagámoslo —acepté—. Me encantaría hablar de por qué estoy aquí.

—¿Por qué fuiste en lugar de Finn? —preguntó Lia, intercambiando una mirada cargada con su hermana. Era una mirada gemela, si es que alguna vez había visto una, algo que era completamente incapaz de descifrar. Claire sí, porque asintió levemente con la cabeza.



Hice una mueca ante el intercambio.

—Oh no, no creo que sea la primera pregunta que se responda esta noche.

Lia le devolvió la mueca, pero no discutió.

Con ambas frente a mí, tuve que luchar contra lo desconcertante que era tener esa imagen especular frente a mí.

Había ensayado lo que iba a decir suponiendo que Claire sería mi única audiencia. Si añadía a su hermana, con la que me llevaba tan bien como con una endodoncia, la cosa se complicaba un poco más.

—No es que te deba esta explicación —dije—, ya que fui yo quien se llevó el cambiazo, pero Finn está en casa con un resfriado masculino.

Lia ladeó la cabeza.

—¿Puede un hombre llamarlo resfriado masculino? Estoy bastante segura de que eso es solo para las mujeres que tienen que tratar con ellos.

—¿Y eso por qué? Yo no me acurruco bajo las sábanas como una perra cuando tengo mocos.

Soltó un fuerte suspiro.

—¿No? ¿Qué hiciste la última vez que tuviste un resfriado?

—Gané un torneo por invitación y me dieron un cheque gordo.

Lia puso los ojos en blanco.

Ahora le tocó a Claire hacer una mueca, aunque curiosamente no me la hizo a mí. Estaba dirigida a su hermana.

Eso hizo que una sonrisa se extendiera por toda mi cara.

—Princesa, no hay necesidad de enfadarse con ella. Lia siempre ha sido mi mayor apoyo.

—¿Princesa? —preguntó Lia con incredulidad.

La cara de Claire se coloreó.

—De acuerdo, Lia sabe por qué Finn se largó. Ahora si te importa decirnos por qué estás aquí, podemos dejarte continuar con tu velada.



—No te va a gustar —le dije.

—¿Qué pasa? —dijeron al unísono. El tono, la inclinación de la cabeza, el ligero estrechamiento de los ojos azules.

—Eso es muy raro. —Sacudí la cabeza—. No me extraña que engañaras a Adele y a mi papá.

Lia sonrió a su hermana.

—Te dije que podías hacerlo.

Claire me señaló.

—Pero él lo supo enseguida.

—No lo hizo —dijo Lia.

—Absolutamente. —Le devolví el gesto a Claire—. Puede que se parezcan, pero cuando a alguien lo ponen en una situación sorprendente, no puedes enmascarar esa reacción inmediata. —Compartieron otra mirada. Claire la interrumpió cuando sus párpados se cerraron—. Ella estaba preparada para fingir delante de mis papás. Yo, sin embargo, era el comodín.

—Es un papel en el que te sientes cómodo —murmuró Lia.

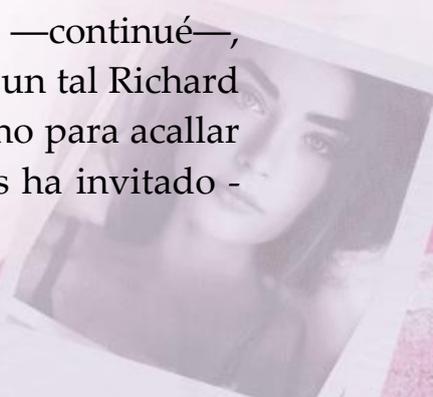
—Lia —dijo Claire bruscamente.

Lia apretó la mandíbula con obstinación, sus mejillas se sonrojaron ligeramente ante la reprimenda, y yo me balanceé sobre mis talones ante lo que me provocó aquella sola palabra.

Su cara no delataba mucho cuando la estudié, y Claire solo permitió una rápida mirada en mi dirección después de hacerlo.

No me dedicaron ninguna sonrisa de ánimo, ningún guiño, ninguna mirada conspiradora. Pero esa palabra fue suficiente para darme esperanzas de que ella diría que sí a este loco plan, y no solo eso, sino que además seríamos capaces de llevarlo a cabo.

—Independientemente de mi papel en toda esta velada —continué—, todo el propósito de la presencia de Lia era impresionar a un tal Richard Harper. Y Claire lo consiguió con creces. —Levanté la mano para acallar lo que fuera que Lia fuera a decir—. Tanto es así, que nos ha invitado -



incluidos mis papás-, a pasar una noche en su casa de Vancouver para conocer mejor el centro. —Mi mirada se dirigió a Claire—. Y saber más de nosotros.

Un silencio atónito llenó la habitación. Lia miraba a su hermana con tanta atención que casi me sentí... protectora de Claire. ¿Qué intentaba hacer? ¿Sacarle los pensamientos de la cabeza a Claire?

Y Claire... se quedó con la boca abierta mientras todo el color se le iba lentamente de la cara.

—¿Qué? —susurró.

—¿Así que ahora tengo que ir contigo a pasar la noche a algún sitio? —preguntó Lia en voz baja.

La cara de Claire se cerró de golpe, como si se le hubiera caído una valla.

Que Lia llegara a esa suposición no era sorprendente en lo más mínimo. Era un lugar lógico donde aterrizar. Claire consiguió fingir ser Lia durante una hora delante de mi papá y mi madrastra, pero por la noche fue un juego completamente diferente.

—Tú no —le dije, y señalé a Claire—. Ella sí.

Claire levantó una mano temblorosa para taparse la boca.

—No puedes pedirle eso —argumentó Lia.

Ladeé la cabeza.

—¿Por qué no? Tú lo hiciste.

La mirada de Lia ante mi respuesta fue lo que sacó a Claire de su estupor y se interpuso entre nosotros.

—De acuerdo, para. Eso no ayuda a nadie ahora mismo. —Miró a su hermana—. Deja que se explique. —Me dirigió una mirada de advertencia.

Era caliente. Así que sonreí.

Era como un combo de princesa y maestra que marcaba todas las malditas casillas que yo podía conjurar en lo que hacía atractiva a una mujer.



Tal vez nunca había encontrado atractiva esa combinación antes de esta noche, pero demonios, ahora sí.

Quería despeinarla. Presionarla. Ponerla nerviosa para ver qué hacía. Tal vez no estaba muy lejos de la analogía del patio de recreo porque algo en ella me hizo pensar en un niño pequeño que tiraba de las trenzas de una chica guapa solo porque le gustaba. Y yo quería tirar de esas trenzas *con fuerza*.

—No hay mucho que explicar, princesa.

—Dios, voy a vomitar si sigues llamándola así —murmuró Lia—. Ella tiene un nombre, ya sabes.

Claire se apretó las sienes con las yemas de los dedos, como si quisiera calmar un dolor de cabeza.

Ignoré a Lia.

—Y no hay mucho que explicar porque la naturaleza de la conversación de Claire con Richard, y la parte de esa conversación en la que yo participé, hacen imposible que aparezcas ahí como tú misma, Lia.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Por qué? —La cara de Claire era ahora de un enfermizo tono blanco.

—¿Quieres decírselo tú o se lo digo yo? —le pregunté a Claire.

Me miró incrédula.

—Bien. —Me volví hacia Lia—. Claire habló con Richard antes de saber quién era. Y tengo entendido que lo que discutió, como Claire, lo dejó positivamente boquiabierto.

Nadie dijo nada porque Lia podía leer la miseria grabada en la cara de su gemela y sabiamente mantuvo la boca cerrada. Claire, por su parte, parecía que intentaba no desmayarse porque sabía que estaba bien atascada.

—Algo de desarrollo infantil, ¿no es así? —pregunté—. Capté el final de su conversación cuando me acerqué.

Claire asintió lentamente.



Los ojos de Lia se cerraron en señal de comprensión, y murmuró una maldición en voz baja.

—Aparentemente, lo tocó de cerca con lo que dijo. Le recordó a su propia infancia, pero la forma en que te las arreglaste para hablar de ello lo tenía intrigado cómo una mujer joven como tú, junto con sus recursos y los del centro comunitario, podría tener un impacto positivo en la vida de un niño que podría haber tenido el tipo de crianza que él tuvo.

El rostro de Claire se afiló con interés. Grata sorpresa.

—¿De verdad?

—De verdad.

Su sonrisa fue lenta para empezar, lenta para construirse, pero maldita sea, era hermosa cuando cubrió completamente su cara.

—Eso es increíble.

—Adele ciertamente lo piensa. —Hice una mueca—. Aunque tuve que decirle qué gemela eras en realidad cuando no entendía por qué una licenciada en literatura inglesa —miré a Lia— hacía referencia a los estudios de desarrollo infantil.

—¿Estaba enojada? —preguntó Lia.

—¿Bromeas? —Sonreí—. En ese momento, ni siquiera podía estar molesta *conmigo* por estar presente cuando tu pequeño intercambio de gemelas le trajo este tipo de tiempo de calidad con Richard.

Claire parecía más tranquila ahora, mirando de un lado a otro entre su hermana y yo.

—Entiendo por qué tengo que ser yo la que vaya, pero no te ofendas, ¿por qué tienes que ir tú? ¿No puedo ir con Adele y tu papá?

Me froté el pecho.

—Ouch, ¿tratando de empuñarme ya?

—N-no —tartamudeó—, yo solo... estoy tratando de entender tu papel en todo esto.

Bajé el tono de voz, como si estuviéramos bailando otra vez.



—¿No recuerdas lo que me dijo mientras se alejaba?

Su ceño se frunció por un momento. Luego comprendió. Volvió a abrir la boca.

—¿Qué? —preguntó Lia—. ¿Qué ha dicho?

—Hijo de puta —susurró Claire en voz tan baja que apenas pude oírla. Pero la oí. Y empecé a reírme.

—¡Que alguien me lo diga!

—Nada muy emocionante —le dije a Lia—. Me toca ir de novio. El infame novio del snowboard que Richard está muy emocionado por conocer.

—¿Tú qué?

Claire parecía desesperada.

—¿Por qué no puede reunirse con ellos como una persona normal?

—Porque la gente rica hace cosas raras, princesa. —Me encogí de hombros—. No estará en Seattle mañana, y aparentemente, un poco de tiempo de calidad contigo, conmigo y los papás suena como su idea de un fin de semana para rockear.

—¿Por qué dices que sí a esto? —Lia me preguntó—. Adele y tú apenas soportan estar en la misma habitación. No has hecho ni una sola cosa para ayudar a tus papás o a Finn con nada desde que estoy por aquí.

Claire me miró con tranquila consideración en el rostro.

Sentí que se deslizaba hacia arriba, hacia arriba y sobre todo mi cuerpo, un traje de hierro que nadie más que yo podía ver.

—¿Quién dice que estoy haciendo algo de esto para ayudarles? ¿Quizás quiero un fin de semana en una casa de mierda grande en las montañas donde tengo la dificultad de fingir que salgo con una mujer hermosa? Hay peores maneras de pasar mi tiempo.

—Lo he oído todo sobre cómo pasas el tiempo —replicó Lia—. Todo Internet lo sabe, y créeme, no es bonito.

Respondí con una cara perfectamente seria.



—Y todo lo que ves en Internet es verdad.

—Bauer —dijo Claire—, déjame acompañarte. Necesito hablar contigo de esto a solas.

Lia empezó a discutir, pero Claire la hizo callar con una sola mirada.

Silbé.

—Mierda, tengo que aprender ese truco.

—No ayuda —espetó Claire.

Levanté las manos en señal de rendición y esperé pacientemente a que se pusiera una sudadera y unas zapatillas rosas para acompañarme al estacionamiento. Lia tomó su mochila y me dirigió la mirada más fría que jamás había visto.

—Gracias por enviar una sustituta esta noche —le dije.

Me hizo un gesto con el dedo corazón y salió del salón.

—Le gusto de verdad —le dije a Claire mientras la seguía fuera del apartamento.

Claire me miró de reojo a través de unas pestañas largas y oscuras.

—Creo que si tú hubieras sido el Bauer que vi esta noche, a ella realmente le agradarías.

Rodé el cuello.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Demasiados años estableciendo patrones hacen difícil romperlos, princesa. Todos tenemos nuestro papel en esa familia, y yo sé exactamente cuál es el mío. Incluso Lia, como amiga de mi hermano, tiene su papel. —Le abrí la puerta mientras salíamos al aire del atardecer. Había refrescado considerablemente, e incluso con su sudadera, ella tiritaba—. ¿Prefieres hablar en el vestíbulo?

Sacudió la cabeza.

—No pasa nada. Solo que no pensé que haría tanto frío.



Levanté la vista hacia el cielo negro como la tinta. Olía a frío y me hizo echar de menos mis montañas.

—Se acerca un frente frío, creo.

Nos acercamos a mi Jeep, y sus pasos se ralentizaron mientras yo me apoyaba en el capó.

—No te creo.

Su voz era tan tranquila y discreta que tuve que tomarme un segundo para procesar lo que había dicho.

—¿Sobre qué?

—Que no harías nada para ayudarlos. —Su mirada era directa—. No te creo.

Apreté la mandíbula.

—No importa si me crees o no. Hacer amistad con alguien como Richard Harper solo puede beneficiarme en mi... aprieto.

Tarareó.

Internamente puse los ojos en blanco porque no debería sorprenderme que una buena persona intentara atribuirme buenas motivaciones.

—¿Lo harás? —pregunté—. Porque solo estoy invitado porque el hombre con el dinero me quiere ahí como tu caramelo de brazo atleta.

Claire rodó los labios entre los dientes y miró más allá de mi hombro mientras pensaba. Después de un momento increíblemente largo, por fin volvió a centrar su atención en mí.

—¿Una noche?

Asentí con la cabeza.

—Lo suficiente para que muestre su mansión, nos estudie como a un espécimen raro y decida si va a hacer increíblemente felices a mis papás.

Soltó una carcajada seca y se frotó la frente.

—Bauer —se le entrecortó la voz.



¿Qué me pasaba? Solo con decir mi nombre me daban ganas de ponerme de rodillas delante de ella y tomar cualquier cosa que me diera. Por lo visto, mi fetiche de niña buena me llegaba hasta los tuétanos y no me había dado cuenta hasta ahora.

—Tendré mi propio dormitorio.

Parpadeé, no me lo esperaba.

—Pasaré esa petición a nuestro anfitrión.

—Y no puedes tocarme el trasero solo porque piensen que estamos saliendo.

Mi sonrisa fue instantánea.

—Tomo nota.

Se lamió los labios. Tenía los ojos muy abiertos y nerviosos, y se colocó un cabello suelto detrás de la oreja.

—Y no puedes besarme.

Ladeé la cabeza y la estudié. Era una promesa que no quería hacer. Las palabras no saldrían literalmente de mi boca. Me aparté del Jeep y di un paso más hacia ella. Ella se mantuvo firme, levantando la barbilla cuando me acerqué.

—¿Y si me lo pides? —dije en voz baja—. ¿Entonces puedo?

Claire exhaló temblorosamente.

—No lo haré.

—¿No? —Con cuidado, toqué con el pulgar la curva de su barbilla.

Ella negó con la cabeza y mi mano se retiró.

—Tal vez no lo hagas —le dije—. Pero escúchame bien, princesa, me encantaría que me pidieras un beso.

Al cabo de un momento, Claire tragó saliva y se apartó de mí. Sentí el paso, la distancia que puso entre nosotros, como un puñetazo en las pelotas.

—¿Nos vamos mañana? —preguntó.



Ahh, así que así es como iba a acabar esto. Dejé caer la barbilla sobre el pecho y tuve que exhalar una fuerte bocanada de decepción.

—Sí. —Levanté la cabeza—. Te recogeré a las ocho.

Empezó a caminar hacia atrás, pero sus ojos permanecían fijos en los míos.

—Te veré a las ocho.

No me moví hasta que estuvo dentro, subiendo las escaleras, y vi su sombra moverse tras las cortinas cerradas del salón. Miré el reloj. La vería en menos de once horas.

Entonces sonreí. Con suerte, no me mataría cuando se diera cuenta de que estábamos conduciendo, pero todos volaban.

No era estúpido. Si el viaje de tres horas a Vancouver era el tiempo más honesto que pasaría con ella...entonces sería un idiota si no lo aceptara.



9

Claire

Por decimoséptima vez aquella mañana, puse los ojos en blanco mientras metía en la mochila mi cuarto atuendo innecesario.

—Por casualidad no has visto sus redes sociales, ¿verdad?

Respondí con el mismo nivel de paciencia con el que había respondido a sus dieciséis preguntas anteriores sobre Bauer.

—No, Paige, no las he visto

Lo que fuera que viera en la pantalla de su teléfono la hizo acercárselo a la cara. Mi hermana Isabel, dos años mayor que Lia y que yo, se asomó por encima de su hombro y tarareó apreciativamente.

Paige, nuestra cuñada -pero a todos los efectos, nuestra mamá de alquiler-, la fulminó con la mirada.

—No hacemos ruidos acerca de hombres que se fugan con Claire de la noche a la mañana a mansiones.

—Sí, pero míralo —murmuró Isabel—. Lo dejaría fugarse conmigo en cualquier momento.

Tragué saliva con cuidado mientras lo decía, porque era fácil imaginar a Isabel con alguien como Bauer. De los cuatro, Isabel era la más atlética. Durante los últimos cuatro años había dirigido un estudio de kickboxing y un gimnasio, y hacía sesiones de entrenamiento personal para sacarse un dinero extra, y parecía el tipo de mujer que saldría con un snowboarder profesional.

Con su seco sentido del humor, Isabel podría seguir fácilmente el ritmo de Bauer.



Con cuidado, sin permitirme ni una pizca de curiosidad por lo que estaban mirando, metí los pantalones cortos del pijama en la esquina superior de la bolsa.

—No es que esto haya sido idea suya —dije a la galería de chismosas—. ¿Por qué es necesario que estén aquí otra vez?

—Apoyo moral —dijo Paige.

—¿Estás bromeando? Quiero conocer a Bauer —intervino Isabel—. Tienes que fingir ser su novia, pequeña punk.

—Por favor, deja de decir eso. —Cuando tiré de la cremallera para cerrarla con demasiada fuerza, solté un suspiro—. Es una noche, y mientras no vaya por ahí dándole puñetazos en la garganta, lo máximo que puedo fingir es que respondo a un nombre distinto al mío.

—Y si eso es todo lo que haces con Bauer 'el Halcón' Davis —el énfasis que puso en su nombre profesional me hizo querer sacarle los ojos a mi hermana mayor— con esta única noche, haré que te revisen por deficiencia mental.

Paige se aclaró la garganta.

—Estoy aquí.

Iz puso los ojos en blanco.

—Como si no hubiéramos hablado de cosas peores.

—Lo sé —dijo Paige—, pero es Claire. Ella y Lia son mis bebés. Me niego a creer que hayan crecido más allá de los adorables angelitos que eran cuando me casé con tu hermano.

Me quedé helada.

Isabel se congeló.

Paige realmente sollozó.

Me acerqué lentamente a ella, a esa mujer a la que todas amábamos tanto. La mujer que lucharía contra el mundo por nosotras si lo necesitáramos, que lloraba por un recuerdo de mi hermana y mío que estaba absoluta y horriblemente distorsionado.



Por algo lo llamamos distorsión cognitiva.

Apoyé suavemente la mano en su espalda y la moví en círculos relajantes. Paige exhaló temblorosamente y se pasó la mano por la cara.

Le articulé a Isabel “¿Por qué llora?” y ella se encogió de hombros.

—¿Paige? —dije.

Volvió a moquear.

—¿Te... te acuerdas de mí y de Lia de cuando te casaste? —Desde la cocina, Lia estalló en carcajadas histéricas.

Paige sonrió, sus hombros se hundieron cuando su raro arrebató de emoción acuosa se secó.

—Eran terrores, creadas con el único propósito de destruir mi cordura.

Asentí con la cabeza.

—Poner a prueba los límites de alguien nuevo en un rol parental es completamente normal desde el punto de vista del desarrollo y esperable para situaciones así.

Apoyando el hombro en el marco de la puerta, Lia se unió a nosotras, observando la escena con una sonrisa.

—Hice algunos de mis mejores trabajos esos primeros meses que estuviste por aquí.

—¿Recuerdas el lagarto en la ducha? —pregunté.

El rostro de mi hermana adquirió un aspecto de ensueño.

—Sus gritos fueron una belleza. —Paige puso los ojos en blanco, lo que hizo reír a Lia con ganas.

Al ver su sonrisa, sentí que algo se desenrollaba dentro de mí. Una oleada de alivio, porque durante toda la mañana habíamos bailado el uno alrededor del otro.

Cuando estaba nerviosa, no podía evitar absorber parte de esa energía. A ella le pasaba lo mismo.



Puede que nuestro malestar naciera de lugares distintos, pero me di cuenta de que estuvimos dando este particular rodeo toda la noche y la madrugada de ese día porque no necesitábamos aumentar nuestra oferta actual añadiendo inconscientemente la de la otra persona.

Lia estaba intranquila porque un plan relativamente inocente se había convertido en algo mucho más grande. No podía ayudar a la gente a la que quería y seguía enojada con su amigo por no haberle avisado (y por extensión a mí). Todo eso la hacía sentirse incómoda y fuera de control.

Lo sabía porque podía sentir sus bordes. Como si se hubiera metido en el agua, y el agua estuviera chapoteando contra mí.

Estaba intranquila, porque estaba a punto de pasar veinticuatro horas con los papás de Finn, que sabían que les había mentido. Porque un tipo rico estaba impresionado con mis conocimientos aleatorios y hasta ahora inútiles sobre el desarrollo infantil. Y porque anoche, de pie en el estacionamiento, Bauer Davis básicamente me dijo que quería besarme, y que estaba totalmente bajo mi control hacer que eso sucediera.

Sí. *Eso* no era nada que necesitara que Lia absorbiera.

Fue bastante duro y me llevó bastante tiempo perfeccionar mi habilidad para no dejarme llevar emocionalmente cuando Finn estaba cerca porque no quería que ella lo sintiera.

Esto era algo más. No más grande-porque mi enamoramiento de Finn, que no era el problema en este momento-pero grande de una manera diferente.

Paige y Lia empezaron a intercambiar historias, y yo bajé lentamente la mano de donde seguía apoyada en la espalda de Paige porque no había pensado en Finn ni una sola vez desde que Bauer se fue la noche anterior.

Ni una sola vez.

Su hermanastro, atrevido y sin complejos y tatuado y valiente y completamente opuesto a él en todos los sentidos, quería besarme y probablemente tendría la oportunidad de hacerlo si yo quisiera, y no había pensado en Finn *ni una sola vez*.



No era fácil, pero intenté mantener el ceño fruncido mientras hacía la cama, simplemente para no mostrar mi cara. Mis hermanas parloteaban, ajenas a la forma en que mi cerebro había empezado a girar en círculos, tambaleándose peligrosamente al darme cuenta.

—Claire —dijo Iz—. Tierra a Claire.

Después de apartar una última arruga de la colcha, me alisé también la cara y me giré.

—Perdona, ¿qué?

—¿Tienes calcetines gruesos empacados? —preguntó Paige.

Parpadeé.

—Umm. Tengo calcetines normales empacados, ¿por qué?

—Hace frío ahí arriba, y se supone que va a nevar.

Frotándome una mano por la frente.

—¿Nieve? Es primavera.

—Son las montañas —dijo Paige—. Deberías empacar calcetines de lana.

—Estaré en una mansión, chicas. Estoy bastante segura de que tendrá calefacción.

Iz sonrió.

—Bauer puede mantener tus pies calientes.

Hablando de calor, mi cara estaba probablemente roja como la mierda.

Lia se burló.

—Mejor que no.

—Más le vale que no —dijo Paige.

Isabel me sonrió.

—Estoy bastante segura de que eso depende de Claire, no de ustedes dos.



—A Claire no le gustan los tipos como Bauer —argumentó Lia—. A ella le gustan los hombres cuerdos y amables y educados y no propensos a maldecir a alguien borracho.

Levanté las manos.

—De acuerdo, ya basta. Bauer no es necesario para mantener nada mío caliente. He estado manteniendo mis propios pies agradables y cálidos, todo por mí misma, muchas gracias.

Lia sonrió con satisfacción.

—Si tú lo dices.

Isabel se golpeó la barbilla con un dedo.

—Necesito un calentapiés nuevo. El mío se rompió la semana pasada.

—Tengo a tu hermano —dijo Paige alrededor de una sonrisa impenitente.

—Qué asco —respondimos las tres al unísono.

Me llevé las manos a las mejillas ardientes.

—De acuerdo, llegará en cualquier momento. Por favor... solo... no me avergüences, Paige.

—¿Yo? —Sus ojos se abrieron dramáticamente.

—No hay posibilidad de que tomes a Iz y te vayas antes de que llegue, ¿verdad?

Isabel rodeó los hombros de Paige con un brazo.

—Ella no tiene una oportunidad en el infierno de arrastrarme de este apartamento.

Paige la miró de reojo.

—Aún podría llevarte, ¿sabes?

Iz le dio una palmadita en la cabeza.

—No, realmente no podrías.

Lia se quedó mirando a Iz.



—No sé por qué estás tan emocionada por conocerlo. Solo es Bauer.

—Porque es un snowboarder *de clase mundial* —respondió Iz—. ¿Viste su triple cork en los X Games del año pasado?

Lia suspiró.

—Nop.

—Esa no es una razón para dejar que caliente los pies de Claire o... —Paige hizo una pausa con una mueca—, nada. En esta familia no idolatramos a los atletas, ¿recuerdas? Solo son personas normales...

—Que hacen trabajos anormales —terminamos de memoria.

El teléfono de Paige sonó y levantó la pantalla para leer lo que ponía.

—Por ejemplo, tu hermano, el mejor jugador de fútbol y entrenador del mundo, no sabe usar la lavadora.

Paige tenía razón. Normalmente, ninguna de nosotras adulaba a los atletas profesionales porque habíamos estado rodeadas de ellos toda la vida. Entre mi hermano y sus años jugando para Washington, y nuestra hermana mayor, Molly, que estaba saliendo con otro famoso miembro de la lista de los Washington Wolves, Noah Griffin, habíamos compartido muchas comidas con gente que se ganaba la vida generosamente jugando.

Cuando miré el despertador, solté un suspiro porque llegaba un par de minutos tarde.

Sonó el timbre de la puerta y las cuatro nos quedamos paralizadas.

—Voy yo —dije en voz baja.

Lia exhaló.

—Voy a esconderme en mi habitación. No necesito presenciar esta locura.

—La locura que es culpa tuya, querrás decir —susurró Isabel en voz baja.

Al salir de mi habitación, entrecerró peligrosamente los ojos en dirección a Isabel.

Paige me dedicó una sonrisa alentadora.



—Todo irá bien. Prometo ser amable.

Tomé la mochila y la almohada y me preparé mentalmente para el espectáculo circense que estaba a punto de empezar. Por un momento, me sentí mal por no haber preparado a Bauer para el pelotón de fusilamiento unipersonal.

Eso solo duró un segundo, porque el otro noventa y nueve por ciento de mí sabía que sería increíble ver cómo ella le desequilibraba. Me había estado desequilibrando desde el momento en que se puso aquel esmoquin.

—Sube —dije por el altavoz.

—Ni siquiera te aseguraste de que fuera él —siseó Paige—. ¿Y si es un traficante sexual?

—¿Tocando el timbre a las ocho de la mañana un sábado? —pregunté—. ¿Crees que un traficante sexual tocaría el timbre de nuestro apartamento un sábado por la mañana temprano?

Ella resopló.

—Uno educado, tal vez.

Isabel se reía cuando le abrí la puerta a Bauer.

Luego dejó de reír.

Paige maldijo.

Y mi estómago se hizo cuarenta y siete nudos.

Porque Bauer de esmoquin era bastante agradable, pero no el verdadero.

Ahora, estaba viendo al verdadero Bauer.

—Buenos días, princesa —dijo. Su voz era áspera y gruñona, como si no la hubiera usado mucho desde que se despertó.

Con unos jeans desteñidos y rotos, un gorro gris oscuro cubriéndole el cabello y un Henley negro ceñido sobre el pecho, con las mangas levantadas para dejar ver las mangas de tinta de sus musculosos



antebrazos, tuve oficialmente mi primer contacto con Las Mariposas Bauer.

—Claire —me susurró Paige al oído—, ve a meter esos calcetines de lana en tu mochila, o lo haré yo por ti, jovencita.

Le hice un gesto para que retrocediera.

—Entra —le dije a Bauer—. Ignóralas.

—Parece altamente imposible. —Su sonrisa era amplia y encantadora y, maldita sea, tenía unos hoyuelos que no había notado la noche anterior. Con la mano extendida, vi a Isabel derretirse como mantequilla y a Paige ponerse en modo mamá sobreprotectora—. Bauer. ¿A quién tengo el placer de conocer?

—Isabel, una de las hermanas mayores. —Iz le dedicó una sonrisa amistosa—. Soy una gran fan, Bauer. Encantada de conocerte.

Le soltó la mano y se volvió hacia Paige.

—Y a ti te reconozco. Paige Ward, esposa del hermano mayor.

Paige le estrechó la mano y yo reprimí una carcajada al ver el brillo de sus ojos.

—Así es más fácil que me reconozcas.

—¿Ah, sí?

Ella asintió agradablemente.

—Así, si le haces daño en un cabello de la cabeza, sabrás exactamente quién te enviará a tu doloroso y sangriento final.

Bauer se quedó helado.

—Cierto. Eso lo hace más fácil.

Algo en todo este intercambio me hizo querer ir a esconderme en la habitación de Lia con ella.

Bauer era demasiado encantador a la dura luz del sol que llegaba con este nuevo día. Era demasiado grande y tatuado y musculoso y... demasiado *Bauer*, para que yo fuera a ningún sitio con él que implicara compartir el mismo techo.



Ahora estaba pensando en Finn. Porque él habría sido educado y dulce. Sin pretensiones. Me habría tomado el bolso y me habría llamado Claire, y eso me habría reconfortado porque sabía qué esperar de él.

Mientras Isabel le hacía a Bauer algunas preguntas sobre snowboard y él me guiñaba un ojo, mi cabeza y mi corazón me gritaban que no saliera de este apartamento con él.

Los instintos sonaban como la sirena de un tornado. Mi mano se apretó al asa de la mochila hasta que los dedos empezaron a hormiguear por la pérdida de flujo sanguíneo.

No podría hacerlo.

Si no era capaz de pasar una noche entera con él, una noche entera fingiendo ser mi hermana, definitivamente no podría hacerlo durante una noche entera. Con él.

—¿Y tienes buenos neumáticos de nieve? —le preguntó Paige—. Porque podrías encontrarte con mal tiempo.

—Eso queda al norte de ellos —dijo Isabel—. Ignórala, Bauer. Es así con todos nosotros.

Bauer se puso una mano en el pecho.

—Mi Jeep puede con todo, lo prometo. Tengo unos neumáticos excelentes.

—¿Te importa si tomo rápidamente una foto de tu licencia de conducir? —Paige continuó—. Solo... por si acaso.

Ladeó la cabeza.

—Umm, ¿sí?

—¿Por qué? ¿Algo que ocultar?

—De acuerdo —intervine—. Paige, creo que entiende la imagen.

—Créeme —dijo Bauer con seriedad—, soy muy consciente de lo valioso que es mi cargamento.

Puse los ojos en blanco.

Paige, sin embargo, parecía complacida.



—Tienes toda la razón.

Poniendo una mano en el hombro de mi cuñada, apreté en señal de advertencia.

—Gracias, Paige. —La miré.

Me devolvió una mirada enseguida.

Si no nos íbamos pronto, sacaría una escopeta de la nada y empezaría a limpiarla delante de él.

—¿Listo? —le pregunté a Bauer.

Su amplia sonrisa tenía un secreto que solo era para mí. Hizo que mi corazón se acelerara inexplicablemente. Mi cabeza seguía gritando de advertencia.

—Vamos, princesa. Estoy listo desde anoche.



10

Claire

El trayecto entre mi apartamento y la casa de Richard en Vancouver duró unas dos horas y media. Aprendí algunas cosas en ese lapso relativamente corto.

Podías quedarte mirando el impresionante paisaje durante la mayor parte del tiempo y vivir en una abyecta negación de lo que te esperaba a nuestra llegada a casa de Richard. Memorizar cadenas montañosas enteras, cada pico escarpado y desigual, e imaginarlo con tal detalle que si realmente supieras hacer algo como... pintar o dibujar, pasarías esas dos horas y media pensando en cómo las pintarías o dibujarías.

Bauer era, lamentablemente, muy buen cantante. Su música preferida era el rock clásico y alternativo, y me costó mucho no meterme los dedos en las orejas mientras cantaba. Su voz era grave y suave, sin florituras ni adornos extravagantes, pero me erizaba el vello de la nuca y, por tanto, no me gustaba.

Además, no cejaba en su empeño de entablar conversación conmigo, a pesar de que yo hacía todo lo posible por ignorar su existencia hasta que no tuve más remedio. Tuvieron que pasar los últimos treinta minutos de nuestro viaje para que finalmente me derrumbara.

—Entonces, princesa, ¿cuándo empezamos a salir?

Ignorando el galope inestable de mi corazón cuando me preguntó eso, mantuve la voz uniforme y sin emoción cada vez que me preguntaba algo a lo que me sentía obligada a responder.

—Vamos con seis meses.

—Seis meses —aceptó con facilidad.



Dos canciones después, de las que conocía la armonía, volvió a intentarlo.

—¿Qué ha cambiado?

Aparté los ojos de las montañas y, a regañadientes, dejé que mi mirada se dirigiera hacia él. Lo cual fue un *error*, porque Bauer, con la camisa, los vaqueros y el gorro, con aquel paisaje y aquel pelo oscuro a lo largo de la mandíbula, parecía arrancado de la revista *Rugged Man*, y yo no estaba aquí para eso.

No estoy aquí para eso. Para nada.

Señaló a un lado y a otro entre nosotros cuando no dije nada.

—Entre nosotros. ¿Qué ha cambiado? Hace seis meses, quiero decir.

Me quedé con la boca abierta.

—No lo sé. ¿Importa?

Bauer se encogió de hombros sin darle importancia.

—Sí, importa. Si salgo con una pareja que me interesa y empiezo a hacerles preguntas sobre su relación, me gustaría saber qué ha cambiado, teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace años.

—Bueno —dije—, tú y yo solo... no sé...

—Gracias por probar mi punto sobre por qué necesitamos una respuesta.

Lo miré.

—Apostaría diez pavos a que no pregunta qué ha cambiado entre tú y yo.

—Lia y yo —corrigió a la ligera—. ¿Te acuerdas?

Tragando saliva, asentí.

—De acuerdo. Tú y Lia.

—Quiero decir, debe haber habido un momento —dijo—. Tal vez estabas pasando la noche.



Cerré los ojos. No quería jugar a este juego con él. No quería imaginar lo que fuera que tenía en la cabeza porque probablemente era *vívido*.

—Pensé que nunca ibas a casa.

—Rara vez —reconoce Bauer—. No me tienden exactamente la alfombra de bienvenida.

Quedarme callada me parecía una opción más segura, porque mis opciones eran contribuir a la pequeña historia que estaba tramando o dejarle que se inventara la suya propia.

—Así que probablemente me colé tarde porque necesitaba un sitio donde quedarme. —Dio un golpecito con el pulgar en el volante y el sol brilló en el anillo de plata maciza que llevaba—. No podías dormir, así que te encontré en la cocina, mirando el refrigerador.

Con cuidado, apreté las rodillas contra el pecho y rodeé las piernas con los brazos. No quería imaginármelo. Porque de repente, de alguna manera, parecía mucho peor si estaba poniendo a Lia en su mente, en lugar de a mí.

Mi elección segura ya no me parecía tan segura.

—Nadie preguntará esto —dije en voz baja.

Bauer me ignoró.

—Quizá me ofreciste una copa porque ibas a tomarte una. Una se convirtió en dos. Lo suficiente para que estuvieras dispuesta a bajar tus defensas a mi alrededor, princesa. Creo que era la primera vez que lo hacías.

Alcé una ceja.

—Aprovechando, ¿verdad?

—Claro que no. Estábamos relajados. No borrachos. No me acuesto con mujeres borrachas porque créeme, eso es todo un mundo diferente de problemas cuando te despiertas a la mañana siguiente.

—Esta historia lleva a todo tipo de lugares románticos.

Sonrió.



—En mi mente, me agarraste y plantaste ese primer beso en mis labios muy desprevenidos. Un beso caliente también.

Puse los ojos en blanco, pero mis mejillas estaban encendidas.

—Por supuesto, así es como funcionaría en tu cabeza.

Bauer se lamió el labio inferior.

—Sabías a cerezas. Después de eso, me quedé casi fustigado. Yo era tuyo para mandar, y nunca he mirado hacia atrás.

Volví la cara hacia la ventana e hice ejercicios de respiración profunda ante la idea de mantener esa fachada durante un solo día. Mi corazón se aceleraba terriblemente.

—No me imagino que Richard Harper vaya a interrogarnos.

Se rió.

—Una conversación educada no es un interrogatorio.

—Sí que lo parece —murmuré en voz baja.

Oh, me escuchó, y pensó que era graciosísimo.

—Sabes, me gusta cuando solo eres Claire.

No, no sentiría un rubor de felicidad cálida y pegajosa ante esa afirmación. Cuando eres gemelo, sobre todo si eres gemelo idéntico, se produce una extraña maraña emocional. Inevitablemente, quedas unido a esa persona para el resto de tu vida. A los ojos de mucha gente, vienes como un paquete. En el instituto e incluso al principio de la universidad, cuando vivíamos en la residencia, nuestros amigos se escandalizaban si solo una de las dos asistía a un evento.

Claire y Lia. Lia y Claire.

La gente se tomaba un segundo para saber con qué gemela estaba hablando. Como si no fuéramos completamente diferentes bajo la superficie de nuestra piel. La mitad de las veces, ni siquiera estaba segura de que les importara saber cuál era cuál.



Por alguna razón, estar sentada en ese auto, siguiendo mi cerebro por ese camino, me hizo pensar en algo que Brooke nos dijo un año antes de irse.

Íbamos en auto a casa de Logan. Era difícil recordar los detalles ahora, pero quería ir a hacer algo, así que nos dejaba en su casa para que nos vigilara. Lia y yo estábamos riñendo en el asiento trasero, y como no podía oír su música por el ruido que hacíamos, nos gritó que nos calláramos.

Como era incapaz de mantener la boca cerrada, Lia preguntó dulcemente cuál de las dos tenía que callarse.

—Como si importara —espató Brooke—. Ni siquiera puedo decir quién de ustedes suena peor en este momento, o quién es más molesta. Que es lo mismo que cualquier otro día, supongo.

Ella había conseguido su deseo porque nos calló de diferentes maneras. Sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. La cara de Lia se suavizó al instante, pero yo había sentido su ira. La sentí zumbando bajo mi piel.

Las heridas de la infancia eran profundas, aunque no pensaras en ellas todo el tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó Bauer—. Te pusiste escalofriantemente silenciosa ahí.

Fue muy perspicaz y me hizo mirarlo con curiosidad. Había estado callada la mayor parte del viaje, pero incluso él, este hombre que no me conocía realmente, era capaz de notar la diferencia en mi silencio.

Le dediqué una pequeña sonrisa.

—Solo pensaba en traumas emocionales de la infancia, si quieres saberlo.

Gimió, inclinándose hacia delante para subir el volumen de la música.

—No. No voy a ir ahí, princesa. No llevamos suficiente tiempo de citas falsas.



Después de hora y media intentando entablar conversación conmigo, eso fue lo que me convenció. Me giré en mi asiento para observar la expresión de su rostro.

—Vamos, compartiré la mía si tú compartes la tuya.

Resopló.

—Sí, claro.

—Nos queda una hora —dije—. ¿De qué más deberíamos hablar?

—Literalmente cualquier otra cosa. —Cambió de carril tras un rápido vistazo a su ángulo muerto—. Hablaría de política. De religión. Mujeres con las que me he acostado en el pasado porque nunca he tenido citas. Vamos a golpear uno de *esos* para la diversión.

Incliné la cabeza.

—¿Cuántos años tenías cuando tu papá se casó con Adele?

Bauer exhaló un fuerte suspiro.

—¿Recuerdas aquella vez que mi novia del instituto me engañó? ¿Con mi mejor amigo? Recapitulemos eso en detalle.

Se me dibujó una sonrisa en la boca, pero la contuve. Dejarme seducir por su reticencia a hablar de la evidente disfunción de su familia no me serviría de nada. Incluso si estaba admitiendo que era un prostituto.

—Algún día serás una gran psiquiatra infantil, princesa —dijo—. Acosando a estos pobres niños para que compartan.

—Eres muy hábil para desviarte, Bauer.

Me envió una sonrisa torcida.

—Soy hábil en muchas cosas, créeme. No hablar de mi familia ni siquiera está en lo alto de la lista.

Puse los ojos en blanco ante la insinuación y me volví hacia la ventana. Seattle era preciosa, pero a medida que nos alejábamos hacia el norte, las vistas parecían aumentar en grandeza.

—No me extraña que te encante estar aquí arriba —le dije—. Es increíble.



No es que mi comentario requiriera una respuesta, pero Bauer no dijo nada de inmediato. Luego exhaló lentamente, como después de un buen estiramiento de yoga o cuando te metes en una bañera llena de agua caliente y ésta entra en contacto con tu piel por primera vez.

Era el tipo de suspiro que decía que *mi alma está tranquila*.

—Las montañas son el único lugar donde no me siento atrapado en una jaula.

Antes de que pudiera comentarlo, la voz tranquilizadora de su teléfono nos dijo que tomáramos la salida. Había edificios a lo lejos, el perfil de Vancouver visible incluso desde donde nos dirigíamos hacia el agua, hacia donde Richard nos había dicho que fuéramos.

—¿Cuándo llegaron tus papás?

Miró la pantalla de su teléfono y me pareció ver culpabilidad en sus ojos.

—Ellos... volaron con Richard en su avión privado hace un rato.

Mis cejas se deslizaron sobre mi frente.

—¿Y cómo es que no lo hicimos? Podríamos haber llegado en unos treinta minutos.

—Porque no quería quedarme atrapado en un tubo metálico volador con mi papá y Adele todavía. —Bauer me dedicó una sonrisa indulgente—. Necesitaba tiempo con mi chica antes de nuestra fiesta de pijamas de esta noche.

Lo señalé con el dedo.

—Te dije habitaciones separadas.

—Y si tengo algún control sobre eso, tus deseos son órdenes. —Señaló con un dedo—. Pero sabes tan bien como yo que si protestas demasiado, parecerá raro.

Con un gemido, dejé caer la cabeza en el asiento.

—Esto es una estupidez. ¿No podemos contarle a Richard lo de la confusión?



—Sí, claro que podemos. —Bauer me miró—. Seguro que le encantaría entregarle un cheque a Adele después de descubrir que todos le mentimos, sabiendo exactamente quién era.

—Con el tiempo, tendrán que hacerlo.

—¿Por qué?

—B-bueno —tartamudeé—, si es uno de los principales benefactores del centro, ¿no vendrá a visitarnos?

—Claro. ¿Tu hermana visita el centro a menudo?

Fruncí el ceño, lo que lo hizo reír.

—Mentir no es divertido, Bauer. No lo disfruto. Me siento como una falsa y una farsante y como si estuviéramos embaucando a este buen hombre.

—Lo único que haces es responder a otro nombre —señaló—. Cuando hablaste con él por primera vez, ¿te hacías pasar por Lia?

—No —admití.

Las casas crecían a medida que recorriamos la sinuosa carretera rodeada de altísimos árboles y atisbos de agua.

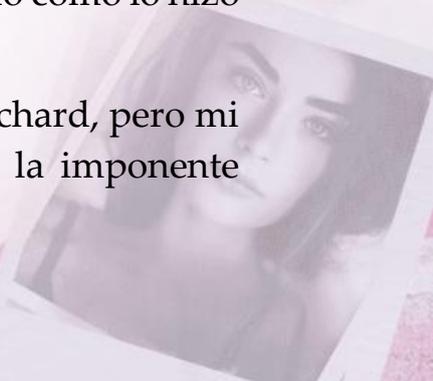
—No, no lo hacías. Escucha, lo peor de esto es que tienes que fingir que te gusto por un día. —Lo dijo con ligereza, pero sus palabras tenían algo de filoso.

Por un momento, cerré los ojos y traté de imaginar que la noche se había desarrollado como yo había soñado. ¿Qué sentiría si Finn nos llevara a Vancouver y yo tuviera que fingir ser su novia por una noche?

Y mi mente se quedó... en blanco. Mi corazón estaba en silencio.

Probablemente se habría sentido tan incómodo como yo. Y cuanto más lo pensaba, más sabía que nunca habríamos estado en esta situación, porque él no se habría acercado a mí ni me habría rodeado la cintura con el brazo mientras hablaba con Richard. No me habría mirado como lo hizo Bauer. No habría bailado conmigo en un pasillo tranquilo.

Bauer hizo girar el Jeep hasta la entrada de la casa de Richard, pero mi mirada no estaba fija en las impresionantes vistas ni en la imponente



cabaña de madera. Estaba en el hombre que nos conducía hacia ella. La piel alrededor de su boca se había tensado un poco y sus ojos habían perdido parte de la chispa de antes. Esto también era duro para él, pero de una forma completamente distinta a como lo era para mí.

Después de respirar hondo, puse mi mano sobre la suya, que estaba apoyada en la palanca de cambios. Los ojos de Bauer se clavaron en mí y luego en nuestras manos.

Su piel era cálida y áspera.

—Me caes muy bien, Bauer —le dije en voz baja—. Es solo que no te conozco en absoluto.

Sus cejas bajaron sobre sus ojos mientras estudiaba mi comportamiento repentinamente serio.

—¿Por qué dijiste lo que dijiste cuando estábamos bailando? —La pregunta salió de mi boca antes de que me diera cuenta de que me había estado molestando.

Eso encendió algo detrás de sus ojos.

—¿Qué he dicho?

—Que Finn nunca había bailado conmigo así. —Probablemente mi cara estaba muy roja, pero me sentí... importante. Si Bauer estaba siendo sincero, y había sabido toda la noche que yo era Claire, entonces me estaba hablando a mí cuando lo dijo. No a Lia—. ¿Por qué dijiste eso?

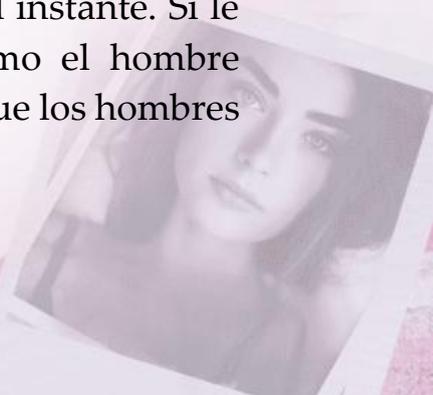
Tuvo que desenredarnos las manos para estacionar el Jeep y se tomó un segundo para mirar la casa.

Luego ladeó la cabeza, inclinándose en su asiento para mirarme.

—¿Por qué fuiste a la cena por Lia? Si tanto odias mentir.

Punto muerto.

En eso estábamos. Si se lo dijera a Bauer ahora mismo, antes de empezar la actuación que íbamos a intentar, se cerraría en banda al instante. Si le dijera que durante años había visto a su hermano como el hombre perfecto, el prototipo de todo lo que había deseado, pero que los hombres



con los que había salido siempre se habían quedado cortos en comparación.

No lo suficientemente inteligente.

No lo suficientemente dulce.

No lo suficientemente amable.

No... lo suficientemente Finn.

Aquí estaba un hombre que era exactamente lo opuesto a su hermano en todos y cada uno de los aspectos que podría enumerar. Y delante de un montón de extraños, iba a fingir que era todo lo que yo quería.

Respiré hondo.

—Yo te pregunté primero.

Bauer sonrió crípticamente.

—Así es, princesa.

La mirada expectante que le dirigí hizo que su sonrisa se ensanchara. Quería levantarme de mi asiento y arrancarle la respuesta. El hecho de que no me contestara me ponía nerviosa, como si una vibración comenzara en algún lugar profundo de mi cuerpo y se extendiera cada vez más hasta que él pudiera verla en la superficie de mi piel si no me lo decía.

—¿Por qué no me lo dices? —susurré impaciente.

—¿Por qué no me lo dices tú? —me respondió, acercando su cara a la mía en los silenciosos confines del Jeep. Sus ojos se clavaron en mi boca—. Me vas a volver loco antes de que esto acabe, ¿verdad?

Se rompió la cuerda que nos unía y me senté de espaldas, apoyándome contra la puerta del Jeep. ¿Qué estaba haciendo?

Un movimiento con el rabillo del ojo captó mi atención. Richard estaba de pie en una enorme cubierta, saludándonos.

—Tenemos compañía.

Bauer parpadeó.



—Correcto.

El aire era pesado y estaba extrañamente cargado, aunque no podía imaginarme quién de los dos estaba enviando toda esa energía al espacio que nos separaba.

Me miró largamente.

—Hora del espectáculo, princesa.



11

Banner

Claire, que se estaba convirtiendo rápidamente en una de las mujeres más fascinantes que había conocido, no cumplió su deseo. El ama de llaves de Richard, una mujer ordenada de unos cincuenta años, nos enseñó nuestro dormitorio al final del pasillo de arriba, y traté de no reírme al ver la cara de disgusto que Claire trataba de disimular.

La habitación, al igual que el resto de la casa de Richard, era, oh... ¿podría siquiera pensar en la palabra correcta?

Abrumadora.

Aunque su casa estaba escondida de la carretera, en la punta de West Vancouver, con árboles que se agolpaban en el terreno y bloqueaban la vista de la casa desde la carretera, una vez que entramos, todo en ella era sobrecogedora. E increíble y alucinantemente feo.

Claire y yo nos quedamos de pie en nuestro dormitorio, absolutamente sin habla.

—Es... —Su voz se cortó cuando sus ojos se posaron, muy abiertos, redondos y sorprendidos, en la cama que dominaba el espacio.

—Es terrible.

Soltó una carcajada.

—Creo que Richard Harper está sobre compensando algo.

—¿Esa es tu opinión profesional?

Su lento asentimiento me hizo reír.



Parecía un burdel francés de principios de siglo vomitado sobre todas las superficies. Había oro dorado por todas partes, en muebles, marcos y espejos. La tapicería, de profundos tonos joya, me hizo parpadear de incredulidad, como me había pasado desde el momento en que entramos por la puerta.

—No sé lo que esperaba —dijo. Su mano señaló débilmente la cama de cuatro postes, tamaño king, con cortinas de terciopelo rojo sangre que cerraban completamente el espacio para dormir—. Pero no era esto.

Me asomé al interior de nuestro cuarto de baño y dejé escapar un silbido bajo.

—Cierra bien los ojos antes de entrar en esta habitación, princesa. Te hará sangrar los ojos.

—Los ricos son raros —dijo, y luego me miró por encima del hombro—. ¿No es eso lo que me dijiste?

—Algo así. —Me rasqué la cabeza y colgué mi bolso en el sofá enmarcado en el gran ventanal. Ventanas que quedarían totalmente cubiertas por la pesada tela de rayas negras y doradas, de un estampado tan abrumador que casi me daba claustrofobia mirarla.

—Ese sofá parece cómodo.

Le devolví la mirada, capté la sonrisa burlona en su rostro y negué con la cabeza.

—¿Intentas decirme algo?

En cuanto entramos en la habitación, supe que pasaría la noche en ese maldito sofá cubierto con un horrible estampado de flores. Sería pequeño e incómodo, y lo haría, porque por mucho que quisiera besar a Claire, hacer todo tipo de cosas, si ella estaba dispuesta, nunca había forzado mis atenciones con una mujer, y estaba seguro de que no empezaría con esta.

Además, había captado la mirada en los ojos de su cuñada cuando me dijo que me destruiría, y abso-luta-jodida-mente le creí.

Claire no me contestó porque probablemente sabía todo lo que estaba pensando.



—Al menos dame una de las almohadas buenas —le dije. Levanté la pequeña del sofá, una de esas extrañas y sin sentido con forma de perrito caliente, y se la lancé—. Porque esa no la voy a usar.

Tomó la almohada con una sonrisa y se subió a la gigantesca cama.

—Creo que puedo manejarlo ya que me ha dado, oh, veamos... catorce en esta.

Desvié la mirada para que no me viera mirándole el trasero, pero vamos, estaba a cuatro patas sobre una cama y yo ya estaba luchando por no tocarla. Por eso la almohada me golpeó en un lado de la cabeza.

Sus carcajadas eran tan adorables que probablemente la dejaría tirarme un bloque de hormigón a la cabeza si pudiera oírla toda la noche.

—Mierda —murmuré. Tenía problemas con ésta, y sabía exactamente por qué. Mi estilo de vida no se prestaba a estar cerca de mujeres como Claire. No me malinterpretes, tenía amigas que eran chicas en Whistler. Las chicas que practicaban snowboard eran fuertes y rudas, y contaba con muchas de ellas como amigas. Nunca me había acostado con ninguna de mis compañeras de competición, solo con las conejitas de nieve. Las visitantes de la montaña que no tenían problemas con el camarero por una noche.

Pero Claire era diferente.

Inteligente, dulce, sensata y demasiado buena para mí. Claire marcaba todas las casillas de la hipotética lista a la que nunca prestaba demasiada atención en mi cabeza: la lista de las Guardianas, razón por la cual no me resultó difícil fingir con ella durante una noche.

Mirando hacia el sofá, intenté encontrar la manera de convencer a Richard de que necesitaba una inmersión de una semana entera para aprender sobre el centro comunitario, porque yo renunciaría gustosamente a dormir siete noches en aquella pesadilla bordada con tal de pasar más tiempo con Claire.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo Claire.

El ama de llaves asomó la cabeza.



—La cena estará servida en unos quince minutos, si quiere unirse al resto de la fiesta abajo.

—Bajaremos enseguida —le dije.

Cuando la puerta se cerró, Claire se tumbó en la cama y se cubrió la cara con las manos.

—Esto es una locura.

—¿Sabes lo que es una locura? Podrían caber quince en esa cama y aún habría sitio.

Se sentó y su cabello, brillante y oscuro, se deslizó fuera de su coleta.

—Cierto. Lo que significa que esta noche dormiré muy bien —dijo remilgadamente.

Señalé la puerta.

—Vamos, princesa. Sé que estás emocionada.

Cuando saltó de la cama, arreglándose la coleta mientras caminaba, mi mano se posó sobre su espalda mientras salíamos de la habitación. Quería caer sobre aquella curva, la que quedaba justo en el dobladillo de su camisa, pero volví a meter el brazo en el costado.

Mis papás estaban expectantes ante una monstruosidad de mesa de comedor formal, de esas en las que caben fácilmente doce personas.

—Cariño —saludó Adele, inclinándose para besar la mejilla de Claire—. Sé tú misma —susurró—. Pero, ya sabes... responde a Lia.

Claire le dedicó una débil sonrisa.

—Entendido.

Richard se unió a nosotros, entregando a Adele y a mi papá copas llenas de vino.

—¿Qué les parece mi humilde morada?

—Es asombroso —le dije seriamente—. Nunca había visto nada igual.

Se hinchó como un pavo real cuando Claire se hizo eco del sentimiento.



—Pasaría todo mi tiempo aquí si pudiera —dijo—. Me siento como un rey.

Asentí.

—Comprensible.

Adele me lanzó una mirada de advertencia y mi papá se pasó una mano por la boca.

Nos sentamos a cenar, Claire a mi derecha, y cuando estuvo a punto de volcar su vaso de agua acercando su silla a la mesa, le puse una mano en el muslo y apreté.

Le dediqué una sonrisa alentadora, que ella devolvió débilmente.

Richard, desde su dorada y ornamentada silla en la cabecera de la mesa, captó el gesto y nos guiñó un ojo.

—Entonces, Bauer, ¿qué es esta tontería de que has perdido tu patrocinio? Estuviste espectacular en tus últimos eventos.

La cara de Adele se tornó de un tono blanco pastoso al ver que yo era la primera ante los ojos de Richard. Tragué saliva y sonreí al ama de llaves, que nos puso pan y sopa a Claire y a mí.

—Oh, no sé si eso es una conversación agradable a la hora de cenar, señor.

Desde luego, no lo era para mí, porque tendría que esforzarme por recuperar cualquier tipo de tracción competitiva sin un patrocinador principal. Scotty estaba trabajando en ello, pero este público era el último con el que quería diseccionarlo. Especialmente delante de Adele.

—Es una carrera tan voluble —intervino Adele—. Tan estresante para toda la familia, en realidad.

Le alcé las cejas.

—Sí. No puedo imaginarme lo impotente que debes sentirte. Puedes ayudar a todos esos niños que te necesitan en el centro, pero tu hijo está fuera de tu alcance.

Claire apoyó su pie sobre el mío debajo de la mesa.



Richard sonrió entre nosotros, completamente ajeno.

—Mis papás me dieron por perdido hace tiempo —dijo—. Tienes suerte de tener una familia que se preocupa tanto.

Mi respuesta fue grave.

—Así es.

—Hablando del centro —dijo Richard entre sorbo y sorbo de la sopa—, ¿por qué no me hablas un poco de él, Adele?

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Me encantaría.

Y eso marcó el tono del resto de la cena de tres platos. Richard y Adele dominaban la conversación, con interjecciones ocasionales de mi papá cuando era necesario.

Claire lo observó todo pensativa, asintiendo un par de veces cuando Adele decía algo sobre el impacto positivo que un lugar como el centro podía tener en niños que normalmente no tendrían esas oportunidades.

—Está callada, señorita Ward —dijo Richard, un poco más astuto de lo que yo le había atribuido.

Sonrió y estiré el brazo detrás de su silla. Su cabello me rozó la mano y, en contra de mi buen juicio, jugueteé con las sedosas puntas.

—No hay mucho que añadir, supongo.

—Oh, me cuesta creerlo. Esta es la misma joven que tomó una simple foto y casi hace llorar a un hombre adulto por lo que observó en ella.

Le revolví el pelo sobre el nudillo y Claire se estremeció.

—Umm, bueno, Adele y Robert han hecho un trabajo tan minucioso que no me imagino qué podría aportar yo.

—Pero crees que su alcance podría ser mayor —dijo—. Ayudar a más niños.

Inspiró tranquilamente antes de responder.



—Creo que hay muchas iniciativas filantrópicas que entran en esa categoría. Hay que hablar de los servicios para los jóvenes desfavorecidos; tienen que tener la oportunidad de llegar a los niños que más los necesitan, y no siempre son los niños que viven en las inmediaciones del lugar físico. Por eso muchos atletas, por ejemplo, coordinarse con distintos distritos escolares para transportar a los niños en autobús en actos de mayor envergadura. Si te limitas a una zona geográfica, tienes limitado el número de niños a los que puedes ayudar.

Mi papá asintió.

—Ella tiene razón. Parece que nos hemos estancado en los últimos años. Nos encantaría ampliar nuestro alcance, pero nos han faltado recursos para poder hacerlo.

Richard los observaba a ambos, y sus ojos iban y venían entre los dos con interés.

—Probablemente has estado en cientos de esos eventos a lo largo de los años, ¿verdad, Lia?

Parpadeó al oír el nombre de su hermana y mi mano bajó hasta su hombro.

Se relajó ligeramente.

—Lo hice. Mi hermano nunca creó su propia fundación, pero hemos apoyado tantas de sus amigos que es difícil tenerlas claras.

—Apostaría que estaba bastante ocupado criándote a ti y a tus hermanas —dijo Richard—. Con tu mamá marchándose como lo hizo.

Claire tragó saliva con cuidado.

—Lo hizo. Aunque no mucha gente conoce detalles de nuestro pasado. Mantuvo nuestra vida muy privada por esa razón.

Aumenté la presión de mis dedos sobre su hombro, haciéndole saber que estaba ahí.

Sabía un poco por lo que habían pasado las hermanas Ward por Finn, pero parecía que Richard sabía aún más. Logan prácticamente las había criado, y su hermano -el otro hermanastro de Claire- no participaba



mucho en sus vidas porque él y Logan no se llevaban bien. Pero las razones, bueno, nunca me habían interesado demasiado.

Hasta ahora.

El tono de Richard era comprensivo, pero aun así lo estudié detenidamente por el hecho de que lo supiera en primer lugar. Debió de ver algo en mis ojos porque levantó las manos y sonrió.

—Lo siento, no sabía que me estaba metiendo en algo que no debía. Creía que era de dominio público, si uno se preocupaba de indagar lo suficiente.

—No lo es —le dije en voz baja—. Y no todo el mundo disfruta hablando de las cosas de su infancia que apestaron.

Claire exhaló lentamente y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Está bien, Bauer —dijo ella—. Y no hay razón para disculparse, Richard. Si alguien escurbara lo suficiente, sabría que Brooke decidió que ser mamá no era lo que quería hacer. Mis hermanas y yo tuvimos la suerte de tener a alguien como Logan, que nos quería lo suficiente como para ser exactamente lo que necesitábamos. Pero no todos los niños tienen eso. Y creo que es admirable que gente como Adele y Robert intenten ayudar a los niños que no tienen otro familiar a hacer lo que hizo mi hermano.

Richard se relajó en su asiento.

—Y supongo que eso influyó en tus elecciones educativas.

Ella asintió.

—Así fue.

—¿Qué esperas hacer algún día?

Adele me lanzó una mirada que no pude descifrar. Claire se removió incómoda en su silla. Ciertamente Lia Ward no era una experta en psicología del desarrollo, y cuanto más se acercaba a Claire como su hermana, más se enredaba el nudo.

—Va a salvar a desgraciados sin remedio como tú y yo, Richard —dije, subiéndole una mano por la espalda de Claire.



Él sonrió, como era la intención, extendiendo los brazos. Un rey mostrando su reino.

—¿Necesito que me salven?

—Quizá por tus dotes de decorador, pero nada más —le dije.

Adele aspiró y Claire hizo rodar los labios entre los dientes.

Tras un rato de silencio, la estruendosa carcajada de Richard resonó en el techo de la catedral. Y por suerte, eso rompió el ambiente mientras terminábamos de cenar.

Todo quedó en conversaciones superficiales sobre Seattle y Vancouver mientras nos trasladábamos a la sala de estar y al crepitante fuego. Mientras Richard obsequiaba a Adele y a mi papá con historias de su extravagante y exagerada vida, yo miraba por las ventanas. Fuera de la pared de cristal, prácticamente se podía ver el frente frío.

El agua adquirió una inquietante quietud cuando el aire se volvió gélido. Sentado junto a Claire en un sofá hinchado y horrible, pasé el brazo por el respaldo del mueble e intenté bloquearlo todo excepto la vista por la ventana y la mujer que estaba a mi lado. Sus piernas estaban acurrucadas contra su pecho, así que no nos tocábamos, pero casi.

Casi.

Nunca debí inventar mi pequeña historia sobre nuestro primer beso. Todo lo que podía imaginarme ahora era una cocina oscura, Claire tirando de mí con los puños apretados en la camisa, empujando mi espalda contra la puerta del refrigerador y haciendo lo que quería conmigo.

Debido a esa fantasía que corría por mi cabeza, esto casi me estaba matando.

Por todas partes, *casi* nos tocábamos. Su cabello, de nuevo, estaba justo más allá de mis manos. Sus omóplatos estaban a menos de un centímetro de mi antebrazo. Su cadera estaba tan cerca de la mía que podía sentir el calor de su cuerpo. Y fue una tortura. Durante dos horas estuvimos ahí sentados, cada uno de nosotros entrando de vez en cuando en la conversación que fluía con facilidad entre mis papás y Richard.



A todos los efectos, éramos tan útiles como toda la decoración chillona que Richard tenía colgada en las paredes, pero aun así nos quería ahí.

Cuando el sol se puso del todo y el cielo se oscureció, Claire bostezó detrás de su mano.

—¿Lista para subir? —pregunté, inclinando la cabeza hacia la suya.

Asintió y se volvió hacia mí para mirarme a los ojos, sin darse cuenta de que me había movido. Se quedó sin aliento cuando mi pulgar le apartó un mechón de cabello del pómulos.

—Tienes pecas —susurré en voz baja para que nadie pudiera oírnos.

Ella asintió bruscamente, pero no se echó atrás.

—Solo cuando me da el sol.

Tarareé.

—Me gusta.

Richard se aclaró la garganta, y su intrusión se sintió áspera e inoportuna en aquel pequeño espacio que yo ocupaba con Claire.

—Bueno —dijo con conocimiento—. Creo que es hora de terminar la velada.

Adele se levantó, lanzándome una mirada de advertencia.

—Sí, eso parece.

Claire se levantó del sillón antes que yo porque tenía que tomarme diez segundos para recitar mentalmente el juramento a la bandera antes de ponerme en pie o, de lo contrario, corría el riesgo de pasar vergüenza.

—Buenas noches a todos —dijo Claire.

La seguí escaleras arriba y por el pasillo. Ninguno de los dos dijo una palabra.

El camino hasta nuestro dormitorio fue tenso, y me imaginé todo tipo de situaciones en cuanto estuvimos a puerta cerrada.

Ella, tirándome contra su cuerpo suave y cálido y pidiéndome que la bese.



Yo, metiendo las manos bajo el algodón de su camisa y descubriendo si sus labios eran tan suaves como había imaginado, si su lengua era dulce y fresca.

Abrió la puerta de un empujón y yo respiré hondo, la cerré en silencio y apoyé la espalda en ella mientras ella iba directo a su mochila, sacaba un pijama y, sin mirarme ni una sola vez, entraba en el cuarto de baño.

Todo mi ser se desinfló.

Sí. Todo.

—Por supuesto —susurré—. ¿Qué pensabas que pasaría?

Para cuando salió del cuarto de baño, vestida con otros pantalones cortos de algodón y una camiseta que me encantaba, yo estaba tirado en aquel estúpido sofá mirando al techo.

De los dos, sabía quién se estaba pasando de listo y, como de costumbre, no era yo.

Probablemente podía sentir mi aversión a cualquier tipo de relación seria. No bromeaba en el auto. Había tenido un intento, y terminó conmigo sintiéndome como un tonto. Era más fácil sin ataduras. Sin caras repetidas ni expectativas. De ese modo, ni siquiera tenía que preocuparme por una caída desordenada, ya fuera causada por mí o por otra persona.

Claire se metió tranquilamente en su cama demasiado grande y la oí suspirar.

—No ha estado tan mal.

Sonreí ante sus tímidas palabras.

—No, no estuvo tan mal.

—Son ... —Hizo una pausa—. ¿Es el sofá terriblemente incómodo?

Era peor que incómodo.

Por la mañana, mi espalda se doblaría por la mitad y mi cuello estaba tan torcido que el mejor quiropráctico necesitaría diecisiete citas para reparar el daño. Además, olía a naftalina.

—Todo irá bien.



—Me estás mintiendo, ¿verdad?

Giré la cabeza para mirarla. Tenía los ojos muy abiertos y algo en el hecho de estar en esta habitación conmigo la ponía visiblemente nerviosa.

—Buenas noches, princesa.

Su sonrisa, la que me dedicó antes de desaparecer bajo las mantas, hizo cosas tan extrañas en mi corazón que supe que dormiría en aquel sofá cien veces más con tal de volver a verla.

Y Claire y yo no teníamos ni idea de que nuestra pequeña aventura aún no había empezado.



12

Claire

Despertarme en aquella monstruosidad de cama fue, como mínimo, desorientador. La habitación estaba tan oscura que tardé treinta segundos en orientarme.

En algún momento, después de haber tumbado su enorme cuerpo en el pequeño sofá, Bauer debió de despertarse para cerrar las pesadas cortinas de terciopelo. Por la separación de los dos trozos de tela entraba una pizca de luz que, por la forma en que caía, atravesaba el centro de la habitación. Casi como si se hubiera trazado una línea entre la cama donde yo estaba tumbada y donde Bauer dormía profundamente.

Era imposible mirarlo y no sonreír, porque sus largas piernas colgaban del borde del sofá y tenía un brazo musculoso y entintado sobre la cara.

La manta que le cubría el cuerpo era de un color oscuro que no pude identificar, pero estaba recogida sobre su pecho. Escucha, tal vez no había aceptado la descarada invitación de Bauer, pero yo era una mujer de sangre roja que no había tenido sexo en más de un año. Y la última vez había sido rápida y olvidable, el subproducto de intentar ver si alguien podía estar a la altura de Finn en mi mente.

Y la mujer humana y de sangre roja que hay en mí se inclinó hacia arriba todo lo que pudo, intentando ver exactamente qué escondía Bauer debajo de ese Henley de algodón del día anterior.

Cuando gimió y se estiró el brazo que le cubría la cara, me agaché en silencio y apoyé la cabeza en la almohada.

La decepción que sentí por no verlo un poco más fue sorprendente, y me froté la frente, tratando de averiguar de dónde demonios venía.



Bauer estuvo... bien. Era gracioso de una manera inteligente y autodespreciativa. Pero yo conocía a muchos hombres graciosos. Tipos con los que había tenido clases o que había conocido cuando salía con mi hermana y nuestros amigos. Eso no lo convertía en alguien digno de admiración.

Pero también era evidente que me respetaba porque no había tentado a la suerte a pesar de que compartíamos la misma habitación. Escuchar los sonidos innegablemente íntimos de su despertar era un hecho que no podía ignorar.

Más allá de su aspecto, que era ridículo, si era sincera, la forma en que se mantenía sobre la línea que yo había trazado en la arena... bueno... despertó mi curiosidad.

El chico malo que quizá no era tan malo como le gustaba aparentar.

Mi teléfono sonó en la mesilla de noche y me acerqué rápidamente para tomarlo.

Paige: *Dime cuando tú y el chico malo se dirigen a casa. No me gusta que el sistema meteorológico gire en tu dirección como lo ha hecho. Ya están retrasando los vuelos de Vancouver.*

Paige: *Mejor aún, déjame rastrear tu ubicación POR FAVOR. Solo te lo he pedido diecisiete veces, y no sé por qué tú y tus hermanas sienten que estoy invadiendo su intimidad.*

Curiosa, abrí mi aplicación meteorológica e hice una mueca de asco ante lo que vi. En la parte superior aparecía *un aviso meteorológico* en letras rojas brillantes y, cuando leí que se dirigía hacia nosotros y hacia el norte de Vancouver con posibles niveles récord de nieve para abril, me senté en la cama, sin importarme si Bauer estaba mirando o no.

Lo era.

—Buenos días, sol —me dijo.



Aunque debería haberlo sabido, levanté la vista hacia él y me arrepentí inmediatamente.

Quería saber qué escondía la manta, y ahora lo sabía.

Músculos. Y tinta. Y más músculos.

Mis ojos volvieron directamente a mi teléfono. Más o menos.

—Buenos días. ¿Has visto este pronóstico?

Sacudió la cabeza.

—No. ¿Por qué?

—Deberíamos volver lo antes posible.

Bauer se estiró, desplegando el cuerpo como un gran felino que acabara de despertarse de una siesta en una roca calentada por el sol. El sonido que emitió desde lo más profundo de su pecho me tensó la piel dos tallas más de la cuenta y me quedé mirando fijamente el móvil.

—No pasará nada. Siempre actúan como si fuera el fin del mundo si cae una gran nevada en abril.

Lo miré con escepticismo.

—Bauer, dice que podría ser más de un pie de nieve.

Bostezó.

—Conseguiremos dos pulgadas como máximo.

El radar que recorría mi pantalla me pedía que discrepara en ominosos tonos azules y morados.

—¿Te han dicho alguna vez que estás guapísima cuando te despiertas y tienes ese ceño fruncido preocupado?

Suspiré y guardé el teléfono bajo las mantas. Responder a Paige tendría que ser más tarde porque, al parecer, primero había que lidiar con el hombre coqueto que compartía mi habitación.

—No puedo decir que lo hayan hecho. —Metiéndome con cuidado las mantas bajo las axilas para tapar... cualquier cosa, le dirigí una mirada paciente—. ¿Puedes vestirte, por favor? Quiero ver si hay café abajo.



Bauer se levantó del sofá lentamente, y fue puro instinto lo que me hizo taparme los ojos con una mano cuando vi aquel enorme cuerpo desplegándose y sus calzoncillos bóxer negros que eran lo único que le cubrían. *Me tapé los ojos.* Como un niño.

Su estruendosa carcajada hizo que se me calentara la cara.

—Si quieres mirar, princesa, adelante. Estoy aquí para que me mires.

Tras la protección de mi mano, puse los ojos en blanco.

—Voy al baño, y cuando salga, más vale que estés vestido.

—Ahora estoy vestido —protestó—. Todas las partes importantes están cubiertas.

Me deslicé de la cama y mantuve la mirada al frente mientras llegaba a la intimidad del cuarto de baño. Cuando se cerró la puerta, me hundí contra la puerta cerrada con un suspiro. Compartir dormitorio con Bauer era peligroso para mi salud.

Pero como le había pedido, llevaba una camiseta y un pantalón de chándal gris cuando salí del baño con el cabello y los dientes cepillados. Sinceramente, los pantalones de chándal podrían haber sido peores -o mejores, si miraba lo suficiente- que los bóxers.

Bauer no me miraba a mí, sino a la pantalla de su teléfono. Era su turno de fruncir el ceño, aunque me negué a decirle que parecía adorable. Los hombres tan calientes nunca podrían, ni serían, descritos como adorables.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Su rostro se aclaró al instante.

—Nada. Solo tengo que hacer una llamada rápida antes de bajar. Pero no sientas que tienes que esperarme.

Me encogí de hombros.

—No pasa nada. Adelante, no voy a escuchar a escondidas.

Con una mano frotándose la nuca, Bauer parecía realmente... preocupado.



—De acuerdo. —Sacudió la cabeza y se llevó el teléfono a la oreja. Al cabo de unos instantes, sonrió—. No, no asalté las oficinas. Intenté una táctica diferente, pero... no salió exactamente como lo había planeado. —Asintió con la cabeza—. No me digas que vas a prolongar el viaje.

Me miró.

—Sí, de hecho estoy en West Vancouver ahora mismo, así que estoy a una hora de tu casa. ¿Por qué? —Sacudió la cabeza—. No, iba a volver a Seattle.

Tomé algo de ropa y volví al baño, pero mantuve la puerta entreabierta. En silencio, mientras me quitaba los pantalones cortos y me subía los leggins por las piernas, le oí murmurar una maldición en voz baja.

—Scotty, tengo una pasajera conmigo, y a ella no le gustará esto. —Hizo una pausa—. No, no es así.

Me puse la sudadera y salí del cuarto de baño, lanzándole una mirada interrogativa. Se rascó la mandíbula.

—Lo sé, Scotty, pero estoy seguro de que está bien. —Hizo una mueca—. Sí, he oído que puede ser malo, pero vamos, ¿hace cuánto que vivimos junto a esas montañas? Tú llevas ahí cien años. No me digas que no siempre exageran...

Lo que Scotty dijera al otro lado del teléfono hizo que Bauer exhalara lentamente.

—¿Tienes comida?

Mis manos bajaron lentamente hasta donde había empezado a guardar mi pijama. Cielos, ¿alguien se había quedado tirado? ¿Perdido? Mi mente empezó a acelerarse, mi corazón a doler por quienquiera que pudiera estar en problemas.

—Es dura, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que Agnes estará bien. Además, soy la última persona que ella querría que la revisara. Ella me odia.

Habría sonreído, si el nombre de Agnes no me hubiera evocado imágenes mentales de una dulce ancianita, y ahora ni siquiera estaba segura de si tenía *comida*.



—Podemos ver cómo está —me oí decir.

A Bauer se le cayó la cara de asombro. Parpadeó.

—Sí, Scotty, es ella. Pero...

—Dile que iremos a ver cómo está Agnes —dije, esta vez con más firmeza. Levanté la barbilla. Por alguna razón, eso hizo que Bauer sonriera ampliamente—. Podemos llevarle provisiones de parte de Richard, si nos permite desprendernos de algunas conservas y productos agrícolas. Nos aseguraremos de que tenga comida.

La persona con la que hablaba dijo algo que hizo reír a Bauer.

—Sí, definitivamente es mejor persona que yo. Aunque puede que se arrepienta cuando conozca a Agnes.

Me quedé con la boca abierta. Todo lo bueno que dije sobre Bauer, lo retiré. Era horrible. Y grosero. Y malo con las viejecitas sin comida atrapadas en medio de la nada antes de una ventisca. Sus ojos estaban pegados a mi cara, llenos de picardía y fuego.

—De acuerdo, Scotty. Nos iremos ahora, pero todo lo que puedo hacer es comprobar cómo está, asegurarme de que está dentro con algo de comida, y luego dar la vuelta. Tengo un precioso paquete que entregar sano y salvo en Seattle.

—Oh, cielos —murmuré, ignorando su mirada inquebrantable mientras cerraba la cremallera de la mochila con más fuerza de la necesaria—. Te estás pasando un poco, ¿no crees?

Bauer se despidió de su interlocutor, probablemente el marido o el hijo o el nieto de Agnes, que estaba muy preocupado por ella, y luego me observó en silencio. Jugueteeé con mi mochila hasta que no pude más.

—¿Quién es Scotty, y por qué Agnes te odia? —le pregunté.

Sonrió lentamente.

—Scotty es el hombre que me lo enseñó todo. —Bauer se sentó en el sofá, metiendo los pies en las botas de montaña que llevaba el día anterior—. Le debo toda mi carrera, y él lo sabe muy bien, por eso me llama para esta horrible tarea de ir a ver a Agnes. A la que probablemente



habría dicho que no, si tú no hubieras aparecido y le hubieras dado esperanzas al pobre viejo.

—Eso es terrible —me lamenté—. ¿La dejarías ahí fuera, completamente indefensa?

Bauer ladeó la cabeza.

—Sí. Porque estará bien. Siempre lo está.

—Bauer sea cual sea tu segundo nombre Davis, deberías avergonzarte de ti mismo. —Apoyé las manos en las caderas—. Es una ancianita y necesita provisiones. Sé que te haces el duro, pero vamos, ni siquiera tú tienes el corazón tan frío.

—Casi no quiero avisarte —dijo crípticamente. Se inclinó hacia delante, dejando que los antebrazos descansaran sobre la parte superior de los muslos y las manos colgaran entre las rodillas.

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres la mujer más frustrante, adorable y desconcertante que he tenido el placer de conocer, y esa es la única razón por la que voy a decirte a lo que nos acabas de apuntar.

Era imposible no querer levantar las manos y taparme la cara. Nunca me habían llamado ninguna de esas cosas. Bueno, frustrante tal vez, por mis hermanas. Pero yo era un libro abierto. Literalmente. Me pasaba la vida entre libros abiertos, intentando absorber todo lo que encontraba ahí. Pero por alguna razón, este hombre me miró y vio una versión de mí misma que nunca supe que existía.

Algo en mí lo atrajo.

—¿Para qué nos inscribí?

Bauer se levantó y avanzó hacia mí, con aquellas sudaderas grises colgando de sus caderas de una forma que yo *no miraba*, y se detuvo justo fuera del alcance de mi brazo.

—Agnes es un gato.

Parpadeé y le miré a la cara.

—¿Qué?



—Agnes es la gata horrible, malvada y malhumorada de Scotty, que odia a todos los seres humanos excepto a él. Y no puede recordar cuánta comida puso en su comedero automático, así que teme que se muera de hambre antes de que él pueda llegar a casa.

—Oh —dije débilmente.

Bauer sonrió.

—Sí, oh.

—Entonces, estamos... conduciendo en medio de una tormenta de nieve para ver a un gato que vive en medio de la nada.

Asintió lentamente.

—Eso parece.

Me acerqué a la ventana y descorrí con cuidado las pesadas cortinas. La nieve ya estaba pegada al suelo. Las ramas de los árboles se cubrían de blanco, dando un aire mágico a la ya de por sí impresionante vista. Como un paraíso invernal. Pero no maravilloso, ya no.

—¿Vive a una hora de aquí? —le pregunté débilmente. Una hora no estaba tan mal. No había razón para asustarse.

—Sí. Será mejor que nos tomemos un café y nos pongamos en marcha si queremos volver a Seattle a tiempo.

Apreté los ojos.

—Lo siento. Esto es... —Hice una pausa—. Debería haber esperado a que colgaras el teléfono.

Sus manos se posaron en mis hombros y me giró suavemente para que le mirara. No habló hasta que abrí los párpados.

—Princesa, está bien. Sigo pensando que esta tormenta pasará como un dulce gatito, a diferencia de Agnes, que es una horrible, horrible perra de animal.

Mi sonrisa no se hizo esperar, y él tarareó en lo más profundo de su pecho al verla.

—Matándome —susurró.



—Lo siento.

Me apretó los hombros.

—No, no lo sientes. Simplemente no puedes evitarlo.

Quince minutos más tarde, con los cafés en la mano y los bocadillos del desayuno envueltos para nosotros por el ama de llaves de Richard, estábamos metidos en el Jeep de Bauer mientras grandes y gordos copos de nieve golpeaban el parabrisas en suaves palmaditas de sonido.

—Le dijiste a Paige que esto no fue idea mía, ¿verdad? —preguntó, viéndome enviar un mensaje a mis hermanas para que no pensarán que me habían secuestrado—. Porque parecía muy seria cuando me amenazó de muerte.

—Hablabas en serio.

—Útil —dijo secamente.

Arrancó el motor y se sentó en el asiento.

Yo: *Larga historia, pero tenemos que desviarnos un poco hacia el norte para comprobar algo para el entrenador de Bauer. Estaremos bien.*

Lia: *OMG, no dejes que te convenza de algo loco. Como si le importara una maldita ventisca.*

Paige: *ESTO ES POR LO QUE DEBERÍA SER CAPAZ DE RASTREAR SUS TRASEROS. Haré que Logan aprenda a hackear su teléfono.*

Isabel: **choque de puños* No hagas nada que yo no haría.*

Molly: *¿Quién es Bauer? ¿DÓNDE ESTÁS? ¿QUÉ ME HE PERDIDO? Odio viajar cuando pasan cosas emocionantes *emoji de cara triste**

Suspiré ante el aluvión inmediato y guardé el teléfono en la parte delantera de la mochila.

—No te preocupes, en realidad nunca ha matado a nadie.

Bauer negó con la cabeza, metiendo la marcha atrás.



—Tú, mujer Ward, deberías venir con una etiqueta de advertencia, princesa.

Mientras salíamos de la calzada y nos adentrábamos en una tormenta de aspecto ominoso, no lo podía creer, pero me estaba riendo.



13

Banner

Algún día, puede que construya un santuario para Agnes, conmemorando el hecho de que Claire pensara que era una dulce anciana atrapada en una tormenta de nieve en lugar del gato diabólico que era en realidad, concediéndome así más tiempo con la señorita Ward.

Pero hoy no iba a ser ese día, porque cuando el trayecto hasta la cabaña de Scotty me llevó casi tres veces más de lo que esperaba, debido a la combinación de visibilidad nula, carreteras resbaladizas y heladas, y un viento tempestuoso que incluso me tenía con los nudillos en blanco al volante, solo quería llegar a nuestro destino sano y salvo.

Abril.

Era el puto *mes de abril*, y no me parecía bien que la tormenta del siglo azotara el oeste de Canadá mientras yo tenía que estar en la carretera con una mujer a la que no conocía de nada, controlando a un gato al que odiaba hasta lo más profundo de mi alma por el hombre que significaba para mí más que nadie en el planeta.

Claire estaba tranquila en el asiento del copiloto y esta vez no la presioné.

Había llegado a la fase irracional de conducir una hora antes, en la que bajas el volumen de la música por si acaso te ayuda a ver mejor las carreteras por arte de magia.

Cuando divisé el buzón rojo que señalaba el desvío a casa de Scotty, exhalé un enorme suspiro de alivio.

—Estamos aquí —le dije.



Dio un pequeño respingo al oír mi voz.

—Oh, bien.

Miré por el espejo retrovisor, y el manto blanco arremolinado que oscurecía mi visión. Hacía años que no conducía en algo así, y se me ocurrió que, con la casa de Scotty cerca, probablemente nos quedaríamos encerrados al menos una noche.

—¿Estás bien? —le pregunté. Si yo estaba estresado... no podía ni imaginar lo que ella debía estar sintiendo.

Claire se quedó callada un segundo y luego exhaló temblorosamente.

—Creo que no respiré bien durante una hora.

—Ya casi hemos llegado —prometí.

Ella asintió.

Sonreí.

—Ya puedes decirlo.

Claire me miró. Tenía la cara pálida y desencajada.

—¿Qué dices? —Levanté las cejas y señalé el parabrisas con la mano.

—Ahh. —Se aclaró la garganta—. Voy a guardar el *te lo dije* para cuando estemos a salvo dentro de su casa.

La parte trasera del Jeep dio un coletazo cuando giré por el largo camino de entrada. Sabiendo que no debía corregir en exceso, porque lo último que quería era acabar deslizándome por la ligera zanja que sabía que bordeaba los primeros quince metros, disminuí la presión de mis manos sobre el volante hasta que el vehículo se enderezó. Ahora que estábamos ligeramente protegidos por los árboles que abarrotaban la propiedad de Scotty, la visibilidad aumentó hasta ser algo más manejable de lo que había sido en las carreteras que nos habían traído hasta aquí.

—¿Te vas a perder algo importante mañana? —le pregunté.

Se frotó la frente.



—Una clase pero... enviaré un correo electrónico a mi profesor cuando estemos dentro. —Claire gimió—. Y a mi familia porque probablemente estén enloqueciendo.

Las visiones de Paige cerniéndose sobre mí me hacían temblar. Pero quedarme en casa de Scotty y arriesgarme a su ira por una noche era preferible a intentar cualquier estúpido viaje de vuelta a Seattle demasiado pronto.

—No puedo creer lo rápido que ha llegado —dije. La cima de su cabaña se hizo visible y la tensión que me rodeaba el pecho se relajó aún más. Todo lo que tenía que hacer era navegar por la larga y ligera curva hasta su entrada, donde no había huellas que seguir. Utilizando la curva entre los árboles como guía, nos empujé hacia delante a través de la nieve, que tenía fácilmente entre 15 y 20 centímetros de profundidad, dado que estaba intacta. Cuando los neumáticos, sin cadenas para la nieve, patinaron al acelerar, maldije. Con fuerza.

—No puedo creer que un snowboarder mundialmente famoso tenga miedo de conducir en la nieve —bromeó inesperadamente. Es increíble cómo se nos soltó la lengua al tener un refugio a la vista, aunque tuviéramos que quedarnos con la maldita Agnes, que probablemente nos arrancaría los ojos en cuanto entráramos.

—No me da miedo conducir en la nieve. —La miré mientras me acercaba a la cabaña todo lo que la nieve me permitía—. Pero no quería exactamente deslizarme fuera de la carretera cuando estás conmigo.

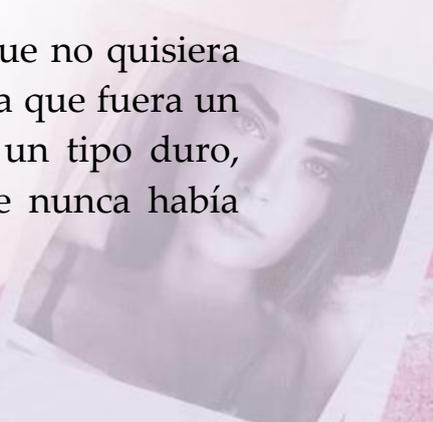
—Eres un cariñoso de closet, Bauer.

—No soy tal cosa —respondí, completamente ofendido—. Nadie me ha llamado nunca un nombre tan terrible.

Soltó una risita que hizo que mi repentina actitud defensiva valiera la pena.

—¿Por qué te molesta tanto?

Tenía en la punta de la lengua decir que el hecho de que no quisiera cargar con su admirable trasero por la nieve no significaba que fuera un encanto. Yo era un pateador traseros, muchas gracias. Era un tipo duro, tatuado, con piercings, que practicaba snowboard y que nunca había



tenido una mujer que se riera porque me llamara cariñoso, y podía tenerlo grabado en la lápida de mi tumba porque eso era lo mucho que me lo creía.

Estacioné el Jeep y, exhalando con fuerza, me quité el gorro de la cabeza y me llevé una mano al cabello.

—No me molesta; simplemente no es verdad. Pregúntaselo a mis papás.

Asintió despacio, inclinando ligeramente la cabeza mientras me estudiaba.

La señalé con el dedo.

—No, nada de eso. Nada de psicoanálisis. Me da igual cómo te queden los pantalones cortos de dormir. Eso no está permitido.

Claire sonrió lentamente.

—Basta.

Se extendió aún más, lo suficiente como para que sus dientes blancos y uniformes asomaran tras sus labios rosados. Le salía un hoyuelo. Y contra el blanco cegador de la nieve, con su cabello oscuro y sus profundos ojos azules, parecía Blancanieves.

Resoplé.

—Vamos adentro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Su acuerdo fue demasiado tranquilo, demasiado contenta consigo misma, y eso me hizo maldecir tanto como el viaje de mierda.

—La nieve será profunda. ¿Quieres que te lleve dentro para que no se te mojen los zapatos?

A Claire le brillaron los ojos.

—Eso es increíblemente... dulce... de tu parte.

—Bien. Mójate los zapatos, mójate los pantalones, ten hipotermia, a ver si me importa. —Me incliné hacia ella en la cabina del Jeep—. No vengas a mí a mitad de la noche y me ruegues que te caliente cuando tu



temperatura corporal baje porque no aceptaste mi oferta *práctica y lógica*, princesa.

Era mentira porque si ella viniera y me pidiera eso, me desnudaría muy rápido.

Todo.

Mis pensamientos debieron de delatarse en mi rostro porque el rubor se extendió lentamente por sus pómulos.

—Me arriesgaré —dijo en voz baja—. Pero gracias por ser tan práctico y lógico y no dulce.

Puse los ojos en blanco.

—Exagerado, pero de nada. Espera aquí. Antes me aseguraré de que mi llave funciona.

Después de abrirme paso a través de la nieve y subir a la cubierta igualmente nevada, eché un vistazo al interior de la oscura cabaña para asegurarme de que Agnes no estaba sentada esperando, con las garras desenvainadas y los colmillos enseñados.

Bajo el voladizo de la estructura en forma de A había una gran pila de leña, lo que me hizo respirar un poco mejor. Al menos pasaríamos la noche calentitos hasta que pudiéramos volver a casa al día siguiente. A la derecha de la leña había una pala muy resistente.

—Que Dios te bendiga, Scotty —murmuré. Rápidamente, limpié con una pala la zona junto a la puerta para que no cayera nieve en la cabaña en cuanto la abriera. La llave funcionó con facilidad, a pesar de que el metal de la cerradura estaba frío como la mierda. Sabiendo que podíamos entrar, me di la vuelta y paladeé una sola franja para que ella tuviera el camino despejado una vez que subiera a la cubierta.

Y no lo hacía por ser dulce, sino porque no quería que tuviera los calcetines empapados cuando llegara. Yo no había hecho la maleta para más de una noche, así que imaginé que ella tampoco. Y definitivamente no más de una noche que incluyera una ventisca récord.



Me giré y le hice señas para que entrara. Mientras tomaba su mochila y se tapaba el cabello con la capucha de la sudadera, pensé por qué me había molestado tanto que dijera eso.

Quizá porque no quería que Claire me mirara como si fuera un encanto. La gente llamaba dulce a Finn todo el tiempo, y si eso no era el beso de la muerte para echar un polvo, no sabía qué lo era.

Me habían recordado toda mi vida, o todos menos cinco años de ella, que Finn era el espécimen superior en todos los aspectos que importaban a nuestros papás, y aunque había dejado de molestarme por ello, tampoco quería que me metieran en su categoría.

Mientras Claire saltaba a la baldosa y avanzaba por el camino que yo le había allanado, supe que estar atrapada con ella en esta cabaña sería innegablemente peor que aquel dormitorio chillón de la mansión donde nos vigilaban.

Podría ser ella misma. Podría ser yo mismo.

Y no teníamos a dónde ir mientras ella estaba ahí sentada categorizándome como un inofensivo y esponjoso osito de peluche.

—Brrrr —dijo mientras se acurrucaba a mi lado—. Ese viento es gélido.

Abrí la puerta de un empujón y le hice señas para que entrara.

—Vamos. Encenderé un fuego.

Me precedió hasta la oscura cabaña, iluminada solo por una lamparita a lo largo del pequeño tramo de encimera de la cocina. Por supuesto, Scotty dejó una luz encendida para ese maldito gato.

Cuando cerré la puerta, Claire exhaló un fuerte suspiro.

—Esto es...

—¿Diminuto? —le respondí.

Exhaló una carcajada.

—Sí.

La cabaña de Scotty era una sola habitación, con la encimera de la cocina extendida a lo largo de la parte trasera y un cuarto de baño pegado a ella,



sin mucho más que una ducha, un retrete y un lavabo en condiciones. La zona de estar estaba separada por una mesa diminuta y destartada con dos sillas pegadas a ella. Había comido muchas veces en esa mesa.

El sofá y la silla -de cuero marrón- estaban frente a un pequeño televisor sobre una mesa consola igualmente pequeña, porque cuando Scotty estaba en casa, estaba al aire libre. Su propiedad tenía probablemente más de cinco acres de bosques densamente arbolados, y los metros cuadrados de su cabaña no podían superar los quinientos.

Los altos techos de la sala principal la hacían parecer más grande de lo que era. La antigua estufa de leña situada en la esquina del fondo le daba una sensación cálida y acogedora, que mejoraría aún más cuando la encendiera.

—¿Dormitorio arriba? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—El desván.

Miró la escalera con recelo.

—No te preocupes —le dije—. Tengo una larga historia durmiendo en ese sofá, y he tenido noches de sueño mucho peores que esa.

Claire se giró y miró hacia la parte de la cabaña que era todo ventanas. Era la parte favorita de Scotty, y mía, de su cabaña. Sí, era pequeña, pero un lado entero mostraba la belleza del lugar donde vivíamos.

Ahora mismo, parecía fría y un poco salvaje sin nada que la bloqueara de nuestra vista. Ella se estremeció.

—Siento como si estuviéramos siendo tragados enteros por esa tormenta.

Incliné la cabeza.

—¿Estás bien, princesa?

Se quedó callada, frotándose lentamente las manos de arriba abajo por la parte superior de los brazos.

—Creo que, en mi cabeza, imaginaba que el viaje sería la peor parte. Pero hay algo terriblemente desconcertante en estar atrapados dentro de



la casa de un extraño durante quién sabe cuánto tiempo y solo rezar para no, no sé, morir congelados o algo así.

Me acerqué a ella con cuidado y le puse las manos en los hombros como acababa de hacer un día antes en casa de Richard.

—No moriremos congelados. Aunque se acabe el propano, hay leña de sobra para la estufa, y aquí se está muy calentito.

Sus ojos eran tan grandes y confiados. Confiando en que yo podría ayudarnos a superar esto.

En lugar de hacerme sentir en pánico o atrapado, como sucedería normalmente, se me calentó el pecho al ver lo rápido que me creía. Mis manos se tensaron suavemente y sentí que los músculos se relajaban bajo mis palmas.

Claire asintió.

—De acuerdo, así no nos congelaremos, pero ¿hay comida?

—Oh, sí. —Volví a apretarle los hombros y fui a investigar la cocina—. Una cosa que sé de Scotty es que su congelador siempre está lleno de terribles comidas de soltero.

Abrí la pequeña puerta y no me decepcionó.

—¿Ves? —le dije, sacando un cartón negro y rojo—. Puede que en una sola comida consumamos el sodio de una semana, pero tenemos de sobra para comer. Y la despensa también estará bien surtida. No va mucho a la tienda a menos que estemos entrenando y está en Whistler todos los días conmigo, así que no tendremos mucha comida fresca.

Suspiró aliviada y la sentí acercarse por detrás, lo bastante como para que el calor de su cuerpo me calentara la espalda.

—Le gustan los pasteles de pollo, ya veo.

—¿A quién no? —La miré por encima del hombro—. Espero que a ti también porque eso es lo que tendrás para cenar si yo estoy cocinando.

Claire sonrió.

—Buscaré otras opciones en la despensa. Tal vez pueda preparar algo más.



Un movimiento me llamó la atención y me volví, con las manos apoyadas en las caderas.

—Ahí está la imbécil en persona.

Claire chasqueó la lengua.

—No puede ser tan mala.

Agnes asomó la cabeza por detrás del sofá, enseñó los colmillos y me siseó.

—Mira esos ojos verdes —murmuré—. Tanta violencia escondida en esas profundidades.

Mi compañera se rio, se agachó y tendió la mano.

—Hola, guapa.

Agnes la miró con desdén y desapareció detrás del sofá. Sacudí la cabeza.

—Te lo estoy diciendo. Es horrible.

—No deberías hablar así de ella. Las mascotas entienden tu tono, aunque tú creas que no.

Me reí.

—Oh, ella entiende muy bien. Todas las cosas malvadas pueden entender el caos que dejan a su paso.

Claire se enderezó.

—¿Dónde guarda Scotty su comida? Puedo asegurarme de que tenga suficiente.

Después de explicarle lo que Scotty había dicho por teléfono, volví al Jeep y tomé mi bolso junto con la almohada que Claire había dejado en el asiento trasero.

¿Me la acerqué a la cara para poder oler su champú en el camino de vuelta a la cabina?

Demasiado jodidamente cierto, lo hice.



Si tuviera que estar atrapado en un espacio reducido con una mujer con la que realmente quisiera acostarme, pero que parecía pasarme totalmente por alto, aprovecharía los momentos que pudiera. Incluyendo oler la almohada al azar para oler un poco de cualquier brebaje afrutado que usara.

Había más luces encendidas cuando volví a entrar, y Claire bajaba por la estrecha escalera que llevaba al desván, metiéndose el teléfono en la cintura de los leggings.

—¿No se vuelve loco viviendo en un espacio tan pequeño?

Negué con la cabeza antes de quitarme la chaqueta y colgarla en el perchero junto a la puerta.

—Es un tipo sencillo. Dale exteriores que explorar y una montaña que descender a gran velocidad en un pequeño trozo de fibra de vidrio, y es feliz.

Sonrió.

—¿Eso también te describe a ti?

Mirando a mi alrededor, me di cuenta de que mi piso de Whistler se parecía muchísimo a éste. El espacio era pequeño, mis muebles servían y no había mucha decoración.

—Sí, supongo. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué gastar dinero en fotos y baratijas y basura que acumula polvo cuando en cambio podría usarlo para experimentar el mundo?

Claire se detuvo y se quedó mirando la pared junto a las escaleras. Una pequeña foto enmarcada colgaba torcida de Scotty y yo después de mi primera gran victoria.

Era casi medio metro más bajo que yo, con mechones de cabello blanco plateado asomando por debajo de su sombrero negro de la suerte, pero su sonrisa era tan grande, tan orgullosa, que casi costaba mirarlo ahora. Me rodeaba los hombros con el brazo y yo sostenía la medalla entre las manos, con una sonrisa de oreja a oreja y marcas de gafas en las mejillas azotadas por el viento. Eso fue dos años después de conocerlo por primera



vez, cuando tenía las muñecas esposadas y él le había dicho a la policía que no presentaría cargos.

—Lo quieres —observó Claire.

Me encontré respondiendo con sinceridad.

—Es mi mejor amigo. La única persona que alguna vez... creyó que podía hacer algo de mi vida.

Claire no me miró, solo mantuvo los ojos fijos en la foto. Quería hacer algo, lo que fuera, para escandalizarla. Porque, por alguna razón, todo esto me parecía demasiado íntimo, y ella me parecía demasiado intrigante, demasiado fascinante como para siquiera contemplarlo.

—La primera vez que vi a Scotty, estaba esposado porque acababa de destrozar el lateral de su garaje. —Mantuve la voz uniforme mientras sus hombros se tensaban visiblemente—. No fue difícil para la policía encontrarme porque tenía las manos manchadas con el spray azul que había utilizado en el lateral de su casa. Me había cortado rompiendo las ventanas de su garaje.

Ella inhaló.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Quién sabe? —admití—. Tenía diecisiete años y estaba aburrido, y mis amigos probablemente pensaron que sería demasiado cobarde para hacerlo. Adele estaba muy contenta conmigo entonces, cuando los policías me llevaron a casa y le dijeron que solo gracias a Scotty no iba a tener un delito menor por destrucción de propiedad y vandalismo en mi expediente.

Claire era una pensadora ruidosa, me estaba dando cuenta. Especialmente cuando trataba de entender algo. Y ahora mismo, estaba tratando de entenderme a mí. Miraba la foto tan fijamente que me sorprendió que no saltara de la pared.

—No me extraña —murmuró.

Me acerqué detrás de ella e inhalé lentamente. Aquel increíble aroma era más fuerte que el de la almohada. Tuve que luchar para no hundir la



nariz en su cabello, rodearla con los brazos por detrás y glorificarme de lo cálida y suave que estaría metida en mi cuerpo.

Estaba tan claro que quería armarme como un rompecabezas que nadie había ordenado. Pero al final, ella vería que no era tan complicado.

Yo era lo que mi familia pensaba. Un desastre y una decepción.

Yo también era lo que pensaba Scotty. Un impulsivo que no pensaba bien las cosas.

—¿No te preguntas qué? —Mi voz sonaba oxidada.

Se giró y me miró, y yo me negué a moverme ni un milímetro. Pero Claire tampoco se movió.

Inspiré profundamente y mi pecho casi rozó el suyo, así de cerca estábamos. Quería besarla. Por muchas razones.

Por cómo se había visto con ese vestido amarillo. Porque seguía sin decirme por qué mintió en primer lugar.

Porque intentaba encontrar dentro de mí algo que no existía, algo bueno y dulce y considerado que significara que mis papás no me habían jodido del todo.

—No me extraña que resultaras ser un buen hombre —dijo en voz baja. Se me cortó la respiración.

Puso suavemente su mano sobre mi corazón, y yo deslicé mi palma por su brazo para anclarla ahí. Su piel... era tan, tan suave.

—Me alegro de que no te hayan arruinado, Bauer.

Claire sacó su mano de debajo de la mía y pasó junto a mí, deteniéndose para jugar con la radio en la encimera de la cocina.

Apoyé una mano en la pared, cerré los ojos y traté de entender lo que estaba pasando dentro de mi pecho después de unas pocas palabras suyas. Porque así de simple, así de rápido, me había arrancado la alfombra por completo.

La emisora que encendió era la de noticias, y giró algunos botones para atenuar la estática.



KARLA SORENSEN

Ward Sisters #2

—Bueno, todo el mundo —dijo la voz incorpórea—. Esto va a batir el récord de nevadas de abril en Vancouver, y no parará en las próximas veinticuatro o treinta y seis horas. Así que manténgase a salvo, abrigados y disfruten de la nieve.

Giré la cabeza para mirarla. Parecía que tenía tiempo para encontrar la respuesta a mi propio enigma: qué demonios hacer con Claire Ward.

BLACK CAT
SWEET POISON

FAKED



14

Claire

Cuando me desperté a la mañana siguiente, tenía calor.

Y por segunda mañana consecutiva, estaba completamente desorientada. No había cortinas rojas como la sangre ni una cama desparramada. En su lugar, una luz gris apagada, un techo de tablones de madera inclinado sobre mi cabeza y, cuando intenté moverme y sentí algo cálido en el pecho, parpadeé.

Unos ojos verdes engarzados en una cara de parche me miraban desde donde estaba tumbada y parecía bastante cómoda encima de mí.

—Buenos días, Agnes —susurré.

Abrió la boca para emitir un maullido lastimero que me hizo sonreír.

Su cola moteada de marrón y naranja se movía detrás de ella y sus orejas se inclinaban sobre su bonita cara.

—Sabía que exageraba. —Con cuidado, levanté la mano y se la pasé desde la coronilla por la espalda.

Agnes se estremeció ante mi tacto.

—¿Estás despierta, princesa? —Una voz dijo desde la sala de estar.

—Mm-hmm. Una amiga se unió a mí en la cama en algún momento de anoche.

—No me digas. —Oí sus pies cruzar el suelo de madera y dar pasos cuidadosos y silenciosos hasta el desván. Apareció la cabeza de Bauer, con el cabello oscuro alborotado por el sueño y la mandíbula aún más oscura por el crecimiento, y sonrió somnoliento—. Vaya por Dios.



Despacio, muy despacio, Agnes giró la cabeza en dirección a Bauer, agachó las orejas y siseó.

Mi carcajada fue tan sonora que el gato despegó de la cama como una bala de cañón marrón y naranja, desapareciendo detrás de la cómoda metida en el rincón.

Subió unos escalones más hasta que se le vio el pecho desnudo.

—Claro, has dormido sin camiseta —murmuré, poniéndome de lado y arrojando el edredón contra mi pecho.

—¿Estás bromeando? Me estaba asando a media noche. Te dije que el fuego nos mantendría calientes. —Sus ojos recorrieron mi cara—. ¿Dormiste bien?

Asentí con la cabeza.

—Yo también me desperté acalorada.

Bauer me señaló con el dedo.

—¿Ves? Te dejas muy abierta a los comentarios, princesa. Me gustaría que se notara cuando no muerdo el anzuelo.

Ante mi gemido, se rio y volvió a bajar las escaleras.

—Voy a hacer café —gritó.

Desde mi posición ventajosa en el piso de arriba, mi vista del exterior no sufría en absoluto. La cabaña de Scotty era pequeña, sí, pero había algo increíble en darse la vuelta para ver la extensión salvaje de árboles altos y enjutos, el viento blanco y azotador y los copos grandes y esponjosos que caían sin cesar.

Qué giro tan extraño había tomado mi vida en el transcurso de una semana.

Me hizo reflexionar sobre la escuela como la mayoría de las cosas. Una de las partes más fascinantes de lo que estaba aprendiendo era sobre las consecuencias de las propias acciones y cómo podían afectar a la gente que te rodea.



Los niños soportan las consecuencias de cómo los adultos de su vida les hablan, los tratan, les enseñan, los quieren. O no los quieren. Por cada acción, había una reacción. A veces grande, a veces pequeña.

Acepté hacer algo por mi hermana. En el gran esquema de mi vida, fue una decisión pequeña, alimentada por sentimientos que habían perdurado durante un lapso que solo podía considerarse grande.

Las consecuencias de esa pequeña acción fueron enormes.

Y yo seguía descifrando en mi cabeza lo que significaban, y cómo mi corazón no acababa de descifrar qué hacer con ellos.

Los sonidos de Bauer en la pequeña cocina, buscando tierra y tratando de descifrar la “estúpida y antigua máquina de mierda” me hicieron sonreír, lo que era un punto de partida para lo que había en mi cabeza.

Sabía que nuestra velada había sido tranquila pero divertida. Comimos pasteles de pollo cargados de sodio y grasa frente a la chimenea mientras él buscaba algo para ver en el pequeño cajón de DVD que tenía Scotty. Nos decidimos por *Tombstone*, y Bauer se sabía todas y cada una de las palabras. De vez en cuando, lo veía a la luz de la chimenea, pronunciando los diálogos.

Él se había quedado en la silla y yo me había instalado bajo una manta en el sofá.

Mientras estaba tumbada en la relativa intimidad del desván, supe que había sentido una punzada de decepción cuando me mandó arriba a la cama sin más que un “que duermas bien, princesa”.

—¿Qué quieres exactamente, Claire? —Susurré.

La cabeza de Bauer volvió a asomar y di un respingo, temiendo que me hubiera oído.

—¿Qué tal suenan unos panqueques? Encontré una caja de mezcla en la despensa.

Me senté despacio, con la espalda un poco adolorida por la inclinación del colchón de Scott a la que no estaba acostumbrada.

—Puedo hacer un poco, seguro.



—Terriblemente sexista por tu parte asumir que quería decir que cocinarías tú, no yo. —Con un guiño, desapareció.

Cuando me puse en pie, con cuidado de no golpearme la cabeza contra la inclinación del techo, me vi en el espejo polvoriento que colgaba sobre la cómoda. Tenía las mejillas sonrojadas y el cabello enmarañado por el sueño.

Sinceramente, parecía que acababa de tener sexo. Bueno...

Apoyando una mano en el pecho, respiré hondo, contuve el aire en los pulmones y exhalé. A veces, podías avanzar sin preocuparte demasiado por las consecuencias. Podías saltar sin saber lo que había bajo tus pies.

Tal vez este tiempo con Bauer, inesperado y no planeado, era una oportunidad para que lo practicara.

Arrugada en el suelo, junto a la cama, había una manta de color rojo vivo. La tomé y me la envolví alrededor de los hombros antes de bajar las escaleras.

Bauer estaba vertiendo expertamente la masa de los panqueques en una plancha que chisporroteaba y que parecía tener más años que nosotros dos juntos.

—Huelen bien —le dije—. Gracias por hacerlo.

Miró por encima del hombro -ahora cubierto con una camiseta negra- y sonrió torcidamente.

—Eso es lo bueno de tener pocas expectativas en hombres como yo, ¿eh? Sigo unas sencillas instrucciones en el lateral de una caja y tengo la gratitud eterna de una hermosa mujer.

—¿Hombres como tú? —repetí mientras me servía una humeante taza de café—. ¿Quién está colgando cebos para cumplidos ahora?

Su risa fue una carcajada corta. Observé cómo volteaba hábilmente los panqueques. Cuando dos estuvieron listos, los puso en un plato y me señaló con la barbilla.

—Adelante.



Los panqueques estaban perfectos. Esponjosos, dulces y calientes, y vi cómo Bauer se hacía una pila el doble de alta que la mía. Alcé las cejas significativamente antes de que diera el primer bocado.

—¿Qué? —murmuró entre dientes—. Necesito mi energía.

—¿Para qué? —Agité mi tenedor alrededor de la pequeña cabaña—. Estamos atrapados. —Sus ojos adquirieron un brillo diabólico—. ¿Qué?

—¿Hace cuánto que no usas pantalones para la nieve, princesa?



Una hora después, Agnes me observaba con ojos verdes llenos de juicio y desdén. Su cola se agitó perezosamente cuando me giré de lado, mirándome en el espejo del baño.

—Este no es mi mejor look.

Ella maulló.

—Lo sé. Sé que parezco ridícula, pero créeme, no fue idea mía.

Bauer volvió de fuera, pisando con las botas la toalla que había dejado junto a la entrada de la cabaña.

—¿Todavía te estás vistiendo? Vamos, Claire Ward, este muñeco de nieve no se construirá solo.

Estaba entusiasmada con su idea. Aunque salir en medio de una tormenta de nieve sonaba fatal, sabía que el aire fresco probablemente le mantendría cuerdo.

—Estos pantalones de nieve me quedan enormes —le dije.

—Para lo que estamos haciendo, estarás bien. Me alegro de que Scotty tuviera algo que te funcionara.

Contrariado, miré su atuendo perfectamente entallado. Yo me ahogaba en unos pantalones de nieve marrones y un abrigo de invierno sacados directamente de los años setenta, mientras que Bauer parecía haber saltado de la *revista Snowboarding Magazine* con lo que había rebuscado en la parte trasera de su Jeep.



—No sé si llegaría tan lejos —murmuré. Mientras él se reía de mí en voz baja, yo me esforzaba por averiguar cómo apretar la correa de la cintura del pantalón—. Pero siga riéndose, señor. Cuando se me caigan y tenga que llevarme dentro para que no me muera de frío, ya no le parecerá tan gracioso.

El maullido descontento de Agnes me avisó de que Bauer se había quitado las botas y se acercaba a mí. Esta vez se mantuvo firme, aunque sus orejas se aplanaron ligeramente a medida que él se acercaba.

Suspiré y dejé caer las manos.

—Me rindo. Creo que este estilo fue retirado antes de nacer. Solo tendré que adornar el bosque.

—No seas tan dramática. Llevas leggins debajo. —Se detuvo y se quitó los guantes con los dientes. Sus ojos se encontraron con los míos y sentí un vuelco involuntario en el vientre—. ¿Me permites?

Me encontré asintiendo lentamente.

Bauer olía a frío, a hielo y a aire fresco, y había copos de nieve atrapados en la barba oscura que le cubría la mandíbula. Sus manos tiraron del interior de la cintura de los pantalones para la nieve, y aspiré un suspiro agudo cuando sus nudillos rozaron mi estómago.

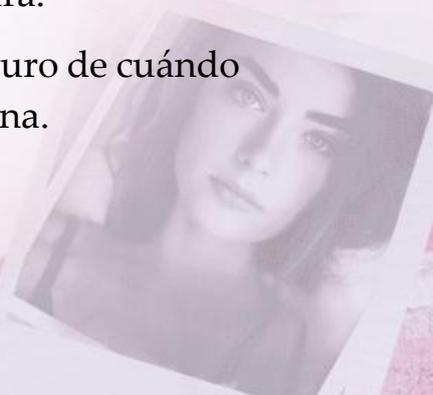
Era mucho más alto que yo y tuvo que agachar la cabeza para ver la pequeña solapa de tela que se me había escapado. Aunque sus dedos eran más grandes que los míos, gruesos y largos, encontró una pequeña rendija dentro del forro del pantalón y giró la muñeca.

Todo mi cuerpo ardía. Llamas. Por todas partes.

Si pensaba que estaba caliente cuando me desperté, cuando hizo eso del giro de muñeca, sentí como si Bauer me hubiera arrojado directamente a los troncos ardiendo. Para mantener a raya mis pensamientos furiosos, me concentré en sus manos.

En una mano había un trébol. Para la suerte, estaba segura.

Por otro lado, un león. Mis dedos -no estaba del todo seguro de cuándo lo habían decidido- empezaron a trazar la línea de su melena.



Bauer se quedó helado.

—¿P-Por qué un león? —pregunté.

Su respiración era agitada y agarró con cuidado el borde de la correa elástica que ajustaría los pantalones a mi alrededor.

—Los leones están en la cima de la cadena alimentaria. No temen a nadie ni a nada en su entorno natural.

La piel de la parte superior de sus manos estaba caliente por los guantes, y las venas que recorrían la superficie eran pronunciadas. Qué cosa tan extrañamente masculina tener venas así.

—Cada vez que lo veo —continuó con voz áspera, apretando lentamente los pantalones, que tiraban de mis caderas más cerca de las suyas—, me recuerda que debo canalizar ese tipo de intrepidez.

Levanté los ojos hacia los suyos, que se clavaron en mi rostro con tal intensidad que mi cara se sonrojó al instante. No me besaría a menos que yo diera el primer paso.

Canalizaba al león mientras se movía por la vida, excepto conmigo.

Esto lo dejaría en mis manos, y fue una embriagadora descarga de poder saber que era capaz de algo así de un hombre como él.

Bauer buscó mi mirada profundamente, luego pasó de mis ojos a mis labios.

—Asegúrate, Claire.

Parpadeé lentamente ante su áspera orden.

No, no era una orden. Era una súplica.

Desde la primera noche, había sido completamente sincero conmigo en que esto era lo que quería. Así de seguro estaba.

Exhalando lentamente, rompí la mirada y sentí las delgadas puntas de las alas de mariposa mientras revoloteaban por todo mi cuerpo. ¿Estaba preparada para saltar?

Todavía no. Pero tampoco estaba segura de lo que estaba esperando.



Pero lo que sí sabía... En lo que mi cabeza y mi corazón estaban de acuerdo era en que nuestro tiempo aquí aún no había terminado.

—¿Quieres hacer un muñeco de nieve? —dije con una pequeña sonrisa.

Bauer apretó la mandíbula y luego dejó caer su frente sobre la mía con una carcajada exhalada.

—Sí, princesa. Sí quiero.



15

Banner

Tres horas después, y una familia de muñecos de nieve entera, hice algo que nunca había hecho.

Me duché con agua fría después de estar fuera en la nieve.

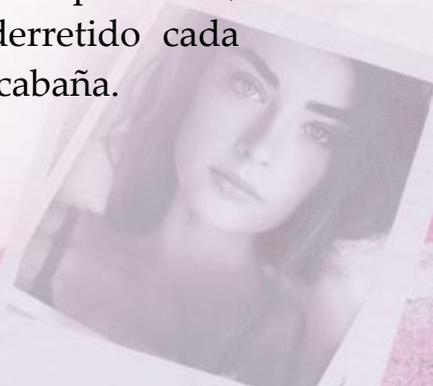
Con el tiempo, tendría que empezar a llamar a esta extraña reacción a Claire Ward *El Efecto Princesa*, porque santo infierno, la mujer me estaba matando lentamente con una mirada, un toque a la vez. En aquel minúsculo cuarto de baño, arreglando aquellos ridículos pantalones de nieve que le quedaban como cinco tallas más grandes, casi perdí el tembloroso asidero de mi control. Porque, aunque no me hubiera pedido que la besara, quería que lo hiciera. Todo lo que vi en sus grandes ojos azules casi seguro que se reflejaba en los míos.

Tal vez sabía lo que me retenía porque yo no era un tipo que se forzara con una mujer, me mirara como me mirara, pero por mi vida que no podía averiguar qué demonios la retenía.

Durante horas, jugamos en la nieve que caía sin cesar, utilizando accesorios ridículos para formar una familia de nieve de cuatro personas, y durante horas, ella evitó el contacto visual prolongado o el contacto accidental de cualquier tipo.

No es que hubiera sentido nada bueno, en capas como estábamos.

Y mientras el agua helada me golpeaba, tuve que reírme de mí mismo por necesitar una ducha fría. Porque por poco contacto visual o poco roce, deseaba tanto a Claire que sentía que podría haber derretido cada centímetro de nieve que cubría el bosque fuera de aquella cabaña.



Se me puso la piel de gallina, pero aun así, apoyé las manos en la pared de la ducha y respiré hondo varias veces. Mi reacción ante ella desafiaba cualquier sentido común, a menos que fuera el hecho de que parecía tan inalcanzable. Que me evadiera lo suficiente como para querer acercarme a ella, abrazarla y sentir todo lo que aún no había sentido.

Probar sus labios para ver si eran tan dulces como los imaginaba.

Agarrar su piel y ver qué partes de su cuerpo se sentían mejor bajo mis manos impacientes. No eran los pensamientos que debía tener cuando estaba a menos de cinco metros de mí, acurrucada bajo una manta en el sofá, que era donde la había dejado cuando me metí en la ducha.

De un violento empujón, cerré el grifo y me estremecí. Había una toalla raída colgada detrás de la puerta y me sequé lo más rápido posible. Cuando me puse la ropa, me sentía un poco menos loco y mucho más frío.

Gracias al fuego que había vuelto a encender tras nuestro tiempo al aire libre, abrí la puerta del baño a una ola de aire caliente.

Aire fragante y cálido.

—¿Qué es ese olor? —Gemí alegremente.

Ya no estaba acurrucada en el sofá, Claire estaba en la cocina, removiendo algo en una gran sartén de hierro fundido sobre el pequeño fogón. Me sonrió.

—Asalté la despensa y tenía un poco de pasta y lo justo para hacer una salsa de tomate decente. Así que... comida italiana será. Espero que esté bien.

—Más que bien. —Me acerqué por detrás, separando unos centímetros su espalda de mi pecho. Llevaba el cabello recogido, con mechones de pelo castaño oscuro que le caían a lo largo del cuello—. ¿Paige te enseñó a cocinar?

Por encima de su hombro, me echó una mirada burlona.

—Puede que Logan lo hiciera.

Levanté las manos riendo.

—Touché, Princesa, touché.



Sacudió la cabeza.

—Fue Paige. Logan se las apañaba bien cuando éramos más jóvenes, pero cuando se casó con Paige, las cenas mejoraron mucho. Ella vivía como modelo a tiempo completo en Milán justo antes de mudarse con nosotros, así que nos beneficiamos mucho de sus habilidades culinarias.

Aparté una silla de la mesa con el pie, tomé asiento y la observé descaradamente navegar por la pequeña cocina.

—¿Cuántos años tenías cuando Paige y tu hermano se casaron?

Su sonrisa era apenas visible mientras removía la salsa.

—Acababa de cumplir doce años.

Pensé en la foto de ella y Lia de su apartamento, ataviadas con ropa de Washington.

—Debe haber sido el sueño de toda chica tener una supermodelo como nueva figura materna.

Ella resopló.

—No exactamente. Estábamos... —suspiró—, ¿cómo decirlo? Lia y yo estábamos en nuestra fase de prueba de límites cuando Paige apareció.

Al ver cómo Claire probaba la salsa y luego añadía un poco de sal, me reí de la imagen.

—¿Cómo qué?

Con cuidado, dejó la sal en el mostrador y se volvió hacia mí, con una cadera apoyada en el mostrador.

—Haré un trato contigo, Bauer.

—¿Qué?

—Una pregunta por una pregunta. —Una ceja se levantó lentamente en desafío—. Desvías cada vez que te pregunto sobre tu pasado, así que si quieres saber sobre el mío, entonces haré un intercambio equitativo.

Crucé los brazos sobre el pecho y le sostuve la mirada.



—Algunas personas se sienten más cómodas que otras hablando de su infancia. La mía no fue traumática ni nada, pero eso no significa que quiera desahogarme entre espaguetis y velas.

Ante mi respuesta, que pretendía ser frívola y despreocupada, el rostro de Claire destelló decepción, y una pequeña semilla se plantó detrás de mis costillas. Algo incómodo y no deseado. Pero encontró un lugar donde clavarse, cavando bajo la superficie de cualquier armadura que hubiera erigido alrededor de las partes de mí que todavía sentían que necesitaba demostrar lo indemne que estaba por el trato de mi papá y Adele.

—Verdad o reto —enmendé. Mi versión de una ofrenda de paz—. Jugaré, pero no puedo garantizar que responderé a todo.

Claire lo sopesó durante un largo momento, el rostro pensativo, el lenguaje corporal relajado.

—Trato hecho.

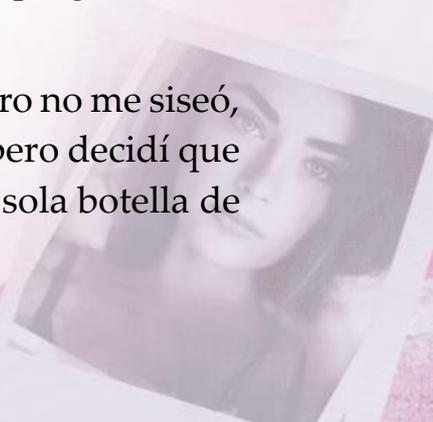
Mientras ella terminaba de preparar la cena, yo puse la mesa con dos platos azul oscuro que encontré en la despensa y añadí leña al fuego. Fuera, el viento arreciaba, azotando los árboles hasta hacerlos oscilar de un lado a otro. Aun así, Claire no había dicho te lo dije por el hecho de que estuviéramos atrapados aquí. Porque en el segundo día de esta ridícula tormenta, estábamos a punto de recibir más de trece pulgadas. La nieve acumulada ni siquiera era lo que nos mantenía atrapados hasta que amainara. En este momento, era el hecho de que estaban tan centrados en la limpieza de las carreteras principales que lugares como el de Scotty a lo largo de Lion's Bay estaban muy abajo en el tótem.

Claire escurrió la pasta, liberando una nube de vapor en el aire. Me levanté para buscarnos algo de beber.

Me agazapé frente a la despensa, observando a Agnes con recelo mientras se deslizaba por la pared en mi dirección.

—¿Sabes si tiene alcohol escondido en este lugar? —le pregunté a la gata.

Se sentó sobre sus ancas y empezó a lamerse una pata. Pero no me siseó, así que me encogí de hombros. Le eché un último vistazo, pero decidí que Scotty debía de odiarse a sí mismo, ya que no había ni una sola botella de



nada en todo el lugar. Quizá por eso seguía haciendo lo que hacía físicamente a pesar de tener más de sesenta años.

—No he encontrado nada divertido para beber —le dije a Claire mientras ponía el cuenco de pasta en el centro de la mesita—. Así que agua será.

—La hidratación adecuada me parece divertida.

—A mí también. —Tomé asiento frente a ella y le sonreí—. Gracias por hacer la cena.

Sus mejillas se sonrojaron.

—No hay de qué.

La comida estaba deliciosa, y gemí feliz con el primer bocado de los fideos cubiertos de salsa.

—Esto es increíble.

—¿Por qué nunca vuelves a casa, a Seattle? —preguntó sin preámbulos.

Los fideos se me atascaron en la garganta cuando tosí por la sorpresa. Después de un buen trago de agua, pude tragar. Cuando por fin pude hablar, mi voz era áspera. Ya sabes, de casi morir ahogado.

—Te metiste de lleno, ¿eh?

—Es mi turno.

Me senté en mi silla y la estudié.

—Seattle ya no es mi hogar. Hace mucho tiempo que dejó de serlo. Me mudé a Whistler cuando tenía dieciocho años y nunca miré atrás.

—¿Por qué Adele y tú no se llevan bien?

—Oooh, no hay dados, no tienes dos preguntas seguidas.

Claire ladeó la cabeza.

—Me hiciste al menos cuatro antes de acordar esto. Creo que me he ganado dos.

Apoyando los codos en la mesa, me incliné hacia delante y le sostuve la mirada.



—¿Por qué te importa tanto descubrirme?

Claire no eludió mi pregunta como yo esperaba, achacándolo a su especialidad o a sus propios antecedentes con una figura materna que no tenía parentesco, sino que se limitó a escrutar mi rostro.

—Creo que a veces siento tanta curiosidad por las personas que infligen el daño a los niños como por los propios niños. Así que, aunque no conozco muy bien a Adele, nunca la habría catalogado como alguien que carga los pecados de otra mujer sobre un niño inocente.

—Nunca fui inocente —respondí con facilidad—. Yo también traspasé algunos límites cuando ella y mi papá se casaron, por no hablar de mis años de infierno en el instituto. Así que no creas que le puse fácil a Adele entrar en nuestra familia.

Me señaló con el tenedor.

—Y ahora la defiendes. ¿Lo ves? Esto me fascina.

Exhalé pesadamente.

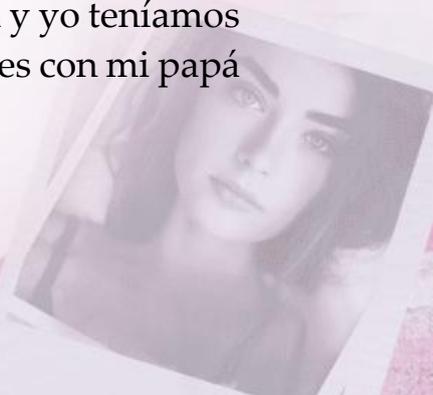
—¿Podemos pasar ya a un reto?

—Obviamente fue grosera contigo en la cena e incluso en casa de Richard, a pesar de que su opinión sobre ella es increíblemente valiosa para ella. No entiendo cómo un adulto puede actuar así.

—Ya me conoces, princesa —dije encogiéndome de hombros—. Todo en mí molesta a Adele y lo ha hecho desde el primer día. Tal vez otra persona habría tratado de ganar su aprobación o su amor, pero lo último que quería hacer era sentarme en la mierda y pensar en ello todo el tiempo.

Leer entre líneas mi forzada respuesta casual era bastante fácil para alguien tan inteligente como Claire. Y sabiamente, lo dejó.

Comimos en silencio durante unos minutos hasta que me sentí como un completo imbécil. No era culpa suya, no realmente. Quiero decir, no, Claire no tenía que intentar entender por qué mi madrastra y yo teníamos la relación que teníamos, y cómo eso influía en mis relaciones con mi papá y mi hermano.



Abrí la boca para disculparme, pero Claire habló primero.

—No me gusta pensar demasiado en por qué nuestra mamá nos dejó.

No me pareció el momento de decir nada, así que le sostuve la mirada al otro lado de la mesa y esperé. Claire giró un poco de pasta en el tenedor y dio otro bocado. Cuando terminó de masticar, bajó el tenedor.

—No estoy enojada con ella, la verdad es que no. Pero cuando me paro a pensar demasiado sobre el hecho de que dejó a cuatro niñas con su hermano de treinta y tantos años, me cabreo muchísimo.

Su cara era tan tranquila cuando lo dijo que me reí.

—¿Te hace gracia? —preguntó.

—En realidad no —admití—. No me enfado con Adele. Simplemente tengo un millón de otras cosas que podría estar haciendo con mi tiempo, así que ¿por qué iba a elegir darle vueltas a esa mierda? —Era una respuesta que ella podía entender, a juzgar por la expresión de su rostro a la luz apagada de la cabina. Levanté la barbilla en su dirección—. Verdad o reto.

—Verdad, supongo —suspiró.

Como si intentara que no la vieran, vi cómo Agnes daba vueltas por el borde de la cocina y buscaba un rincón oscuro donde sentarse a observarnos. Decidí ir con cuidado.

—¿Por qué hay un gato de peluche en tu sofá?

Se sonrojó.

—Una vez le dije a Lia que quería un gato, y como entonces estábamos en la residencia, me lo regaló.

—Apuesto a que Agnes se iría a casa contigo —murmuré.

Claire se rio.

—Nunca le haría eso a Scotty. Pero si tuviera un gato —suspiró—, querría que se pareciera a este angelito.

Puse los ojos en blanco, para regocijo de Claire. Como no me preguntó nada inmediatamente, decidí tentar a la suerte.



—¿Por qué fuiste a esa cena como tu hermana? —le pregunté en voz baja.

Tras una breve pausa, Claire se levantó y tomó su plato.

—Te lo dije, le estaba haciendo un favor a Lia.

Le di otro bocado a los espaguetis y observé sus movimientos espasmódicos mientras lavaba el plato y lo ponía a secar sobre una toalla.

—No creo que eso sea todo.

Se giró.

—Bueno, mala suerte, no tienes que creerme.

Mis cejas se levantaron.

Su rostro se alisó de inmediato y se frotó la frente.

—Eso no fue... Lo siento. Tal vez debería haber hecho un reto en su lugar.

¿Por qué la hermosa Claire Ward no querría responder a esa pregunta? Cualquiera que fuera la semilla plantada detrás de mis costillas, empezó a desplegarse, a extenderse más, a extenderse más, como si estuviera imprimiendo algo de sí misma dentro de mí, y no estaba seguro de cómo me sentía al respecto.

Si esto tenía algo que ver con Finn...

Me negué a pensar en ello. Finn, el chico de oro al que todo el mundo quería.

Conocía a Claire desde que conocía a Lia, y no había nada entre ellos.

Sonreí ligeramente.

—No creo que quieras que te haga un reto —le dije. Los dos sabíamos muy bien a qué la retaría.

Entornó los labios entre los dientes e intentó contener su creciente sonrisa. Me aparté de la mesa y la ignoré cuando intentó tomar mi plato. En lugar de eso, le di un codazo con la cadera y ella se deslizó por la barra, pero no se marchó.



Mientras enjuagaba y lavaba mi plato, el hecho de que aún nos quedaba toda una noche por delante, y probablemente al menos una buena parte del día siguiente, se extendía ante mí como un doloroso ejercicio de frustración. Como estar sentado al pie de una montaña de nieve polvo blanca y fresca, pero no tener una tabla para descenderla.

—Puede que sí.

Sus palabras me congelaron las manos en el agua jabonosa. Sentía como si lo que más deseaba estuviera colgando justo fuera de mi alcance. Podía verlo y olerlo, incluso rozarlo con los dedos si me esforzaba lo suficiente.

Terminé de enjuagar el plato con cuidado y volví a empujarla para dejarlo junto al suyo. Claire no se movió esta vez, con la cabeza inclinada en mi dirección. Mis manos agarraban con fuerza el borde de la encimera y yo la miraba de la misma manera.

—¿Por qué no puedes simplemente preguntar? —Me quedé mirando sus labios, abiertos, tentadores e increíbles—. Porque no puedes seguir mintiéndome y fingir que esto no es algo que deseas tanto como yo.

Claire exhaló temblorosamente.

—Tienes razón, no puedo.

Dejé caer la barbilla sobre el pecho y maldije.

—¿De qué tienes tanto miedo?

Inspiró fuerte, no temblorosamente, sino como cuando uno intenta fortalecerse antes de dar un gran salto desde el borde de una montaña. Es lo que hacía cada vez que me sujetaba a una tabla antes de empezar a moverme.

—¿Quieres mirarme, Bauer?

Pellizqué los ojos un momento antes de hacerlo y busqué desesperadamente cada pizca de autocontrol que me quedaba, por si esta resultaba ser otra noche en la que me tumbaba solo en un estúpido sofá. Cuando me sentí más firme, me aparté del mostrador y la miré, con los ojos fijos en los suyos.



—No *te tengo miedo* —insistió. Sus manos se deslizaron cuidadosa, lenta y suavemente alrededor de mis caderas, por mi cintura hasta mi espalda, donde enroscó sus dedos en mi camisa.

Exhalé un suspiro lento y dejé que mis manos subieran por sus brazos hasta que mis palmas tocaron los lados de su cuello y mis pulgares rozaron el borde de su mandíbula. Dentro de mí, algo gruñía peligrosamente, y apenas pude contenerlo. Pero pude hacerlo por la forma en que me miraba.

—Pero esto —continuó, sus dedos aumentando el agarre que tenía sobre mí, como si temiera que me fuera a ir a la mierda ahora mismo—, esto es lo más atterradoramente inesperado que he deseado nunca.

Sonreí con facilidad.

—Princesa, no tienes ni idea —murmuré, bajando la cabeza sobre la suya.

Justo antes de que nuestros labios se rozaran, me detuve y ella soltó el gemido más increíblemente erótico, algo ronco de anhelo.

—Todavía no me lo has pedido —le dije, levantando la barbilla lo suficiente para que mi labio inferior rozara su boca.

Ahora sentía los bordes de sus uñas en mi espalda. Sonreí.

—Bauer, testarudo dolor en mi trasero —susurró—. Bonito, bonito por favor con azúcar encima, ¿me besas...?

Mi boca tomó la suya antes de que pudiera terminar su frase, y supe, inequívocamente, lo destrozado que estaba.



16

Claire

Bauer besaba como si hubiera sido puesto en esta tierra para ese único y singular propósito.

Mis huesos se derritieron como metal calentándose lentamente, y él rodeó mi cuerpo con sus fuertes brazos para mantenerme firmemente contra él. Sus labios eran seguros y firmes, y me chupó el labio inferior como si fuera un caramelo, gruñendo cuando le lamí la boca.

Era fuerte, duro y cálido, y le rodeé el cuello con los brazos mientras me saboreaba profundamente. No era el típico primer beso en el que él bailaba a mi alrededor o yo a su alrededor.

Nos movíamos juntos a la perfección, resbaladizos y dulces, mientras él volvía a tomar mis labios. Y otra vez.

Sus manos estaban apretadas contra mí, encajando a lo largo de la curva de mi caja torácica y bajando, bajando hasta que llenó sus palmas con mi trasero. Rodé más cerca de él, inhalando por la nariz cuando ni siquiera podía soñar con apartar la boca de la suya para tomar aire.

Mis dedos se enroscaron en su nuca mientras lo estrechaba contra mí, y él sonrió contra mis labios.

—Tan bueno —murmuró—. Tan dulce.

Bauer pasó el borde de su nariz por la mía y yo traté de no gemir lastimosamente porque no nos besábamos, porque ¿por qué, por qué no nos besábamos?

Quería que esta sensación durara para siempre. Era lo más cerca que había estado nunca del paracaidismo, del puenting, de la caída libre por



el aire, y la sangre me latía violentamente en las venas por lo embriagador que era todo aquello.

Volvió a besarme con un gruñido, inclinando la cabeza para poder deslizar su lengua contra la mía. Estábamos tan apretados el uno contra el otro; mi pierna se enroscó alrededor de él cuando utilizó su mano, agarrando posesivamente alrededor de mi muslo para engancharlo más arriba.

La forma en que encajó mis caderas con las suyas me separó del beso con un grito ahogado.

Cuando rodó contra mí, presionando mi trasero contra la encimera, se encendieron pequeñas chispas.

Hacia mil grados en aquella cabaña, y tuve la idea borrosa e indistinta de que con una presión de su mano, un movimiento de su cuerpo entre mis piernas, explotaría como una bomba encendida.

Su boca se deslizó por mi cuello, succionando besos que sin duda dejarían huella, y yo siseé de placer. Mis dedos subieron por debajo del suave algodón de su camisa y ronroneé al ver lo caliente y suave que era su espalda, lo increíblemente fuertes que se sentían aquellos músculos bajo mis manos.

Me lamió el cuello y se detuvo para mordirme suavemente la mandíbula, lo que me hizo sonreír.

—Desde el momento en que me di la vuelta —murmuró con voz oscura y áspera—, y te vi con ese vestido amarillo, he deseado esto. Y mierda, Claire, es mucho mejor de lo que pensaba.

Parpadeé, tan atrapada en la vorágine de lo que me estaba haciendo sentir, de cómo todo lo que había sucedido en los últimos dos días me había llevado a este momento inevitable, que me había olvidado de por qué estaba aquí en primer lugar.

En realidad, no fue por Lia.

Ella fue el catalizador, no la razón.

Durante años, había imaginado cómo sería besar a Finn. Pero ni una sola vez mi imaginación había conjurado algo así.



Y no sentí culpa, no precisamente. Porque yo no era nada para Finn, y el hombre que me sujetaba como si apenas pudiera contenerse, me tocaba y me saboreaba y me miraba como si yo *lo* fuera *todo*.

Este hombre, que era lo opuesto a todo lo que había imaginado.

Bauer hizo una pausa y echó la cabeza hacia atrás, percibiendo claramente cómo mis pensamientos errantes introducían la tensión en mi cuerpo.

Simplemente... no era el tipo de tensión que probablemente le preocupaba, cuando me había advertido que estuviera segura.

Besarlo me hizo estar más segura.

Más cierta.

Este... él, eso era lo que yo quería.

Pero vi el momento en que leyó algo en mi cara que no le gustó.

—No, Bauer —le supliqué, deslizando mis manos desde su espalda y subiendo por las rígidas líneas de sus abdominales—. No voy a parar.

Suavemente, me dio un golpecito en la frente.

—Algo pasó aquí.

Bajé la mirada porque no iba a mentir.

—Lo sé, pero... sigo aquí. Estoy aquí contigo.

Me puse de puntillas y sorbí su exuberante labio inferior, intentando que volviera a aquel momento decadente conmigo. Sus ojos se cerraron y lo permitió.

—Tan bueno —le dije—. Es tan, tan bueno.

Mis manos se enroscaron detrás de su cuello y tiré de su cabeza hacia abajo, chupando la punta de su lengua cuando se sumergió en mi boca. Su pecho retumbó con un sonido hambriento que me erizó el vello de los brazos.

Bauer frenó el beso y rodó su frente contra la mía.



—Princesa, nada me gustaría más que llevarte a ese dormitorio y arrancarte cada prenda de ropa entre nosotros.

Me quedé con la boca abierta porque *sí, por favor*.

Sus ojos se clavaron en los míos y supe que lo que me estaba diciendo era importante.

—Y si mañana te arrepintieras por haberte quedado atrapada aquí conmigo, nunca me lo perdonaría si sintiera que te empujé a esto.

Me reí por lo bajo, pero su rostro permaneció serio. Le acaricié la cara con la palma de la mano y disfruté del tacto de su vello facial oscuro bajo mi piel.

—Bauer, no has hecho más que decirme lo mucho que deseas esto —le dije.

—Sí, lo hice. —Se giró y me estampó un beso en la palma de la mano—. Créeme, paso del cien por ciento aunque me vuelve loco cuando la gente dice cosas como mil por ciento porque es matemáticamente imposible.

Mi sonora carcajada nos tomó a los dos por sorpresa, pero descompuso su rostro en una pequeña sonrisa.

—¿Por qué estás tan seguro de que me arrepentiría? —le pregunté.

Con la punta del dedo me trazó una línea en la frente y bajó por el borde del pómulos. Mis párpados se cerraron ante la suave caricia, tan diferente de cómo me había estado besando.

—Por el aspecto que tenía tu cara hace dos minutos. Algo te detuvo. Algo que no puedes silenciar —me dio otro golpecito en la frente—, aquí dentro.

¿Cómo no me había dado cuenta de lo observador que era? Me quedé con la boca abierta al ver lo rápido que había captado la confusión de mis pensamientos. La incapacidad de salir de mi propia cabeza solía ser mi perdición.

Pensar y pensar y pensar sobre algo hasta que supiera exactamente lo que sentía al respecto.

Hasta que mi cabeza y mi corazón coincidieran.



Ahora mismo, con Bauer, era la primera vez que podía recordar en la que simplemente me dejaba sentir sin necesidad de saber cómo podría salir todo, y cómo podría verse esto cuando el sol saliera sobre la pequeña cabaña que nos aislaba de la realidad.

Cuando se apartó y sus manos se separaron de mi cuerpo, sentí frío al instante a pesar de que la cabaña estaba caliente.

—Bauer —dije en voz baja.

La luz de la chimenea de la cabaña proyectaba un resplandor mágico sobre su perfil cuando se detuvo, y vi el deseo en la tensa línea de su mandíbula, en la forma en que mantenía las manos a los lados con tanto cuidado. Su enorme cuerpo, mucho más fuerte que el mío, vibraba en la tenue y titilante luz.

—Está bien —dijo lentamente—. No estoy enojado. Es solo que... no puedo soportar que te despiertes y me mires con decepción en esos ojos azules, princesa.

Mi corazón se rompió por él por primera vez desde que lo conocí. A pesar de todo lo que me había revelado, de los fragmentos de su pasado que me había dado, era la primera vez que sentía hasta qué punto había aprendido a protegerse. El hecho de que se alejara tenía mucho más que ver con él que conmigo.

—¿Y sueles dar discursos así a las mujeres con las que te acuestas? —le pregunté. Pero lo pregunté tentativamente, con una voz suave y libre de censura—. ¿Te aseguras de que no se arrepentirán de una noche contigo?

Bauer tragó saliva. Me miró a la cara.

—Saben dónde se meten. No piensan más allá de una noche, créeme.

—¿Pero crees que yo sí?

Me levantó la barbilla con la punta del dedo y me rozó el labio inferior con el pulgar.

—Creo que me miras de forma diferente a ellas, Claire. Y si no puedes acallar esas cosas que te frenan, no quiero ser el hombre que todos creen que soy. No contigo. El que empujará hasta donde tú me dejes, el que te



convencerá con mis labios —soltó el pulgar, pero seguía mirándome fijamente a la boca— y mis manos hasta que te convenzas.

Abrí la boca para discutir con él, pero no me salían las palabras. Bauer se había convencido a sí mismo de que solo era capaz de mantener relaciones transaccionales ocasionales, quizá por cientos de razones diferentes que no tenían nada que ver con su educación. Las creencias reforzadas eran difíciles de derribar, y yo no esperaba esto de él. No una vez que nos besamos. Un beso como ese, especialmente.

Intentaba hacer lo que creía correcto, lo que era honorable. El hombre que tanto se esforzaba por fingir que no le importaba lo que la gente pensara de él anteponía tanto mis propias reservas a sus necesidades que no se me ocurría ni una sola respuesta inteligente.

Por eso lo dejé salir de la cocina y caer de nuevo en el sofá con una pesada exhalación.

El sonido estaba tan cargado de tensión no gastada que mis labios se curvaron en una sonrisa triste. En menudo aprieto me había metido.

Subí despacio las escaleras hasta el desván, no porque estuviera lista para acostarme -todavía era temprano, la luz fuera de la cabaña era de un gris apagado a medida que caía la tarde-, sino porque necesitaba un poco de espacio para pensar.

Sentada en el borde de la cama, me llevé los dedos a los labios. Qué buen momento para que Bauer dejara aflorar su lado caballeroso, pensé con pesar.

Después de *ese* beso.

De repente, veintiún años me parecieron un tiempo increíblemente largo para no haber experimentado un beso así. Claro que tenía algo de experiencia, probablemente la menor de mis hermanas, pero era una triste realidad que incluso cuando había fantaseado con besar a alguien importante para mí, mi cerebro nunca había conjurado ese tipo de hambre furiosa y feroz. Un deseo impenitente que se apoderaba de los dos hasta que no podíamos tocarnos lo suficiente, saborearnos lo suficiente o acercar nuestros cuerpos lo suficiente.

No quería que Bauer se contuviera.



No quería que se preocupara de que estuviera pensando demasiado o de que me arrepintiera del tiempo que pasé con él. Pero estaba pensando demasiado. Y tenía que dejar de hacerlo.

Normalmente, le preguntaría a Lia qué debería hacer, pero hice una mueca al pensar en lo claramente infeliz que esto la haría. Lo odiaría.

No, en este caso, tomé mi teléfono y escribí un mensaje a la hermana que, por encima de todo, me daría honestidad y pragmatismo junto con su siempre contundente entrega.

Yo: *En una escala del 1 al 10, ¿cómo de estúpido sería acostarse con Bauer cuando estamos atrapados en una cabaña hasta por lo menos mañana...?*

Apreté el botón de enviar y cerré los ojos. Mi teléfono zumbó casi de inmediato.

Isabel: *SI NO LO HACES, TE EXCOMULGO COMO MI HERMANA.*

Isabel: *¿¿En serio estás cuestionando esto?? Ese hombre te miraba como si fueras una COMIDA entera que quería devorar, y no puedo entender una razón por la que no lo harías.*

Isabel: *Espera. A menos que no quieras. SI REALMENTE NO QUIERES, di que no, y si no te hace caso, me calzo las botas de nieve y le arranco las pelotas y se las paso por UNA TRITURADORA DE CARNE.*

Mi risa fue suave e, inmediatamente, mis ojos se llenaron de lágrimas abrumadas. Era un raro regalo estar rodeada de mujeres en mi vida que cometerían actos tan violentos en mi nombre sin pensárselo dos veces.

Yo: *No, no es necesario arrancar ni moler.*

Isabel: *¿Te das cuenta de lo abierta que te dejas para comentarios explícitos después de textos como ese?*



Yo: *Lo siento. Ya sabes lo que quería decir.*

Yo: *Me gusta. Más de lo que pensaba.*

Isabel: *Escucha, C, si estás buscando a alguien que te dé permiso para dejar de pensar y simplemente HACERLO, entonces soy tu chica. Es guapísimo, divertido y no se puede negar que le gustas. La mejor pregunta es ¿por qué no lo harías?*

Isabel: *No pienses demasiado en lo que pasará cuando vuelvas a casa. ¿De acuerdo? Si hoy es lo que tienes con él, entonces deja que te enseñe todas las cosas maravillosas que sin duda sabe. Y si eso es imposible para ti, entonces pídele a ÉL una cita cuando las carreteras hayan sido aradas, porque, mierda, las mujeres pueden pedir y no hay nada malo en ello. Probablemente le encantaría que lo hicieras.*

Me mordí el labio, intentando detener la sonrisa ante la forma en que su consejo levantaba la ligera presión de mi pecho ante la distancia autoimpuesta por Bauer. Tenía razón. Él quería esto, y lo había deseado durante más tiempo que yo. Y por mucho que intentáramos ignorar la forma en que las magulladuras de lo más profundo de nuestras almas afectaban a nuestras relaciones, éste era el ejemplo perfecto.

Yo lo deseaba a él. Él me deseaba a mí.

Pero pensaba demasiado porque quería saber que todo saldría bien.

Se estaba alejando por lo mucho que evitaba un posible rechazo. Sí, me protegía, pero también se protegía a sí mismo.

Éramos producto de nuestras circunstancias, pero no teníamos por qué dejar que esas circunstancias dirigieran el timón de todas nuestras decisiones. Mucha gente lo hacía, pero yo, sentada en el desván que se oscurecía lentamente, ya no quería.

Cuando saliera el sol por la mañana, de ninguna manera miraría a Bauer con pesar o decepción. No, no podía garantizar cómo se desarrollaría esto, pero lo que sabía de él y cómo me estaba haciendo sentir era suficiente.



Me levanté y encendí la lamparita de la cómoda, que iluminaba el desván con un suave resplandor amarillo. Con movimientos cuidadosos, me quité la sudadera y pasé las manos por la parte delantera de mi sencilla camiseta. En cuanto a atuendos seductores, no era mi mejor elección, pero hasta ahora eso no había sido un problema para Bauer.

El elástico del cabello se soltó con facilidad y el cabello me cayó por los hombros, con las ondas desordenadas que había dejado al recogérmelo después de la ducha. La chica que me miraba en el espejo no estaba pensando en nada. Sabía exactamente qué y a quién quería.

Bajé las escaleras en silencio y me detuve cuando vi a Agnes sentada en lo alto de la esquina de abajo. Se lamió la pata y me miró con ojos rasgados. Con cuidado, le rasqué la parte superior de la cabeza al pasar, y ella me respondió con un ronroneo alegre y retumbante.

Eso me hizo sonreír mientras me acercaba al borde del sofá.

Bauer seguía tumbado, con las largas piernas extendidas y un brazo sobre la cara, el pecho subiendo y bajando a un ritmo uniforme. Me detuve brevemente porque, cielos, ¿se había quedado dormido?

Pero tan rápido como lo pensé, soltó el brazo y me clavó una mirada inescrutable mientras me colocaba sobre él.

De acuerdo, esta parte no la había pensado. Como la coreografía de mi pequeño gesto. No me lo pensé dos veces, me recordé a mí misma.

Con ambas manos, tomé el dobladillo de la camiseta y me la subí por encima de la cabeza.

Bauer se incorporó lentamente cuando la dejé caer al suelo, con la mandíbula apretada y los ojos ardiendo furiosamente sobre la piel que acababa de dejar al descubierto. Me quedé en leggings y un sencillo sujetador, di un paso adelante y pasé una pierna por encima de su cadera para acomodarme en su regazo.

Sus manos se deslizaron por mi espalda y dejó caer la cabeza en el pliegue de mi hombro mientras parecía intentar controlar la respiración. Debajo de mí, era grande. Duro. Listo.



Mis manos subieron por sus hombros hasta la nuca. Le besé la sien y luego le lamí el borde de la oreja. Me sentí locamente gratificada cuando sus dedos me apretaron dolorosamente la espalda. Luego se movieron y empezaron a tirar del tirante de mi sujetador. Su boca recorrió la piel de mi pecho, pequeños besos de succión que calmó con su lengua.

Cuando llegó a la parte superior de mis pechos, utilizó el borde de su pulgar para convertirme en una masa de deseo. Aún no nos habíamos besado. No habíamos dicho ni una sola palabra.

Volvió la cabeza, con los ojos casi negros a la luz mortecina del fuego, y examinó mi expresión con atención.

Le agarré firmemente de la cara para que no pudiera apartar la mirada.
—Te deseo —le dije—. Quiero esto, contigo.

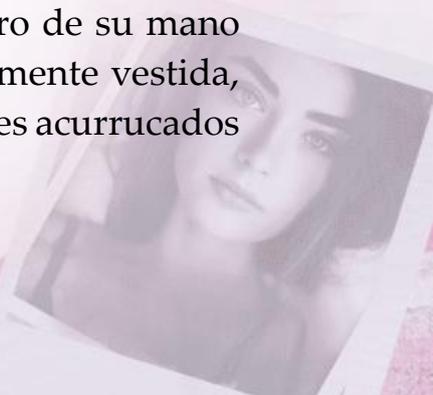
Bauer se adelantó y tomó mi boca. Oh, la tomó profunda y dulce y caliente y hambrienta. Besos interminables y maravillosos que nos hacían jadear, suspirar y gemir mientras mis manos rasgaban su camisa.

Se apiadó y se separó para quitársela. Mis manos se deslizaron sobre su piel, maravillosa y hermosa y llena de músculos.

Con las manos debajo de mi trasero, me levantó y nos giró para que quedara debajo de él en el sofá. Una vez acomodada, sus manos se dirigieron a la cintura de mis leggins y me los quitó. Cayeron en un montón junto con su camisa y la mía. Mi ropa interior fue lo siguiente, su lengua salió para lamerse el labio inferior de una forma que me hizo retorcerme de impotencia mientras él se levantaba y se quitaba los pantalones y los calzoncillos.

Antes de volver entre mis piernas, Bauer tomó su cartera de la mesa auxiliar y sacó un condón.

Abrí las piernas para que él pudiera acomodar sus caderas entre ellas y nuestras manos recorrieron con avidez todos los lugares que ahora estaban al descubierto para nuestros ojos. Al cabo de unos minutos, grité porque lo que me había hecho antes con la muñeca, el giro de su mano que me había parecido tan sucio cuando estaba completamente vestida, me había dejado húmeda de sudor y con los dedos de los pies acurrucados contra el sofá.



—Eres tan perfecta —murmuró contra mi pecho, besándome a lo largo de las costillas.

Mi mano lo encontró y él siseó de placer por la presión de mis dedos y mi palma.

—Bauer, por favor —le supliqué, arqueando las caderas hacia arriba.

—Pronto, princesa —gruñó, empujándose en mi mano de nuevo—. Tengo un condón y no tengo intención de apresurarme ni un segundo.

—Por favor, por favor —susurré contra su boca—. No puedo soportarlo más.

Se incorporó y yo le rastrillé las uñas por los abdominales mientras abría el condón.

—Supongo que tendremos que ser creativos una vez que te lleve arriba, ¿eh?

Sonreí, sentándome para dejar caer un beso en el borde del hueso de su cadera.

—Supongo.

Bauer volvió a caer sobre mí y me sujetó la cabeza con las manos. Levanté la pierna, apoyé la rodilla en su pecho y la otra rodeó sus caderas.

Lentamente, avanzó. Tan despacio que creí que iba a morir, en una agonía increíble, impotente y sin palabras. Tenía la boca abierta, el cuello arqueado hacia atrás, un gemido de placer atrapado en algún lugar de mi garganta cuando él maldijo tan roncamente que me encontré sonriendo.

Por un momento, me envolvió en sus brazos y se quedó así. Simplemente... inmóvil y congelado en un precipicio que parecía peligroso por lo grande que era. Como si ninguno de los dos estuviéramos preparados para lo que podría ocurrir cuando por fin empezara a moverse.

Levantó la cabeza y, por un momento, vi reflejado en su rostro el desconcierto que yo sentía.

Esto era diferente.

Esto era grande.

FAKED



Suavemente, me besó.

Y entonces, oh, y entonces, no fue tan suave.

Fue perfecto, lleno de manos ásperas y caderas chocando y besos buscadores y pellizcos de mis dientes a lo largo de su hombro.

Mi cuerpo se desmoronó, una explosión cegadora y demoledora en el momento exacto en que Bauer gritó mi nombre.

Se desplomó contra mí, con la espalda sudorosa, los brazos apretados y temblorosos alrededor de mi cuerpo abrumado mientras yo me aferraba a él.

Cuando por fin levantó la cabeza, su sonrisa de bobo me hizo reír a carcajadas. Bauer negó lentamente con la cabeza.

—Estamos a punto de ponernos muy, muy creativos arriba.

—¿Ah, sí? —Apenas podía pronunciar las palabras con mi sonrisa radiante.

—Oh, sí. —Me besó—. O lo haremos, cuando pueda mover las piernas.

Le devolví el beso.

—Espero que sepas que me llevarás por esas escaleras, grandote.

Sus ojos eran tan felices, tan satisfechos, que mi corazón ardió brillante y cálido como un carbón.

—Creo que ahora mismo, te daría casi cualquier cosa que me pidieras.

—Una cama y tú —dije simplemente.

Tarareó contra mis labios.

—Eso puedo hacerlo, princesa. Agárrate fuerte.



17

Banner

Algo fuera de lo normal me despertó a la mañana siguiente.

No era el sol que entraba a raudales por la pared de ventanas, ni el delicioso cuerpo de Claire que me cubría el pecho. No era que necesitara café, ni siquiera que Agnes estuviera sentada en la cómoda mirándome con sus espeluznantes ojos verdes.

Sí, probablemente esa gata vio anoche cosas que nunca había visto antes.

Sonreí al pensar en todo ello.

Nos habíamos vuelto muy creativos.

Había tantas cosas de las que era capaz el cuerpo humano que no terminaban en sexo. Y durante horas -maldita sea, horas- habíamos explorado todas esas cosas hasta que ella se quedó flácida y sudorosa y me suplicó que le quitara las manos de encima.

Me dolía la espalda. Me dolían los muslos.

Y si retiraba las sábanas, apostarí un buen dinero a que Claire tenía quemaduras de barba en medio cuerpo por las cosas que le había hecho después de mudarnos arriba.

Sinceramente, no me sorprendería si, en mi lecho de muerte, recordara los sonidos que hacía cuando me deleitaba con todo su cuerpo hasta que me maldecía, me arañaba, me suplicaba sin un ápice de orgullo que la llevara al límite.



Y el juego era justo, porque una vez que su boca y sus manos me dieron la vuelta a la tortilla, fui igual de desvergonzado en las cosas que le había pedido.

Pero no, nada de eso fue lo que me sacó del sueño alimentado por el agotamiento a última hora de la mañana siguiente.

El sonido se repitió, y sentí que se me fruncía la frente en una mueca al colocarlo.

Golpe.

Arañazo.

Golpe.

Arañazo.

Claire inhaló despacio al despertarse, se giró sobre la espalda y estiró los brazos por encima de la cabeza.

Me giré hacia un lado y sonreí al ver la imagen que había hecho. Tenía el cabello oscuro enredado hasta lo increíble, marcas de mi boca por todo el pecho y el cuello, y la falta de sueño de la noche anterior se notaba en las ojeras.

Era la perfección.

Nunca me había sentido así después de pasar la noche con alguien. Ni siquiera por la mitad. De alguna manera, la deseaba aún más. Incluso cuando mis pensamientos errantes intentaban abrirse paso, echar raíces y convencerme de que no había forma de que ella quisiera más conmigo.

—Buenos días —murmuró, dedicándome una sonrisa soñolienta que hizo que el corazón se me retorciera dolorosamente en el pecho.

—Buenos días. —Me incliné para darle un beso.

Ella arrugó la cara adorablemente.

—Apuesto a que mi aliento matutino es encantador.

—Me importa una mierda —le dije. Con el pulgar, recorrí su labio inferior—. Estos valen la pena.



A la brillante luz de la mañana, fue un delicioso descubrimiento que Claire no se avergonzara de su desnudez porque ni siquiera intentó cubrir sus igualmente deliciosos pechos con la sábana que le envolvía la cintura.

—Espero que Scotty tenga Advil abajo —dijo.

Tarareé.

—¿Estás adolorida hoy, princesa?

—Borra esa sonrisa engreída de tu cara.

Mi risa la hizo sonreír.

La sonrisa fue lo mejor con lo que podría haberme despertado. Claire no solo no se escabullía de la cama, evitando el contacto visual o explicándome por qué no podía volver a ocurrir. Explicándome por qué no había estado pensando cuando me dejó hacerle todo tipo de guarradas a su increíble cuerpo.

Golpe. Arañazo.

Claire frunció el ceño y me miró por encima del hombro. Se quedó con la boca abierta.

Mi palma se deslizó por su brazo y le acarició la nuca. Mis dedos se enredaron en su cabello y por fin me miró con un suspiro.

—Los arados están fuera —dije.

—Eso he oído.

Lo que significaba que no tendríamos problemas para volver a Seattle.

Ambos nos quedamos callados, y sus párpados se cerraron cuando el sonido volvió a producirse.

Si pensaba que mi corazón se estremecía cuando ella me sonreía, se rompía al ver la decepción en su cara.

—¿Otra vez panqueques para desayunar? —le pregunté, alisando una mano por la elegante línea de su espalda.

Los dedos de Claire recorrieron la esfera del reloj tatuada en mi pecho.

—¿Por qué un reloj?



Su evasiva me hizo sonreír.

—El tiempo se acaba para todos. Mejor aprovéchalo mientras esté de tu lado.

Levantó la cabeza y me miró tan intensamente que luché contra el impulso de moverme incómodo.

Fuera lo que fuese lo que tenía dando vueltas en ese cerebro suyo, que, a decir verdad, me intrigaba tanto como todas las demás partes de ella, tenía el poder de arruinar este pequeño rincón de paraíso en el que nos habíamos encontrado.

Me encontré conteniendo la respiración ante lo que diría a continuación.

—¿Qué arados? —dijo.

Fruncí el ceño en señal de confusión.

—No he oído nada ahí fuera —continuó—. De hecho, estoy bastante segura de que no vendrán hasta mañana por la mañana.

Una lenta sonrisa curvó mis labios y, no tan suavemente, agarré sus caderas y tiré de ella hacia mí. Claire se acomodó en mi regazo y la sábana le rodeó la cintura mientras se sentaba a horcajadas sobre mí como si fuera un sueño que yo hubiera conjurado.

—¿Es así?

Se mordió el labio y asintió. La imagen que hizo era tan tentadora que solo pude mover la cabeza con incredulidad.

Ninguna mujer, ni una sola, me había hecho pensar en el futuro. En fechas, aniversarios, bebés, anillos y encajes.

Pero después de una sola noche con ella, algo me hizo pasar por cada uno de ellos. Tenía cero sentido, pero maldita sea si iba a perder mi oportunidad mientras el tiempo estaba de mi lado.

—Yo tampoco he oído nada, princesa.

La sonrisa que se extendió por su rostro era victoriosa, y me incorporé para saborearla con los labios. Me besó profundamente, tirándome del cabello con las manos.



Nos dimos la vuelta y volví a poner las sábanas sobre nuestras cabezas, bloqueando el mundo durante un rato más. Si me iba a regalar este día, lo aceptaría sin un ápice de culpa.

Y creo que sabía, por debajo del placer físico que me estaba dando, que le daría a Claire mucho más que eso si ella lo quería.



18

Claire

Durante todo el día me permití sumergirme en lo que estaba ocurriendo entre Bauer y yo. No existía nada más, y había una extraña y hermosa sensación de realidad suspendida que nunca había experimentado.

Desayunamos despacio frente al fuego, sin prisa por vestirnos.

Una vez que lo hicimos, nos abrigamos de nuevo y añadimos dos figuras a nuestra familia de nieve. Ambos ignoramos la vista del camino de entrada recién arado.

Hubo una breve pelea de bolas de nieve, en la que lo golpeé directamente en un lado de la cara, y él me placó en la nieve.

Lo que aprendí después fue que besarse en la nieve era muy parecido a hacerlo en la playa. En teoría, era romántico, algo Instagrameable. En realidad, los elementos naturales ofensivos acababan donde uno nunca querría. La nieve acabó en la parte trasera de mi abrigo y en mis botas cuando él intentó arrancarme los pantalones de nieve del cuerpo para poner sus manos heladas sobre mi piel.

Fue entonces cuando entramos.

En la encimera de la cocina, vi que mi teléfono se iluminaba con notificaciones. También las ignoré. Mi familia sabía que estaba a salvo y que volvería a casa al día siguiente.

Lia y cualquier enloquecimiento que estaba teniendo sobre mi estando atrapada con Bauer, podía esperar.



Nunca había tomado una decisión así, poner en pausa a propósito todas y cada una de las responsabilidades que me esperaban. La sensación de liberación que me dio fue como embotellar el subidón más alto.

Era una decisión para mí.

Sobre mí.

Y Bauer.

La expresión de su cara cuando le dije que no oía los arados todavía me producía una sonrisa de vértigo. Me asombraba que nadie hubiera descubierto su corazón oculto bajo la fachada.

Quería saber más. Quería ver más. Oír más. Tocar más. Y él también, aunque no estuviera dispuesto a admitirlo.

El sonido del agua corriente me hizo sonreír por otro motivo, la mirada acalorada que me había dirigido cuando intercambiamos nuestros lugares en el cuarto de baño. Él y yo decidimos ducharnos por separado desde un punto de vista puramente logístico: la ducha de Scotty era diminuta.

Mientras me secaba el cabello con la toalla y él hacía su turno para calentarse, luché contra los pensamientos de lo que pasaría cuando volviéramos al mundo real.

Bauer vivía una vida muy diferente a la mía, y la vivía a unas horas de distancia de donde estaba anclada mi propia vida, donde estaban mi escuela, mi familia y mis amigos.

En circunstancias normales, habría ignorado todos los instintos que me decían que ese hombre merecía un salto arriesgado y me habría convencido a mí misma de que era mejor no dejarme tentar ni siquiera por un beso.

El agua se cerró en el baño y sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo, pensando en él desnudo, mojado y simplemente... desnudo. No pude contener la ridícula sonrisa que se me dibujó en la cara porque aquella sensación era tan increíblemente deliciosa, tan adictiva, que podía entender por qué la gente la perseguía a dos manos una vez que sabía que existía.



Sabía por qué mi hermana Molly había arriesgado su trabajo para estar con Noah cuando tenían todos los motivos para mantenerse alejados el uno del otro. Claro que les salió bien, pero en aquel momento me desconcertó un poco que ella hubiera roto las reglas a sabiendas para estar con él.

Bauer salió de la pequeña habitación con una toalla blanca alrededor de su cintura y un brillo peligroso en los ojos.

—Te vas a enfriar —le dije, señalando su toalla.

—Ya tengo quien me caliente.

—Agnes no te calentaría aunque te estuvieras muriendo de hipotermia delante de ella.

Se rio, inclinándose sobre mí para dejar caer un beso sobre mi cabeza.

—Cierto. Pero se está acostumbrando a mí.

—No te odia activamente —enmendé—. No nos dejemos llevar.

—¿Qué te parece la cena? —preguntó Bauer, abriendo el refrigerador vacío y frunciendo el ceño ante lo que encontró.

Me levanté y me acerqué a él, rodeándole la cintura con los brazos, besándole entre los omóplatos mientras mis manos recorrían la piel húmeda de sus abdominales.

—Tendremos que ser creativos. Será un picnic triste, pero si estás dispuesta a compartir la última comida del congelador, tendremos suficiente.

Que fue lo que hicimos, y después de que Bauer arrastrara el colchón escaleras abajo, empujara el sofá hacia atrás para hacer sitio y lo colocara en el suelo frente al fuego, decidimos que, para nuestra última noche, pasaríamos todo el tiempo posible en esa cama, incluso cenaríamos ahí.

Con el fuego rugiendo alegremente, crepitando y estallando con la leña que Scotty había almacenado sabiamente, Bauer levantó el último bocado de una comida congelada de bistec Salisbury realmente insípida, y yo me lo comí del tenedor.

—Delicioso —murmuré.



Se rio y apartó el plato de la cama, poniéndose de lado para mirarme. Hasta ahora, nos habíamos dejado la ropa puesta durante la comida, lo cual era casi necesario, dado que no teníamos condones.

Pero por la forma en que me miraba, sentí que mi temperatura interna subía lentamente. Un pequeño grado cada vez.

—Nunca voy a Seattle porque es un asco quedarse en esa casa —dijo en voz baja.

Con cuidado, bajé el tenedor y lo dejé en el plato vacío del suelo, pero sin dejar de mirarle.

—Adele nunca abusó de mí, no me malinterpretes. Y a medida que fui creciendo, tuve la misma culpa de cómo son las cosas. Pero siempre fui consciente de que yo no era su hijo. Incluso antes de que naciera Finn.

Mi corazón se estrujó dolorosamente, pero me quedé callada.

—Ella ama a los niños que no son suyos; encontró su vocación en ese centro —continuó—. Pero, por alguna razón, yo era al que no podía amar. Y cuando tienes eso en la cara toda tu vida, aunque no se diga, pasa factura.

—Seguro que sí. —Me acerqué, tomé su mano entintada y le besé los nudillos. Se me ocurrió una idea, pero le di vueltas en la cabeza un par de veces antes de decir nada—. Debí de ser duro para tu papá cuando murió tu mamá. Cáncer, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Realmente no hablamos mucho de esos años. Se casó con Adele un año después de la muerte de mi mamá.

—No te pareces mucho a tu papá —le dije.

Levantó las cejas, sorprendido.

—No, no es que recuerde a mi mamá -era demasiado joven cuando enfermó-, pero por las fotos, soy exactamente igual que ella.

—Quizá —dije despacio—, podría equivocarme, pero quizá Adele odiaba ese recordatorio, y por eso nunca se permitió tratarte como debías ni quererte como merecías.



Los ojos de Bauer recorrieron mi rostro con detenimiento y yo contuve la respiración para no haber dicho algo equivocado.

Tragó saliva.

—Nunca lo había pensado así. Normalmente solo hacía lo que podía para cabrearla una vez que crecía lo suficiente.

Sonreí.

—Me sorprendes.

Bauer se tumbó sobre su espalda y tiró de mí para que quedara a su lado. Mis dedos recorrieron el tatuaje del reloj de su pecho. Cuando habló, el retumbar de su pecho fue un delicioso rumor bajo mi oído.

—Odio que eso tenga sentido para mí, princesa. No quiero entenderlo porque era más fácil simplemente... no gustarme y evitarlo.

Me apoyé en el codo para que pudiera verme la cara.

—No hay nada malo en reaccionar como lo has hecho. Y no lo digo para que de repente ames a Adele o quieras tener una relación con ella. —Me encogí de hombros—. Es que me gusta entender a la gente. Por qué hacen lo que hacen, cuáles son las consecuencias para las personas de su vida.

—Adele no tiene muchas consecuencias, teniendo en cuenta que nunca tiene que verme. —Suspiró—. Y creo que mi papá y Finn están tan acostumbrados a que no esté cerca que tampoco les importa mucho.

Tenía la refutación en la punta de la lengua, pero me la tragué porque no quería presionar demasiado.

—¿Has descubierto a tu mamá? —me preguntó en voz baja. Su mano encontró mi cadera y la apretó. Me encantaba que hiciera eso. En casa de Richard, cuando notaba que me sentía incómoda con nuestra pequeña farsa, me daba un pequeño apretón de manos para hacerme saber que estaba ahí, que estaba de mi lado.

Tal vez el hecho de que lo hiciera de nuevo en ese momento fue la razón por la que pude responder.

—A veces creo que sí.

—¿Narcisista furiosa? —preguntó.

FAKED



Mi cuerpo se estremeció de risa y me incliné para darle un beso rápido. Bauer ni siquiera intentó profundizarlo, lo que de algún modo me hizo quererlo aún más, otra fracción de mi corazón que reclamó al dejarme hablar de esta cosa tan seria. Y hablar de lo suyo sin que nadie se lo pidiera.

—Probablemente hay mucho de verdad en eso —estuve de acuerdo—. Brooke era mucho más joven que nuestro papá, que compartimos con Logan. Para él era su segundo matrimonio y creo, no sé, que a Brooke le gustó la idea de su dinero lo suficiente como para pasar por alto el tema de la edad. Cuando a mi papá le dio el infarto, ella se quedó viuda con cuatro niñas pequeñas y él no le había dejado el dinero que ella imaginaba en algún banco. —A lo largo de los años había analizado nuestra infancia desde todos los ángulos, había sido testigo de las distintas maneras en que mis hermanas y yo sentíamos las ramificaciones de su marcha, pero aún así se me hacía un nudo en la garganta al intentar hablar de ello en voz alta.

Su mano se movió suavemente sobre mi espalda.

—No tenemos que hablar de ello.

Le sonreí.

—No, está bien. Solo pensaba en la ironía de para qué voy a la escuela, y no me gusta hablar de mis propios problemas de la infancia.

—Ella te dejó, princesa. —Sus dedos errantes empujaron bajo el dobladillo de mi camisa de dormir, barriendo en pequeños círculos alrededor de las protuberancias de mi columna vertebral—. Es una mierda, y ella es una mierda, y creo que para lo que vas a la escuela es jodidamente increíble, y hay algo asombroso en que no dejaras que ella te arruinara.

Me ardían los ojos.

—Ni siquiera se despidió cuando nos dejó en casa de Logan. Creo que Molly sabía que se iba para siempre, pero Lia y yo éramos demasiado jóvenes.

Sus ojos parecían enfurecidos por mí, pero no dijo nada.



—Creo que —continué en voz baja—, te hace sentir realmente olvidable, ¿sabes? Y pequeño. Qué pequeñas debíamos ser a sus ojos para poder irse tan fácilmente.

Bufé, inclinando la barbilla hacia arriba porque no iba a llorar en mi última noche en este maravilloso pequeño refugio con Bauer.

Sacudió la cabeza.

—Eres la persona menos olvidable que he conocido, Claire.

Se me escapó una lágrima. No porque lo que dijo me entristeciera, sino porque nunca se lo había confesado a nadie. Y se lo estaba confesando en la tranquila quietud de aquella cabaña, y su reacción fue exactamente lo que mi corazón necesitaba oír.

No quería que Bauer me olvidara. Y yo tampoco quería olvidarlo a él.

Me apartó suavemente la lágrima que resbalaba por mi mejilla, y eso desbloqueó lo último que había dejado sin decir. Había permanecido oculto tan atrás en mi cabeza que era casi imposible formar las palabras.

—Me alegro de que se fuera —susurré.

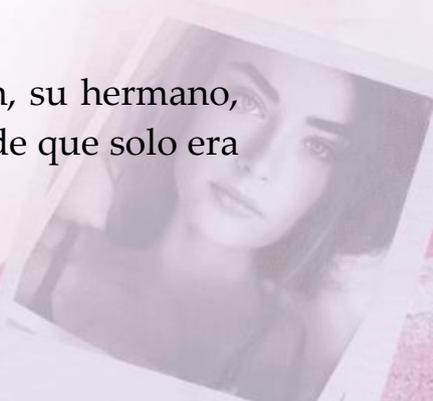
Bauer se quedó quieto. Su frente se arrugó ligeramente, pero aparte de eso, esperó a ver si decía algo más.

—Amo a mi familia —dije ferozmente—. La que hemos construido es tan increíble, y porque puedo ver eso, ver que lo que pasé puede ayudar a alguien más algún día, me alegro de que se haya ido. Estamos mejor sin ella.

Mis palabras flotaron entre nosotros y pude verlo en la cara de Bauer. Sabía que acababa de contarle algo secreto, algo que procedía de una parte silenciosa de mi corazón que nunca había revelado a nadie más.

Su sonrisa era pequeña y dulce, y la forma en que me miraba me hizo sonrojar de otra manera. No era sexual. Bauer parecía... fascinado. Enamorado. Como un hombre que se estaba enamorando. Y de repente, me costó tragar.

Desde que tengo uso de razón, he deseado que alguien, su hermano, me mirara exactamente así. Que viera más allá del hecho de que solo era



una más, alguien que se parecía a Lia, y que me viera de verdad. Ver lo que me hacía diferente, única y Claire. Alguien que pensaba que yo era la persona menos olvidable que había conocido.

Sabiendo lo que sabía ahora, haber sentido alguna vez algo por Finn me parecía una traición a su herida más profunda, aunque apenas hubiera podido saberlo.

Y ahora, sabiendo lo que sabía, no quería que Finn me viera así. Me di cuenta poco a poco, cálida, pura y maravillosa, de que solo quería que Bauer me mirara de la forma en que lo hacía.

—Si dudaba de lo increíble que eras antes —dijo con voz ronca. Me quitó la mano de la camisa para acariciarme la cara y me inclinó hacia su palma—. Vas a hacer grandes cosas, princesa. Probablemente habría salido mejor si hubiera tenido a alguien como tú para salvarme.

Aunque antes había luchado contra ello, se me escapó otra lágrima, y su rostro se contrajo en una expresión de dolor cuando la apartó con el pulgar.

Agaché la cabeza y lo besé despacio, primero el labio superior, luego el inferior, succionándolo dentro de mi boca antes de retirarme.

Su expresión era ligeramente aturdida, y no pude evitar que mi corazón se acelerara. Quizá fuéramos una pareja extraña, que nadie más juntaría, pero yo podía verlo.

Y... y con la forma en que Bauer me miraba, creo que él también podía verlo.

—Quizá podamos salvarnos el uno al otro —susurré. Le sostuve la mirada y vi cómo se encendía lentamente y luego ardía con tanta intensidad que luché por no parpadear, simplemente porque no quería perderme ni un segundo de cómo me miraba.

Después de eso, no hablamos ni una palabra durante mucho, mucho tiempo.

Bauer me tiró hacia abajo para poder darme un beso tras otro. Sus manos subieron por mi espalda y mi camisa desapareció. Las mías hicieron lo mismo con la suya.



Conseguimos emitir sonidos entrecortados y jadeantes mientras, pieza a pieza, nos enredábamos el uno contra el otro, completamente desnudos.

Se mantuvo fiel a su palabra, utilizando las manos y la boca de forma bastante creativa, pero fui yo quien le empujó de espaldas, después de que él ya me hubiera empujado más allá del borde una vez.

Sus pómulos enrojecieron mientras me miraba fijamente y sus manos me agarraban las caderas con tanta fuerza que me dolía.

—Por favor —suplicó mientras yo giraba las caderas, cerca, más cerca. Me apretó la piel con los dedos y, con los dientes apretados, maldijo.

Me dejé caer, el cabello cayendo alrededor de nuestras caras como una cortina.

—Tomo la píldora, Bauer. Confío en ti —susurré.

Suavemente, nos hizo rodar de nuevo hasta que estuvo encima de mí, cubriéndome con tanta fuerza y calor que quise vivir ahí para siempre.

Susurró una maldición, con expresión intensa y escrutadora. Sabía lo que le pedía. Sabía lo que significaba mi confianza.

—Claire —dijo entrecortadamente.

—Confío en ti —repetí.

Sus manos me agarraron con fuerza.

—Nunca he dejado de usar uno. Nunca ha habido nadie... —Su voz se entrecortó y, por dentro, ardí con lo que vi en sus ojos.

—Sé que estás aquí conmigo —le dije, posando mi mano sobre su corazón. Su corazón salvaje, palpitante, martilleante.

Bauer no se precipitó, nunca, nunca hizo nada excepto llevarnos a ambos al borde de la cordura, y al filo de cristal del placer y el dolor, con la forma en que nos hizo esperar.

Con una paciencia inimaginable y una ternura que aún no había sentido en él, Bauer me hizo el amor. Estaba en cada movimiento de sus manos sobre mi cuerpo. En cada movimiento de sus caderas, en cada segundo en que sostenía mi mirada con la suya y se negaba a apartar la vista.



La forma en que se movía dentro de mí era lenta, lenta, lenta, y su control hizo que la explosión de placer fuera mucho mejor cuando por fin llegó. Después de eso, los movimientos se volvieron más rápidos y duros, y su control se desvaneció mientras me aferraba a su espalda húmeda de sudor. Gritó mi nombre cuando la presa se rompió para él. Una segunda oleada me llegó lentamente y jadeé cuando me calentó de pies a cabeza.

Tuve que luchar para no decirle que me estaba enamorando de él, y cuando él mismo bajó lentamente, dijo algo suavemente en la piel de mi hombro que no pude oír.

Era fácil imaginar que murmuraba secretos en mi piel que yo también guardaba dentro de mí. Tal vez porque ambos sabíamos lo que nos esperaba cuando volviéramos a la realidad, y que difícilmente estábamos en condiciones de hacernos declaraciones de amor después de solo unos días.

Pero durante el resto de la noche, sentí la verdad en la forma en que me tocaba, como si yo fuera algo que atesoraba, algo que quería, algo que protegería.

Cuando por fin nos quedamos dormidos, yo acurrucada entre sus brazos, supe que sentía lo mismo por Bauer Davis. Pero eso no significaba que estuviera lista para que saliera el sol y la realidad se interpusiera, porque después de eso... No podía soportar pensar en lo que podría venir después.



19

Claire

Nos sentamos en el Jeep y contemplamos la cabaña de Scotty. La nieve había empezado a derretirse, desprendiéndose del borde afilado del tejado en forma de A en un chorro constante de agua. Ya no había que esconderse, ni ignorar la realidad, ni excusas para quedarse.

Además, Scotty se había quedado sin comida. Así que, a menos que quisiéramos empezar a comer la carísima comida para gatos de Agnes, había llegado el momento de afrontar la situación.

—Bueno —dijo en voz baja y miró en mi dirección—. ¿Vamos?

Se me hizo un nudo en la garganta del tamaño de Rhode Island cuando intenté responder, así que me limité a asentir.

Deslizó una mano por mi muslo, los dedos envolvieron cómodamente la parte superior de mi pierna para poder apretar.

Aquí estoy.

Lo tenía tan claro que casi podía oír su voz.

—¿Por qué es tan difícil dejar este lugar? —dije. Apenas había tomado la decisión de decirlo en voz alta, pero ahí estaba.

Bauer suspiró, retiró la mano y puso el Jeep marcha atrás, navegando por la zona arada que el camión le había proporcionado para retroceder.

—Porque es bueno esconderse de vez en cuando. —Hizo otra pausa antes de salir de la calzada, y capté cómo sus ojos se detenían en la cabaña del retrovisor—. Olvidarte de toda la mierda con la que tenemos que lidiar.



Por alguna razón, su respuesta me entristeció aún más. Me había despertado tan dulcemente, besándome por toda la espalda desnuda y tocándome hasta que jadeé por su nombre, rogándole que se apiadara de mí. Lo había hecho, con sus manos aferrándose a las mías, su cuerpo caliente y duro detrás de mí mientras yo me liberaba de nuevo, con mis sonidos ahogados en el colchón.

El desayuno y la recogida de nuestras cosas habían mantenido el mismo tono, lento y dulce, besos y caricias persistentes, hasta que no pudimos prolongar más lo inevitable.

Era hora de volver.

Mi teléfono había estado desatendido todo el último día, y cuando lo enchufé mientras hacía la maleta, tuve que cerrar los ojos cuando empezaron a llegar las notificaciones.

Entre Paige, Lia y Logan, mi teléfono no paraba de recibir mensajes sobre cuándo llegaría a casa. Pero aún así, le di la vuelta para no tener que ver. No hasta que me abroché el cinturón en el Jeep y uno de Logan me hizo ceder.

Logan: *JURO, CLAIRE, que si no contestas a uno de nosotros pronto, llamaré a TODOS LOS POLICÍAS QUE CONOZCO, y los enviaré.*

Yo: *¡Estoy BIEN! Lo siento. Lo siento. Servicio irregular, no he estado revisando mi teléfono.*

Logan: *No me divierte, chica, no me divierte. Paige está dispuesta a castrar a este tipo por secuestrarte.*

Yo: *Bauer no tiene la culpa de la tormenta de nieve. Estoy bien, y estoy de camino a casa, así que cálmate, por favor. Isabel sabía que yo estaba bien. Nos mandamos mensajes la otra noche.*

Logan: *Sí, y todavía estoy intentando borrar permanentemente la imagen de lo que contenían esos mensajes cuando ella no quiso decírmelo y Paige le arrancó el teléfono de las manos. Mi último intento de echarme lejía en los ojos no lo consiguió, así que me niego a seguir hablando de esto contigo.*



—Tu familia está enloqueciendo, ¿eh? —preguntó Bauer después de que finalmente detuvo el auto en la carretera.

Mi teléfono y todos sus mensajes beligerantes estaban a buen recaudo en mi mochila, donde él no pudiera verlos accidentalmente. Lo último que necesitaba Bauer era saber que Paige, Logan y Lia estaban dispuestos a echarle encima a los agentes federales.

—Están... bien. —Acomodé la pierna contra mi pecho y miré feliz su perfil—. Pero están sobre ti, amigo. Saben que las carreteras se despejaron ayer.

—¿Sobre mí? —Bauer me miró—. ¿Debería decirles quién sedujo a quién para que se quedara un día más? Porque solo uno de nosotros estaba en topless y suplicando. A horcajadas, debo añadir.

Levanté la mano.

—De acuerdo, de acuerdo. Entiendo. No, no necesitan saberlo.

Su sonrisa era perversa y maravillosa, y quería comérmelo vivo. Bauer Davis me había convertido en una adicta empedernida.

—Pero —dije—, prepárate. Si pensabas que la amenaza de Paige era mala cuando me recogiste... —Silbé.

Bauer enganchó una muñeca sobre el volante y volvió a pasar su mano libre sobre mi muslo. Inmediatamente, entrelacé nuestros dedos.

—¿No actuaron así con los otros chicos que has llevado a casa?

Me reí.

—No he llevado a nadie a casa. No como... alguien serio.

—Sí, claro.

—¡No lo he hecho!

Miró por encima del borde de sus lentes de sol.

—Yo digo que es mentira.

—Llámalo como quieras, no hará que sea menos cierto. —Me encogí de hombros—. Fui a algunas citas en la preparatoria, así que seguro que han conocido a chicos que me recogieron, pero nunca se convirtió en nada



serio. Y en la universidad... no sé... mis clases eran siempre una prioridad más alta que las citas, así que nunca tuve a nadie serio o incluso semi-casual que quisiera venir a casa para la cena familiar.

La cabeza de Bauer se echó hacia atrás.

—Huh.

—No todos somos snowboarders profesionales que probablemente tienen mujeres que se tiran desnudas sobre la nieve delante de su tabla.

¿Soné como una arpía celosa? Sí. Claro que sí.

¿Sonaba insegura por haber sido tardía y no haber sentido la necesidad de tener citas durante el instituto y la universidad? Sí. Eso también.

—Desnudo en la nieve suena horrible. —Me miró de reojo—. Y totalmente irracional, si uno quisiera verse sexy.

Retiré la mano y le di un golpe en el pecho. Su risa retumbó en el Jeep y me encontré sonriendo.

—Imbécil.

Bauer me tomó la mano y me besó la palma.

—Escucha, no te voy a mentir, hay mujeres que persiguen a los snowboarders como si fuéramos un premio, pero no puede ser tan diferente de lo que tiene que lidiar cualquier jugador de fútbol.

—No, lo sé. Y hay muchos chicos que no persiguen esa vida. —Sacudí la cabeza—. No debería haber insinuado que lo hacías.

Suspiró.

—Yo no era un ángel. Pero la mayor parte de eso se quedó atrás en mis veinte años. No es tan divertido cuando te acercas a los treinta. —Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas.

—¿Estás diciendo que has tenido un período de sequía últimamente, Bauer? —Bromeé.

Su encogimiento de hombros fue pequeño.

—Un poco. ¿No es... no es raro que hables de esto?



—¿Es raro si te hablo de los chicos con los que salí?

—No es lo mismo.

Incliné la cabeza.

—¿Por qué no?

Suspiró.

—Bueno... eres como... material de novia, ¿sabes? Todos los papás del mundo estarían encantados si un chico te trajera a casa.

Ahh.

—¿Y tú no eres material de novio?

Bauer se lamió los labios antes de contestar.

—No sabría decirte.

—Hmm, bueno, veamos. —Mirándole con expresión pensativa, esperé hasta que vi que su expresión se suavizaba un poco—. No eres terrible a la vista. —Puso los ojos en blanco, pero sonreía, así que seguí—. Eres un excelente bailarín. —Mis dedos recorrieron la parte superior de su mano—. Abres puertas y haces panqueques. Paleas caminos en la nieve. —Levanté la mano y le di un beso en la palma—. Me despiertas de la forma más dulce y sexy. Y me haces sentir hermosa.

Bauer me miró y lo que vi en sus ojos me fulminó por completo.

—Eres hermosa —dijo bruscamente.

—Me haces sentir increíble solo por ser tú, Bauer. —Mantuve la voz uniforme, a pesar de que mi estómago se agitaba nervioso—. Si eso no es material de novio, no sé lo que es.

El hombre que estaba a mi lado permaneció callado, pero vi la fuerte columna de su garganta moverse en un lento trago.

—Todo el mundo tiene un pasado, Bauer. No define quiénes somos en el futuro. —Me encogí de hombros—. Así que no te echaré en cara tu pasado si me prometes hacer lo mismo conmigo.

Volvió a entrelazar nuestros dedos.



—Así que no me imaginaré a un nerd de tu clase de sociología enamorado de ti con el que saliste durante cinco años. Porque eso probablemente haría el mismo puchero lindo en mi cara como el tuyo acaba de hacer cuando hablaste de las conejitas de nieve.

Me reí.

—En serio, eres un imbécil.

Mientras sonreía, sentí que mi estómago volvía a moverse ingrátido.

Algún nerd de libros. No, hacía cinco años que no salía con uno de esos, pero en mi cabeza... uno se había instalado desde hacía aún más tiempo. Si Bauer y yo seguíamos juntos, y mi corazón lo deseaba con todas sus fuerzas, al final tendría que admitir mi inofensivo enamoramiento por Finn y el papel que eso desempeñaba, pero sabía que no era el momento.

La sensación de realidad suspendida que habíamos disfrutado en la cabaña aún persistía en el Jeep. Atravesamos un paraíso invernal tan hermoso que no parecía real. Estaba con un hombre que me provocaba un tipo de mariposas que no sabía que existían: como una loca por el sexo, que quiere quedarse en la cama contigo durante una semana y arrancarte todos los pensamientos profundos de la cabeza porque tu cabeza es tan fascinante como tu cuerpo tipo mariposas-y yo no estaba preparada para reventar esa burbuja todavía.

Mi instinto me gritaba por encima de cualquier lógica que mi cabeza me dijera que simplemente... mantuviera la boca cerrada sobre Finn.

Finn ni siquiera lo sabía, así que ni siquiera había realmente un secreto que sacar a la luz. Era solo, algo que solía sentir. Algo que había superado.

—¿Qué te espera cuando vuelvas? —preguntó.

Sonreí, contenta por el cambio de tema.

—Cena familiar. Comemos en casa de Logan y Paige todas las semanas. Es ruidoso y loco y... perfecto.

—Muy bien, princesa, háblame de ellos. Cualquier grupo de gente que te haga sonreír así, tengo que saberlo.



Me giré un poco en mi asiento y me tomé un momento para medir la expresión de su rostro. Como tenía los ojos tapados, no podía verle bien, la verdad, pero el resto de su rostro parecía relajado y feliz. Interesado.

Éramos él y yo fuera de la cabaña. Él conociendo las otras partes de mi vida, y yo, con suerte, siendo capaz de hacer lo mismo.

—Molly es la mayor —empecé—. Viaja mucho por su trabajo en Amazon. Es la subdirectora de su serie documental, *All or Nothing*.

Asintió con la cabeza.

—Recuerdo cuando eso salió. Ella y su novio, Noah, ¿verdad? El chico que juega para Washington.

—Sí. Así que se pierden muchas cenas, pero siempre que ella está en la ciudad, están ahí.

—La siguiente es —chasqueó el dedo— Isabel, ¿verdad? La única que no intentó echarme de tu apartamento, lo que me hace propenso a que me caiga mejor.

Me reí.

—Sí, es la de en medio. Y lo curioso es que Isabel suele ser la más difícil de impresionar. Ella y Paige son dos gotas de agua; siempre lo han sido. Isabel dirige un gimnasio, un estudio de kickboxing.

—Bonito. —Asintió con aprecio—. ¿He oído hablar de él?

—Tal vez. Wilson's Gym and Kickboxing Studio.

Sacudió la cabeza.

—No lo he hecho. Tal vez... tal vez podríamos comprobarlo algún día.

Sentí la cara caliente y sonrojada y feliz por lo fácil que lo sugirió. Lo estaba *intentando*. Me lamí el labio inferior, observando su rostro con atención.

—¿Vas a estar más tiempo en Seattle?

Su sonrisa se enganchó en un lado.

—¿Sabes? Creo que podría hacerlo. —Me apretó la mano—. Aunque el resto de tu familia me odie, al menos sé que Isabel está de mi lado.



—Lia te conoce —señalé.

—Lia ha pasado más de diez años como mejor amiga del hermano menor que se ha pasado toda la vida oyendo la horrible influencia que yo sería para él. Créeme, a tu hermana no le va a gustar —me miró significativamente—, esto.

Fruncí el ceño.

—Pero sigue siendo mi gemela y mi mejor amiga. Cuando ella vea... —Se me cortó la voz. Me pareció un lugar extraño para decir algo grande y significativo como cuando ella vea lo importante que eres para mí.

Cuando ella vea lo locamente feliz que me haces. Cuando ella vea lo maravilloso que realmente eres. Cuando ella vea que me estoy enamorando de ti.

Bauer oyó algo en la pausa y apartó los ojos de la carretera.

—¿Cuando ella vea...?

—A nosotros —terminé cojeando—. Creo que si ella es capaz de vernos —tartamudeé un poco sobre mis palabras—, ya sabes, pasando el rato o lo que sea. Le parecerá bien.

No parecía muy convencido.

—Si tú lo dices.

—Lia es protectora, como lo somos todos entre nosotros. —No quería sentirme a la defensiva por la forma en que estaba descartando inmediatamente su capacidad de ver que yo era feliz o de darle una segunda oportunidad, pero lo hice—. Y sí, tal vez no te conozca bien, pero llegará a conocerte. Y verá que eres más de lo que Adele te ha dado por sentado.

Sintiendo mi incomodidad, me levantó la mano y me la besó.

—De acuerdo. Tú la conoces mejor que yo. Solo la he visto como la mejor amiga de Finn. También es protectora con él.

Suspiré. No se equivocaba.

—Lia es... —Busqué las palabras adecuadas—. Ella es como... energía embotellada dentro de un cuerpo que apenas puede contenerla. Es una de



las mayores diferencias entre nosotras. Siempre fue la cabecilla cuando éramos jóvenes porque su cerebro nunca deja de moverse. Es testaruda y de carácter fuerte. —A pesar de mis palabras, estaba sonriendo—. Y es mi otra mitad. Porque me quiere —terminé en voz baja—. Ella estará bien contigo.

Bauer respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Yo no... no sé lo que es tener eso. —Su sonrisa era apenada, pero aún veía la tristeza aferrándose a los bordes—. Así que lo siento si sonaba como si estuviera cuestionando a tu hermana. Tienes una gran ventaja en todo este asunto de la familia.

Como respuesta, le apreté la mano y vi cómo se relajaban su pecho y sus hombros.

—Estarás bien. —Ante su mirada escéptica, me reí—. Lo estarás.

—Me alegro de que tengas tanta fe en mí, princesa. —Su tono era irónico, pero oí lo que había debajo—. No sé si me lo he ganado, pero se agradece.

Mi dedo trazó pequeños círculos sobre los ásperos nudillos de su mano grande y cálida.

—¿Vendrás conmigo a la cena familiar esta noche?

Una especie de mariposa más dulce y suave despegó dentro de mi cuerpo en cuanto se lo pedí.

No se trataba de sexo.

No se trataba de cómo me hacía sentir cuando me miraba con deseo.

Se trataba de tenerle sentado a mi lado en la mesa y saber que podía tomarle la mano. Era hacerle saber que su presencia me importaba.

Que anhelaría las cosas normales, intermedias, cuando él no estuviera cerca de mí.

Bauer tardó un momento en contestar, pero cuando lo hizo, su voz era un poco áspera, un poco baja.

—Sí, princesa. Puedo intentarlo.



El resto del trayecto transcurrió entre música y conversaciones tranquilas, y cuanto más nos acercábamos a Seattle, sentía que una lenta tensión se introducía entre mis omóplatos.

El paisaje me resultaba tan familiar que no podía utilizarlo como distracción adecuada sobre lo que podría o no esperarnos en la cena.

No había preparado a nadie para que trajera a ese tipo que acababa de consumir los últimos cuatro días de mi vida.

Bauer tomó la salida hacia mi apartamento mientras yo intentaba, con todas mis fuerzas, que mi cerebro no se volviera loco por el hecho de sentir algo así por alguien a quien conocía desde hacía menos de una semana.

Mi corazón pensó que era jodidamente romántico.

Mis tripas eran todo flechas, apuntando directamente a Bauer.

Pero por un momento, tuve un pensamiento horrible que no pude desterrar inmediatamente en el fondo de mi cerebro demasiado pensativo. ¿No se había ido Brooke porque sentía algo así de grande y abarcador? No le importaba lo que pensara su familia ni las consecuencias de sus actos. Simplemente dio un salto y nunca miró atrás.

Mis dedos se apretaron alrededor de su mano antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Estás bien?

Asentí furiosamente.

—Bien. Solo que... aún intento prepararme mentalmente para volver.

—Yo también extraño esa cabaña, princesa.

Sonriendo, pensé en algo que había dicho justo antes de irnos.

—¿Vas a avisarle a Scotty de que le vas a enviar un colchón nuevo?

—Más me vale. —Hizo una mueca—. Si yo fuera él, querría dormir en el sofá hasta que aparezca algo que no haya sido profanado de la forma en que profanamos ese colchón.



Todavía me estaba riendo cuando nos detuvimos frente a mi edificio de apartamentos, y todo mi cuerpo se congeló cuando vi a Lia de pie junto al auto de Finn, con los brazos cruzados y una expresión amarga en el rostro al ver a Bauer. Finn estaba a su lado, alto y guapo, con una expresión un poco más educada que la de mi hermana.

Sentada junto a Bauer, me sentí aliviada al comprobar que Finn no provocaba ningún tipo de reacción en absoluto. Sin alas. Sin aleteos. Sin segundas intenciones.

Bauer silbó mientras estacionaba el Jeep.

—Recuérdame lo que dijiste sobre Lia otra vez?

Suspirando, le di otro apretón en la mano.

—Déjame hablar con ella un segundo, ¿de acuerdo?

Se quitó las gafas e, ignorando por completo la forma en que ambos le miraban descaradamente, se inclinó para darme un suave beso en los labios.

—¿Seguro que quieres enfrentarte sola a ese pelotón de fusilamiento, princesa?

Asentí lentamente y eché un vistazo por el parabrisas.

Finn nos observaba con una curiosa expresión en el rostro, que solo guardaba un mínimo parecido con Bauer.

Cuando vi la cara de Lia, decidí que pelotón de fusilamiento era una descripción bastante adecuada de cómo miraba al hombre que estaba a mi lado.

La burbuja de la cabaña había estallado.



20

Bauer

Para cuando mi pie calzado tocó el hormigón, Lia había agarrado a Claire de la mano y había empezado a arrastrarla por la parte delantera del auto de Finn.

—Oye —objetó Claire, plantando los pies y negándose a que la arrastraran a ninguna parte—. Tranquilízate, ¿de acuerdo?

Lia me lanzó una mirada insondable, que se suavizó cuando su mirada volvió a su gemela.

—¿Estás bien? Pensé que podríamos hablar en privado.

Finn arrastró los pies y apoyó un hombro contra su auto.

—Bauer.

Asentí con la cabeza.

—Veo que te encuentras mejor.

Claire observó nuestro rígido saludo por encima del hombro y me dedicó una pequeña sonrisa.

Lia le dijo algo a Claire en voz lo bastante baja como para que yo no pudiera oírla y, al cabo de un segundo, Claire asintió.

—Danos un segundo, ¿de acuerdo? —me dijo.

Sonreí.

—Estaré aquí mismo.

—Qué asco —murmuró Lia.

—Lia —espetó Claire.



Observé con interés cómo Lia respiraba hondo, se pasaba la lengua por los dientes y me dedicaba una pequeña y apretada sonrisa.

—Lo siento. La fuerza de la costumbre.

Levanté las manos.

—Perdonado.

Las hermanas caminaron en tándem hasta el otro lado del auto de Finn, donde mi hermano menor y yo no pudiéramos oírlas.

—Semana rara —dijo Finn en tono de conversación.

Incliné la cabeza.

—Una buena semana.

Entrecerró los ojos al sol y me tomé un momento para estudiarlo. Hacía meses que no estaba en casa, y mi hermano menor había engordado un poco, claramente por pasar tiempo con las pesas.

—¿La escuela va bien? —pregunté.

Finn asintió.

—Con el tiempo, podré volver a dormir o tener vida social.

No me sorprendió que Adele tuviera problemas conmigo. Finn y yo no podíamos ser más diferentes. Al igual que Claire, había dedicado todo su tiempo libre a sus estudios. Nada se anteponía a ello, y se veía en sus notas. Y en la falta de novia.

—He oído que mamá y papá han conseguido el dinero de Richard —dijo.

Levanté las cejas sorprendido.

—Me alegro por ellos.

—Estaba emocionada.

—Adele debería enviarle a Claire una nota de agradecimiento cuando cobre el cheque —señalé.



Finn volvió a mirar a las hermanas y esbozó una sonrisa torcida, y fue uno de los raros momentos en que noté similitudes entre nosotros. Esa sonrisa se parecía un poco a la mía.

—Lia también habría sido capaz de lograrlo.

—No creo que lo hubiera hecho —dije en voz baja. Mi hermano menor quiso defender a su amiga, pero yo levanté la mano—. No me malinterpretes. Sé que Lia es inteligente por derecho propio, pero no es Claire. Y el tipo de inteligencia de Claire, su forma de leer a la gente, es a lo que Richard respondió. No tenía nada que ver con su apellido, o quién es su hermano, o cómo está conectada con Washington. Fue ella.

—Hmm. —Finn me miró con atención—. Parece que leíste a Claire bastante rápido.

Mis ojos se dirigieron a la mujer en cuestión, sus gestos animados casi me hicieron sonreír, pero toda la situación seguía siendo un poco demasiado extraña para que algo fuera humorístico.

—Creo que sí. —Todo el día me había sentido mal después de salir de nuestro refugio en el bosque.

Era de risa que me hubiera preocupado en algún momento que Claire pudiera arrepentirse de una noche conmigo.

No solo parecía no arrepentirse de nada, sino que se quedó voluntariamente. Escarbó voluntariamente en partes de mí que nadie había visto nunca, que nadie había querido ver antes. Sus ojos azules tenían un superpoder: visión de rayos X a través de cualquier maraña que yo hubiera dejado flotando en la superficie.

Cuando me miró en el auto, me besó la palma de la mano y me dijo que creía que tenía madera de novio, que quería llevarme a casa con su familia, casi lloro.

Una lágrima varonil, varonil.

Justo después de eso fue, *mierda, no sé si podré hacer esto.*

Por ella, sin embargo, lo intentaría. Porque mi hermano menor tenía razón. Había conseguido leer a Claire rápidamente, y ella nunca me habría dicho las cosas que hizo en el auto si no las creyera.



Finn se giró para poder observar a las hermanas, con el pulgar golpeando inquieto el lateral de su auto.

—Ella es Claire, ya sabes. Supongo que nunca pensé mucho en las formas en que podrían ser diferentes.

Quería contarle todas las formas en que Claire era diferente, porque ¿qué idiota no podía verlo? Finn podría ser inteligente en los libros, pero las personas inteligentes en los libros pueden ser idiotas en los caminos del mundo.

Algo en la forma en que los miraba, tratando de ver lo que yo veía, me puso nervioso.

Celoso.

Era una sensación extraña.

—No se parece en nada a su hermana —le espeté—. No sé cómo no te diste cuenta.

Se rio de mi trasero malhumorado, lo que no ayudó a que el monstruo de ojos verdes se calmara.

—No es que me lo perdiera. Simplemente no... no sé. No presté mucha atención. —Su sonrisa se desvaneció al contemplar mi rostro ceñudo—. Nunca pensé que vería el día en que una mujer te pusiera así por dentro.

—Únete al club —murmuré.

Finn me hizo un gesto de evaluación.

—Creo que será buena para ti.

No podía discutir eso.

—Gracias por enfermarte, por cierto.

—Ohh, ha sido un placer. —Su voz era de un humor seco y teñido de sarcasmo, y disminuyó un poco la tensión que me atenazaba el pecho ante todo este intercambio.

Lia.

Finn.



Lo que su familia pudiera decir ante mi inesperada presencia.

No había duda de lo importante que era, y tenía en la punta de la lengua pedirle tips a Finn. Decirme qué demonios hacer en esta cena familiar. Preguntarle si Logan Ward iba a darme un puñetazo en las pelotas por lo que había pasado entre Claire y yo en la cabaña.

En su mente, estaba seguro de que nuestra relación se desarrollaba al revés.

No hubo una primera cita oficial, en la que fui hasta la puerta y la recogí con flores en la mano. En la que le dije que estaba preciosa. En la que la llevé a casa esa misma noche y la besé a escondidas en el auto. Donde esperaba una segunda cita y luego una tercera. Porque si hubiera hecho esas cosas, de la forma en que probablemente quería que sus hermanas empezaran a salir con un chico, habría querido una segunda y tercera y cuarta cita desde el momento en que la recogí.

Le habría sacado la silla, sujetado la puerta, hecho todo lo caballeroso que se me hubiera ocurrido. No porque Claire no fuera capaz de sujetar la puerta por sí misma o de levantar su propia silla, sino porque habría querido que supiera lo especial que era.

No, en la mente de Logan, robé una cita que no era para mí. Forcé una situación en la que Richard pensó que estábamos saliendo. La engañé para que pasara días atrapada en una cabaña en la remota naturaleza conmigo.

Mientras observaba a Lia hacer sus propios gestos animados hacia Claire, me di cuenta de que su familia tenía motivos más que suficientes para mostrarse escéptica. El primer chico que traía a casa tenía fama de impulsivo y borracho.

—¿Qué es esa mirada en tu cara? —preguntó Finn.

Parpadeé mirándolo. Al parecer, Claire no era la única que sabía leer a la gente. Mi primer instinto fue darle una respuesta frívola para que me dejara en paz, reafirmar que mi hermano menor no sabía una mierda de mí, porque en realidad nunca lo había intentado.

Pero yo tampoco lo había intentado.



Fue un trago difícil de digerir, pero a la luz de lo que Claire dijo sobre Adele y mi mamá, a quien ni siquiera recordaba realmente salvo por fotos, me vi obligado a reconocer mi propia parte en la ruptura entre mi familia y yo.

¿Y si tuviera el mismo efecto en Claire y los suyos? Causó algún tipo de tensión porque no podían concebir a quién trajo a casa.

—Todos me odiarán, ¿verdad?

Se rio entre dientes.

—No todos.

—Gracias, eso me hace sentir mejor.

Finn me miraba con curiosidad.

—Me sorprende que te importe si lo hacen o no. Siempre nos has dejado perfectamente claro que la opinión de tu propia familia no importa. ¿Por qué la de ella sí?

Al parecer, Golden Boy me conocía mejor de lo que yo pensaba. La opinión de mi familia no había importado, no en ninguna de las decisiones que tomé, por eso nunca me importó demasiado que tampoco hubieran celebrado mis victorias. En ese sentido, Claire y yo no podíamos ser más diferentes. Detrás de ella había un verdadero ejército, listo para defenderla del más mínimo daño, percibido o no.

Luego estaba yo.

El que normalmente llevaba las manos entintadas, con el dedo corazón hacia arriba, a las personas que se suponía que más se preocupaban por él.

—No tengo que justificarme ante ti, Finn —le dije. Su cuerpo se tensó, preparándose para lo que fuera a salir de mi boca. Ya lo había oído bastante a lo largo de los años. Por ella, tuve que recordarme a mí mismo que podía intentarlo. Respiré hondo e intenté responder con más calma—. Importa porque ella importa. Para mí —aclaré.

Su mandíbula se relajó y sus ojos se abrieron de golpe.

—La conoces desde hace unos cinco días.



Claire se volvió hacia nosotros y respiré con más facilidad cuando sus ojos se cruzaron con los míos, brillantes de calidez y dulzura. Fuera lo que fuese lo que había hablado con Lia, Claire se sentía bien al respecto.

Y por extensión, sentí que algo se aliviaba dentro de mí. Simplemente porque parecía más feliz. Mierda, enamorarse era aterrador, ¿no?

Esta mujer podía pedirme un cuchillo para desollarme vivo, y yo se lo habría dado con una sonrisa de tonto en la cara. Era la mierda más aterradora que había experimentado en mi vida, no podía explicar por qué lo único que quería era tomarla de la mano, ver cómo me sonreía y saber que estaba conmigo.

Finn se rio suavemente de lo que tenía en la cara.

—Cállate —murmuré.

Cuando Claire caminó directamente hacia los brazos que yo ni siquiera me había dado cuenta de que había abierto para ella, Lia hizo una mueca antes de poder contenerse. Finn le dio un codazo y, en lugar de intentar averiguar qué significaba, enterré la nariz en la coronilla de Claire e inspiré profundamente.

Se sentía tan bien en mis brazos, y odiaba lo mucho que me calmaba su afecto abierto delante de su hermana y mi hermano.

Claire deslizó su brazo alrededor de mi cintura y se enfrentó a los otros dos, pero se mantuvo arropada a mi lado.

—¿A dónde van?

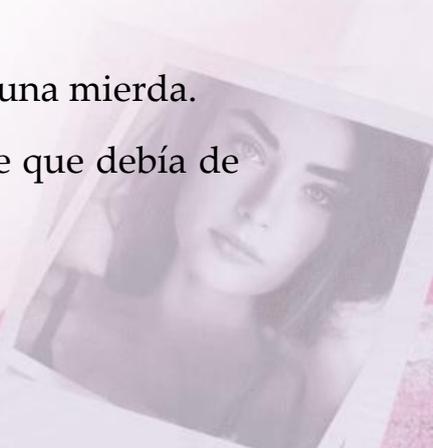
Lia soltó un suspiro lento y yo me aseguré de mantener una expresión agradable.

Era testaruda, yo ya lo sabía. Y llevaba años forjándose una opinión de mí que no se borraría con una sola conversación en un estacionamiento.

—Tengo que ir a la tienda antes de cenar y mi auto no funciona —dijo Lia.

—¿Otra vez? —Claire negó con la cabeza—. Ese auto es una mierda.

Su hermana sonrió, al igual que Finn, por lo que deduje que debía de ser una broma habitual entre los tres.



—Yo podría revisarlo —le dije.

Lia enarcó las cejas.

—¿Arreglas autos?

Mi mano se enroscó alrededor del cuello de Claire y le di un suave apretón.

—Puedo encargarme de un par de cosas si quieres que lo revise más tarde.

Claire me sonrió, claramente contenta con el esfuerzo que estaba haciendo. Por ella, podía intentarlo.

Lia se lamió los labios y no contestó de inmediato. Finn volvió a darle un codazo y me levantó la barbilla.

—Ella estaría encantada, gracias.

—Sí, gracias —dijo con la voz ligeramente tensa. Volvió a mirar a Claire—. Supongo que vendrás con nosotros a cenar. Ya que sueles hacerlo.

De nuevo, fuera intencionado o no, era un recordatorio de que yo era el bicho raro en este extraño trío.

Lia y Finn, los mejores amigos.

Y Claire, que siempre estaba cerca.

Me hizo sentir protector porque Claire no debería tener que acompañar a nadie a ninguna parte. No como si fuera una ocurrencia tardía.

—Voy con Bauer —dijo con firmeza.

Lia se quedó con la boca abierta.

—¿Viene a cenar? —Finn le dirigió una mirada de advertencia.

Luché con todas mis fuerzas contra mi primera reacción, que fue decir algo para cabrearla.

Claire deslizó su mano por debajo de mi camisa y apretó con más fuerza. Era apropiarse, una señal que no podía pasar desapercibida, y mierda, me encantaba. En ese momento, calmó al toro listo para embestir.



—Lo hará, y no puedo esperar a presentárselo a Logan y Paige —le dijo a su hermana—. Por eso vas a cumplir la promesa que me hiciste, Lia.

Sus palabras surtieron el efecto deseado en Lia, porque su cuerpo se desinfló ligeramente y perdió la tirantez que le producía el susto.

—Sabes que lo haré —respondió Lia en voz baja. Luego miró a Finn, que asintió—. Supongo que nos veremos ahí.

Claire me miró.

—Quiero refrescarme antes de que vayamos.

Finn me hizo un gesto con la cabeza antes de subirse al asiento del conductor. Claire se apartó un momento de mi alcance para apretar a su hermana. Lia cerró los ojos mientras se abrazaban, y así era más fácil verla en el papel de hermana cariñosa y protectora que en el de alguien que había oscilado entre odiarme y apenas tolerarme a lo largo de los años por culpa de mi familia. Por mi culpa.

Entrelazaba mis dedos con los de Claire mientras se alejaban y, en cuanto el auto de Finn salió del estacionamiento, me giré, le tomé la cara con las manos, la apreté contra el auto y la besé profundamente.

La cerilla se encendió de inmediato y ella me rodeó el cuello con los brazos mientras yo saboreaba la dulzura de su lengua, la suavidad de sus labios.

Sí, por ella, podía intentarlo. Aún me sentía desequilibrado y a miles de kilómetros de mi zona de confort, pero cuando la toqué y sentí que me tocaba, todo volvió a su sitio.

Mi mano se hundió en la parte trasera de sus leggings y gemí de felicidad cuando ella giró las caderas. Si estuviera oscuro, si estuviéramos escondidos y fuera del alcance de miradas indiscretas, la habría tomado ahí contra mi Jeep. Rápido y duro, con pocos preámbulos, simplemente para calmar la adicción a ella que se había apoderado de cada rincón de mi alma.

Alguien gritó una obscenidad desde la ventana de su apartamento y separé mi boca de la suya.

Me reí contra su boca.



—Lo siento.

Su cara tenía una expresión de aturdimiento.

—¿Por qué fue eso?

—Por lo que sea que le hayas dicho —admití—. Y por invitarme a cenar. Por estar tan loca como para quererme ahí.

Claire sonrió.

—No me lo agradezcas todavía.

Apreté mi frente contra la suya y la respiré, intentando controlar el deseo que sentía por ella, ya que estábamos en público.

—Quiero llevarte a una cita, princesa. Una de verdad. Donde te recoja y sepas que iré yo. —Mi voz era áspera, y mis manos la sujetaban con fuerza. Debió de notar un cambio en mí porque me subió las manos por el pecho y las mantuvo ahí—. Puedes arreglarte, y te llevaré a un sitio caro y pensaré en besarte toda la maldita noche.

—De acuerdo —respondió suavemente—. Creo que podemos hacerlo.

La envolví en mis brazos y le besé la sien. No estaba del todo seguro de lo que Claire Ward me estaba haciendo, pero me encontraba en una posición inestable. Me tenía en equilibrio sobre una viga, delgada y tambaleante, en un espacio abierto y sin red.

Mientras estábamos solos, sentí lo más fuerte de lo que se estaba formando entre nosotros. Incluso ahora, solo un golpe de ella a mi torrente sanguíneo, y yo estaba tranquilo. Tendría que compartirla eventualmente, y tal vez Claire tenía razón cuando dijo que sería capaz de llegar bien a la cena.

—Bien. —Volví a enterrar mi cabeza en su cabello.

—¿Sabes lo que quiero hacer? —me preguntó. Su boca mordisqueó mi mandíbula.

—¿Qué?

Sus ojos azules brillaban con picardía.

—Te enseñaré mi cama antes de que tengamos que irnos.



21

Banner

Cuando empiezas a conducir hasta la casa de una antigua estrella del fútbol, especialmente de uno que ahora es uno de los entrenadores más respetados de la liga, empiezas a hacerte una cierta imagen en la mente sobre el aspecto que podría tener la casa.

Camino de entrada largo y curvo.

Exuberante paisaje.

Arcos y grandes ventanales y una casa de piscina.

En algún lugar me sentiría como un maldito fraude aún más de lo que ya me sentía.

Pero cuando giré mi Jeep en una entrada abarrotada y de tamaño normal, tuve que tomarme un segundo para mirar a mi alrededor.

Sí, estaba en un buen barrio, pero la casa era... normal.

Grande, pero normal.

—¿Listo? —preguntó Claire.

—Sí. —Me rasqué un lado de la cara—. No es lo que esperaba.

Ella parpadeó ante la estructura de ladrillo.

—¿La casa?

—Pensaba que llegaría a una mansión con un código y esas cosas.

Claire sonrió.

—No hay códigos, no hay puertas, solo... —Se encogió de hombros—. Solo casa.



Por el surtido de vehículos estacionados delante de nosotros y a juzgar por el ruido que salió como una explosión cuando un niño pequeño abrió la puerta principal y salió volando hacia nosotros, parecía que todo el mundo se nos había adelantado ahí.

—¡Claire! —Se lanzó hacia ella, y ella lo atrapó de una carcajada—. Pensábamos que habías *muerto*.

—No, no lo hicieron. —Ella le besó la parte superior de la cabeza, cubierta de cabello castaño rojizo, y en la curva de su sonrisa, vi un gran parecido con ella—. Solo estaba nevado, bobo.

El chico soltó a Claire y me miró con los ojos muy abiertos.

—Están hablando mucho de ti ahí adentro.

Claire se rio mientras yo fruncía el ceño. Qué bien. Justo lo que quería antes de entrar: comprobar lo que me preocupaba. Pero no era culpa de este chico.

En lugar de agacharme, le tendí la mano y se la estreché como si fuera un hombre. Eso hizo que su flaco pecho se hinchara. El chico no tendría más de ocho o nueve años.

—¿Cómo se llama, señor?

—Emmett Ward. —Siguió dándome la mano, como si no estuviera seguro de quién debía soltarla primero—. Soy el sobrino de Claire, pero no la llamo tía porque no parece lo bastante mayor para ser la tía de alguien.

Inspeccioné a Claire de pies a cabeza y sus mejillas se sonrojaron furiosamente.

—Puede que tengas razón en eso, Emmett.

—Ooooh, no deberías mirarla así cuando entres en casa —le advirtió. Claire se tapó la boca con una mano.

Miré sorprendido hacia Emmett.

—¿No debería?

Emmett negó con la cabeza. Tenía los ojos del mismo tono azul que Claire.



Antes de preguntar, sabía que probablemente era estúpido hacerlo, pero no trataba demasiado con niños. Además, supuse que era demasiado joven para saber qué podía significar cualquier tipo de mirada que le hubiera echado.

—¿Cómo la miré? Solo para saber que no debo volver a hacerlo.

Suspiró pesadamente.

—Como si quisieras besarla. Mi mamá dijo que te arrancaría las pelotas si mirabas a Claire con ojos de sexo en la mesa.

Claire gimió detrás de su mano y yo hice una mueca de dolor.

Emmett se encogió de hombros.

—Los besos llevan al sexo, y el sexo lleva a los bebés. Así que... yo no haría eso ahí si fuera tú.

Se marchó y volvió a la casa, dejándonos a Claire y a mí en un silencio atónito.

Ella soltó una risita histérica.

—Bueno —dije—. Ha sido divertido. No puedo *esperar* a entrar.

Dejó caer su mano y me plantó un suave beso en la mejilla.

—Estarás bien.

Estaba claro que creía en lo que decía. No había falso entusiasmo, ni falsos ánimos. Por enésima vez desde que salimos de la cabaña, repetí mi nuevo mantra.

Por ella, podría intentarlo.

La única vez que traté de impresionar a alguien fue cuando mis pies estaban firmemente plantados en la superficie lisa de mi tabla de snowboard, la cabeza cubierta con un casco y las gafas bajadas sobre la cara. Eso era algo que sabía sin pensármelo dos veces. Podía contorsionar el cuerpo, desplazarme y moverme con el impulso de la montaña para no caer de bruces en la nieve y el hielo.



Nunca se trató de mi personalidad. Nunca se trató de lo que salía de mi boca o de cómo trataba a alguien. No se trataba de mi aspecto o de demostrar mi valía como persona.

Las puntuaciones que he recibido, el tiempo que he cronometrado bajando por un recorrido trazado, los trucos que he completado, se referían a mi capacidad de rendimiento físico.

Esto -entrar por esa puerta con Claire a mi lado- era todo lo demás. La única cosa en la que era bueno, en este momento, era completa y absolutamente inútil.

Así que, aunque su certeza era estupenda, no parecía que yo fuera a estar bien mientras me agarraba de la mano y nos acompañaba al interior detrás de Emmett.

Pero no quería que dudara de traerme, así que mantuve la boca cerrada.

La entrada, de dos pisos, era luminosa, con equipamiento deportivo esparcido por el suelo de madera. El pasillo arqueado adyacente conducía a una cocina grande y luminosa, llena de olores sorprendentes y risas femeninas.

Era una casa en la que se había vivido y a la que se había querido bien. Abundaban las marcas en las paredes pintadas, y vi una hendidura en la pared de yeso que parecía sospechosamente una rueda de bicicleta implantada ahí. Las paredes estaban cubiertas de instantáneas de una familia que había crecido junta a lo largo de los años, y cada una que pasábamos me ponía un poco más incómoda.

El amor en este lugar era desbordante. En cada centímetro, dominando cada sentido.

Todo eso debería haberme hecho sentir mejor, pero solo me hizo sentir peor. Porque éste no era el tipo de hogar que yo conocía. Apreté con más fuerza sus dedos, y ella los apretó a su vez. Doblamos la esquina y entramos en la cocina, que era un gran espacio abierto que desembocaba en un enorme salón familiar cómodamente amueblado. Una gran pantalla plana montada en la pared estaba congelada en un partido de fútbol. No era de extrañar.



La mayor parte de la familia estaba de espaldas a nosotros, apiñada alrededor de la gran isla de mármol donde Paige y Logan estaban cocinando.

Logan fue el primero en vernos y respiré hondo al ver cómo me miraba. Era un tipo alto, ancho y fuerte, y sus sienes ligeramente canosas y las arrugas alrededor de los ojos eran el único signo de que ya había pasado los cuarenta. En lugar de interrumpir la historia que Isabel contaba, aún ajena a nuestra entrada, posó una mano en la espalda de su esposa y se excusó de la cocina.

Dio la vuelta a la isla y algo en su forma de andar, su imponente presencia, me hizo ponerme más erguido. Lia se dio cuenta y le dio un codazo a Isabel. Isabel se calló y le tiró una toalla a Paige, que por fin levantó la cabeza.

La mirada que recibí de *ella me* hizo difícil tragar saliva. Sí, se estaba imaginando todas las pesadillas que yo podría haber conjurado para esta cena familiar.

Logan abrazó fuertemente a su hermana y le revolvió el cabello.

—¿Llegaste bien a casa?

Él la miró como si hubiéramos estado atrapados fuera en la tormenta de nieve, y ella puso los ojos en blanco.

—Sí. Las carreteras estaban bien cuando salimos esta mañana.

—Apuesto a que sí —murmuró Paige.

Isabel se aclaró la garganta, con una advertencia detrás. Finn ahogó una sonrisa, y yo quise tirarle algo a la cabeza por el hecho de estar aquí para presenciar esto.

Se volvió hacia mí y me tendió la mano, que tomé. Juro que intenté no encogerme ante su apretón, de verdad.

—Logan —dijo.

—Bauer Davis —le dije—. Le agradezco que me reciba, señor.

Ante eso, finalmente esbozó una sonrisa de mala gana.

—No soy tan viejo. Logan está bien.



Isabel se había dado la vuelta en su taburete, acribillando a Claire a preguntas sobre dónde nos habíamos quedado, y Lia cuchicheaba detrás del mostrador con Paige.

Emmett correteaba por la casa, ajeno a cualquier trasfondo de mi visita.

El parloteo de la familia nunca disminuía, solo se mantenía en un zumbido constante. Un zumbido que parecía crecer más y más en mis oídos.

—Qué romántico —oí exclamar a Isabel—. ¿Una pequeña cabaña en el bosque? No se puede pedir nada mejor.

Claire se rio por lo bajo y me tomó la mano.

El pequeño gesto ya me parecía un ancla que me mantenía firme. ¿Podía saber que lo necesitaba?

Claro que podría haberlo hecho. Era lo bastante perspicaz como para saber que las familias numerosas no eran precisamente mi especialidad, sobre todo cuando dos de los presentes probablemente estaban esperando a que saliera corriendo.

Tal vez porque tenía muchas ganas. Huir sonaba genial. Tomar a Claire y volver a su cama.

Mejor aún, llevarla a Whistler para que nos pudiéramos romper en mi cama también.

Paige apagó un quemador de la cocina y se secó las manos en una toalla que llevaba colgada del hombro.

Era imposible no compararla con la única matriarca que conocía, Adele.

Lo irónico era que, mientras Paige se había ganado la vida como supermodelo años atrás y Adele ayudaba a jóvenes en situación de riesgo, yo sabía qué mujer quería tener a mi lado. Y qué mujer era absolutamente aterradora tener enfrente cuando me miraba de la forma en que lo hacía.

Me recordó a una leona cuando rodeó la isla y se dirigió hacia nosotros.

Lista para destrozarme con sus dientes desnudos.

—Bauer —dijo Paige uniformemente—. ¿Cómo te fue con tu parte del trato?



Exhalé un suspiro.

—¿El trato en el que me amenazaste de muerte si le hacía daño?

Paige inclinó su copa de vino hacia mí.

—Ese sería.

Logan se unió a nosotros, deslizando un brazo alrededor de su cintura.

—¿Te estás portando bien, mi dulce esposa?

Para detener mi risa nerviosa, apreté los labios.

Paige le sonrió.

—La más simpática.

—Isabel estaba cantando tus alabanzas antes de que llegaras —dijo Logan.

Me reí incómodo.

—¿En serio?

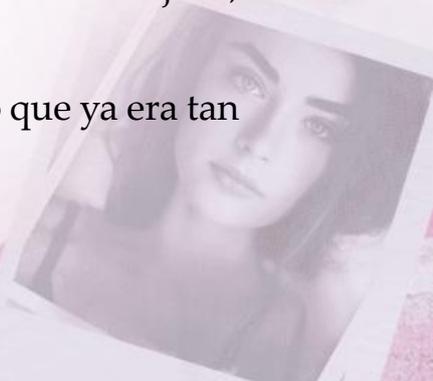
—He oído que eres un gran competidor. —Logan lanzó una mirada cargada a Paige. La inquisición había terminado, al menos por ahora—. Aunque, para ser honesto, no sé mucho sobre el snowboard como deporte.

—Hace frío y no se gana mucho haciéndolo —le dije con toda la sinceridad que pude—. Pero no lo cambiaría por nada.

Sonrió. ¿Qué otra cosa iba a hacer? El hombre recibía un cheque anual con un montón de ceros detrás. Aunque pudiera encontrar otro patrocinador, la mayoría de los snowboarders profesionales rara vez llegaban a los cincuenta mil al año. Por eso la mayoría de mis amigos trabajaban de camareros. Por eso yo atendía un bar fuera de temporada. Por eso la mayoría de nosotros encontrábamos trabajos esporádicos mientras viajábamos a nuestros lugares favoritos para atrapar nieve fresca.

—Ser capaz de encontrar algo que amas y en lo que eres bueno —dijo—, no le sucede a la mayoría de la gente. Tienes suerte.

Su reacción fue una más que podría añadir a la lista de lo que ya era tan diferente de lo que yo conocía.



Una vez más, sabía que eso debería haberme hecho sentir más cómodo en su casa, rodeado de todas esas personas que querían tanto a Claire que estaban dispuestas (en distintos grados, obviamente) a acogerme en su casa. Pero en lugar de eso, hizo que me picara la piel bajo el cuello de la camisa.

Pero nunca, ni una sola vez, una mujer me había mirado con tanta expectación en los ojos. Y ahora venía con una familia, que querría saber a qué me dedicaba, cómo me ganaba la vida, porque eso también afectaba a Claire, o podría hacerlo algún día. Me empezaron a hormiguar las manos y sentí una opresión en el pecho.

—Disculpen —les dije y me solté de la mano de Claire para dirigirme al baño que vi junto a la cocina.

Una vez cerrada la puerta, apoyé las manos en el lavabo y me quedé mirando mi reflejo.

Las sacudidas de pánico que me tensaban los músculos de la espalda me resultaban extrañas, pero la única razón por la que sabía que no estaba sufriendo un infarto o algo parecido era el impulso irrefrenable de huir.

Quería volver a aquella cabaña donde todo había sido sencillo. Donde mis sentimientos surgían con facilidad y podía apropiarme de ellos. Donde no era difícil poner palabras a lo que me estaba haciendo. En aquella cocina abarrotada y feliz, tuve que enfrentarme a la constatación de que no sabía estar en una relación seria para una mierda. No sabía cómo compartir a alguien de quien me estaba enamorando, con este grupo gigante de gente que solo estaba esperando a que metiera la pata.

Abrí la llave del agua, puse las manos bajo el grifo y me salpiqué la cara varias veces. Cuando sentí que mi ritmo cardíaco se había ralentizado y podía volver a respirar con normalidad, salí. Lia estaba en la lavandería contigua al baño, terminando una llamada telefónica.

—Sí, gracias, estoy encantada. —Me levantó un dedo, pero como parecía contenta, no sentí que me estuviera provocando—. Te llamaré mañana y te lo diré con seguridad. Gracias.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón y exhalé lentamente.

Ella hizo lo mismo.



Antes de que empezara a hablar, me di cuenta de que lo estaba intentando. Tal vez estaba repitiendo el mismo mantra que yo había tenido en mi cabeza todo el día. Que, por Claire, ella lo intentaría.

—Le prometí a mi hermana que te daría una oportunidad —dijo Lia—. Porque ella nunca... —sacudió la cabeza—. Esto es nuevo, para Claire. Estar en una relación como esta.

Su franqueza facilitó una admisión de mis labios.

—Para mí también.

Lia sonrió.

—Lo sé. Lo he oído. —Cuando enarqué una ceja, levantó las manos—. Perdona. Llevo casi diez años pensando en ti de cierta manera, y tu hermano me sermoneó sobre eso de camino aquí. Que tú y Claire no tienen nada que ver con lo que sea que hay entre tú y tus papás.

La idea de que Golden Boy me defendiera me hizo tambalear ligeramente sobre mis talones.

—¿Lo hizo?

—Sí. Finn no es como su mamá, ya sabes. No te echa en cara nada de eso. La distancia entre tú y ellos.

Asentí lentamente.

—Finn es una persona más indulgente que yo. Supongo que debería estar agradecido por eso ahora mismo.

—Sí, nos debes a él y a mí mucho, si lo piensas.

—Supongo que sí —concedí.

—No es que pueda atribuirme el mérito de que Finn enfermara. —Lia se encogió de hombros—. Aunque, si me hubiera avisado, Claire habría cancelado en un segundo.

Incliné la cabeza.

—¿Tú crees?

—Quiero decir, ustedes hablaron de por qué fue, ¿verdad?



—Lo hicimos —dije. Porque lo habíamos hecho, solo que... no mucho.

—Se parecen demasiado. Probablemente por eso nunca me preocupé.

—Lia miró hacia la cocina—. Probablemente ni siquiera se da cuenta de que yo sabía que le gustaba.

Era imposible resistirse a seguir la línea de su mirada, y aunque debería haber sido algo insignificante, darme cuenta de que había ido por Finn, para pasar tiempo con Finn, de repente se sintió muy, muy grande.

Como estar de pie en el borde de la montaña grande.

Si me había sentido como una causa perdida antes de lo que Lia había dicho, no era nada en comparación con cómo me sentía ahora. Si me hubiera tirado el proverbial yunque en la cabeza, habría tenido menos efecto.

Por supuesto, Claire fue por Finn. Todos, incluida la mujer por la que tanto luchaba, lo habrían preferido a él.

El hermano simpático. El hermano inteligente. El que no la avergonzaría ni a ella ni a sí mismo.

—Pero querías asegurarte de que yo lo sabía —dije en un tono tranquilo y peligroso.

Los ojos de Lia se volvieron hacia mí, muy abiertos y sorprendidos.

—Umm, dado el corazón gigante con ojos de señora en que has convertido a mi hermana, supuse que te dijo que por eso aceptó, considerando que no tuvieron más que tiempo para hablar durante días.

Me crucé de brazos sobre el pecho e intenté dejar de mirar a Finn, de pie junto a Claire en la cocina. Le estaba sirviendo una copa de vino y se reía amistosamente de algo que ella decía.

Lia me agarró del brazo y aparté la mirada de la escena de la cocina.

—Ella no me lo dijo.

Sus ojos se abrieron aún más.

—Bauer, lo siento mucho. Yo no... —Sacudió la cabeza—. No es para tanto, lo juro.



Mi risa áspera y grave hizo que me agarrara con más fuerza del brazo.

—Oye, lo digo en serio. La razón por la que esto no es un gran problema es porque sabía que Claire conocería a alguien que encajaría mejor con ella que Finn. Son básicamente la misma persona, y ella necesita a alguien que la empuje cuando necesite ser empujada. —Sus dedos se apretaron—. Su enamoramiento era inofensivo, ¿de acuerdo? Finn *nunca* la ha mirado así.

Mi silencio empezaba a asustarla, pero tenía los dientes demasiado apretados para intentar decir nada.

Elegí una forma muy mala de tirarme a la piscina de las citas, ¿no?

Con una mujer, que ya era demasiado buena para mí, pero ahora tenía que aceptar el hecho de que solo había tenido mi oportunidad porque ella llevaba años suspirando por mi hermano menor. Mis ojos volvieron a ellos, una pareja dorada, de pelo oscuro, gran cerebro y buen corazón.

—Bauer —espetó Lia—. Mírame.

Lo hice, e inmediatamente empezó a sacudir la cabeza ante lo que veía.

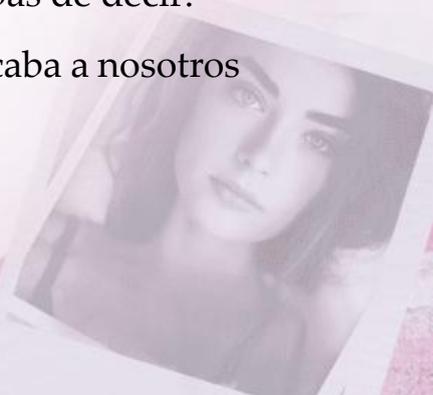
—No, no te cierres en banda con ella por esto. Le diré que es culpa mía y me perdonará. —Le tembló la voz—. Ella es mi gemela, y así es como lo supe, porque a veces sabemos cosas la una de la otra que ni siquiera queremos saber, sino simplemente porque lo sentimos, ¿de acuerdo? Pero por favor, por favor, no le rompas el corazón ahora mismo por cualquier dinámica rara que tengas con Finn. *Por favor.*

Fue el temblor de su voz lo que me hizo detenerme.

Mi escéptico interior rugía diciendo que Lia lo había hecho a propósito, pero no creía que fuera capaz de fingir el pánico estampado en su rostro ni la emoción en su voz.

—Tienes cinco minutos para decírselo antes de que la aparte —le dije a Lia—. Porque no hay manera de que pueda sentarme durante una cena, mirándolos, y pretender que estoy bien con lo que me acabas de decir.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Claire. Se acercaba a nosotros con una sonrisa, pero yo notaba su cautelosa curiosidad.



Lia compartió conmigo una mirada de pánico y súplica.

—Solo estoy hablando, y Bauer está...

La cara de Claire empezó a decaer y, mientras sus ojos azules me estudiaban, vi cómo se le tensaban los hombros.

—¿Bauer está qué?

—Le dije que te daría cinco minutos —dije rotundamente—. Esperaré afuera. No puedo entrar ahora.

—Bauer, espera —suplicó Claire, tratando de agarrarme del brazo.

Me detuve porque sí, mi mente iba a toda velocidad y no había forma de que pudiera fingir nada delante de su familia, no la primera noche que los iba a conocer, pero si le arrancaba el brazo de las manos ahora mismo...

Así que hice una pausa, pero cerré los ojos.

—Me estás asustando —susurró.

—Solo... habla con tu hermana durante cinco minutos, ¿de acuerdo?

—No.

Abrí los ojos al oír su tono firme. Lia dijo el nombre de su hermana.

La mirada de Claire nunca se apartó de la mía.

—Quiero hablar *contigo*. Lia, ¿puedes darnos un poco de privacidad?

—Claire, es culpa mía, te lo juro —dijo Lia apresuradamente—. Por favor, déjame...

Claire levantó la mano.

—Nunca te pido que me dejes sola, pero Lia, este es un momento en el que necesito que te vayas para poder hablar con Bauer.

Los ojos de Lia se abrieron de par en par, y hasta yo me sorprendí de la reacción de Claire.

Pero Lia respetó a su gemela y asintió lentamente con la cabeza.

Había suficiente silencio en la cocina como para que hubiéramos reunido público.



—Mierda —susurré—. No puedo hacer esto aquí.

Claire dejó escapar una larga exhalación.

—¿Qué pasa? Háblame.

La barbilla se me hundió en el pecho. Ya me daba cuenta de que la iba a cagar. Ojalá nunca hubiera salido del baño. Ojalá le hubiera dicho que podía conocer a su familia en otro momento. Y deseaba saber cómo hacer una estupidez así con una mujer que ya significaba demasiado para mí.

Tanto que la idea de que quisiera a mi hermano me hizo querer partirle su estúpida cara, justo después de arañarme el corazón para intentar atemperar este... sentimiento.

Mirándola fijamente, intentando averiguar qué quería decirle, cómo y dónde, todo lo que podía imaginarme era a ella con aquel vestido amarillo y el lápiz labial rojo aplicado con esmero. Su mirada cuando me di la vuelta y me vio por primera vez, algo que no había podido ocultar.

No había sido el shock lo que la mantuvo tan callada en el viaje. Fue la decepción.

Por eso me di la vuelta y salí por la puerta, y no estaba del todo seguro de querer que me siguiera.



22

Claire

La ancha expansión de la espalda de Bauer nunca me había parecido ominosa.

Fuerte.

Capaz.

Sexy.

Pero nunca ominosa.

Mientras lo miraba boquiabierto, al verlo alejarse de mí, salir por la puerta que daba al garaje, fue lo más aterrador que había visto nunca. Principalmente porque estaba tan confundida, tan completa y absolutamente perdida, que no sabía qué demonios estaba pasando.

El ruido estalló detrás de mí cuando salió de la casa, y me negué a mirar hacia atrás a mi familia porque no podía explicar nada. Salí corriendo de la casa y grité su nombre cuando lo vi pasar entre los autos estacionados.

—¿Qué está pasando? —supliqué—. ¿Estuviste fuera tres minutos y, de repente, me abandonas?

Bauer dejó de caminar, con las manos apoyadas en las caderas, mientras miraba el cielo despejado.

Tal vez fuera algo extraño de notar, que el dosel sobre nosotros era claro y brillante, pero me hizo desear que estuviéramos de vuelta en esa cabaña.

Ahí habíamos tenido mantas blancas, nubes y viento para resguardar nuestro pequeño espacio.

De repente, quise recuperar esa sensación de seguridad.

FAKED



—¿Qué te dijo Lia? —pregunté en voz baja. Me estaba costando mucho no acercarme a él y sacudirle la respuesta.

—Puedo verlo.

Ladeé la cabeza ante su extraña respuesta. Me sentía como un pez al que han sacado sin miramientos de su pecera. Me costaba respirar porque no tenía ni idea de cómo manejar la situación.

—¿Ver qué?

Exhaló lentamente y finalmente se giró para mirarme.

—Tú y Finn.

Ahora era mi estómago el que me daba todas las sensaciones siniestras porque se revolvía peligrosamente. ¿Qué *demonios* le había dicho mi hermana?

—Finn y yo —repetí en voz baja—. Bauer... Yo...

La negación quedó atrapada en mi garganta. No se me ocurrió nada más. Porque no podía mentir. Y él lo vio en mi cara.

Asintió con la cabeza.

—Se verían muy bien juntos. Y probablemente sea una estupidez por mi parte que ni siquiera me haya planteado que fuiste esa noche por él.

—No quiero a Finn —argumenté. Con cuidado, me acerqué a él con las manos en alto. No asustes al snowboarder, Claire, porque salió de esa casa y ya tenía su decisión medio tomada—. No sé qué te habrá dicho Lia, ni lo que cree saber, pero si ha deducido algo que te haga pensar que no quiero estar contigo, se equivoca.

—No te enfades con ella. —Ugh, mi piel retrocedió ante su tono casual. La forma en que se metió las manos en los bolsillos como si esto no fuera gran cosa, cualquier otra conversación que podríamos haber tenido, de pie bajo un cielo despejado—. Solo dice la verdad.

—¿Cómo voy a saberlo? No me has dicho lo que dijo.

—Tienes razón —concedió. Bauer apoyó un hombro en el lateral de su Jeep y estudió mi cara—. Lo habrías cancelado en un santiamén si hubieras sabido quién iba a aparecer. Sin vestido amarillo. Sin lápiz labial



rojo. No es necesario mentir. Porque la única razón por la que hiciste lo que hiciste fue porque querías una oportunidad con Golden Boy.

Normalmente, me enorgullecía de ser una persona sensata. De ver las dos caras.

Comprender las opiniones divergentes. Pero ahora, vi rojo.

—¿Y te largaste de casa de mi familia porque *podría* haber tomado una decisión diferente si *hubiera* sabido que él estaba enfermo, cuando ni siquiera *te había visto* antes de esa noche? —Mi tono aumentó gradualmente en volumen, en tono, en absoluta ira—. ¿Es una broma?

Su rostro se endureció lentamente hasta convertirse en una máscara.

—Estoy seguro de que no me hace gracia.

—A mí tampoco, Bauer. —Lo miré fijamente—. No te conocía.

—No, pero seguro de que lo conocías a él. —Eché la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada seca—. Todo lo que dijiste en el auto... tan comprensiva sobre mi pasado. Te estabas cubriendo las espaldas.

—No estaba haciendo tal cosa —protesté. ¿Pero no lo había hecho? Solo un poco. La incomodidad aumentó mi ira.

—Tengo un medidor de estupideces bastante bueno, Claire, así que ten cuidado.

—No me estaba protegiendo, Bauer. Intentaba conocerte, hablar contigo de cosas normales de una relación. Me preguntaste si alguna vez había traído un novio a casa, y no lo he hecho. Solo a ti.

—Sí —dijo lentamente—. Porque el tipo que querías estaba aquí para cada maldita cena.

—Y ahora me estás castigando porque tuve un estúpido y tonto enamoramiento por él, uno que logré ignorar durante mucho tiempo. No puedo cambiar lo que sentía antes de conocerte.

No me sorprendió, pero la máscara no se movió y ni una sola palabra salió de la dura línea de su boca.

Me froté las sienes.



—Bauer, vamos, eres lo suficientemente inteligente como para saber que es tremendamente injusto echarme eso en cara. No te conocía.

Apretó la mandíbula y frunció el ceño. No quería que tuviera razón, pero lo vi en sus ojos: la incapacidad total y absoluta de discutir conmigo.

—¿Vas a quedarte ahí parado? —espeté.

Eso finalmente rompió la máscara.

—¿Qué quieres que te diga, Claire? —Extendió los brazos—. Que ahora mismo me es imposible mirarte sin verte con él. ¿Que es imposible pensar en ti deseándolo -aunque fuera antes que yo-, sin querer ir a destrozar su cara de niño bonito? ¿Eso te haría sentir mejor? —gritó.

Tragué saliva y me rodeé la cintura con los brazos.

—No.

—Tengo un miembro de mi familia que no me trata como un completo imbécil, y es él, y ahora quiero romperle la puta nariz.

Se me cerraron los ojos.

—Tal vez no sea justo. Pero si entro ahí y le digo, le hago lo que esto me da ganas de hacer, romperé toda relación con mi familia. Por no hablar de lo que tu familia pensará de mí.

—¿Es una broma? —Señalé hacia la casa—. ¿Conoces a Paige? Le arrancaría los ojos a cualquiera si pensara que le están haciendo una jugada a Logan. La he visto maldecir tanto a groupies de fútbol que casi me sangran los oídos.

Bauer se pasó la lengua por los dientes.

—Las groupies no son lo mismo que mi hermano.

—Tu hermano fue un flechazo inofensivo y nada más —dije con fiereza—. Nunca me miró dos veces. ¿Y ahora? Me alegro de que no lo hiciera. Porque *te* tengo a *ti*.

Volvió a apretar los dientes y me observó con recelo mientras me acercaba. Pero sus ojos adquirieron un brillo de advertencia cuando me acerqué a tocarlo.



Por eso me detuve. Era como acercarse a un oso a punto de embestir.

Estábamos tan cerca que podría haber levantado una mano y posarla en su pecho. Podría saber si su corazón latía y se agitaba como el mío.

Un pensamiento vino a mi cabeza rápidamente, que tal vez esto era todo lo que Bauer y yo estábamos destinados a ser. Algo brillante, caliente y rápido. Nada que pudiera sostenerse por la forma en que empezamos.

Fue demasiado intenso, y quemamos todo el calor que había prendido entre nosotros, simplemente por la naturaleza de cómo había empezado nuestra relación.

Encerrado en una olla a presión.

Fue una forma rápida de empezar, pero en cuanto se abrió la tapa, todo se disipó en humo.

—Nunca te permitirás pasar esto por alto, ¿verdad? —dije en voz baja. Tan pronto como lo dije, mi locura se convirtió inmediatamente en tristeza.

Bauer bajó la barbilla y respiró hondo.

—¿Tú podrías?

—No te guardo rencor por tu pasado. Porque es irracional e injusto, y lo sabes.

—No me refiero a eso. —Levantó la cabeza, me sostuvo la mirada, y la determinación que vi ahí me heló hasta la médula—. ¿Podrías pasarlo por alto si te dijera que esa noche aparecí para tomarme unos tragos con Lia?

Las palabras desaparecieron. Se me secó la boca por lo que eso me hizo.

Siguió hablando, en voz baja, palabras peligrosas que hicieron cosas horribles a mi corazón.

—Si te dijera que pensé en estar con ella, tocarla, besarla, aunque fuera por un momento, me decepcionó tenerte a ti en su lugar.

Respiré entrecortadamente.



—Sí —dijo lentamente, en voz baja—. Tú tampoco podrías pasarlo por alto. Porque esa mirada en tus bonitos ojos azules, princesa. Parece como si te acabara de dar un puñetazo en las tripas, ¿verdad?

Mis ojos se llenaron de lágrimas y las odié. Odiaba que tuviera razón. Y solo por un momento, uno fugaz y rápido, odié a mi hermana por lo que fuera que hubiera dicho, odié a Finn por estar dentro de la casa y me odié a mí misma por no haber dicho nada cuando había tenido la oportunidad.

Porque Bauer tenía razón. La idea de que pudiera haber sentido algo por Lia me dolía. Incluso la idea me helaba los huesos, me crujía peligrosamente cuando intentaba respirar demasiado hondo, como si fuera a destrozarme por dentro.

Punto demostrado con asombrosa exactitud, Bauer exhaló lentamente.

—Es bueno, sin embargo, ¿sabes?

—¿Qué es? —susurré. Me dolía la garganta de contener las lágrimas.

—Ella dijo algo. —Miró detrás de mí hacia la casa—. No encajo aquí más de lo que encajo en mi propia casa. Este no es mi escenario, y no sé por qué pensé que lo sería.

El dolor que sentía era asombroso, y amenazaba con doblarme las rodillas, si se lo hubiera permitido.

—No hagas esto —susurré—. Veo exactamente lo que intentas hacer y no te creo.

—Es la verdad, quieras creerla o no. —Bauer apenas podía mirarme a los ojos ahora—. Tuvimos un gran fin de semana, princesa, y probablemente sea mejor que lo dejemos así.

Mis ojos se secaron, y mi corazón se enroscó sobre sí mismo mientras una bestia rugiente y furiosa se apoderaba de mi cabeza.

—Eres el mayor cobarde que he conocido.

Eso no le gustaba. Pero si Bauer me lanzaba pequeños dardos, dejaba que se clavaran en mi piel una y otra vez, pero yo no sería la única sangrando cuando termináramos esta horrible y loca conversación.



—¿Te sientes mejor insultándome?

—He conocido niños con más madurez emocional que tú, Bauer Davis —le dije.

Empezó a asentir, sacando sus llaves del bolsillo delantero.

—Bien, enójate conmigo, princesa. Así me será más fácil irme.

—No me llames así —espeté—. No soy una princesa. No soy algo intocable, prístino en una torre, y me voy a *enojar* porque veo a un hombre inteligente que significa mucho para mí tirando por la borda la posibilidad de algo increíble porque es demasiado gallina de mierda para trabajar más allá de sus problemas. —Di los últimos pasos entre nosotros y le agarré la cara con las manos. Su mandíbula estaba dura como el granito bajo mis dedos, así de fuerte apretaba los dientes—. No intento facilitarte que te vayas, Bauer, porque sé que eso no es lo que realmente quieres hacer. Sentiste exactamente lo que yo sentí este fin de semana, y estás huyendo asustado a la primera oportunidad disponible.

Sus ojos se clavaron en los míos y, por un momento, pensé que cedería. Me rodeó las muñecas con las manos y tiró con cuidado hasta que no tuve más remedio que soltarle la cara.

Mis manos cayeron cuando me soltó y, extrañamente, no sentí nada en el momento en que lo hicieron.

Sin ira.

Sin miedo.

Sin dolor.

Dentro de mí había un silencio extraño, una quietud repentina que solo podía ser claridad autoprotectora.

—Fui una tonta al confiarte una parte de mí —le dije—. ¿No?

Me lo concedió con una lenta inclinación de cabeza, y me entraron ganas de quitarle la plácida máscara de la cara.

—Finn es el hermano de confianza, princesa. —Sonrió, y parecía cruel y frío, y yo lo odiaba—. Yo soy la persona a la que acudes para pasar un buen rato, y creo que lo has conseguido con creces.



El hielo de mis huesos se convirtió en acero y levanté la barbilla mientras me alejaba de él.

—Deberías haberte ido para cuando entre en esa casa, porque en el momento en que lo haga, no podré hacerme responsable de lo que te ocurra.

Se rio en voz baja, haciendo girar las llaves alrededor de un dedo.

—No hay problema, señorita Ward. Tus deseos son órdenes.

Esta vez, era yo quien le mostraba mi espalda, y esperaba por todos los diablos que no viera la lágrima que resbaló por mi rostro cuando lo hice. El portazo de la puerta de su auto sonó como un disparo, y mantuve el paso firme mientras entraba en el oscuro garaje. Mi corazón se desencajó dolorosamente al abrir la puerta, y me encontré envuelta en los brazos de mi hermano mayor que me esperaba.

Nunca oí salir el Jeep porque no podía oír nada por encima de la rotura de mi corazón.



23

Claire

—No puedes ignorarme para siempre.

Tenía la nariz pegada al libro de texto y subrayaba con el rotulador una frase que quería recordar.

Lia se dejó caer en mi cama a pesar de que no la había invitado a entrar en mi dormitorio. Cuarenta y ocho horas después de que volviéramos de casa de Logan y Paige -yo en un silencio sepulcral, Lia rogándome que hablara con ella, Finn mirándome incómodo por el retrovisor-, le estaba demostrando a mi hermana que, de hecho, podía ignorarla para siempre.

Nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con ella. Pero estaba enojada.

Con ella.

Con Bauer.

Conmigo misma.

Y por desgracia para Lia, como mi compañera de piso, se convirtió en el chivo expiatorio más conveniente para esa ira.

—Claire, vamos —suplicó—. No sé de qué otra forma disculparme, ¿de acuerdo? Te pido perdón. Sabes que a veces se me va la boca, y no debería haberle dicho nada, pero te juro que pensé que él lo sabía. Pensé que... pensé que sabía que yo sabía.

Mi rotulador se congeló en la página y tuve que apretar los dientes con fuerza para no gritarle que era inconcebible que lo supiera cuando nunca habíamos hablado de ello.



Lia, como un perro rabioso, vio la pausa en mi movimiento y se abalanzó sobre ella.

—Dijo que hablaron de ello, ¿de acuerdo? Sobre por qué te fuiste. Y yo solo... intentaba entablar conversación porque, en serio, intentaba ser amable con él.

¡Diciéndole que estaba enamorada de su hermano! Quería gritar. Se me cerraron los ojos.

Esto me estaba matando.

Porque por muy enojada que estuviera, podía sentir cómo se me colaba por la piel lo desgraciada que era Lia.

Estaba triste.

Estaba frustrada.

Estaba asustada.

Entre las dos, yo siempre era la que cedía primero. La que intentaba mantener la paz.

Quien dejaba pasar las cosas.

Y no quería dejar pasar esto porque yo también me sentía miserable. Echaba de menos a Bauer.

Quería darle un puñetazo en las pelotas a Bauer por actuar como lo había hecho.

Sin embargo, lo entendí. Era un hombre con cero experiencia en relaciones, y no solo eso, sino que no había sido educado en una forma en la que viera modelada una relación sana para él. Lia y yo éramos lo suficientemente jóvenes cuando nos mudamos con Logan, y por extensión, con Paige, para saber cómo debía ser.

Nos criamos en un hogar en el que, día tras día, veíamos amor y respeto, comunicación y estructura en la forma en que los niños lo necesitaban. Logan era la base, las fuertes maderas que mantenían la casa en pie. Y Paige, ella era las paredes, el techo, las ventanas. Lo que completaba nuestra familia y la hacía segura.



—La cagué, C —susurró Lia. Se lo había oído decir mil veces en el último día—. Y lo siento. Te quiero.

Me ardía la nariz y me empezó a temblar la mano. Pero empujé el resaltador hacia delante hasta que sentí que se ponía de pie.

La terquedad que sentía estaba tan arraigada que ni siquiera estaba segura de dónde procedía.

Para ser honesta, ni siquiera estaba completamente segura de lo que quería de Lia.

¿Para que rebobine el tiempo, tal vez?

Por el rabillo del ojo, la vi detenerse antes de salir de mi habitación.

—No sabía lo importante que era para ti. Me tomó por sorpresa. Y —resopló Lia ruidosamente—, esto me está matando, C. No puedes dejarme completamente fuera. Grítame, lánzame algo, abofetéame, ¡algo! Me lo merezco.

De repente, estaba de rodillas delante de mí, y no tuve más remedio que mirarla.

Tenía la cara mojada. La mía también.

—Sé lo mucho que esto te está matando a ti también —susurró con voz gruesa—. Eres mi mejor amiga, y puedo sentir lo horrible que es todo para ti, ¿y no crees que eso es suficiente castigo para mí? Sé cuánto se te está rompiendo el corazón porque puedo sentirlo.

—Yo... —Hice una pausa—. Todavía estoy muy dolida, Lia. Porque siento como si hubieras dicho algo a propósito para arruinármelo.

Su cara se hundió.

—Juro que no lo hice.

—Sé que sigues diciendo eso —grité. Hice a un lado mi libro—. Pero es la primera vez que tengo algo que era solo mío, y sí, debería habérselo dicho, y al final lo habría hecho, pero era mío para decírselo. No tuyo.

—Lo sé. —Ella resopló—. Lo siento mucho.

Me levanté de la cama y me paseé por la habitación.



—Y es vergonzoso, ¿de acuerdo? No puedo creer que supieras que tenía un enamoramiento por Finn todo ese tiempo y nunca me dijeras nada. ¿Por qué no me dijiste que lo sabías?

Se encogió de hombros.

—Porque... ¡No lo sé! Los conozco tan bien a los dos, C. Son... son la misma persona. Quiero a Finn, de verdad, y te quiero a ti más que a nada en el mundo entero...

—¿Pero? —Crucé los brazos con fuerza sobre el pecho y la esperé. No quería decir lo que estaba a punto de decir.

Lia se levantó del suelo y se tumbó en mi cama. Se lamió los labios y me di cuenta por primera vez de que tenía las mismas ojeras. Parecía que ninguna de las dos había dormido la noche anterior.

—Pero habrían sido la pareja más aburrida de la historia.

Me quedé con la boca abierta.

—Eso es de muy mala educación —susurré.

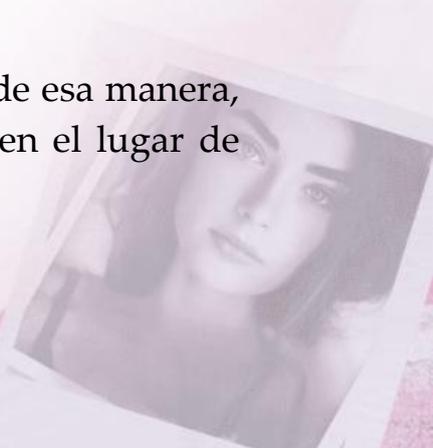
—No, quiero decir... —Se frotó la frente—. De acuerdo, solo quiero decir que no habría habido ninguna chispa. Ni fuego. Probablemente habrías sido perfectamente feliz, y dulce y bla, bla, bla, pero Finn es la versión masculina de ti. —Sus ojos me suplicaron—. ¿Por qué crees que me llevo tan bien con él? Es igual que tú.

Lentamente, me hundí en la silla frente a mi escritorio y procesé lo que estaba diciendo. Y Lia no se equivocaba. Finn y yo teníamos mucho en común. Aunque ahora resultaba extraño pensar en él en un sentido romántico.

No solo por lo que dijo Lia, sino por lo que había vivido con Bauer -oh, demonios, ¿alguna vez no me dolería el corazón al pensar en su nombre?- que estaba en un universo completamente distinto.

Era mi opuesto. De Finn también.

Y aunque seguía enojada porque se hubiera marchado de esa manera, no pude evitar mirar a mi hermana e intentar ponerme en el lugar de



Bauer. Como él dijo, la idea de que él quisiera algo con Lia esa noche, esperando que pudiera cruzar algún límite invisible, dolía. Cómo dolía.

—No debería haberte ignorado —susurré—. Yo también lo siento.

Se sintió aliviada.

—No, está bien que estuvieras enojada. Tenías todo el derecho a estarlo.

—Tal vez estaba canalizando mi Lia interior. —Sonreí—. No sé de dónde salió esa terquedad.

Mi hermana se dio un manotazo en la cara y se rio.

—Lo sé, ¿verdad?

Solté un suspiro que me salió del fondo del alma, tanto que Lia volvió a reírse.

—No sé qué se supone que debo hacer con todos estos —señalé mi pecho—, sentimientos.

Lia apoyó los brazos en los muslos y se inclinó hacia mí.

—De acuerdo, háblame. Cuéntamelo todo. Quiero decir, tal vez no detalles sexuales. Pero... ¿qué pasó mientras no estabas? —Luego dio una palmada en la cama.

Todo mi ser volvió a su sitio mientras Lia y yo apoyábamos la espalda contra la pared. Enroscó su mano alrededor de la mía, con las piernas estiradas sobre la cama, y me descargué durante una hora.

Al cabo de un rato, apoyó la cabeza en mi hombro y yo en el suyo, y nos quedamos en silencio antes de llegar a la escena de la entrada. Ni siquiera intenté secarme las lágrimas que me caían por la cara durante esa parte.

—Estoy muy enojada con él por haberse ido —dije, con la voz ronca de tanto hablar—. Pero lo entiendo. No quiero, pero lo hago.

—Yo no.

Le di un codazo.

—No necesito que lo denigres. Paige ya hizo suficiente.



Lia se rio por lo bajo. Después del enfrentamiento en la entrada, la cena familiar fue un espectáculo de mierda. Lloré en mi antigua habitación mientras Isabel, Paige y Lia se gritaban sobre lo ocurrido. Logan seguía llamando a la puerta, intentando hablar conmigo, y Emmett se sentaba alegremente a la mesa con un Finn extrañamente callado.

—No estoy tratando de denigrarlo, per se. —Ella me devolvió el codazo—. Quiero decir, seguro, no debe ser fácil escuchar eso sobre Finn, pero literalmente, nunca pasó nada entre ustedes dos. Ni siquiera una mirada cargada. Creo que si le hubiera dado a su temperamento exaltado cinco segundos para calmarse, lo habría pensado bien y habría visto que seguías siendo la malvada que sacudió su maldito mundo de su eje en esa cabaña, y eventualmente lo superaría.

—Aquí también —me oí decir.

—¿Qué aquí también?

Miré hacia la cama con una sonrisa tímida.

—Dios —gimió Lia—. ¿En serio? No me digas esas cosas. Es Bauer. Todavía estoy asimilando todo esto.

Eso hizo que mi corazón volviera a sentir un extraño dolor. Le echaba de menos. Habían pasado dos días y le echaba de menos.

—Nada a lo que volver. —Suspiré—. Dejé claro que yo no valía la pena para él lidiar con ese tipo de carga emocional.

—Claire, en serio, sabes que ese hombre estaba loco por ti, ¿verdad? Como... estúpido, perdidamente enamorado de ti.

—Si lo estaba —dije con cuidado—, tiene una extraña forma de demostrarlo.

—Bauer tiene el coeficiente emocional de un niño de seis años, C. Lo sabes.

—No, la mayoría de los niños de seis años podrían comunicarse mejor que él en esa entrada. Tiene el coeficiente emocional de un atrofiado de veintiséis años que no tiene ni puta idea de cómo estar en una relación. Combina eso con su estúpida cara, sus estúpidos músculos y su estúpido



trabajo, y eso lo convierte en la criatura viva más peligrosa. —Me golpeé la cabeza contra la pared—. Y estúpida de mí, pensé...

—¿Qué?

Bang.

—Pensé que estaría dispuesto a resolverlo por mí. Por lo que teníamos juntos. —Me reí—. Y mira a dónde me llevó eso. Con el corazón roto, siendo irracionalmente testaruda con mi hermana gemela que en realidad no hizo nada malo, y echándole de menos como si me hubiera quitado una parte del cuerpo y se la hubiera llevado con él.

—Gráfico, pero bien, estoy rastreando. —Me miró—. ¿Por qué estás siendo tan dura contigo misma sobre esto?

Bang.

—Yo soy la que se supone que estudia el comportamiento humano, ¿verdad? Causa y efecto. Saber cómo el trauma de la infancia puede jugar en la edad adulta. Es como si hubiera visto a Bauer y cada impulso de “puedo arreglarlo” me hubiera gritado. Excepto que los orgasmos múltiples solo me hicieron más tonta.

Bang.

—Número uno —dijo Lia—. Deja de golpearte la cabeza contra la pared. Las contusiones no ayudan a nadie. Y número dos, Adele le hizo daño. ¿Y qué? Brooke nos hizo daño, ¿y sabes por qué no estamos emocionalmente atrofiadas?

Giré la cabeza para mirarla.

—¿Por qué?

—Porque teníamos a alguien que nunca nos abandonó. Un grupo. Nos teníamos una a otra, y teníamos a Logan. Luego tuvimos a Paige. —Ella gimió—. Y no puedo creer que vaya a decir esto, pero Bauer nunca ha tenido a nadie que se negara a renunciar a él.

Me vino a la cabeza la imagen descolorida de una cabaña en la pared.

—Ha tenido una persona. Pero entiendo lo que dices.

Los dedos de Lia se apretaron alrededor de los míos.



—Si este hombre es tan importante para ti como yo creo, entonces demuéstrole lo que se siente. Niégate a renunciar a él si siente lo que yo creo que siente. Nunca se habría enojado tanto si no hubieras clavado tus lindas garritas en su corazón emocionalmente atrofiado.

Suspiré.

—Así que... ¿ignorar las estupideces que soltó y decirle que no me voy a ninguna parte? Eso suena sano.

—De ninguna manera. Si sabe lo que le conviene, se arrastrará copiosamente. Pero no tienes que decidir nada ahora, ¿de acuerdo?

Me acurruqué contra mi hermana y dejé que me abrazara. Sentí como si pudiera dormir durante una semana después de esa conversación.

—De acuerdo.

—Sé lo que te animará —dijo.

—Alcohol y una semana en la playa?

—No. —Se rio—. Creo que deberías ir a algún sitio conmigo este fin de semana.

Me incorporé con un suspiro.

—¿Dónde?

Lia se quedó callada un segundo.

—Adele y Tom van a hacer una gran fiesta de celebración en el centro el sábado por la noche, y creo que... creo que deberías ir.

La cara que me vino a la mente ahora era la que le había mentado, y me encontré haciendo una mueca.

—Richard Harper se llevará una gran sorpresa al vernos a las dos.

—Y tú se lo explicarás, y estará bien. Finn me dijo que ha estado increíble con lo involucrado que quiere estar en el centro.

Asentí con la cabeza.

—Me sentiría mejor si pudiera disculparme con él.

—No es que tengas nada de lo que disculparte —señaló Lia.



Como no quería discutirlo, la dejé pensar lo que quisiera.

—¿Qué tendría que ponerme? Porque si requiere otro disfraz, estoy fuera.

—Algo informal estará bien. Es un centro comunitario, no un salón de baile.

—¿Bauer estará ahí? —pregunté con cuidado—. No es que yo... no sé, evitaría ir si estuviera, pero no sé si es el lugar donde quiero verlo por primera vez.

Lia me dio un apretón, y mi corazón dio un extraño hipo pensando en Bauer haciendo lo mismo.

—Lo comprobaré con Finn, pero nunca, nunca he sabido que apareciera en un evento ahí. Nunca.

—De acuerdo. —Bostecé—. ¿Qué haría yo sin ti, Lee?

Se quedó callada y la miré a la cara.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. ¿Qué? —dijo demasiado rápido.

—Lia —advertí—. Hiciste una pausa. ¿Por qué has hecho una pausa?

Ella arrugó la cara.

—¿La hice?

Me senté hacia delante.

—Dios, ¿qué pasa? ¿Te mudas? ¿Te vas? ¿Estás enferma?

—Más despacio, loca —dijo riendo—. No estoy enferma, santo cielo.

Mi corazón volvió a un ritmo normal.

—Bueno, es algo.

—No quería decir nada con todos los sentimientos. —Me hizo un gesto—. Pero puede que me vaya a Londres.



—¿Qué? —grité emocionada. Habíamos viajado bastante a lo largo de los años, pero nunca habíamos estado en Inglaterra, y para alguien como Lia, visitarla era su sueño—. ¿Cuándo? ¿Con quién? ¿Por cuánto tiempo?

Lia se rio.

—Margaret Atwood más o menos... me invitó a estudiar ahí... —Hizo una pausa, midiendo mi cara—. Durante un semestre.

Se me cayó la cara. Un semestre lejos de Lia. Nunca habíamos estado separadas tanto tiempo.

—Lia —susurré—. Es increíble.

Sus ojos se llenaron, y también los míos.

—Es mucho tiempo, lo sé.

La otra mitad de mí al otro lado del océano durante meses. Parecía una eternidad. Pero oh, la euforia que podía sentir viniendo de ella me hacía tan feliz.

Dejó escapar una risa acuosa.

—Aún no he dicho que sí. Quería asegurarme de que... estarías bien.

Le agarré las manos.

—Si no dices que sí, nunca te lo perdonaré.

Lia me envolvió en un fuerte abrazo.

—Nada de lo que debemos preocuparnos ahora. Vamos por un poco de ese alcohol que te hará sentir mejor, ¿de acuerdo?



24

Banner

—Bueno, eso fue estúpido.

Puse los ojos en blanco al oír el tono de Scotty y, con una mueca de dolor, me eché agua oxigenada en la quemadura de la pantorrilla. Siseó y burbujeó, y Scotty se inclinó para ver los daños.

—No fue una estupidez —le dije—. He recorrido ese sendero mil veces.

Sus cejas grises, tupidas y descontroladas, se alzaban cada vez más sobre su frente arrugada.

—¿Unos días después de que se derritiera una monstruosa tormenta de nieve y están cubiertos de barro?

Enderecé la pierna, satisfecho cuando los músculos se estiraron sin más dolor.

—Tienes suerte de no haberte roto un hueso, imbécil.

—¿Quién te ha invitado aquí? —murmuré.

Scotty salió de mi pequeña cocina, haciéndome señas con la mano como si yo fuera una causa perdida, y solo se detuvo cuando vio la botella vacía de Jack Daniel's en el suelo, junto al cubo de la basura. Sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

Lo cual era bueno, porque durante cuatro días había estado a un pelo de morder a cualquiera que se acercara demasiado.

Me sentí como Agnes.



—Gracias por cuidar de mi gata en mi ausencia —dijo mientras se sentaba en el sillón de cuero junto al sofá. Siempre ocupaba mi sillón. Tenía que dejar de invitarlo a casa.

—Fue un placer. —Mi tono era cáustico, y no pude evitarlo. Durante cuatro días, largos, interminables y horribles, había hecho todo lo posible por ignorar todo lo que los había precedido.

Con el tiempo, sería capaz de sacarme la idea de ella de la cabeza. Con el tiempo, sería capaz de beber lo suficiente como para no soñar con ella.

Con el tiempo, me esforzaría lo suficiente como para que toda la sangre de mis venas se concentrara en mantener mi corazón en funcionamiento en lugar de gritarme que era el mayor puto idiota del mundo entero por cómo había actuado.

Pero aún no estaba sucediendo.

Cuando ignoré las llamadas de Finn durante toda la semana, no había sentido ni la más mínima pizca de culpa.

Cuando la de Scotty también quedó sin respuesta, apareció en mi puerta, y ahora la culpa era todo lo que sentía.

—Hoy estás hecho un melocotón —dijo Scotty. De la mesa auxiliar que tenía al lado, tomó un plato sucio e hizo una mueca al ver lo que quedaba en la superficie—. ¿Qué pasó mientras no estaba?

Cerré de golpe el armario de la cocina una vez que el agua oxigenada estuvo de nuevo en el estante.

—Nop. No hablaré de ello.

Gritó.

—Oh, hombre, quien quiera que fuese, te dejó mal, ¿no?

Al doblar la esquina, le señalé con el dedo.

—Viejo, ¿no acabo de decir que no quería hablar de ello?

—Mala suerte, chico. —Levantó las manos—. No veo a nadie más haciendo cola para ayudarte con tus problemas.



—No tengo ningún problema, salvo que me he dejado media pierna en el camino.

Silbando en voz baja, Scotty se cruzó de brazos y me miró con esa mirada que tanto odiaba.

Era una mirada que reservaba para los momentos en los que pensaba que yo estaba siendo innecesariamente testarudo, cuando no me esforzaba en un truco para el que él pensaba que estaba preparado. Cuando no me esforzaba tanto como él sabía que podía hacerlo. Normalmente, tardaba un rato, pero a regañadientes admitía que tenía razón. Hacer el truco por milésima vez hasta que mi cuerpo conociera cada pliegue y agarre, y mis músculos ardieran por el agotamiento. Hacer un recorrido una vez más aunque me ardieran las rodillas y la espalda en señal de protesta.

Pero esta vez respondí a su mirada con la mía. Conocía a este hombre tan bien como a cualquier otra persona, y cuando vi la decepción en sus ojos, fui el primero en apartar la mirada.

La pantalla de mi teléfono se encendió sobre la maltrecha mesita que contenía todos mis números atrasados de *Sports Illustrated*, y Scotty se inclinó hacia delante para entrecerrar los ojos en la pantalla.

—Golden Boy —leyó. Sus ojos se dirigieron a los míos—. Dice cuatro llamadas perdidas.

Apoyé la cabeza en el sofá y cerré los ojos.

—Sí, ha sido un verdadero grano en el trasero esta semana. No el único, debo añadir.

—Vaya, la gente está preocupada por ti. Qué mal lo pasas.

Abriendo los ojos, señalé el teléfono.

—No está preocupado por mí. Está intentando cubrirse las espaldas porque si no fuera por él, yo estaría... —Me detuve antes de soltarlo. Si no fuera por él, ahora mismo sería feliz.

Estaría con *ella*.



Podría haber pasado los últimos cuatro días con Claire, conociéndola, hablando con ella por teléfono, viendo cómo era en mi cama.

Pellizcándome el puente de la nariz, me obligué a dejar de darle vueltas a esos pensamientos porque no importaba. Era un fin de semana de mi vida, y eso era todo.

Lo superaría.

La superaría.

Mi teléfono volvió a encenderse y suspiré.

—No sé qué podría querer decirme.

El sillón chirrió cuando Scotty se inclinó hacia delante.

—Yo también tengo curiosidad. ¿Hola?

—¿Qué estás haciendo? —grité—. Dame ese teléfono.

Cuando intenté agarrarlo, me rechazó.

—¿Finn? Sí, soy Scotty. Entreno al imbécil gruñón. —A pesar de que mi pierna gritaba en señal de protesta, me levanté del sofá y me alcé sobre Scott, tendiéndole la mano y dirigiéndole mi mirada más prohibitiva.

Me ignoró.

—Hmm. Claro, sí. Tiene sentido.

—Dame el teléfono, Scott.

—Gran idea, Finn. Sí. Me gusta.

Cuando me pasó el teléfono, exhalé pesadamente. Entonces vi que la llamada ya estaba desconectada.

Parpadeé.

—¿Colgó?

—Supongo que sí.

Mis cejas se alzaron lentamente.

—¿Qué ha dicho?



Scotty se recostó en el sillón reclinable y dejó que sus manos descansaran sobre su estómago.

—Cielos, apenas puedo recordar ya que soy tan viejo.

Murmurando maldiciones en voz baja, volví cojeando a la cocina y abrí de un tirón el refrigerador. Era temporada baja, así que si quería tomarme una cerveza con la comida, ni siquiera Scotty me lo impediría.

—Háblame de ella.

Apreté los ojos mientras el primer trago de cerveza caía como un ladrillo. Su risa se deslizó como la niebla por mi involuntario cerebro.

La forma en que sonreía.

Cómo se sentía bajo mis manos y mis labios.

Lo que le hizo a mi corazón, ese horrible desperdicio de órgano que se negaba a dejar de pensar en ella todavía.

—No puedo —me las arreglé.

Scotty se levantó de la silla con un gemido y yo me preparé para que continuara el interrogatorio. Pero no fue así. Pasó por delante de la cocina hacia la puerta del apartamento.

—¿Te vas? —pregunté.

—No.

Sacudiendo la cabeza, di otro trago a la cerveza.

—Tú y esa gata loca se merecen el uno al otro.

Abrió la puerta y casi escupo mi cerveza cuando entró Golden Boy.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —rugí.

Los dos imbéciles de mi apartamento me ignoraron por completo, dándose la mano y presentándose como si no estuvieran entrometiéndose por completo en mi intimidad. Finn nunca había venido aquí. Ni una sola vez.

—Bonito lugar —dijo, mirando alrededor del pequeño apartamento en el que había vivido durante dos años. No era grande, pero tenía cama,



cocina y vistas a las montañas desde la ventana. El pueblo de Whistler era como cualquier ciudad turística de montaña: grandes edificios de apartamentos que albergaban a gente como yo, que perseguía la nieve y renunciaba a los metros cuadrados por la proximidad a lo que más amaba.

Ninguno de los dos se inmutó cuando golpeé la botella de cerveza contra la encimera.

—Tienes que irte.

—No hasta que hable contigo. —Mi hermano levantó la barbilla, y sentí una punzada de admiración a regañadientes por el hecho de que estuviera dispuesto a conducir hasta aquí y enfrentarse a mí.

Y odiaba, odiaba oír la voz de Claire en mi cabeza, instándome a darle una oportunidad. Escuchar lo que tenía que decir. Finn tampoco tenía elección sobre quiénes eran nuestros papás. Y si ignoraba el hecho de que aún quería plantarle el puño en la cara por haber estado años con Claire y tenerla delante de él durante años, tenía que admitir que Finn nunca me había tratado con la reserva con la que lo hacía su mamá.

Extiendo los brazos.

—Entonces dilo. Acabemos con esto de una vez.

Finn suspiró.

—¿Podemos sentarnos?

—Sí —estuvo de acuerdo Scotty—. Sentémonos.

—¿Crees que puedes participar en esta conversación? —le pregunté incrédulo.

—Claro que sí. —Le dio una palmada en la espalda a Finn y lo condujo hacia la sala de estar—. Me lo debes, chico. Si no fuera por Agnes, nunca te hubieras quedado atrapado con ella en primer lugar.

La retahíla de improperios que le lancé hizo que su estruendosa carcajada llenara todos los rincones de la habitación.

—¿Qué te hiciste en la pierna? —preguntó Finn cuando tomé un taburete de la encimera de la cocina y me senté en él.

—Ciclismo de montaña —le dije—. ¿Qué quieres?



Exhaló una carcajada.

—Caramba. Estás de tan mal humor como Claire esta semana.

El sonido de su nombre en sus labios encendió mi piel de rabia reprimida, sentimientos que había intentado sofocar toda la maldita semana sobre ella.

—Si quieres escapar de esta visita improvisada sin un ojo morado, qué tal si no me dices cosas como esa.

Finn ladeó la cabeza.

—Solo sé lo que me ha contado Lia —explicó—. No la he visto.

Mis hombros se relajaron y fulminé con la mirada a Scotty cuando éste reprimió mal una sonrisa de satisfacción ante mi reacción.

Saber que mi hermano no la había visto calmó esa inmediata reacción cavernícola que nunca había experimentado ante ella. ¿Y no era una locura? Fui yo quien se alejó de ella. Fui yo quien dijo cosas que aún no me había perdonado. Y una sola mención de cómo estaba ella hizo que cada instinto de propiedad rugiera dentro de mí.

Ambos me miraban.

—Solo la quiero fuera de mi cabeza, ¿de acuerdo?

Finn enarcó una ceja.

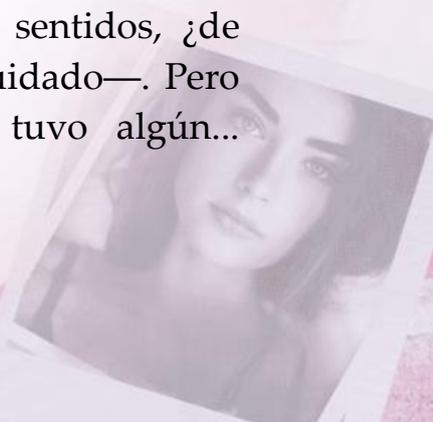
Scotty se tapó la boca con la mano.

—¿Qué? Si imbéciles como tú dejaran de recordarme constantemente a... Claire —mi voz tropezó con su nombre—, entonces sería capaz de olvidarla.

Entonces, ¿por qué todo mi cuerpo se paralizó de pánico ante la sola idea de eso?

Finn respiró hondo.

—Bauer, he sido un hermano de mierda en muchos sentidos, ¿de acuerdo? Y tú no has sido mucho mejor —señaló con cuidado—. Pero quería que supieras por mí, que incluso si Claire tuvo algún...



enamoramamiento por mí durante un tiempo, no me di cuenta y nunca, nunca la he mirado de esa manera.

La respiración entraba y salía violentamente de mi pecho, pero mantuve dentro todos mis pensamientos hirvientes. Al parecer, consideró seguro seguir hablando porque asintió lentamente.

—Es la gemela de Lia. Y Lia es... mi mejor amiga. Es como, tratar de imaginarme a mí y a Lia juntos y solo... —Su voz se cortó—. No tiene sentido en mi cabeza.

—Aunque entiendes por qué me vuelve loco, ¿verdad? —le pregunté.

—Durante un día, seguro. —Se encogió de hombros—. Pero creo que lo que está haciendo ahora... no tiene nada que ver conmigo, ni con lo que sentía antes de conocerte.

Me reí a carcajadas.

—¿Nada que ver contigo? Por favor, ilumíname, Futuro doctor Davis.

—No soy psiquiatra, pero Claire es la primera mujer que te hace desear algo más. Y tú tienes que poner en juego cada parte de ti para hacer algo real con ella. Da miedo, y nunca lo has hecho, y has tomado la excusa más conveniente para hacerte la vida más fácil. Esa excusa es una mierda, pero te aferrarás a ella como si fuera una balsa salvavidas.

Bueno.

Lo fulminé con la mirada porque, evidentemente, alguien había empleado su tiempo en llegar hasta aquí para preparar exactamente cómo darme un rodillazo en las proverbiales pelotas.

Scotty murmuró como si estuviera escuchando un buen sermón. También recibió una mirada fulminante.

Finn se inclinó hacia delante.

—¿Y si hubiera sido ella la que apareció en tu puerta?

En cuanto lo dijo, mi corazón reaccionó sin que yo lo pensara. Acelerado, palpitante, golpeando erráticamente ante la mera mención de ella al otro lado de esa puerta.

Lo deseaba tanto.



La deseaba.

—¿Y si tuvieras la oportunidad, ahora mismo, de rehacer aquel día en que volvieron? —Finn continuó.

—No se puede borrar el pasado —interrumpí. Me levanté del taburete y me paseé por la habitación—. No importa cómo me sentiría si ella apareciera, o si pudiera retroceder en el tiempo, no puedo deshacer lo que pasó. Lo que ella dijo. Lo que yo dije. Ya está hecho.

—Pero no tiene por qué acabarse —dijo—. Eres un imbécil testarudo, Bauer. Ella está loca por ti, ¡y mírate! Eres un desastre porque reaccionaste mal y tuviste una discusión de mierda. ¿Y qué? La gente discute y dice estupideces, y a veces tenemos que ser capaces de perdonarlos por esas cosas porque sabemos que es más importante seguir adelante.

Mis manos se clavaron impotentes en mi cabello y sacudí la cabeza. Las sensaciones que se apoderaban de mi cuerpo eran casi más de lo que podía soportar porque eran fuertes, abrumadoras y aterradoras.

Ni una sola vez, mientras mi tabla se balanceaba sobre el borde helado antes de una carrera, me había sentido así. No importaba lo que fuera a intentar o lo mucho que estuviera en juego. Ninguna competición o premio se había acercado a lo que sentía que estaba en juego cuando pensaba en la posibilidad de arreglar las cosas con Claire.

—No sé... No sé cómo mejorar esto —admití en voz baja. Finalmente, lo miré a la cara—. Lo que le dije...

—Oh, lo oí, créeme —respondió con una sonrisa irónica.

—¿Lo escuchaste?

Levantó las manos.

—No fui yo quien abrió la ventana, pero sí, lo oí.

—Mierda —gemí. Justo lo que quería oír.

—Tendrás trabajo que hacer.

—Esa familia me echaría a la calle con las dos piernas rotas si intentara aparecer de nuevo.

—No, no lo harían. —Sonaba tan seguro.



Levantando una ceja, intenté sonsacarle la verdad.

Levantó las manos.

—No lo harán. Porque si quieres decirle a Claire lo que yo creo, lo superarán. No les llevará mucho tiempo, y todo lo que tienes que hacer es... demostrar que sientes lo que dices.

—¿Eso es todo? —pregunté secamente.

—Sí. Una vez que lo hagas, estarán en tu esquina tanto como en la de ella.

Era casi demasiado para soportarlo, el rescoldo de esperanza que brotó. Quería aplastarlo con las dos manos y machacarlo con la bota porque me había esforzado tanto por ignorar lo horrible que me había sentido toda la semana, lo mucho que la echaba de menos y la triste verdad de que era tan lento para las relaciones a mis veintiséis años que había echado a perder mi primera oportunidad real de ser feliz. El tipo de felicidad que hacía pensar en la eternidad a un desdichado como yo.

Pero tal vez, solo tal vez, no había metido la pata hasta el fondo. Finn me observaba atentamente, al igual que Scotty.

Me encogí de hombros.

—Entonces, ¿qué? ¿Aparezco y me disculpo y espero que no me cierre la puerta en las narices?

Finn exhaló lentamente.

—Tengo una idea mejor, si estás dispuesto a venir a algún sitio conmigo.

—¿Dónde?

—Al principio no querrás ir.

Lo miré porque solo se me ocurrían unos pocos sitios a los que me negaría a ir con mi hermano menor que, extraña e inexplicablemente, estaba intentando ayudarme con esto.

—¿Pero ella estará ahí? —pregunté.

Finn asintió.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #2

—Estará.

Sostuve la mirada de Finn.

—Tienes un trato.

BLACK CAT
SWEET POISON

FAKED



25

Claire

—Lo sabía —le susurré a Lia—. Te dije que sería la única que llevaría vestido.

La gente se arremolinaba en torno al centro, y todos esos imbéciles vestidos con jeans y leggings y bonitas camisetas eran como una burla gigante cuando pensaba en el hecho de que me había afeitado las piernas para esto.

Lia puso los ojos en blanco.

—Es un vestido de verano, cálmate.

Tirando del dobladillo, la miré suavemente.

—Lo dice la chica que lleva jeans.

Me ignoró y reconocí que el hecho de que me hubiera traído hasta aquí y de que estuviera duchada, afeitada y vistiendo algo que me hacía sentir guapa seguía siendo un maldito milagro.

Sí, la semana mejoró cuando volví a hablar con Lia, pero no podía mentirle a mi corazón que las cosas se habían arreglado.

Toda la semana le había dado vueltas a la cabeza sobre qué hacer con Bauer. Bauer, que ahora rondaba mis sueños.

Que no había mandado mensajes ni llamado.

Y que seguía siendo la primera persona en la que pensaba al despertarme. La última persona en la que pensaba antes de irme a dormir.

La noche anterior, Lia me sorprendió viendo repeticiones de competiciones de snowboard en YouTube y, en lugar de reprenderme, se



dejó caer en el sofá, me echó un rato por los hombros y se quedó mirando en silencio a mi lado.

Y si tenía ojeras a juego con el azul de mi vestido, era porque los vídeos que había visto me habían provocado serios sueños eróticos en los que Bauer me daba volteretas en la nieve como si estuviéramos recreando un Cirque du Soleil sobre hielo o algo así.

Respiré hondo para sacarme esos recuerdos de la cabeza porque, hola, nunca era apropiado recordar los sueños sexuales de uno en una fiesta en un centro comunitario que ayudaba a niños pequeños.

Cuando Lia vio a Finn y me tocó el codo para avisarme de que iba a hablar con él, me tomé un segundo para estudiar el espacio.

Era maravilloso. Grande, luminoso y ventilado, con coloridos murales decorando las paredes y espacios para que los niños se sentaran, jugaran, crearan y aprendieran. Era más fácil concentrarse en las fotos enmarcadas que colgaban de las paredes que en las caras de los desconocidos que se arremolinaban en la sala, así que me tomé mi tiempo para pasear por el perímetro y sonreír ante algunas de las sonrisas de dientes abiertos que se habían grabado.

Fueran cuales fueran los defectos de los papás de Finn, y los tenían, habían hecho un buen trabajo aquí. Y tal vez eran una de esas parejas tan centradas en ayudar a los hijos de los demás que ni siquiera eran capaces de reconocer en qué se habían equivocado dentro de las cuatro paredes de su propia casa.

Me detuve a estudiar un cuadro cuando sentí que alguien se acercaba. Mi corazón se aceleró antes de oír la voz, que no pertenecía a Bauer.

—Parece que tenemos que volver a presentarnos —dijo Richard Harper en voz baja.

Me volví y le sonreí tímidamente.

—¿Te lo dijo Adele?

Con las manos en los bolsillos, sonrió.

—Lo hizo. Justo antes de entregar el cheque.



—Richard —le dije—, no sabes cuánto me mataba mentir sobre quién era.

Miró la foto que había detrás de mí.

—Mentir es una palabra dura, Claire. Y no estoy enojado contigo porque parece que te han puesto en una situación extraña, basada en las decisiones de muchas otras personas. Tu hermana, Adele y Bauer —dijo, observando mi rostro con atención.

No pude controlar mi expresión cuando dijo el nombre de Bauer, así que bajé la mirada.

—Es cierto. Pero fui una invitada en tu casa y no me educaron para engañar a la gente, así que espero que puedas perdonarme.

—Todo perdonado. —Se balanceó sobre sus talones—. Adele y Tom pueden haber sido un poco... demasiado entusiastas en su enfoque, pensando que necesitaba a alguien que me impresionara para escuchar lo que tenían que decir, pero incluso si lo hicieron de la manera equivocada, están haciendo mucho bien aquí. Y tú, jovencita, también harás mucho bien algún día. Espero que te des cuenta.

—Eso espero. —Sonreí.

—De hecho, le dije a Adele que debería contratarte.

—¿Le dijiste?

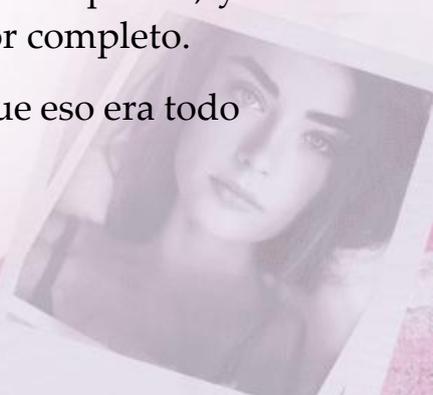
Asintió con la cabeza.

—Tu pasión por los niños, tus antecedentes, serías una aliada perfecta para los niños que podrían necesitarlo desesperadamente.

Al recorrer el espacio, era fácil verme ahí. Excepto por el vínculo con Bauer. Porque la verdad era que aún no sabía exactamente cómo abordar eso. Y trabajar para sus papás podría ser una conexión extraña si se negaba a volver a verme.

Porque no importa lo que Lia dijera, podría aparecer en su puerta, y aún así podría haber decidido que habíamos terminado por completo.

Un fin de semana de diversión porque realmente creía que eso era todo de lo que era capaz.



Y no sabía si mi corazón podría soportar escuchar eso de él otra vez.

—¿Está Bauer aquí? —preguntó Richard.

De alguna manera, mantuve la sonrisa en su sitio.

—No estoy segura.

Sus ojos buscaron mi cara hasta que asintió.

—Ahh.

—Otra decepción, me temo.

Richard tarareó.

—Oh, no estoy seguro de creerlo. Bauer Davis me parece el tipo de hombre que no sería capaz de fingir nada.

Suspiré.

—Tal vez no lo hizo. Pero... de cualquier manera, no era real todavía. Cuando estábamos ahí.

—¿Pero se hizo real? —preguntó suavemente.

Asentí con la cabeza.

—Así fue. Y ahora —me encogí de hombros—, es difícil pensar en él. —Me reí por lo bajo—. Lo siento, seguro que no quieres oír hablar de mi drama sentimental.

Él se sacudió.

—Me gustaban ustedes dos. Y si recuerdas, empezamos todo esto porque me dijiste lo que tenías en mente.

—Cierto —concedí.

—Creo que Bauer lo ha pasado mal —dijo Richard—. Me recuerda mucho a mí mismo cuando era más joven. Quizá por eso me gusta tanto.

—¿Testarudo como el demonio? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Cualquiera que haya alcanzado el éxito tiene que ser testarudo. Tenaz. Negarse a echarse atrás. Y me gusta ese fuego en él. Pero se hace



difícil dejar entrar a alguien cuando ves cada parte de tu vida de esa manera.

La verdad me hizo suspirar pesadamente.

—Tengo mucho trabajo por delante, ¿no?

Richard me dedicó una sonrisa amable.

—Sé que lo dije la primera vez que te vi, Claire Ward, pero lo diré otra vez. Ojalá hubiera tenido a alguien como tú a mi lado cuando era más joven. —Me dio una palmadita en el brazo—. Dejé todas mis fichas para hacer crecer mi fortuna. Y he tenido éxito en eso, pero ese dinero no te mantiene caliente por las noches, y hay muchos días en los que me veo obligado a admitir que durante mucho tiempo, creí la mentira de que estaba mejor solo.

—¿Pero cómo puede otra persona obligarte a enfrentarte a esa verdad? —pregunté—. Para ti es fácil decirlo, pero yo no puedo hacer que Bauer se abra a mí.

Ahora, su sonrisa era apenada.

—No desde aquí, no puedes.

Me llevé las manos al cabello y negué con la cabeza.

—Todo el mundo lo hace parecer tan sencillo.

—El amor siempre es un riesgo, Claire. Siempre. Todos los días, incluso cuando están juntos, porque el día que dejas de elegir a tu pareja es el día en que corres el riesgo de perderla. Esa es la verdad en el amor, en las relaciones, en los negocios y en la vida. Se traslada a todas las líneas. Elegimos lo que nos importa, pero no todos somos lo bastante valientes para dar ese paso sin saber que tenemos a alguien dispuesto a darlo con nosotros.

—Richard —le dije despacio—, creo que eres el soltero más listo para las relaciones que he conocido.

Se rio, pero vi que el rubor cubría sus mejillas. Impulsivamente, me puse de puntillas para darle un suave beso en la mejilla.

—Gracias. Necesitaba oír eso.



—De nada, Claire. —Volvió a meterse las manos en los bolsillos—. ¿Y ahora qué?

Exhalé lentamente.

—Bueno, ahora creo que tengo que robar el auto de mi hermana y conducir hasta Whistler.

Richard me miró por encima del hombro y sonrió.

—O tal vez deberías dejar el robo de autos por ahora.

Cuando me giré lentamente, no tardé en verlo.

Bauer aún no me había visto, y mi corazón se apretó dolorosamente cuando le vi levantar la mano y tirar nerviosamente de la corbata que llevaba. Odiaba arreglarse y venir a este lugar le resultaría difícil, pero supe, al verle enmarcado en la entrada, que estaba aquí por mí.

Mi sonrisa era infinita, y mi corazón se elevó aún más lejos, a un lugar que ni siquiera estaba segura de que tuviera nombre. Así de lejos estaba más allá de cualquier definición que pudiera imaginar.

Lo único que pudo desviar mi atención de Bauer fue mi hermana, que se apresuró a llegar a mi lado con una sonrisa ladina en la cara.

—Pequeña traidora —murmuré.

—¿Adivina quién está feliz de llevar un vestido ahora?

—¿Tú hiciste esto?

Lia se encogió de hombros.

—Te lo debía. Finn me ayudó.

Le di un rápido apretón.

—Gracias.

—Ve por él, C. —Sus ojos brillaban con lágrimas, y sentí su felicidad por mí como una dulce ola.

Nadie me prestó mucha atención mientras cruzaba la sala hacia Bauer, que aún no había entrado del todo. Porque quería saber que yo estaba ahí, esperando.



Su mirada recorrió la habitación y luego se posó en mí.

El pecho de Bauer se dilató al respirar hondo y sus ojos se calentaron en su atractivo rostro. Llevaba el cabello oscuro bien peinado hacia atrás y se había afeitado. La camisa blanca que le cubría el pecho estaba almidonada y pulcra, y la corbata era de un color azul que hacía juego con mis ojos.

Lo amaba.

Y supe sin intercambiar una sola palabra que él también me amaba.

Nunca habría aparecido si no fuera así.

Bauer entró en la habitación y por fin me di cuenta de que en su otra mano llevaba una cesta con un asa larga.

—Hola —dije en voz baja cuando se detuvo frente a mí.

Pero por un momento se quedó callado, absorbiéndome. Subió la mano despacio y deslizó el pulgar por mi pómulo.

—Soy el mayor idiota del mundo entero.

Mi risa fue sonora, y Bauer sonrió cuando hundí la cara en la palma de su mano.

—No, no lo eres —argumenté—. Estabas sorprendido y fuera de tu elemento, y deberías haberlo oído de mí.

—No me sueltes, princesa. —Soltó la mano, pero sus ojos seguían fijos en mis labios—. Siento mucho lo que te dije, y pienso disculparme con Logan y Paige por salir de su casa. No tengo excusa.

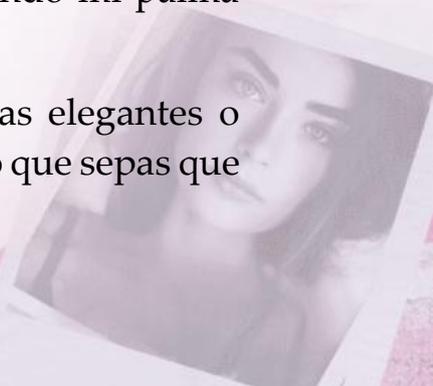
—De acuerdo.

Sonrió.

—¿Solo de acuerdo?

Mis manos subieron lentamente por su pecho y saboreé el calor de su piel a través de la tela de su camisa. Solo me detuve cuando mi palma estuvo sobre su corazón palpitante.

—Sí. No creo que ninguno de los dos necesite palabras elegantes o grandes discursos sobre lo que pasó. Yo solo... Solo necesito que sepas que



estoy en esto contigo, incluso si metes la pata, que lo harás. Igual que yo también lo haré.

Bauer me arrancó la mano del pecho y me dio un beso ardiente en la palma. Le rodeé la cintura con el otro brazo, él me pasó el suyo por la espalda y me estrechó entre sus brazos.

Todo se acomodó en su lugar, un calor dichoso llenó todos esos lugares fríos que no sabía que existían hasta él. Fuera lo que fuese lo que había traído esto, a él, a mi vida, estaba tan agradecida que apenas podía pensar en una forma de procesarlo.

—Estoy tan enamorado de ti, Claire —me susurró al oído.

Lo apreté aún más fuerte, con la frente apoyada en el lateral de su cuello mientras le inspiraba.

—Yo también te amo.

Bauer se echó hacia atrás, con la cara partida en una enorme sonrisa.

—¿De verdad crees que podemos hacerlo?

—Me gustaría ver quién podría detenernos.

Su pecho retumbó con una risa complacida y deseé que no estuviéramos rodeados por decenas de personas. La mitad de las cuales miraban con curiosidad la pequeña escena que se desarrollaba en medio de la sala.

Ajeno a todo lo que no fuera yo, Bauer bajó la cabeza y rozó su boca una, dos veces sobre la mía. El sonido que emitió -de esos dos pequeños besos- me puso la piel de gallina. Era un zumbido de satisfacción, un gruñido de satisfacción, y quise grabarlo para escucharlo en bucle el resto de mi vida.

Presioné su nuca y profundicé el beso, dejando que mi lengua rozara la suya una sola vez.

Suspiré alegremente en su boca, lo que lo hizo sonreír.

—¿Quieres salir de aquí? —murmuré contra sus labios.

Bauer se echó hacia atrás y sacudió la cabeza.



—Mírate, lista para abandonar la gran fiesta.

—Abandonar no —le expliqué—, tal vez solo... irme antes.

Bauer sonrió.

—¿Antes de abrir tu regalo?

En su mano libre seguía agarrando la pequeña cesta. Sonreí.

—¿Qué es?

—La razón por la que llegué tarde —me dijo—. Pensé que sería más fácil de encontrar.

Con el ceño fruncido, solté su cintura para tomar la cesta. Era pequeña, con un pequeño gancho de ojo que mantenía la tapa cerrada. Algo se movió dentro, y le eché un vistazo rápido.

Sonreía ampliamente.

Fue entonces cuando oí el maullido más diminuto que había oído en mi vida.

—No lo hiciste —respiré.

No podía abrir la cesta lo bastante rápido. En mi prisa por abrir el pestillo, casi se me cae. Él se apiadó de mí con una carcajada y sujetó el fondo con una mano. Con cuidado, levanté la tapa y la carita que asomó me dejó boquiabierta.

Tenía ojos verdes brillantes y orejas marrones, largos bigotes blancos y manchas naranjas en la cara.

El gatito maulló lastimeramente cuando lo saqué de la cesta y lo acuné contra mi pecho.

—Dios —susurré—. ¿No eres el bebé más bonito que he visto nunca?

—Dijiste que querías uno que se pareciera a Agnes —dijo Bauer. Le pasó una mano por la cabeza—. Pero primero tenía que asegurarme de que éste no me odiaba.

—Me compraste un gatito —le dije.



Se encogió de hombros y pareció tímido por primera vez desde que me vio.

—Te daría lo que quisieras, princesa. Cualquier cosa para hacerte sonreír como lo estás haciendo ahora.

El gato empujó su cabeza contra mi barbilla y yo me reí, tan llena de amor que ni siquiera me pareció justo.

—Solo tú —le dije.

—Entonces, ¿puedo quedarme con el gato en Whistler?

Besé su cabecita.

—No.

Se rio a carcajadas.

—Vas a tener que ponerle nombre.

—Ahh... —Miré la carita de ojos verdes y sonreí—. ¿Eres una niña?

Bauer se rascó bajo la barbilla y ella volvió a maullar.

—Belle —dije.

Su sonrisa de respuesta fue enorme.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Saber qué? —Belle me lamió la barbilla con su lengua de lija y yo me reí.

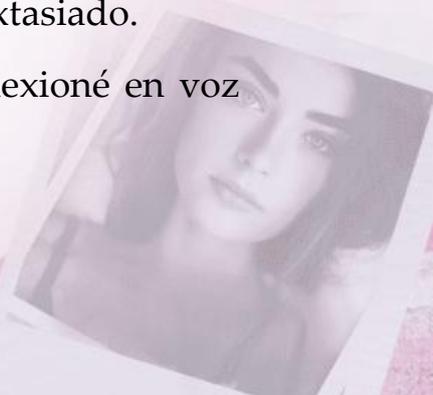
—Mi princesa Disney favorita número uno. —Sus ojos brillaron con picardía—. ¿Por qué crees que empecé a llamarte así?

Tomó mi boca en un lento y dulce beso, y cuando nos retiramos, sentí los ojos sobre nosotros.

—¿Deberíamos ir a saludar? —dijo.

Miré por encima del hombro. Lia sonreía como una tonta, al igual que Finn. Junto a ellos estaba Richard, que no parecía menos extasiado.

—Richard no parecía muy sorprendido de verte —reflexioné en voz alta.



Bauer me pasó un brazo por los hombros mientras íbamos en su dirección.

—Eso es porque me llamó esta mañana.

—¿Lo hizo?

Asintió con la cabeza.

—Al parecer, pensó que tendríamos más tiempo para hablar en su casa, por lo que nunca cubrimos su razón para invitarme en primer lugar.

Dejé de caminar.

—¿Por qué?

Bauer saludó con la barbilla al hombre en cuestión.

—Supongo que es el principal inversor de un prometedor fabricante de tablas de snowboard desde hace unas dos semanas.

—¿En serio? —Sonreí—. ¿Y?

—Y quiere que un imbécil testarudo y obstinado sea la nueva cara de su empresa.

—¡Bauer! —exclamé, dándole un abrazo lo más fuerte que pude con un gatito retorciéndose aferrado a mi pecho—. Es increíble.

—Lo es —admitió. Sus mejillas estaban entrañablemente sonrosadas por mis elogios—. Pero aún no es lo mejor.

—¿Hay más?

Sacudió la cabeza, con los ojos recorriendo cada rasgo de mi cara.

—Ahí estás tú. Esa siempre será la mejor parte de mi día.

—Material de novio total —susurré con una sonrisa de oreja a oreja.

Cuando estuvimos juntos en la habitación, le tomé la mano, entrelacé mis dedos con los suyos y apreté.



EPÍLOGO

Bauer

Dos meses después

—Bauer, esto se nos está yendo de las manos.

Me encantaba cuando Claire hacía eso. Cuando se ponía las manos en las caderas y me miraba toda *seria*. Era como recibir una reprimenda de la profesora que siempre te ha gustado.

—Ella lo necesita.

—No lo necesita en absoluto.

Como estaba ahí de pie, con el aspecto que tenía, la atraje hacia mí para darle un fuerte beso.

—Me gusta mimar a mis chicas —dije contra sus labios, dulces y suaves—. No te oí quejarte anoche cuando compré esa cosa en esa tienda.

Claire resopló.

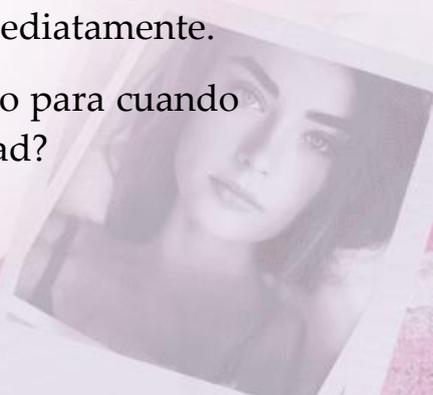
Cuando la niña mimada en cuestión salió de la habitación de Claire, correteó hasta la bolsa que esperaba en el suelo junto a mis pies. Movié la cola mientras olfateaba el borde superior.

Antes de sentarme en el suelo para abrirlo, le di una bofetada en el trasero a Claire.

Tan pronto como apoyé la espalda en el sofá, saqué la caja y empecé a abrir los laterales. Belle se acurrucó alrededor de mi pierna y golpeó su cabeza contra mi muslo cuando no le rasqué la cabeza inmediatamente.

—Hola, preciosa —le dije—. Te he comprado algo nuevo para cuando mamá te ignore para hacer los deberes. Es tan mala, ¿verdad?

FAKED



Claire suspiró pesadamente, lo que me hizo sonreír.

—Es un programa de maestría, Bauer, y no la estoy ignorando. A diferencia de ti, creo que la gata estará bien si no la miman cada segundo del día.

Cuando saqué el artilugio de madera de la caja y lo dejé en el suelo para que Belle lo inspeccionara, Claire se echó a reír sin poder evitarlo.

—¿Dónde demonios encontraste eso? —dijo mientras se limpiaba las lágrimas de las comisuras de los ojos.

—La mejor página web de la historia. ¿Dónde más podría encontrar un juguete de gato whack-a-mole?

Belle estudió el montaje y, con cautela, metió la nariz en el primero de los agujeros. Con su pequeño cuerpo se acercó a la parte delantera y miró las palancas de madera antes de empujar una con la pata.

Cuando un pequeño lunar azul salió del agujero correspondiente, se echó hacia atrás. Sonreí a Claire, que negaba con la cabeza.

—¿Ves? Le encanta.

—Te vas a arruinar comprándole todos estos juguetes.

Me levanté con un gemido.

—¿Tu rodilla? —preguntó—. ¿Debería decirle a Scotty que sea más suave con tu pobre, pobre cuerpo? Te está entrenando demasiado.

Señalando el punto ofensivo, me incliné para darle otro beso rápido.

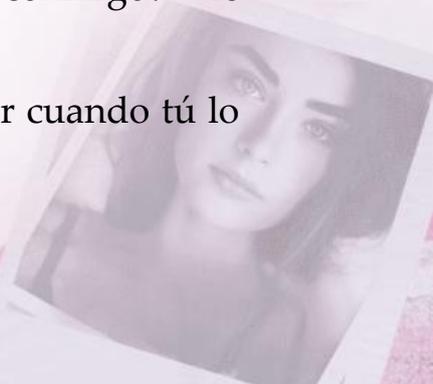
—Mi cadera. Que es culpa tuya, no de Scotty.

Claire sonrió. Dado que aún vivíamos a dos horas y media de distancia, recuperábamos el tiempo perdido durante la semana en los fines de semana. Y lo recuperábamos con creces.

Pero eso cambiaría pronto.

—¿Todavía estás de acuerdo en ir a ver ese apartamento conmigo? —le pregunté.

—Sí. He terminado mi trabajo, así que estoy lista para ir cuando tú lo estés.



Claire terminó su licenciatura y se metió directamente en un programa de maestría en salud conductual infantil y adolescente en línea con la Universidad del Sur de Florida, y su ética de trabajo me dejó boquiabierto. Las veces que tenía que terminar una tarea cuando yo estaba fuera, a veces me sentaba y la miraba con asombro mientras trabajaba en un trabajo o investigaba.

Fantasía de profesora sexy, te lo digo yo. Una noche le rogué que se pusiera gafas de montura negra y se recogiera el cabello en un moño, y lo hizo, tras un poco de persuasión. Esa noche rompí su pupitre, pero ¿cómo iba yo a saber que no estaba hecho para soportar el peso de dos adultos?

Como Belle estaba totalmente embelesada con su nuevo juguete, uno de la docena que le había comprado en los dos últimos meses, nos escabullimos del apartamento antes de que pudiera salir corriendo con nosotros por la puerta abierta.

—Ni siquiera se dará cuenta de que nos hemos ido —dijo Claire. Le gustaba burlarse de mí por ser el papá de un gato, pero en realidad, el momento de mi regalo no podía haber sido mejor. Lia se había marchado a Londres un par de semanas antes, lo que significaba que Claire vivía sola por primera vez en su vida.

Si alguno de los dos se hubiera sentido preparado para dar el siguiente paso, probablemente me habría ido a vivir con ella, pero demonios... ella solo tenía veintinueve años y llevábamos saliendo un par de meses. Y yo necesitaba terminar las cosas en Whistler antes de poder trasladarme más cerca de Seattle.

Snoqualmie era un compromiso perfecto. Tenía una montaña para mantenerme ocupado y estaría a menos de cincuenta kilómetros de Claire.

Más cerca era definitivamente mejor.

No podía creer lo mucho que la echaba de menos durante la semana cuando estábamos separados. Quería poder comer con ella un martes. O pasar a dormir la siesta con ella un jueves. Ver una película un lunes porque los dos teníamos el día libre.

Cosas de citas. Cosas de novios.

FAKED



Porque resultó que Claire tenía razón en una cosa. Tenía madera de novio. Me encantaba hacer toda esa mierda ñoña por ella que nunca hubiera imaginado hacer antes.

Hacerle el desayuno en la cama.

Lavarle el cabello cuando compartíamos la ducha en su apartamento.

Comprarle flores en el mercado simplemente porque el color me recordaba a sus ojos.

Y amaba las cosas de novia que hacía para mí.

Llamarme solo para ver cómo me ha ido en el día.

Frotarme la espalda y los hombros cuando estaba dolorido.

Asegurarse de que me alimentaba bien, ya que estaba entrenando muy duro de cara a la próxima temporada. Cada punto que ganaba en las distintas competiciones me acercaba un paso más a mi primera plaza en el equipo olímpico, y ella lo sabía.

Porque le importaba lo suficiente como para saberlo.

Empecé a darme cuenta, cuando empecé a pensar en nuestra relación en términos de los meses que habíamos estado juntos en lugar de semanas, que la razón por la que yo era material de novio era por quién era mi novia.

Cualquier cosa buena en mí que empezara a crecer a través de las grietas, era gracias a ella.

—¿Cuál vamos a ver hoy? —me preguntó mientras dirigía el Jeep hacia la autopista.

—El de dos dormitorios junto al parque. —Le di mi teléfono y vi cómo tecleaba la contraseña—. Está marcado.

—Sí, me gustó que éste estuviera en un callejón sin salida.

Asentí con la cabeza.

—Más cerca de la autopista también.

Deslizando la mano por su muslo mientras conducíamos, hice lo que siempre hacía cuando Claire y yo íbamos a ver un sitio para mí. Era



nuestra cuarta posibilidad y, antes incluso de entrar por la puerta, pensé en cómo podríamos utilizar aquel espacio.

Porque aunque no viviera conmigo, quería que se sintiera como en casa donde yo reposaba mi cabeza. Ya sabía que el segundo dormitorio lo utilizaría como despacho/estudio, aunque estaba dispuesta a ceder un sofá plegable por si Scotty se quedaba a dormir en mi casa.

O Finn.

Muy, muy lentamente, él y yo habíamos estado intentando reparar años de lo que había sido nuestro status quo. No estaba preparado para fingir que Adele y mi papá eran mis nuevos mejores amigos, pero ella se había alegrado sorprendentemente por Claire y por mí. Incluso contrató a Claire como becaria para que le ayudara a elaborar el plan de estudios de algunos programas comunitarios.

Esto era lo que se sentía, pensé, con su mano entrelazada en la mía mientras conducíamos hacia un lugar que imaginaba para que ambos empezáramos a construir una vida con alguien.

Mis dedos se apretaron sobre los suyos y capté los bordes de su sonrisa mientras su rostro captaba el sol que entraba por las ventanas abiertas.

—Te amo —le dije. Simplemente porque no podía no decírselo. Las palabras simplemente... se negaban a quedarse dentro de mí, ahora que sabía lo que significaban.

Claire me miró con una suave sonrisa en los labios.

—Yo también te amo.

La mayoría de los días, no sabía si era el destino, Dios o un montón de cosas al azar lo que me había llevado hasta Claire. Lo que trajo a Claire a mí.

No importaba lo que fuera, ella me tenía. Y siempre me tendría.

Fin.

FAKED

ESCENA EXTRA

Lia

Londres

La lluvia apareció de la nada y, como una novata, había dejado el paraguas en el piso.

Mi *piso*, no mi apartamento, porque estaba en Londres, y lo llamábamos piso, muchas gracias.

Aunque me subí la capucha de la chaqueta, no sirvió de mucho para protegerme del repentino chaparrón, así que cuando levanté la vista y divisé el letrero de madera oscura de un pub en la esquina, troté rápidamente alrededor de un grupo de turistas que hacían turismo y me metí por la pesada puerta de madera.

El interior estaba tranquilo, horas antes de que el ajetreo de después del trabajo hiciera que un lugar como éste se llenara hasta los topes de hombres con trajes perfectamente confeccionados que querían una pinta.

Dios bendiga a Londres, porque realmente, los hombres británicos sabían llevar traje. Claro, yo solo llevaba aquí dos semanas, el tiempo suficiente para recuperarme del jet lag y aprender a usar el metro, pero no tardé en darme cuenta de que eran muy superiores a los estadounidenses en ese aspecto.

Un anciano que limpiaba la barra de madera reluciente me saludó con la cabeza cuando me acerqué a un taburete.

—¿Qué puedo servirte?

Miré detrás de él lo que había de barril.

—Tomaré una Stella, por favor.



Asintió con la cabeza, colocando hábilmente un vaso bajo el grifo correcto.

—¿Quieres algo de comer, querida?

Sonreí. ¿Se cansarían alguna vez los acentos y los cariños casuales?

—No, gracias. Solo la cerveza por ahora.

Lo puso delante de mí.

—Gracias.

Tras el primer sorbo, echo un vistazo a la taberna. Estaba tranquilo, con solo un par de mesas ocupadas por otros clientes. Yo estaba sola en la barra.

Sola.

Mis dos primeras semanas aquí habían sido un torbellino, sí, pero aún así había pasado mucho tiempo sola. Lo cual era... extraño para mí. El ajeteo y el cansancio de acostumbrarme al cambio de huso horario habían evitado que la soledad me invadiera.

Pero sentada sola en el bar, sentí un dolor visceral en el corazón, echando de menos a Claire.

Al resto de mi familia. Empecé a sacar mi teléfono cuando oí su voz detrás de mí.

—¿Puedes poner el partido por mí, Carl?

El camarero asintió, dedicando una rápida sonrisa a quien pertenecía aquella voz profunda, gloriosa y acentuada.

Mientras Carl encendía el televisor montado frente a la barra, yo mantenía los ojos fijos en mi cerveza, con cuidado de no volverme y quedarme embobada. Porque sonaba sexy. De verdad, de verdad, de nivel diez, y no quería poner mala cara si resultaba no estarlo.

Dejó un asiento libre entre nosotros, deslizó su cuerpo alto y ancho sobre un taburete y juntó sus grandes manos sobre la barra. La tinta le subía por los antebrazos, al igual que los músculos fibrosos y las fuertes venas.



¿Has intentado alguna vez echar un vistazo a un hombre sin que se dé cuenta? Se necesita habilidad, gente.

Su atención no se desvió ni una sola vez del partido de fútbol que aparecía en la pantalla, en el césped verde esmeralda y las camisetas de vivos colores de los jugadores que se pasaban el balón de un lado a otro antes del comienzo del juego.

Partido. Lo que sea.

Resoplé en mi cerveza.

—¿No te gusta el fútbol? —preguntó.

En lugar de girarme completamente para ver si su cara era tan caliente como su voz y sus manos y antebrazos, mantuve la mirada al frente, igual que parecía estar haciendo él.

—Fútbol, sí —dije—. El *verdadero*.

Silbó ante el golpe. Intenté disimular la sonrisa dando otro sorbo a la cerveza.

Cuando contestó, su voz era seca, con una leve diversión colgando de cada sílaba deliciosamente pronunciada.

—Siento decírtelo, cariño, pero ese deporte que los americanos llaman fútbol *no* es el auténtico.

Ahora sí me giré, porque Mister Voz Ardiente y Antebrazos Musculosos no quería ir por ese camino. Y cuando lo hice, me congelé.

La cara estaba a la altura de todo lo demás. Igualaba, superaba, hacía volar por los aires la voz y los músculos.

Y cuando le sonreí, él también se giró.

Su mirada estudió detenidamente mi rostro en busca de algo. Lo que vio lo hizo relajarse.

—¿Qué? —preguntó.

Señalé al televisor.

—No creo que sea una discusión que quieras tener conmigo.



Se lamió el labio inferior y, por reflejo, sentí que mis muslos se apretaban. Sus ojos, de un color indescifrable en la penumbra del bar, no se apartaban de los míos.

—Carl, pon otra copa para la señorita en mi cuenta, por favor.

Enarqué una ceja.

—¿Quién dijo que quería otro?

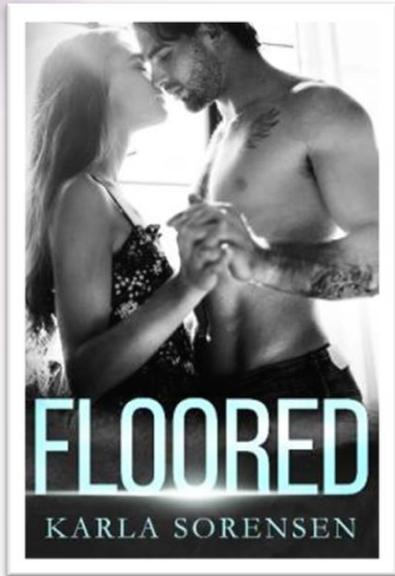
Su pulgar golpeó la superficie de la barra. Sus labios se curvaron en una sonrisa tortuosa que hizo que los dedos de mis pies se enroscaran dentro de mis zapatos.

—Soy el hombre que está a punto de enseñarte, amor.

Fin... otra vez.



SIGUIENTE LIBRO



¿Has oído hablar de la impulsiva estudiante de posgrado estadounidense y el melancólico británico que discutían sobre qué tipo de fútbol era mejor?

Es una buena historia, especialmente porque termina conmigo sosteniendo una prueba de embarazo en mi pequeño departamento de Oxford.

En mi defensa, nunca tuvo la intención de ser más que un coqueteo inofensivo, pero él solo estaba sentado ahí, con su acento, sus músculos y sus tatuajes, diciéndome que su fútbol era mejor que el que crecí viendo jugar a mi hermano. Lo siguiente que supe fue que el coqueteo se puso mucho más caliente y, aunque no estaba segura de volver a verlo alguna vez, mi Brit misterioso, era el tipo de noche que una chica se va a la tumba recordando.

Sin embargo, ya sabes cómo va la historia... unas semanas más tarde, la chica impulsiva se pone un poco vomitada y ve un titular deportivo que muestra a su misterioso Brit pateando la pelota blanca y negra que nos metió en este lío.

Créeme, yo tampoco lo vi venir.

Ward Sisters #3.



AGRADECIMIENTOS

Permítanme empezar con una nota para mis lectores que esperaban que Finn fuera el héroe. Lo he intentado. LO INTENTÉ DE VERDAD. Lo intenté durante un par de meses, en realidad. Después de escribir una buena cantidad de palabras, me di contra la pared. Por muchas palabras de ánimo que me diera a mí misma (o que me dieran mis amigos escritores), no podía seguir adelante con este libro, y es la primera vez que me pasa en los 8 años que han pasado desde que empecé a escribir. Algo iba mal, y no importaba lo que intentara, la historia no funcionaba.

La razón por la que le dediqué este libro a Fiona Cole es porque en un mensaje de voz particularmente violento y emotivo sobre por qué mi cerebro estaba roto y por qué no podía escribir este libro, dije algo así como "Ojalá el maldito Finn tuviera un maldito hermano o algo así y yo pudiera haberlo escrito".

Me detuve. Dejé que mi cerebro se pusiera al día con lo que acababa de salir de mi boca. E INSTANTANEAMENTE, supe que eso era lo que tenía que hacer. Todo encajó en su sitio, mientras Bauer empezaba a formarse en mi cabeza. Tiré todas las palabras que había escrito. Empecé de cero, y me sentí increíble con la historia que había tramado.

Entonces el mundo explotó. LOL. Escribir un libro durante la cuarentena, cuando estaba intentando educar a mis hijos en casa y gestionar una época realmente angustiada para vivir en este mundo no fue fácil. De hecho, fue muy, muy difícil al principio. Tuve que ponerme las anteojeras y dejar que Fiona me gritara que, a menos que escribir me hiciera sentir PEOR, tenía que hacerlo.

Así que eso es lo que hice. Y no podría haberlo hecho sin ella.

Eso es lo que pasa con este trabajo. Sí, es solitario. Nadie podría escribir este libro por mí, pero en la otra cara de la moneda, NO podría haberlo escrito y haberlo escrito en la fecha prevista, si no fuera por los amigos



que he hecho a través de este mundo del libro. Fiona fue una de ellas, y a las demás, que me animaron, escucharon, compadecieron y me dieron caña (Kathryn Andrews, Kandi Steiner, Amy Daws, Brittainy Cherry, M.E. Carter y Staci Hart), GRACIAS es totalmente insuficiente.

A mi marido, que fue el más cuerdo de nuestro matrimonio durante la cuarentena.

A Najla Qamber por otra impresionante portada.

A Janice Owen y Jenny Sims por limpiar el desorden de mi manuscrito.
A Michelle Abascal Monroy por mantenerme organizada durante la publicación.

A Michelle Clay por leerme y calmar mis nervios de que no la haya cagado del todo. A Enticing Journey por la ayuda promocional.

A mi grupo de lectores, The Sorensen Sorority, por ser INCREÍBLE.

Y como siempre, a mi Señor y Salvador Jesucristo.

Filipenses 4:6-7



ACERCA DE LA AUTORA



Karla Sorensen ha sido una ávida lectora toda su vida, prefiriendo historias con un final feliz a cualquier otro tipo. Y considerando que tiene una partida completa en su presupuesto para libros, se dio cuenta de que podría ser más barato escribir sus propias historias. Todavía mantiene los dedos de los pies en el mundo del marketing de atención médica, donde se ganaba la vida antes de dar a luz. Ahora se queda en casa, escribiendo y haciendo de mamá a tiempo completo (esto se traduce en que casi todos los días son un 'día de pijama' en la casa de Sorensen... no juzguen). Ella vive en el oeste de Michigan con su esposo, dos hijos excepcionalmente adorables y un perro de rescate grande y peludo.



KARLA SORENSEN
Ward Sisters #2

Este libro fue traducido por:



BLACK CAT
SWEET POISON

FAKED

